

Joana Bonet

Fabulosas y rebeldes

Cómo me hice mujer



DESTINO

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Y me hice mujer

Y me hice mujer

Select Jazz

El edredón granate

Las estaciones vacías

Los años kumbayás

Una carta a Adolfo Suárez

Hombres, un monumento al sol

Il faut être absolument moderne

Espíritu dandi

Revistas sin chuminos

Eres como un hombre

La maternidad, un cortocircuito

Andar sobre el agua

Feminismo con sacarina

Me too, moi non plus

Mujeres de bolso ordenado

Excepto la felicidad

La mitad de la vida

40 mujeres fabulosas y rebeldes

1. Coco Chanel

2. Peggy Guggenheim

3. Barbara Hutton

4. Zenobia Camprubí

5. Sylvia Plath

6. Lee Miller

7. Diana Vreeland

8. Nico

9. Patricia Highsmith

10. Charlotte Brontë

11. Maruja Mallo

12. Natalia Ginzburg
13. Mary Shelley
14. Simone de Beauvoir
15. Dorothy Parker
16. Nina Simone
17. Carmen Laforet
18. Édith Piaf
19. Louise Bourgeois
20. Isabella Rossellini
21. Margarita Rivière
22. Joana Biarnés
23. Lola Flores
24. Lucia Berlin
25. Gala Dalí
26. Patti Smith
27. Jane Birkin
28. Joan Didion
29. Janis Joplin-Amy Winehouse
30. Sontag y Leibovitz
31. Rita Hayworth
32. Idea Vilariño
33. Marguerite Duras
34. Diana Arbus
35. Véra Nabokov
36. Las hermanas Mitford
37. Emma Cohen
38. Michelle Obama
39. Meryl Streep
40. Mercè Rodoreda

Créditos de las imágenes

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Este es el libro más personal de la periodista Joana Bonet. En un libro difícil de clasificar, nos adentra a su historia más íntima, la de cómo se hizo mujer. Desde la niña que crece en el seno de una familia en un pequeño pueblo de Lleida, Vinaixa, hasta la prestigiosa periodista y directora de las revistas femeninas más importantes de nuestro país. Sensible, irreverente, inteligente, seductora, lectora voraz, Joana Bonet se sirve de su vida para hablarnos de cómo hemos llegado las mujeres hasta hoy.

A lo largo de todo el texto nos va hablando de sus referentes femeninos en el mundo de la literatura, el arte y la moda, y de cómo el contacto con esas mujeres hizo de ella la mujer que es hoy.

El libro cierra con una personalísima selección de 40 figuras de mujeres retratadas por esta mujer libre e inteligente.

Fabulosas y rebeldes

Cómo me hice mujer

Joana
Bonet

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín|
Volumen 1474

Para mis hijas, Lola y Vera

El primer deber de una mujer escritora es matar al ángel del hogar.

VIRGINIA WOOLF

Y me hice mujer

No se nace mujer, se llega a serlo.

SIMONE DE BEAUVOIR

Y me hice mujer

Pertenezco a la clase de gente que piensa que el género no lo determina todo, que existe un universo común entre ambos sexos. Hombres y mujeres, miembros de una especie que soñamos parecido, que tropezamos con piedras de igual tamaño y que sentimos el mismo sabor amargo del vinagre. Pero no recuerdo un solo día de mi vida en que quisiera ser hombre. Ni una hora, ni un instante, en que ansiara tener pene.

Fui una niña lectora; la mejor llave para escapar de la realidad y construir mundos interiores en los que habitaba la fantasía: bastaba con entrecerrar los ojos y recostar la cabeza en la ventana para vivir las historias más dramáticas y a la vez encantadoras que me transportaban a otro tiempo. Fabulaba a conciencia y ocupaba el papel de protagonista, con mayor vigor cuando las tardes se deshacían lentamente. O en las horas pausadas de la noche, embebida del amor y su misterio, sin apenas atisbar su práctica real. Me habían enseñado a que cada noche antes de acostarme tenía que hacer *examen de conciencia*. Alargaba todo lo que podía el día hasta llegar a ese momento, primero escuchando un programa de radio de canciones solicitadas por correo postal, luego leyendo a Pearl S. Buck y sus historias orientales, o contemplando alguna foto de un chico que guardaba bajo llave. Pero, al apagar la luz, inmóvil bajo las sábanas, empezaba a ensoñar y ensoñarme, y siempre convertida en una heroína del amor, una Isolda *avant la lettre*. Hasta que ya no había excusa para el examen de conciencia. A veces me lo ventilaba en un santiamén y otras lo prolongaba para arrancarme los pelos del brazo, uno a uno, poniendo a prueba el umbral del dolor y sabiéndome tan libre en las ideas como penitente en los hechos.

Nací en un pequeño pueblo de piedra con nombre árabe, Vinaixa (Beni-Aixa), frontera entre dos provincias, Tarragona y Lleida. Tierra de secano donde la huerta apenas fructifica. Aceite, vino, almendras. Tractores y

animales. En casa teníamos granja, y, con la misma naturalidad con la que empezaba a leer a Enid Blyton, J. D. Salinger o Mary Shelley, asistía a la sádica matanza del cerdo, al despelleje del conejo y al pánico que envolvía la casa en las tardes de verano, cuando el termómetro superaba los cuarenta grados y morían naves enteras de pollos que criaban mis padres. Pollos gordos, ahogados, secos. La agonía de aquellos animales, aparte de los gatos y perros sarnosos, me angustiaba igual que la frenética actividad de las mujeres faenando con el mondongo del puerco aún caliente mientras los hombres limpiaban los cuchillos. En los postres, después de comer sangre frita, encenderían un puro. Tenía varios escondites para refugiarme, pero enseguida descubrí una táctica: si sacaba buenas notas, obtenía permiso para encerrarme a estudiar. Y con aquella excusa empecé a edificar mi mundo interior, y a poblarlo con voces de mujeres raras, excéntricas, rebeldes, fabulosas, diferentes a todas las que había conocido porque desafiaban su destino.

Gracias a las películas para mayores con sus magnéticos dos rombos que distinguían lo importante de lo intrascendente, descubrí a una tal Emily Brontë, autora de aquellas *Cumbres borrascosas*, cuya versión interpretada por Laurence Olivier y Merle Oberon digerí con tanta excitación como pesadumbre. De inmediato, mi paisaje se refrescó: cuánto me intrigaban las hermanas Brontë, mujeres que ciento cincuenta años antes que yo habían escrito a la luz de una vela, en un caserón inhóspito y helado, envueltas en una soledad y un silencio mucho más violentos que los de mi noche, consiguiendo burlar el tictac del reloj en medio de un páramo que las hizo inmortales. Empecé a coleccionar nombres de mujeres antiguas, vestidas de negro o de blanco. Una de las primeras fue Emily Dickinson, la poeta más excelsa en lengua inglesa, encerrada voluntariamente en sus jardines y sus versos, que llegó al extremo de conversar con sus amigos a través de una puerta a fin de respetar su clausura laica. Me interrogaba acerca de aquellas pioneras que habían desafiado el destino aun viviendo aisladas, y entonces, me convencía de que mi pequeño mundo dejaba de ser un lastre, tan solo representaba una circunstancia pasajera, una cárcel de oro que me permitía leer, pensar, sentir, hablar conmigo misma durante horas porque casi todos los juegos me aburrían. En esa soledad cabían castillos de colores, era una soledad valiosa aunque nada más escuchara el silencio y los crujidos de la oscuridad.

En un lugar nublado de la memoria conservo la imagen de las lavanderas en las mañanas frescas. Arremangadas hasta el codo y blandiendo las sábanas como si agitaran los fantasmas con la brisa marina que, a cuarenta kilómetros del mar, sigue refrescando aunque desprovista de sal. Me aliviaba que pudiéramos lavar la ropa en casa, que tuviéramos lavadero, o acaso no se trataba de un acto íntimo; la silueta de las mujeres de negro que enjabonaban sus faldas en el *safareig* municipal se me antojaba propia de un tiempo de novelas antiguas: viejas y jóvenes que cargaban cubos exhibiendo ropa y vida interior. Las viudas. Las solteronas. Las ancianas solas que fisgoneaban tras las persianas cuando escuchaban pisadas sobre el empedrado y robaban la intimidad de una torpe pareja de adolescentes. Su soledad no era fingida, y por eso nos aterrorizaba. La vestían con resignación, provistas de sus delantales sucios, unas zapatillas de fieltro y un hedor insoportable que mostraba la piel descarnada de la vida. Siempre hubo menos viudos en el pueblo, aunque abundaban los solteros; ellos, en cambio, se entretenían en el café a la misma hora en que, con suerte, ellas se dirigían, pulcras y animadas, a casa de la modista donde se improvisaban sesiones de terapia colectiva y algunas tardes más piadosas se rezaba el rosario.

Select Jazz

Fui la mayor de cinco hermanos. Mis tías abuelas maternas tocaban el piano, y en su casa de La Pobla de Cèrvols organizaban veladas musicales, con toda la familia a cargo de un instrumento, excepto mi bisabuela Cecilia, que cantaba. A medida que se fueron casando y teniendo hijos, las mujeres abandonaron la afición. Menos mi abuelo Ramón, que, milagrosamente, antes de la guerra civil estudió música en el Conservatorio de Lleida. Pasaba a diario largas horas sentado al piano, jugaba con las partituras igual que un niño y soñaba con tener nietos pianistas. Siempre me pregunté acerca del virtuosismo musical de los Camprubí, de cómo en el culo del mundo se habían refugiado entre acordes y diapasones, a pesar de las nieblas espesas del invierno, de las malas cosechas, de la infame guerra. Las notas que caían desde el piano parecían desvelar una forma cifrada de ordenar el mundo, un modo de percibirlo desde otro lenguaje. Se abrían paso en mi cabeza, como telones de sonido que me procuraban placer y sentimiento, y me preguntaba por qué algunas melodías me hacían llorar.

Ramón Camprubí Cuadrat formó un cuarteto, Select Jazz, en los años cincuenta, con algunos de sus compañeros del campo de concentración trotskista de Omells de na Gaia, donde estuvo preso y fue torturado durante año y medio. En la música halló su cobijo espiritual y físico, la llave de su supervivencia. Quiso contagiarnos del nervio de las corcheas y apaciguarnos con preludios y sonatas. Mientras fuimos dóciles, nos sentaba en un taburete a su lado para recibir clases de solfeo, y o bien nos premiaba con una galleta, o nos daba un ligero cachete al perder repetidamente el compás distraídos por los ruidos de la calle. Cuando aprendí a interpretar *Para Elisa*, me sentí igual de dichosa que él, consciente de que me había regalado una llave para alcanzar un rubor interior porque en la música prendía el reconocimiento de las cosas pasadas, y yo me apropiaba de la añoranza que derramaba aquella

bagatela en la menor de Beethoven, torpemente interpretada. Lo consideré un pequeño don, tremendamente útil para lograr convertirme en mejor protagonista de mi propio relato de lo que había sido hasta entonces. Al menos, ahora podría entrar en un café con piano, y ante el hombre de mis sueños tocar *Para Elisa*. Ya que estaba desprovista de la fuerza física que hacía invencible a Pippi Calzaslargas, de la corona de la desgraciada Sissi Emperatriz o de la magia de Embrujada, mi personaje se abriría paso tocando el piano y escribiendo poemas forzosamente secos.

Me pregunto por qué regresa mi descubrimiento de la música al reconstruir el relato de cómo me hice mujer, y pienso que en parte se debe a esa interpretación conmovedora de mi amiga Clara Sanchis, que acabo de disfrutar en el teatro, que habita en la piel de Virginia Woolf. Hay que celebrar ese chute de asombro y testarudez, de finura y elegancia intelectual. Cuando sus emociones suben o bajan, la actriz se sienta al piano y piensa a través de sus teclas en los valores fundamentales del individuo: «Y se produce la mayor liberación de todas, que es la libertad de pensar en las cosas tal como son», dice Virginia/Clara. Woolf aseguraba que la indiferencia del mundo, tan difícil de soportar para escritores como Keats o Flaubert, se tornaba, en el caso de la mujer, en hostilidad. «Es extraño: la historia de la oposición masculina a la emancipación de las mujeres quizá sea más reveladora que la propia historia de la emancipación», afirmaba, y, sin duda, la mayor liberación de todas acabó produciéndose, al menos para la subjetividad femenina, que recuperó la libertad de pensar en las cosas como son. No solo se les había arrebatado la libertad, sino que se las consideraba negadas para el conocimiento y el ejercicio de la razón.

¿Qué pensaría Woolf acerca de la igualdad hoy? A menudo regreso a aquellas veladas musicales que me relataban mis tías abuelas Carmela y Rosita, mujeres fuertes y decididas que, gracias a la música, alcanzaron ese sexto sentido sin el que hubiera cojeado su fortaleza. Un escudo que las protegía. Apelamos al coraje, a la seguridad y al talento para derribar techos de cristal, pero no deberíamos dimitir de los mundos sensibles: nunca fallan. También me pregunto cómo sobrevivió mi abuelo a la sordidez de la vida rural, él que no pisaba los bares ni jugaba a cartas, y que accedió en solitario a una elevada finura a través del piano, el arpa, el violín o la trompeta. Fue un

músico completo, devoto, solitario. El piano lo salvó de la mediocridad. Tenía amigos aventureros por toda Europa, algunos eran excéntricos y vividores ases del estraperlo que contrataban a mujeres para viajar con garrafas de aceite bajo sus faldas largas, o bien traían piezas de coches desde Italia, como un socio suyo que ejercía una gran fascinación sobre el abuelo. Se llamaba Melero. Visitaba a la familia a menudo y cuando no tenía ni un duro traía champán, galletas y vino para cenar, pero luego había que ir a pagar a la tienda, pues compraba a nuestra cuenta. En una ocasión se instaló un par de días en casa acompañado de su mujer, una cantante portuguesa de nombre Issa Pereira. Los pequeños nos quedamos deslumbrados por su belleza y su don de gentes: solo habíamos visto mujeres elegantes como ella en las películas. No he olvidado su perfume exótico ni sus ojos ribeteados de negro. Me sentó sobre sus rodillas, y no hubiera querido despegarme nunca de aquel regazo distinguido. Issa Pereira tuvo orquesta propia durante los años cuarenta y cincuenta, afamada intérprete de boleros y de la llamada «canción española». Años más tarde busqué su rastro: me dijeron que había alentado el contrabando de exiliados gracias a sus *tournées* por los consulados europeos durante la posguerra. Cuando la invitaban a actuar fuera de España, acoplaba en su *troupe* a quienes solo podrían seguir vivos si cruzaban la frontera. Suya es la voz de la habanera *Yo te diré* que interpretaba Nani Fernández en la película *Los últimos de Filipinas*, rodada en 1945.

La recuerdo tan vivamente porque fue la primera mujer artista que apareció en aquel pueblo de piedra y, contra todo pronóstico, compartió nuestra mesa de domingo, comió canelones y crema catalana y nos trató como si fuéramos familia. No nos hacía falta saber quién era, bastaba su nombre sonoro y su mirada intensa para admirarla. Creo que fantaseé con tener una madre como ella. Hasta que me enteré de que años atrás, yo aún no había nacido, Melero y ella llegaron al pueblo sin avisar, una noche de invierno, y dejaron a su hijita al cuidado de mis abuelos sin dar demasiadas explicaciones, solo ocho días. Pasaron los meses, cambiaron las estaciones, y la pequeña María Jesús seguía en casa, sin noticia de los padres. La llevaron al colegio, donde la trataban igual que un animal exótico y le hacían corrillo cuando cantaba: «En una cueva que hay en Granada». «Tenía salero», decían los mayores. Esa fue mi primera noción de la gracia que distinguía a unas

mujeres de otras, un hechizo, un encanto. Mi familia empezó a pensar que Melero e Issa no regresarían nunca más, que la niña sería una más de la familia, una especie de media-hermana para mi madre. Hasta que una madrugada, sin avisar, llamaron a la puerta. La recogieron igual que la dejaron, sin apenas explicaciones; mi abuelo, que había desertado al ser llamado al frente porque solo quería ser músico, que se había salvado de ser ejecutado gracias a su don de gentes, y a los anillos que moldeaba con resinas y pasta de jabón para las novias de sus guardianes, ya sabía que había que preguntar lo justo. Desconozco el vínculo que mantuvieron, pero debió de ser lo suficientemente sólido para que nos visitaran muchos años después, cuando Issa Pereira ya no era joven ni tenía orquesta propia, aunque conservaba su halo de estrella. Cómo no iba a dejarme huella aquella mujer tan sofisticada; me imaginaba a Rita Hayworth o a Marlene Dietrich, con su inherente magnetismo y fascinante personalidad sentadas en el comedor de los abuelos, algo aburridas por la charla, hasta que se encariñaban conmigo, una niña fantasiosa y solitaria que les hacía preguntas tan inocentes que las desarmaba. Aquella tarde lenta, al despedirse, Issa Pereira me cogió la cara con las dos manos delicadamente, para besarme y bendecirme, como si fuera una de las suyas, y entonces me sentí tocada por algo que no sabía bien qué era, algo desconocido. Tenía que ver con la densidad de aquel pachulí denso, con su forma curva, nada picuda, de andar encima de unos tacones y, por encima de todo, con ese mirar profundo como si detrás de ti hubiera un océano. Era puro glamur. Aún no conocía aquella palabra.

En una casa donde suena música permanentemente, de *La cumparsita* a las sonatas de Bach, existe una mayor predisposición por parte de los niños a jugar. Lo hacíamos sin parar, además de cumplir con el calendario de eventos y la intensa vida social que por entonces se desarrollaba en los pueblos. Las niñas asumíamos no siempre con placer el rol adjudicado: yo solo quería ser María Magdalena en la procesión de Semana Santa, el personaje femenino más interesante, el que había bebido de otros mundos y se había salvado. De generación en generación, nadie se ha librado del peso de aquellas palabras antiguas y limpias que, se dijo, la redimieron: «Quien esté libre de pecado que

tire la primera piedra». Hasta cuatro décadas después, no recibí la noticia de la deformación del personaje histórico, liberado por la teología feminista del estereotipo de la prostituta redimida.

Aparte de las procesiones y las catequesis, hacíamos funciones de teatro y *Escala en Hi-Fi* —así denominábamos al *playback* con disfraz y maquillaje — con particular querencia por personajes femeninos como Raffaella Carrà o Massiel. Y aún sumábamos otro papel: el de precarias *majorettes* sobre patines blancos que acompañaban al equipo de hockey del colegio. Lo hice una vez. Y me sentí tan humillada y ridícula moviendo una varita, con una falda corta y el culo al aire, mientras ellos, equipados como vikingos, se mostraban dispuestos a competir y a ganar, que juré que sería la última. Con todo, tuvimos suerte, porque los maestros nos sacaron adelante a chicos y chicas con pocos complejos. Nos hacían saltar al plinto sin distinciones, además de obligarnos a correr por caminos polvorientos en campeonatos provinciales de cross donde más de una vez tuvimos que sortear a pobres animales sarnosos. Yo corría sin cesar, avanzando casi siempre sin mirar atrás, dejando a un lado las granjas de cerdos, las mujeres que levantaban una mano con su delantal aceitoso, los tractores con un hombre rudo cuya mirada perdida siempre intimidaba. Corrí hasta que llegó el flato —una bolsa de aire, decían—, que me acuchillaba el vientre y me impedía seguir en la carrera. Esa fue la razón por la que abandoné mis sueños de atleta y me convertí en una aficionada actriz infantil que seguía deglutiendo libros prohibidos con una linterna debajo de las sábanas.

Fui una hermana mayor mandona, y aunque niña tímida que miraba de reojo, apenas dejaba hablar a Francesc, con quien no me llevaba ni trece meses. Crecimos sin distinciones, y cuando fueron creciendo la tercera y el cuarto, Agnès y Eduard (Santi llegó más tarde), poníamos la mesa entre todos, veíamos juntos las aventuras de Pippi que nos envalentonaban y mejoraban nuestro talante aventurero. Aquella chica pelirroja y traviesa fue un modelo fundamental en nuestra educación primaria, y, como dicen ahora, nos empoderó: los adultos parecían inmaduros mientras que Pippi arrojaba una enorme sensatez y capacidad de resolución. Nunca se le ocurrió que ser niña fuera algo distinto a ser niño. A nosotros tampoco, siempre nos imaginábamos oficios intrépidos, nunca señoritos ni amas de casa.

A veces nos inventábamos idiomas, y en la boda del tío Martín, que se casó con Loli en Almería, nos hicimos pasar por atenienses en los columpios del hotel a fin de impresionar a unos niños. El tío Luis, capitán de la marina mercante, otro portador de grandes historias y regalos exóticos, me había traído un poncho azul con cenefas que imitaban el Partenón. Debía sentirme algo disfrazada, porque empecé a farfullar un idioma que presuntamente era griego. Mi hermano me seguía la corriente, hasta que ya no se nos ocurrió qué más palabras inventar. En el comedor de casa, nos embobábamos con Curro Jiménez, Los hombres de Harrelson o los peliculones de Semana Santa, que, al ser sobre Jesucristo, nos permitían ver hasta las tantas y podíamos indagar en asuntos sentimentales gracias a María Magdalena. Nunca nos gustó lo violento, los gritos, los golpes. Con los años, me escabullía cada vez más de las tareas domésticas. La excusa siempre fueron los estudios, aunque en verdad no toleraba bajar la basura. En aquellos años me lavaba las manos muchas veces al día. Me perseguía el mandato interior de querer ser la mejor. Y eso me producía ansiedad. Las uñas mordidas no engañaban.

Al lugar más sagrado de la casa lo llamábamos «la salita», y en ella convivían un viejo piano, un tocadiscos importado de Alemania y una imagen de san Antonio de Padua a quien mi abuela le rezaba cada vez que se perdía algo. El pobre santo ya no tenía brazos porque fue transportado en múltiples ocasiones al refugio habilitado durante los bombardeos de la guerra civil. Ahora presidía el lugar más artístico de la casa, milagroso y manco. Cuando nos íbamos a visitar a los abuelos de l'Albi, que nos daban cacahuets, allí pasábamos la tarde de los domingos mientras los mayores recibían visitas o escuchaban *Carrusel Deportivo*. La salita era el mejor refugio para fantasear con el futuro rodeados de singles y elepés, y, gracias a nuestro tío Martín, ideamos el mejor entretenimiento para soportar el tedio dominical que se esparce hasta que oscurece, una sensación que con el tiempo fui advirtiendo que es universal y consigue que todos los lugares del mundo se homologuen. Acabaría por comparar los domingos a una habitación de un hotel, ese cuarto que siempre parece el mismo estés en Bruselas o en Cuenca, trazado por los rituales del hospedaje despersonalizado: el minibar, las zapatillas blancas, la

alfombra junto a la cama, la tarde que cuando cae encoge el estómago señalando un tipo de nostalgia desdibujada. El ruido de la calle tras una ventana que no te pertenece. Ver qué pasa cuando no pasa nada.

Al tío Martín, antes de echarse novia, se le ocurrió puntuar los discos mientras aprovechaba para limpiarlos con una gamuza. Él anotaba los puntos en bolígrafo, mientras mis hermanos y yo estábamos autorizados a hacerlo solo con lápiz. De esa forma, nos atrevimos a ponerle un 7 a los Beatles, un 9 a nuestro querido Lluís Llach y un 10 a Neil Young. Puede que ahí se forjara nuestra primera noción de la responsabilidad, jugando a examinar grandes artistas hasta sentir la cosquilla del remordimiento cuando creíamos haber sido muy duros con Peter Frampton o excesivamente condescendientes con Elvis. Eran tardes de *Black is black*, Mungo Jerry, Leonard Cohen e incluso el surfero californiano Leif Garrett, que se postulaba como *sex symbol* alentando el fenómeno «fan». Según las reglas del tío, en menos de cinco minutos debías decidir si te gustaba o no, y en qué grado. Tratar de ser justo, pero a la vez sincero; dejarse llevar por el oído y el placer que nos producía tal o cual canción, aunque fuéramos conscientes de que a algunas, a pesar de ser obras maestras, no podíamos ponerles un sobresaliente porque se nos hacían esquivas. Años más tarde me di cuenta de que lo que en verdad importaba de aquel juego no eran los puntos, sino cómo conjurábamos la melancolía de la tarde cada vez que la aguja acariciaba el vinilo. No era un sentimiento exclusivamente femenino o al menos entre los hermanos. Pero a mí me ayudó a forjar el carácter y a alimentar mi autonomía, y así una y otra vez me decía que me bastaba con el lápiz de mi pensamiento para no aburrirme, para no necesitar que me hiciera caso un chico.

A parte de Sandie Shaw y sus *Marionetas en la cuerda*, no destacaban demasiadas mujeres entre nuestras debilidades musicales. Excepto Maria del Mar Bonet, a quien le teníamos una gran simpatía por llevar nuestro apellido. Mi madre, cuando estaba embarazada de mí fantaseó con ponerme ese nombre, pero mi abuelo dijo: «Maria del Mar y Maria del Riu. Y además se llama así la cantante. Y punto». En casa teníamos discos de todos los cantautores catalanes. Pero de forma íntima, me enamoró una canción que Maria del Mar cantaba con Quico Pi de la Serra: *Es fa llarg esperar*. Su letra, escrita por Pau Riba, se convirtió en una especie de himno iniciático: «Cuando se espera que

el mundo se derrumbe para volverlo a edificar»; «quieres que sea mañana pero aún es ayer»; «sientes que tienes el alma muerta y ves el mundo confuso»... Parecía escrita para una preadolescente como yo, que sopesaba el tedio y el deseo y se sentía la protagonista de un cuento de Mercè Rodoreda. Me golpeaba la idea de esperar sin saber muy bien qué, e imaginaba que el tiempo era una llanura por explorar. *Es fa llarg esperar* era una canción que me portaba efectos de fuego de leña pero también arrastraba una melancolía que me hacía llorar, esperando a que llegara aquello que todo lo trastocaría. Una especie de ausencia me invadía pensando en la ciudad, repleta de rostros apresurados y escaparates relucientes donde unas vendedoras me hablaban con labios de mantequilla y sentía un suave cosquilleo en el pelo, como si unos dedos invisibles me acariciaran.

En secreto, atesoraba la música de mi madre, Joana Camprubí Arqué, que escuchaba en silencio durante los viajes largos en coche. Después del fútbol ella escogía sus casetes de Chavela Vargas, María Dolores Pradera, Mari Trini o Mina, y encendía un mentolado. Un Paxton andorrano. Y se creaba un microclima de película. Esas eran las pocas ocasiones en que sentía que mi madre era una mujer liberada. Y, haciéndome la dormida, paladeaba secretamente la letra de *Volver* o de *Amanecí otra vez*, imaginando cómo sería la pasión una vez me llegara, si me morderían los labios, si me dolería. Aunque entre todas las piezas, había una que no era de radiocasete sino de tocadiscos, dotada para que la aguja troquelara sus acordes, una canción que sonaba muy lejos, como si trajera ecos de los tiempos de guerra y voces de mujeres desgraciadas que querían ser felices aunque fuera solo una noche: *La vie en rose*. Su intérprete, aquella mujer pequeña que al cantar se transformaba en un cisne, me resultaba misteriosa y, por tanto, atractiva. Pronto aprendí a diferenciar los artistas de los personajes. «Ay, la Piaf», suspiraban los mayores y a veces achinaban los ojos haciendo chasquear la lengua, murmurando: «pobre», «demasiado joven», «¿sabíais que se crio en un prostíbulo?». Trataba de indagar, los sometía a un tercer grado, y percibía un sentido de la desgracia desconocido, vinculado a su condición de mujer, que no arrastraban los hombres. Piaf anduvo. A través de su voz recibí las primeras nociones de precipicio.

El edredón granate

Mis abuelos me imprimieron carácter, tanto como mis lecturas. En Navidad, después de comer, con el mantel mojado de cava y un reguero de migas de turrón de Jijona, mi abuela Juanita abría la caja de los habanos y él, Ramón, escogía uno, entre la avidez y el cálculo. Los niños esperábamos con ansia la vitola, el colorido anillo de papel que garantizaba su procedencia, y luego nos quedábamos embobados mirando cómo Juanita desvirgaba el puro: mascaba las hojas quebradas del tabaco en su boca, ensalivaba lo justo, y cuando ya estaba listo, lo encendía con una mecha alta y anaranjada. Tras aspirar dos caladas, se lo pasaba al abuelo, goloso del humo que saborearía en boca, y tras las primeras volutas redondas, él echaba la espalda hacia atrás y el mundo se convertía en un lugar de mayores que algún día también sería nuestro. Era entonces cuando Ramón y Juanita se cogían la mano, igual que una pareja de jóvenes. Fue nuestra primera lección de amor y resistencia. Habían pasado una guerra: mataron a los suyos en una cuneta, soportaron nieblas espesas, la cárcel, el hambre, los estraperlos para sobrevivir. Y aun así, ella nunca abandonó la belleza, los versos que escribía de joven, la idea de la felicidad al alcance de la mano, como esas cajas de galletas variadas que eran su festín. Él fue soltando los lastres que tanto había glorificado y redujo su vida a dos actividades diarias: tocar el piano y criar conejos; ella, que era madre de familia numerosa y tuvo criadas y cocinera, se pasaba la mañana barriendo. Me costaba comprender por qué lo hacía sin descanso, hasta que mi madre me descubrió su treta: «Es su manera de escuchar el piano». Nosotros vivíamos en el segundo piso, ellos en el primero. Cuando me enfadaba con mis padres, me refugiaba en el comedor de los abuelos ante el regocijo de estos. Siempre me daban la razón, me servían el plato de la cena y, en una ocasión, ya jovencita, mi abuela me llamó en secreto a su cuarto, abrió un cajón y sacó un paquete de Winston: «Te lo traje de Andorra, pero no te vicies, ¿eh?». Cuando

celebraron las bodas de oro asistimos a una misa en una pequeña capilla; al terminar, él fue hacia el órgano y se agarró al bolero ante Cristo con su amada: *Solamente una vez*.

Eran excéntricos en su intimidad, y ese punto de fuga me admiraba, creía que era propio de las personas felices. Una tarde, en que regresamos de viaje antes de hora, me los encontré bebiendo una botella de champán y desenvolviendo el surtido de galletas Cuétara como unos niños traviosos. Ramón había tenido siete vidas, accidentes y reveses. Juanita, que había estudiado con las monjas dibujo y literatura, era diabética. Solo le tenía miedo al fuego. Nos instruyó en mojar los ceniceros antes de vaciarlos en la basura. Leían el periódico con lupa. Ella a veces le decía: «¿Por qué no tocas un tango...?». Hace demasiados años que ya no se sientan a comer con nosotros en Navidad, que no escuchamos en su piano el *Ave María* de Schubert; sin embargo, permanece intacta aquella escena de amor que no he vuelto a ver en mi vida: cuando ella le encendía el habano.

La habitación de mis abuelos aún conserva el edredón granate a los pies de la cama. Parece un teatro abandonado. Aspirando muy a fondo, cazo una ráfaga del aroma original: lavanda, café y lejía, aunque el olor a viejo se haya adueñado de los objetos y las paredes. Ya no hay cajas de galletas Cuétara en el altillo del armario ni licores exóticos en el mueble bar. La abuela me regaló los últimos cartones de tabaco andorrano *ultralight* antes de morirse. Me lo dio de extranjis, con la condición de que le jurara que solo fumaría en ocasiones especiales. Le mentí, ella lo sabía. Me preguntaba de dónde sacaba las palabras extrañas de los artículos que empezaba a escribir, cómo se me ocurrían, cómo me venía aquella idea o la otra a la cabeza. Cuando estrenaba un abrigo me hacía dar media vuelta, bastaba una señal con el dedo para que yo se lo mostrara haciendo un giro, lo tenía que aprobar por delante y por detrás. A mi abuelo le reclamaba que interpretara las sonatas más encantadoras pero también aguantaba las interminables clases de piano. Él se empeñaba en transferir su don al último eslabón de su especie: mi hermano pequeño, Santi, que deslizaba sus dedos con armónica locura para complacerlo, descreído, mientras tocaba a Nick Cave y al *abu* se le humedecían los ojos.

Con los nietos nunca ejerció del padre despótico que fue. En Ramón había caldo de artista, un hombre valiente con un pasado temerario. Tuvimos antepasados superdotados, curas, enfermos de amor, una tía monja que se quedó ciega... Hablaban de ella cuando un grupo de mujeres, junto a la ventana soleada del comedor, escuchaban a Elena Francis al tiempo que cosían a máquina. Fui testigo casi muda aquellas tardes de verano gobernadas por mujeres que parecían mayores, aunque mi madre no tuviera ni treinta años. Habían desarrollado un mecanismo para comprender las llamadas de socorro, el aliento silencioso de la injusticia ante un destino sacrificado, el hecho de pertenecer a una segunda categoría. Bien conocían el camino recto: los varones podrían conseguir una matrícula en ingeniería y un colegio mayor jesuita; ellas, en cambio, serían maestras y residirían en colegios de monjas donde apenas llegaba Shakespeare, para acabar convertidas en amas de casa toda su vida. Sin embargo, aún no lo sabían, y el sueño romántico del gran amor se agitaba en las literas sombrías de los internados, bajo las sábanas acrílicas, incapaces de abrigar tanta ansiedad.

Podría contar mucho más de aquel mundo en miniatura. La vida de pueblo te ofrece una primera visión de las estructuras sociales y de las emociones humanas tan certera como limitada. Me entrené en escribir mentalmente lo que vivía. El lápiz imaginario anotaba los primeros besos en la penumbra de la escalera de la sala parroquial. Mejor dicho, la cadena de besos: cuantos más, mayor libertad. En lugar de diario, escribía cartas, así al menos alguien lo leía, aunque algunas no llegué a mandarlas, como esta:

Querida Mercè:

Salgo con Él. No me lo ha pedido, ni yo a él, pero salimos. Ya te lo explicaré otro día. Ahora estoy desesperada. La otra tarde, después del cine, me acompañó a casa, y como mis padres aún no habían regresado dimos vueltas por las calles (estaba oscuro), no hacíamos nada, solo hablábamos pero nos vio bastante gente (y ¡escándalo a la vista!). Al final le dije que entrara en el portal, hablamos, y por fin él me dijo que si quería algo que me diera mucha vergüenza, y yo le dije si quería abrazarme, y lo hizo. Por primera vez me abrazaba con un chico. Él buscaba mis labios, yo tenía miedo, me acariciaba el cabello, por fin juntamos los labios pero enseguida los retiré y subí a casa. ¡Pero ya lo habíamos hecho! (Todo esto duró una hora y media.) Muchas

alcahuetas de la calle espiaban por la ventana y creo saber su nombre, seguro que han malpensado muchísimo. Al día siguiente mi madre me lo contó casi todo, aunque con exageraciones, ¡excepto lo de la entrada!

La carta continuaba, con una posdata: «Él se ha cortado el cabello pero le crece pronto, ahora tiene rizos pequeños, estaba mejor antes».

Mi relación con los libros fue más promiscua que con los chicos. Además de las lecturas provechosas, le robaba a mi abuelo lo más morboso de sus estanterías, títulos que relataban las desventuras de muchachas que se iniciaban a la vida adulta entre las adicciones y el infortunio. Recuerdo uno, del Círculo de Lectores, la historia de una chica que tomaba un Valium junto con lo que entonces se llamaba *destornillador* —vodka y zumo de naranja— y cayó en coma durante muchos años. Era un caso real, se llamaba Karen Quinlan: melena lacia, vida luminosa, y después de aquella noche acabó convertida en un saco de huesos, atada a un respirador. Su historia me impresionó a modo profiláctico. Pronto empecé a viajar sola en autobuses. A veces mis abuelos nos advertían de que no aceptáramos caramelos ni bebidas de extraños. En especial si eran monjas o curas. Aquello era lo que más nos intimidaba, porque íbamos a misa y le teníamos respeto a los religiosos. Y a fin de prepararme para el trance, me decía que tendría que desconfiar de sus caramelos inventando una buena excusa. Entonces a nadie le importaban las caries.

¿Cuáles eran los dictados de una muchacha que, en mi caso, además de desear febrilmente ser mayor, quería conocer mundo? La primera señal fue la llegada de la sangre. A partir de aquella mañana en que me desperté ensangrentada, con apenas once años, y me pasé todo el día en la cama, llorando, rebelándome contra aquello que entendía como una nueva esclavitud que mi biología me imponía cada mes, empecé a sopesar el precio que había que pagar por ser chica. Los pros y los contras. Los vértigos y las fantasías románticas, las verdades y mentiras que iría desnudando. Llegaron las compresas a mi vida, ¡con qué vergüenza las envolvía y las apartaba de la inocente mirada de mis hermanos varones! Odiaba que mi padre lo supiera. Parecía que un velo ancestral acabara de caer sobre mí, como el hiyab que se

colocan las musulmanas o la peluca de las judías ortodoxas anunciando el fin de la inocencia, anticipando que la edad de la fertilidad equivalía al bautismo sexual.

La segunda señal se produjo cuando, un verano, empezó a crecer el vello de los brazos, y, junto a mi amiga Loreto, en el balcón de su casa, nos lo cortamos con las tijeras de coser. Puede que aquello fuera un conjuro contra lo que nunca querría ser: una mujer que cose. Durante un par de veranos fui a aprender costura con la tía Josefina, la primera vegetariana que conocí, gran defensora del ayuno y la frugalidad, y que, según se rumoreaba en el pueblo, tenía muy buena relación con los espíritus. También vivía sola y vestía de negro. Agosto dormitaba una larga siesta, mientras, en un callejón empedrado, una docena de niñas aburridas llenábamos con nuestros murmullos la tarde sosteniendo entre las rodillas un telar, experimentando el sádico pero a la vez dulce placer de perforar con una aguja la tela tensada. Pinchábamos al derecho y al revés, a veces absortas en el agujero que al instante florecía con el hilo, como la rosa que intentábamos bordar.

En mi caso, y dada mi torpeza con las manualidades, los pensamientos nunca pudieron vagar con libertad cuando cortaba el hilo con el molar derecho, como le habíamos visto hacer a Josefina. Hoy apenas sé coger un dobladillo, tenía prisa por aprender otro tipo de cosas, las que creíamos imprescindibles para salir adelante y que pasaban por los hilos de la cultura en lugar de la costura. Las labores representaban parte de aquello que mi generación no quiso perpetuar: la abnegación y la renuncia. El transistor junto a la máquina de coser, mientras afuera el mundo construía rascacielos, embarcaba en aviones y entregaba premios Nobel. Dejé de ir a coser para seguir leyendo.

El primer perfume que utilicé fue uno de mi padre, Eau Sauvage, que poco después compraría con mis primeros ahorros en perfumerías donde me sentía una chica con personalidad que no olía a limones del Caribe. No me gustaban los juegos de chicos ni las películas violentas, pero cuando llegaban carros de gitanos al pueblo e iban llamando puerta a puerta para pedir leche, pan y algún duro, yo sentía, más allá del miedo o la compasión, un picor curioso: atisbaba un trozo de mundo extranjero, desconocido, sórdido, huidizo, tan solo comparable al de las novelas.

Algo parecido ocurría con el circo. Es una imagen bien alojada: hombres con elásticos negros que tensan la carpa recién llegada a la ciudad y hablan en diferentes lenguas; forzudos que miran con el rabillo del ojo e impresionan tanto como las mujeres zíngaras que llenan garrafas de agua en la fuente, vestidas con quimonos. Faquires y enanos. Luego los vi fotografiados por Djuna Barnes, artista salvaje, a quien le atrapaban los mundos invisibles, deformes y excesivos. Aquel día paseaba de la mano de mis padres, quería ver las *roulottes* aparcadas detrás de la carpa, donde vivían aquellos niños que no iban al colegio, casi como Pippi, nómadas y aventureros. Hasta que vi la puerta de una, entreabierta: unos maillot de pedrería colgados en el pomo, una revista de moda extranjera en el suelo, unos zapatos de cristal, pelucas, polveras doradas... Es mi primer recuerdo del circo, pero también de los objetos que brillan y te transforman.

Con los años volví a admirar aquellas segundas pieles, bodis cosidos de lentejuelas que dibujaban la espalda de una mujer araña, pendientes de lágrimas de cristal o chaquetas repuntadas, con botones dorados, aunque no eran los camerinos de un circo, sino los *backstage* de los desfiles de alta costura en París. Cuántas colecciones de diseñadores han brotado de aquellos mundos de la infancia poblados de ilusionistas apátridas que en sus juegos malabares nos contagiaban por un instante la idea de que todo es posible, incluso andar al revés como las mujeres que desde los libros empezaron a *desmaestrarme*.

Las estaciones vacías

Los juegos de niños te conectan mejor con la gravedad de la vida. Cómo se nos van apagando las estrellas y su magia, que hasta los diez u once años defiendes a muerte porque te acompañan hasta la cama y guían tu paseo hacia el sueño. Aquellas noches que tan felizmente aguardaba, me dormía con el traqueteo de los trenes que pasaban encima del puente cercano a casa. Los silbidos y los chirridos de los raíles me arropaban, me daban calor. Con los ojos cerrados, me abandonaba a una cadena de ensoñaciones: entraba dentro de un vagón y me sentaba al lado de un hombre guapo que me preguntaba qué asignatura me gustaba más en el colegio. Después me enseñaba la luna, descubriéndome que tenía ojos y cara, que me estaba sonriendo. Ya en el asiento, una mujer me ofrecía un bocadillo con queso de su pueblo que sabía rancio, y con el optimismo que confiere el queso me dormía en la litera celebrando que contaba con un ser llamado Luna a quien buscaría para contarle lo incomprendida que me sentía en mi pequeño mundo cimentado por chismes de viejas reprimidas; también para confesarle que esperaba algún día a un príncipe encima de una Harley Davidson.

En aquel tiempo ya había sufrido el primer golpe existencialista: cada vez que el jefe de estación cogía con los dedos de una mano el silbato y levantaba con la otra la banderola, sentía un sabor ácido y una flojera de piernas. Lo vivía a diario, porque de lunes a viernes cogía el mismo tren para ir a Lleida, y, en un raptó de ingenuidad, deseaba buena suerte a cada una de aquellas vidas que se escapaban de mi existencia pero que por el solo hecho de intuir las me conmovían. Tenía un nudo en el estómago que me asfixiaba cada vez que el eco del silbato anunciaba la llegada del Expreso de Cataluña. Y como una tercera señal de mi toma de conciencia entre mi *yo mujer* y ese artefacto llamado sociedad, subiendo a aquellos vagones de escay rojo, me di cuenta de que yo no era el centro del mundo, de que un amasijo de vidas,

concéntricas, privilegiadas, apasionadas o difíciles, constituían el verdadero eje del cual yo tan solo era un alambre, apenas una anécdota. Fue una bofetada plana.

Creo que estuve una semana entera sin cenar, escuchando la radio hasta bien entrada la madrugada y pensando en las ventanas iluminadas de la ciudad. Por aquel entonces había conseguido convencer a mis padres para estudiar BUP en Lleida. Cada amanecer, granizara o nevara, me despertaba de madrugada para coger el tren de las 7.00 h. A veces andaba los dos kilómetros que separaban nuestra casa de la estación en medio de la noche cerrada o bajo las estrellas. Con los rigores de las grandes nieblas, las siluetas de la fábrica de jabón abandonada se hacían tan amenazantes que algún día tuve que pedirle a mi padre que me llevara en coche. Miedo y frío mezclan mal. Las manos congeladas mientras podía asomar un aliento en la nuca, un espectro de la noche, un *temporero* —como les decían a aquellos hombres que estaban de paso y trabajaban en el campo durante las cosechas—. Pero había que disimular el miedo. Cuando me sentaba en el vagón, respiraba hondo al sentirme a buen resguardo, una temeridad que no puedo dejar de admirar en aquella niña vestida con un traje de punto rosa de su madre, marca Escorpión en el amanecer helado. Allí aprendí el oficio de mirar por la ventanilla. A taladrar los cuadros al natural que iban emergiendo de la nada, parecía una película muda que me transportaba a las vidas de los otros. Casi cuatro años de tren mañana y tarde contemplando paisajes, y no me refiero solo a los campos ni al jefe de estación con su silbato, sino al paisaje humano, a las escenas diarias que planteaban los primeros dilemas y fracturaban la linealidad del tiempo. La razón de ser del tren es la de unir ciudades, enlazar corazones que palpitan de poder, amor o dolor, con sus ambiciones y sus hipotecas, mientras que las pequeñas estaciones se van convirtiendo en lugares semiabandonados.

Mis primeros trayectos solitarios en coche de línea me traen aquella sensación revoltosa de emanciparme transitoriamente. Debía de tener catorce años, mis padres me acompañaban a la estación y mis tíos me recogían a la llegada del autobús o del tren. No había demasiado margen para descubrir mundo, por eso el trayecto era el verdadero viaje: intentaba escoger bien el asiento, pues en verdad lo que yo ansiaba era conocer a personas lo

suficientemente interesantes para pedirles la dirección y cartearnos. Escribir y recibir cartas consistía en mi gran entretenimiento, un estímulo feroz que me ayudaba a proyectarme. Cuando el cartero no tenía nada para mí, me hundía en la miseria. Era algo parecido a sacar una nota mediocre o a quedarme sin helado. En aquel pequeño pueblo de piedra y almendros, las vidas ajenas a aquel microcosmos, que intuía excitantes y plenas, alimentaban la mía; debía ser algo parecido a los amigos virtuales de Facebook porque a veces me escribía con gente que en verdad eran extraños.

En los viajes en autocar se solía hacer una parada a mitad de camino. Al principio me daba vergüenza bajar, y me quedaba enroscada en el asiento, hasta que un día, de camino a La Seu d'Urgell, entre tímida y precavida decidí asomarme al bar de carretera y pedir un TriNaranjus. Creo que fue esa vez cuando hice una amiga mayor. Debía de tener más de cuarenta años, y mucho misterio. Me contó historias de hombres que apenas entendía, llevaba un perfume denso y unos ojos perfilados de negro. Hablaba con una suavidad que me adormecía. Lo desconocido era una promesa y ella se ofrecía como sacerdotisa sin apenas condiciones. Sus cartas eran de las más interesantes, hasta que mi madre me advirtió de que le parecía muy rara aquella amistad con una mujer mayor y sola, que no era proporcional, y me tiñó de su aprensión. Aun así, seguí entablando conversación con extraños viajeros, y fue un buen invento para que nunca terminara la sensación de estar en tránsito.

En el pueblo, la muerte es tempranera, no se esconde, de ahí que el cementerio descansa cerca de los columpios, y el duelo consista en un estilo de vida piadoso pero que a la vez exime de ciertas obligaciones. Ellos morían más que ellas, en el campo o la carretera. Me impactó el caso de mi vecina Josefina, joven, divertida, inteligente, maestra, se le volcó el tractor encima cuando ayudaba en la cosecha un fin de semana. «Se ha matado la Josefina — así se decía entonces tras un accidente mortal—: se ha matado.» Aún escucho aquellas voces de la calle que subieron hasta mi garganta. O aquel otro caso de una chica muy guapa, madre de dos pequeños, que murió montando a caballo. «Se desnucó», repetían los mayores. Y yo enflaquecía, aguantando la respiración, pensando en la cabeza de Ana Bolena, porque *Las seis esposas*

de Enrique VIII fue la primera película de terror y de violencia contra las mujeres que me reconcomió varias noches, urdiendo mi venganza contra aquellos reyes sanguinarios.

Los años kumbayás

Tras dejar de patinar y de correr, porque la regla abundante, es más, la sensación de desangrarme, parecía incompatible con la agilidad, y tras romperme dos veces el pie patinando y considerar que los deportes eran demasiado arriesgados a causa de mi torpeza, me refugié más aún en los libros y la música. En el BUP, hasta conseguí un certificado para dejar de hacer deportes brutos con una monja alférez que disfrutaba humillando a las niñas patosas. Renunciaba así a la vida atlética, ya no me parecía a esas mujeres espigadas y flacas que jugaban a tenis y nadaban con estilo, como Jackie Onassis o Carmen Laforet, quien además había conseguido un premio importantísimo (su hija, Cristina Cerezales, contó en el 75 aniversario del Premio Nadal que creía que se trataba de un concurso de natación).

La resaca del franquismo había movilizado a los jóvenes que nacimos a mitad de los sesenta, y de forma especial en Cataluña, donde nos rebelábamos contra la represión que, entre otros asuntos de calado, había censurado nuestra lengua. Por tanto, mi primera militancia fue lingüística, condición imprescindible para rubricar mi identidad. Cuánta energía empleé para cambiarme el nombre en el carné y dejar de ser aquella Juana a quien detestaba, para llamarme oficialmente por mi verdadero nombre en un primer signo de autoafirmación. Mi madre me alentó, no en vano ella y mi abuela habían tenido que soportar ser Juanitas, y hace pocos años comprobé que a algunos interlocutores les resultaba incómodo llamar a mi madre por ese nombre: señora Juanita. Me pregunto cuántas mujeres han sufrido los diminutivos en una sociedad que se afana, en cambio, en ahuyentarlos de la biografía de un hombre en cuanto le empieza a asomar la barba, de forma que Alvarito o Luquitas recuperan por fin su dignidad nominal. En aquella época también me enganché a unos folletos protagonizados por «la Norma» que pretendían limpiar la lengua de castellanismos y otros mejunjes bárbaros.

Era tal nuestra convicción que, con mi amiga Àngels Bardají y aún en el instituto Joan Oró, conseguí entrevistar en La Seu Vella de Lleida a Lluís Llach, aunque lo que a mi compañera le importaba de verdad era que le diera dos besos. Con él cantábamos *El jorn dels miserables* de aquel LP, *Gener del 76*, que guardábamos en el cuarto igual que una reliquia sobre la que inscribir el amor por nuestro país. La militancia era inexcusable, y más en nuestro entorno, catalanas de más de dieciséis apellidos. Idealizábamos la libertad, ignorando cómo nos comprometería cada elección, ajenas a las teorías sobre el escaso margen del libre albedrío. Queríamos sobrevolar el mundo, soltar los amarres familiares, acariciar aquella Ítaca que conocimos también por Llach, interpretando a Kavafis, y dejarnos llevar por los raptos eufóricos de un país que creíamos que por fin sería moderno, comprometido contra las injusticias, aunque también creativo y mundano.

En aquel galope vital, con aires de rebeldía que tan bien se acomodaban a esa edad, seguía comiendo libros para descubrir a las mujeres que quería ser. Llegué a Rodoreda como lectura obligada en el bachillerato, y me transformó. Ejerció de deshollinador, de quitanieves mental y moral. Y empecé a entender lo que significaba escribir. Entresacar con las uñas las migas de pan que se acumulan en las ranuras de la mesa de la cocina. Eso hacía Colometa. Un gesto que desnuda al personaje. Desprovista de sentimentalismo y ambición, la suya es un alma humilde que no cae en el precipicio porque su bondad la protege de lo absurdo, y en su monólogo inocente, casi pueril, muestra las heridas que ha dejado abiertas la guerra. Cuando su marido muere en el frente, se vuelve de corcho, la calle le asusta, se encierra: «Tenía el corazón pequeño, solo estaba bien en casa». Mercè Rodoreda fue mi primer referente literario «de proximidad». La leí entera en catalán. Conservo aún las viejas ediciones del Club Editor, desde *Aloma* hasta *La mort i la primavera*, todas ellas desbrozadas hasta el ombligo. Me admiraba su estilo, una revelación para una adolescente que escribía desde niña sin saber muy bien por qué, aquella que a los Reyes Magos —grabado en una película de super8— les pedía un pupitre «para dibujar y escribir».

En las primeras páginas de *La plaça del Diamant*, *El carrer de les Camèlies*, *Mirall trencat* o *Quanta, quanta guerra* resumía la trama, describía los personajes, fijaba los temas y anotaba compulsivamente, con

letra de hormiga, las conclusiones, en las que destacaba aquella visión tan lavada y cruda del amor que no podía compartir. «Cuando empieza es una delicia, Después se hace difícil y es una especie de muerte. El amor en el fondo es una ilusión», declaraba la escritora. Fue su oído tan fino el que me abrió las primeras costuras de lo que aún no identificaba como sensibilidad. Me reconocí en sus pliegues complejos y en sus quiebros, en los olores y los silencios que condicionan la existencia, y muy especialmente en las voces femeninas que percibían un estado de extrañeza porque no sienten lo que deberían sentir, y engordan su singularidad anestesiando sus sentimientos y refugiándose en una soledad bien ventilada.

Nunca supe hacer el pino ni el puente, ni fui capaz de bucear. Me aterrorizaba lanzarme al mar desde un barco, sin costa a la vista. Aún ignoro qué me empujó, qué me hizo sentirme obligada a hacerlo por primera vez, e imagino que tiene que ver con la autoestima entonces tan frágil, no quería ser siempre la más torpe, quería demostrar normalidad, como si esta noción existiera en las edades de la mujer. Procuré saltar cerca de la embarcación para agarrarme a ella en caso de ataque de pánico porque entonces imaginaba que nunca saldría del fondo del océano. En otra ocasión, en una barca de motor, unos amigos me gastaron la broma de largarse cuando acababa de zambullirme en el agua; sentí que veía gris. Una borrosa cortina de agua que, mientras braceaba cada vez más torpe, invadía mis pulmones y empezaba a paralizar los músculos. Lloré. Y cuando por fin volvieron y subí a la motora, los insulté, les hice sentir remordimientos, capaz como era de saberme en el conflicto del otro, en su temblor, su vergüenza. Todavía hoy me sigo mareando en los barcos. Aunque no quiera y me esmere, ni la voluntad aquilatada para ser una tripulante digna ni la biodramina media hora antes sirven de nada. Sobreviene ese instante en que el balanceo quiebra mi equilibrio y el agua alrededor me emborracha, eso es perder el norte de vista.

He renunciado obligada a grandes planes a lo largo del tiempo: navegar acompañando las regatas de las islas Vírgenes, el sumun del estilo sobre aguas turquesa; surcar la costa de Capri en el velero de Diego della Valle... Me basta contemplar la postal desde la hamaca, en la orilla, con mayor alegría que si estuviera a bordo. Con aguantar la larguísima media hora del ferri Ibiza-Formentera. Así son mis amores marinos, frustrados y, con todo, platónicos.

La aventura intrépida no está hecha para mí. Recuerdo aquella vez, hará un cuarto de siglo, que quedé con Isak Andic, el Señor Mango, para almorzar. Vino a buscarme al trabajo en un Porsche blanco reluciente, y, al abrirme la puerta del copiloto, me lanzó las llaves invitándome a llevar el auto: casi me desmayo, no de ilusión, sino de terror. A los veinte años aún colaba no tener el carné de conducir, hoy admito que soy amaxofóbica y me cuento entre ese pequeño porcentaje de la población que no conduce, que nunca ha querido dar volantazos, como si no fuera conmigo, aunque para algunos se trate de un gran hándicap y para otros de una extravagancia. El olor a gasolina me marea y las rotondas se me aparecen en sueños como trampas mortales. Las cuatro ruedas, a pesar de su promesa de autonomía, de la libertad que supuso para muchas mujeres que durante décadas se habían tenido que conformar con ser copilotos. Pero yo me fui haciendo mujer sin apoderarme de ese tintineo tan prometedor: las llaves del coche.

Aunque en verdad conduje en una ocasión: una pequeña moto a los diecinueve años. Trabajaba en el Polígono de Lleida, como redactora de *La Mañana* y no podía depender de los escasos autobuses que te dejaban frente al cementerio. Era prudente pero cuando tenía que cambiar de vía sentía un terror paralizante. Un mediodía de otoño, en plena rambla Ferran, no logré frenar cuando de improviso un hombre cruzaba la calzada, era invidente, vendía cupones. Los vecinos empezaron a increparme, aunque no pasó nada —las rodillas peladas—, pero el viento hizo volar cupones y yo me lancé a darles caza. Acabé pagándole los que volaron del todo. Poco después, decidí ir a mi pueblo en la mobylette naranja. De aquel viaje —un trayecto de cuarenta kilómetros— aún conservo un sabor a libertad parecido a la sal del mar. Estuve a punto de quemarla. Llevaba una camisa de seda, larga, ancha, de color pastel. Era preciosa. Hay prendas cuyo tejido huele más a limpio después de lavado, que conservan su morbidez, fue de las más bonitas que he tenido. Siempre la he echado de menos. Pensarme con aquella camisa encima de la motocicleta forma parte del ejercicio de recomponer aquella persona que un día fui, aunque hoy la sienta igual que a una prima lejana. Solo me faltaban los auriculares para escuchar *Little Girl Blue* de Janis Joplin. Había memorizado el tema desde que lo descubrí. Mi amiga Lidia Bayona me

llamaba Janis, y me gustaba más que Jana o Mari Jo, que propuso mi madre cuando estalló mi primera crisis de identidad y le reprochaba la falta de originalidad de mi nombre.

Janis fue muy *hippy* y yo aún era una chica aparentemente formal y estudiosa, ni traviesa ni bronca, aunque secretamente fuera macerando mi inconformidad y preparando mi salto al vacío. Que me fuera bien en el colegio y ganara premios literarios representaba mi principal coartada, mi pasaporte para escapar del pueblo, de la claustrofobia que me cortaba el aire. Janis se sentía fea y gorda, tenía acné, era bajita, pero nosotras la admirábamos. Fue la primera mujer que se convirtió en una estrella de rock mundial. Llevaba flores en el pelo, pantalones de pata de elefante, chalecos bordados, y no era una impostora. Derrochaba verdad, desnudaba su alma y su voz nos estremecía porque suplicaba lo imposible y porque estaba muerta. Sobredosis, heroína, ácidos, anfetaminas. Las drogas eran cosas de artistas y millonarios. Como Elvis, cuya muerte nos sobresaltó una tarde de agosto y no nos cabía en la cabeza que un hombre tan guapo que había tocado el cielo hubiera engordado tanto y se sintiera solo y perdido y se atiborrara de pastillas. En nuestras tardes en la salita, nos chiflaba Elvis, en especial *Suspicious minds* y *In the ghetto*: eran temas que nos ayudaron a modular el sentido del ritmo y a intuir la sensualidad que podía balancearse en la cintura y en las caderas.

Apenas dos años después moría por la moda. Mejor dicho, por las modas. Con la excusa de encontrar mi estilo, me disfracé repetidamente para ser querida, de manera que a través de la ropa enviaba señales de lo que quería ser y aún no era. Superada la etapa cursi, entré en la dimensión *hippy*. Las viejas camisas de mi padre, a poder ser agujereadas, escondían mis pechos, que aplastaba con sujetadores-venda. Me rebelaba contra su crecida, igual que la regla, que tardé años en acompañar a mi cotidianidad (otro de los gestos que trascienden el género). Cuando veraneábamos en Salou, Cambrils o Peñíscola, a mediados de los setenta, me quedaba embobada mirando aquellas chicas que parecían tan modernas, con sus pantalones de pata de elefante y sus chalecos de flores en espiral. Mi tía Mari Carmen lucía un medallón de madera de una de las discotecas que frecuentaba, La Câte de Medrano, y que acabó regalándome porque adivinó que las había idealizado como icono de la felicidad absoluta. A veces conseguía que me explicara algo

de lo que ocurría allí dentro, y me contaba que las extranjeras bailaban rock con sus caderas angulosas y mucha clase. Los aires de Woodstock y Canet Rock llegaban hasta el comedor familiar. Yo quería ser como ellas. Independiente. Con la necesidad de levantar una fortificación interior para poder regresar a ella cuando me sintiera herida. La vulnerabilidad y a la vez la omnipotencia propia de la edad contribuían a que me sintiera unida por un hilo invisible con la protesta, la reivindicación, la utopía. Y el amor difícil. Se iniciaba una época con brillo dorado en la mirada y unos pantalones superceñidos. Yo y mi *sex appeal*. Yo y mis conciertos. Yo y los primeros amores que dirigía con mando a distancia. Yo y los cuentos chinos.

Siempre tuve frío. Mi madre heredó de mi abuelo el frío en los pies. La inclemencia de la temperatura como compañera de cuarto. Y la asignación de una estufa eléctrica para calentar las manos, el trasero, la punta de la nariz, los pies, cuando los malos tiempos nos privaron de la calefacción central. Pasé frío un par de años que me parecieron una eternidad. Dejaron memoria: destemplanaron para siempre mi temperatura corporal, hasta que logré un termostato propio. Me parece ver en una película a esa niña que leía y leía de madrugada, y respiraba hondo cuando la asaltaban las horas desde el campanario, horas secas, los cuatro cuartos, la una, las dos, las tres... El badajo no marcaba solo el paso del tiempo, sino que conmemoraba cada cuarto de vida. Y, tras deshacerse las vibraciones con el último campanazo, regresaba una quietud más limpia si cabe, como si la noche hubiera salido de la ducha enrollada en la toalla. Todo podía ser verdad, las ensoñaciones iban tomando forma de compromiso conmigo misma.

Una carta a Adolfo Suárez

Aquel día ya había apagado la luz. Mi hermana llevaba dormida dos horas. Entre libros de las Brontë había colado los diarios de Anaïs Nin, y, al escuchar voces, lo escondí. Al principio me quedé rígida, encima de la cama. Reñían. Mis padres no tuvieron demasiados años para el romanticismo. Nacimos casi seguidos los cinco. Tuvimos la mejor de las infancias, con silbato de bicicleta, clases de teatro, muchas tías, tíos, primos, funciones de baile y juguetes nuevos en Reyes, comprados con fruición y despilfarro. Ella nos leía poemas, él nos llevaba a la granja y nos gastaba bromas.

Permanece intacta en la memoria la tarde en que fuimos a La Ponderosa. Así había denominado mi padre, Francisco Bonet Pujol, a una finca con animales y huerta entre Albi —su pueblo natal— y Vilosell porque era muy aficionado al *western*. Se sabía de memoria infinidad de escenas, con sus diálogos. Hubo una cuyo título me taladró durante años por su épica: *La cabalgada de los malditos*. Me parecía casi tan terrible como *Ana y los lobos*, la película de Carlos Saura, que a pesar de sus dos rombos acabaría viendo una noche con mi hermana Agnès en un acto de pura transgresión. Nos costó un buen insomnio y, para quitarme el miedo, susurraba en mi cama con voz de ultratumba: «Ana, Ana, los lobos... ¡uuhhh!» hasta que los temblores daban paso a la risa. Pero volvamos a La Ponderosa. Allí nos bañamos en una pequeña balsa rodeada de pinos y zarzas, que siempre me dejaban heridas en las piernas; la grava y el polvo entre los dedos de los pies. Luego papá nos llevó a las pocilgas. «Mira, una berra que va a parir», me dijo. Yo lo miraba todo. Las rejas oxidadas, la paja en el suelo, los bebederos pestilentes, la carne violentamente rosada de la cerda. Chillaba tanto que no podías pensar. Mi padre se arremangó la camisa, abrió el grifo y llenó un cubo de agua. Y agarró la berra con determinación, abriéndole más el vientre mientras iba sacando a los lechones. La sangre le llegaba hasta el codo, le manchaba la

punta de los zapatos. No quería decepcionarle pero no lo soportaba y hui igual que una zombi por el corredor de las pocilgas en penumbra, hasta ver la puerta al fondo, entreabierta. Después él me consoló, sin darle demasiada importancia a mi estampida, con esas risas indulgentes que ni de lejos me calmaban. Creo que fue la misma época en que mi madre me sentó a su lado, casi con la cabeza pegada a la mía, en la mesa del comedor de los abuelos cuando ellos no estaban, solas las dos, y abrió, de manera que parecía que era un regalo, un libro sobre sexualidad para explicarme cómo se hacían los niños. Yo me las daba de sabia a fin de que no entrara en detalle. Repetí los nombres con ecos vergonzosos, me aficioné a decir trompa de Falopio, y con una primera distancia intelectual establecí un muro entre la biología del sexo y su práctica, que aún no me inquietaba aunque era un tabú en la vida real que solo podías desenmascarar en las novelas.

Mis padres, Francisco y Juanita, se habían casado muy enamorados. Casi secretamente, en las sesiones musicales de la fiesta mayor, observaba si salían a bailar. Era señal de que todo iba bien. Me di cuenta de que, si andaban enfadados, solo salían, y al principio con desgana, cuando anunciaban el último tema. Bailaban a gusto, tenían un estilo de personajes de Marsé, ella más Teresa, él Pijoaparte. Me daba cierto reparo mirarlos cuando sonaban los lentos: a veces ella apoyaba ligeramente la cabeza sobre su hombro y él ceñía su cintura, drapeada de azul turquesa. La única regla que rige entre una pareja es el compás. Ellos lo tenían, por eso sentía que si hubieran bailado más el pasodoble *Islas Canarias* y boleros como *Esta tarde vi llover*, incluso aquel *Rosó* de Dyango que siempre coronaba el *The end* y era como bailar el amor en catalán, les hubiera ido mucho mejor. Hasta que la adversidad cayó sobre ellos. Siempre los recordaré en sus raptos de alegría; estaban contentos antes de emprender escapadas de familia numerosa a Salou, Reus, o a Barcelona, de visita al doctor Roig Puerta, que me hacía plantillas para los pies planos. Se cruzaban por el pasillo de casa y él le daba una palmada en el culo, ella se reía pero aprovechaba para anunciarle una noticia de calado: la caldera, el garaje, la calefacción, el cuarto de la lavadora, el tejado, la terraza de los abuelos... Hasta que la noticia siempre era la misma: no hay dinero. Aquella madrugada hablaban alto, en el rellano de la puerta. Mi madre lloraba, la ira y la rabia no acababan de salir por la escalera. Lo estaban perdiendo todo. Los

bancos habían caído sobre ellos. Y en mi mundo adolescente entraron las hipotecas, dispuestas a cobrar forma de amenaza y a enquistarme su ansiedad. A mi madre le fiaban en las tiendas, apenas le llegaba para el recibo de la luz. Mis padres repetían la tragedia de mi abuelo: nos habíamos arruinado.

Empezaron a llegar notarios a casa. Yo le abrí la puerta al primero. Mi madre fue la valiente. La que demostró audacia y fe. Administraba lo poco que entraba con imaginación, vendió joyas y muebles. Y tuvo una ocurrencia, por llamarlo de alguna forma. Le escribió una carta al entonces presidente del gobierno, Adolfo Suárez, pidiéndole una prórroga cuando el Banco Exterior de España nos desahuciaba. A ellos, a mis abuelos, a nosotros, sus cinco hijos, al canario y a tres perros. En la arquitectura de la casa se inscribían años de pasadizos secretos que recorrieron los monjes medievales en busca de carne e impuestos. De pequeños admirábamos los agujeros tapiados, las puertas secretas marcadas sobre la pared. Los viejos decían que llegaban a comunicarse subterráneamente con el monasterio de Poblet, a doce kilómetros de distancia. Los mismos sótanos sirvieron de refugio durante los bombardeos de la guerra civil, y la vivienda entera, Cal Galán, fue tomada como cuartel general por los fascistas italianos. Mi abuela se salvó de ser violada por las extrañas leyes humanas que cruzan la compasión con la suerte. Su madre, Maria Palau, se moría de cáncer, a su padre, Joan Arqué, lo acababan de matar de un tiro en la nuca. Lo lanzaron desde un carro tirado por mulas a la entrada del pueblo. Probablemente fueron unos vecinos. Porque iba a misa. Porque no se metía en política. Por nada. La piedra antigua conserva un olor impreciso y evocador. Nuestra casa estaba llena de tanto pasado familiar, aún por clasificar, que no podía entender que subsistiéramos sin ella.

Aquello era medio milagro de san Antonio de Padua, coraje y desafío, la petición desesperada de una madre que envió su carta al Palacio de la Moncloa desde un rincón de Cataluña; una maestra enamorada del amor y de un marido que no le había seguido en su ambición por los mundos sutiles y que ahora tenía el estómago lleno de úlceras; una madre entregada a cuidar y educar a sus hijos, que se levantaba de madrugada cuando tenían exámenes, para repasar y calentarles la leche, escribió su carta:

Empezaba así:

Es improbable que esta carta llegue a sus manos, aun así tengo fe y creo que alguna puerta se tiene que abrir. Soy una madre de familia numerosa, mis hijos aún son pequeños, mi marido pasa por un bache de salud y el negocio no marcha muy bien; con trabajo podemos llegar a final de mes pero llevamos seis meses de retraso en pagar los intereses de la hipoteca. A pesar de varios intentos, el banco no atiende a razones y se niega a prorrogarnos el plazo para abonar la deuda. Es más, nos han amenazado con que si en tres semanas no cumplimos, debemos abandonar la casa. Solo necesitamos un poco de tiempo.

Con letra inclinada, de mujer leída, provista de fe en el futuro y convencida de que la democracia servía para algo, no era difícil apreciar que se trataba de una confesión sincera y contenida, ni de lejos transmitía las horas inciertas, el sabor a derrota o mejor dicho, a desastre, que paladeaba. Cerró el sobre y escribió sobre él: «Excmo. Sr. Don Adolfo Suárez, Presidente del Gobierno. Palacio de la Moncloa. Madrid». Pagó doble franqueo y la echó al buzón. Nadie, ni mi padre, ni mis abuelos, ni yo, que era la mayor, lo sabíamos. Corría el año 1976. Suárez había desplegado sus hechuras de actor y una sonrisa encantadora. En la televisión emitían *Hombre rico, hombre pobre*, y Adolfo —un falangista hijo de republicano que había jugado con mucha mano izquierda el traspaso del franquismo, aunque en origen fuera un azul delfín del Movimiento Nacional— tenía un aire a Peter Strauss —el hombre rico—, aunque, en cambio, su talante abierto y luchador recordaba más al del pobre Nick Nolte. Un Suárez chulo, simpático, errático, vehemente. Mi padre tenía un porte parecido, tan buen anfitrión y siempre conciliador y provisto de la gracia, o el don, de decirle a la gente lo que deseaba escuchar sin parecer adulador. Al igual que a Suárez, le sentaban bien las americanas; los dos parecían atléticos, pero eran fumadores empedernidos y hombres frugales que se alimentaban a diario con tortillas a la francesa y una sopita de pollo. No sé Suárez, pero él, después de afeitarse, se rociaba con agua de colonia palmoteándose las mejillas, y se abrochaba los gemelos de los puños de la camisa blanca, con el pelo mojado y una alegría personal, ignoro si se lo había visto hacer a Alain Delon o a Marlon Brando. Me producía una rabia freudiana, aunque me riera, cuando las amigas que venían a jugar me comentaban que parecía un actor de cine. Fue mucho peor en la adolescencia, cuando me decían: «¡Qué bueno está tu padre!».

En casa nos mandaban callar siempre que aparecían en la tele Suárez y Cruyff. Fueron los grandes ídolos de mi padre. Sus dioses. No conoció a ninguno de los dos, pero creyó en ellos, admiraba su talento pero aún más su estilo. En sus años más boyantes, ya independizado de mi abuelo, viajante de productos agrarios y propietario de un Chrysler verde musgo, hizo un catorce en una quiniela. Fue uno de sus mayores triunfos. En sus días más oscuros, estando muy enfermo, nos pedía que rellenáramos una quiniela con aquella misma combinación que treinta años atrás le había traído fortuna.

La respuesta llegó al cabo de diez días. El cartero del pueblo no se lo creía, incluso se había puesto un traje de domingo, «no cada día uno entrega un sobre del Palacio de la Moncloa», aseguró con desparpajo y chafardería. A mi madre se le encendieron las mejillas, le temblaban las manos al abrir el sobre. Nos llamó a los mayores al comedor, y leyó en voz alta: «Muy señora mía, hemos hablado con el Banco Español de Crédito y nos han comunicado que le prorrogarán el plazo para el pago de sus intereses. Esperamos que de esta manera puedan hacer frente a su situación». En aquellos tiempos, a pesar del inestable equilibrio del sistema, un hombre llamado Adolfo Suárez, con pasado franquista, que había oficiado una difícil transición, entre Franco y el destape, intervenía en cosas pequeñas —a través de su magnífico secretario— para que una familia anónima, sin valedores ni apellidos importantes, que solo pedía tiempo, pudiera seguir de pie. Fue nuestra lotería.

El banco nos concedió más prórroga, pudimos arruinarnos más lentamente. Pero evitamos el desahucio y hoy los nietos de mis padres consideran que la de Vinaixa es la mejor casa del mundo. Conseguimos alguna promoción especial para familias numerosas. Éramos buenos estudiantes, nos hablaron de las becas y mis dos hermanos menores ingresaron en la escolanía del Tibidabo, donde continuaron las lecciones de solfeo y piano de mi abuelo, y terminaron la primaria. Cerraron la granja, y mi madre se puso a trabajar de cocinera en un parador de carretera. Yo empecé a padecer de gastritis, igual que mi padre; me recetaron unos polvos llamados Gelodrox que sabían a yeso. Mi estómago no podía digerir la suerte de mi madre, aquella niña fina que estudió Magisterio en la Escuela Normal de Tarragona, y que, a pesar de su timidez y sus pecas, soñaba con hacer teatro. Ya adulta, los psicoanalistas a menudo me han preguntado qué tipo de padres tuve. Por qué acorté la infancia,

por qué no tuve una adolescencia rebelde, ni me peleé con ellos. No quería darles más problemas, tenían que sostener una pirámide que se tambaleaba, tan frágil que me daban ganas de llorar. Cumplí la mayoría de edad ganando un sueldo mensual y, excepto por mis intoxicaciones románticas, asumí sin pensarlo el papel de hermana mayor. Hice una transferencia inmediata e inconsciente del coraje de mi madre, sin distinguir la porción de realismo mágico que nos había regalado aquel presidente del gobierno. Suárez le había respondido, por tanto, todo era posible. Quise creer que había heredado aquel gen. La predisposición genética a tener *baraka*, la suficiente para ser capaz de revertir la fatalidad, a pesar de habernos educado en aguardarla resignadamente. ¿Cómo tuvo esa idea tan osada mi madre? Sobre la base de qué mimbres reunió la fortaleza mental para escribir al presidente del gobierno y encontrar un tono que luego resultó ser convincente. ¿De qué forma consiguió tragarse el pudor y colar un drama familiar entre los asuntos de Estado? Ahora sé que no tomó impulso desde la desesperación, estoy convencida de que el detonante fue producto de su vocación literaria, lo suficientemente poderosa para creer en el poder de las palabras y en la importancia de acabar siendo la protagonista de su novela secreta, ¿o no se había preparado toda la vida para afrontar una desgracia?

Tomó prestada las voces de Antígona y Electra, la de Juana de Arco, santa Teresa, la Marta de *Terra Baixa*, la Nora de Ibsen, la de Ana Ozores y la de doña Inés «del alma mía», que tan dramáticamente interpretaba en las sobremesas. Esa fue su autoridad. La vida era un poema y esto nos salvaría. Una vez más se había cumplido la máxima de Cervantes: «Saber sentir es saber decir». Aquella carta fue la mejor clase de supervivencia y de autoconfianza que podía esperar. Me marcó sin fuego. Pasó por encima de mí como una revelación. Fue una instrucción mucho más útil que improvisar un vivac para pasar la noche en el bosque, más temeraria que *rappelear* la pared de una montaña con arneses y los pies congelados. Incluso cuando todo parece perdido, hay que creer en la poesía invisible y esquiva pero tremendamente eficaz para mantenerse en la batalla. Aquel episodio me transfirió un poder inusitado y una ansiedad que me sigue reconcomiendo por dentro.

Entendí que en la vida podías escoger la posición vertical o la horizontal. La primera es activa y consciente, incluso de lo que duele. La segunda es pasiva y aparentemente indolora, aunque puede matarte de silencio. Elegí la primera. Mis antenas estarían abiertas también a las interferencias. Y me barnizaría de un sucedáneo de la dureza como pose. Pronto aprendí a fumar como los chicos. Y pasé de mis Cacaolat a beber cerveza, pese a que me desagradara profundamente su trago amargo; incluso intenté tomar carajillos, como mi padre, y tuve que aguantar una primera sensación de náusea en el estómago. Me estrené en un bar de periodistas y borrachos, junto al *Diari de Lleida*. Acababa de terminar el COU con matrícula, me habían contratado como becaria de un periódico, ganaba bastante dinero y coqueteaba con chicos mayores.

«Lo único que le daba seguridad era que le pusieran sobresalientes y que los chicos la llamaran para salir», escribe Linda W. Wagner-Martin en la biografía de Sylvia Plath. Nunca era suficiente lo que conseguía. A pesar de no ser norteamericana, ni alta ni atlética como ella, la vida y los poemas de Sylvia Plath me impresionaron de una forma nueva, entre la admiración y el temor. Cómo identificaba aquellas palabras y qué tonta me sentía al llorar por haber sacado un nueve, o porque no había sonado el teléfono para quedar el sábado por la tarde. El látigo del autorreproche rebajando siempre humos, hasta extremos insanos. Plath se preguntó incesantemente, durante su corta vida, si era lo suficientemente buena como escritora. «Soy medianamente buena. Y puedo seguir siendo medianamente buena. No tengo títulos superiores, no he publicado libros. No tengo experiencia docente... He de hacer frente a esta imagen mía.» La sombra de Sylvia Plath durante aquellos primeros años de formación era luminosa, como si en sus libros hallara claves fundamentales para entender qué significaba ser mujer.

¡Qué escritura tan precisa y a la vez salvaje hallé en *La campana de cristal*! Un raptó parecido al de dominar los acordes de *Para Elisa*. Fue mucho más que un libro, una revelación existencial, un salto al vacío: las historias de aquellas doce chicas que trabajaban en una revista de moda — donde yo acabaría entregando los mejores años de mi vida— y el personaje de Esther (Plath) que pasa de la luz a la oscuridad, afectaron poderosamente a mi pensamiento lineal. La felicidad tenía un precio: traía después la desgracia.

Para ello había que elegir bien y ese mandato abastecía la inseguridad: «Me veía sentada en la bifurcación de aquella higuera, muerta de hambre, solo porque no podía decidir qué higo escoger. Los quería todos y cada uno, pero elegir uno significaba perder el resto y, sentada allí, incapaz de escoger, los higos empezaban a arrugarse y a ennegrecer y, uno a uno, caían silenciosamente al suelo, a mis pies». El fantasma de Plath no era blanco, sino rojo. Era guapa, rubia, inteligente, lo tenía todo, un marido poeta rico, dos niños, bellos poemas... entonces: ¿qué pasó? «Me di cuenta de tu pelo largo, ondulado y suelto. / El tupé a lo Veronica Lake. No te escondía. / Resaltaba lo rubio. Y tu sonrisita. / Tu exagerada sonrisa americana...», escribió muchos años después su marido Ted Hughes en el hermoso y helado poemario: *Cartas de cumpleaños* (1998). Plath era la demostración implacable de cómo la propia mente podía llegar a ser tu mayor flageladora, boicoteando tus propios sueños. Su obra fue un secreto que apenas compartí porque quería guardármelo para mí, que moldearía mi vocación y me ilustraría sobre la complejidad que habitaba en los supuestos mundos frívolos de las mujeres.

Me matriculé en Filología aunque acababa de firmar un contrato laboral con el *Diari de Lleida*, y poco después con *La Mañana*. Mi vida universitaria fue furtiva, precaria, un *coitus interruptus*. A veces me dormía en las clases, aunque siempre iba a hablar con los profesores, entregaba los trabajos a tiempo, y casi todos se mostraban comprensivos con mi precoz vida profesional. Hacía algunos exámenes en sus despachos, pedía prestados apuntes, no pensaba en lo que sería de mayor, ya era algo: aprendiz de periodista.

El príncipe llegó, aunque envenenado. Amores difíciles e inconvenientes, mejor dicho, hombres difíciles e inconvenientes. No sé cómo fui engordando el gen de la inseguridad, pero probablemente el asunto de los chicos tuvo gran parte de culpa. De la primera sensación de tedio, el nada más por decirse, a la primera infidelidad. Entonces aún pensábamos que los chicos complicados eran más interesantes. Nada que ver con las criaturas dóciles y complacientes que solían medir menos que nosotras. El príncipe de la Harley era un ideal adolescente que habíamos heredado no se sabía de quién. Creo ahora que fui

muy feliz hasta que llegaron los amores atormentados. A partir de entonces, viví furiosamente por y para la pasión, aunque el resto del día lo dedicaba concienzudamente a no morir de hambre. En casa nos había ido mal, los dos años en el colegio Lestonnac los pasé secando cubiertos en la cocina a la hora del mediodía —fue una clemencia de las monjas porque ya no podíamos seguir pagando la cuota—. Gracias a Marta, la hija de Aurelio Bautista, un periodista bien relacionado, conseguí hacer unos publireportajes de cafés y bares en un periódico local, *Diari Segre*. No había cumplido los dieciséis años. Sin pretenderlo, conocí la gran oferta en restauración y ocio de la ciudad, y, así, rápidamente descubrí que existían dos tipos de parejas: las que hablaban y se reían, y las que no se decían absolutamente nada. También veía diversos tipos de mujer que tenían algo en común: ir sola a un pub —incluso a comer en un restaurante, en una ciudad de provincias ya en los años ochenta— resultaba sospechoso. De estar sola en la vida, o mejor dicho perdida, de fracaso, de rareza, como si hubiera sido expulsada del paraíso. Un hombre solo, en cambio, representaba una promesa: de libertad, profundidad e incluso melancolía. La imagen exacta que ya se había quedado grabada en el imaginario: el hombre que te está esperando.

Tan ávido era mi deseo de aprender de los amores ajenos, de la ficción más prohibida, que si en los títulos de crédito de una película no aparecían nombres de mujeres, apagaba la tele. Desdeñaba aquellas cintas de aventuras o de ciencia ficción que no contemplaban una relación entre un personaje masculino y otro femenino, preferiblemente una historia de amor, del tipo que fuera. El amor que traspasa la pantalla y nos pone la piel de gallina. El amor que espera, el que sangra. El gran amor que se pierde en una curva de carretera. Incluso en lo que Hollywood denominó *women's pictures*, como la clásica *Mujercitas*, aparecía algún hombre, aparte del padre de turno. La palabra «mixto» se agitaba en todo tipo de cocteleras.

Si entonces alguien nos hubiera dicho a nosotras, que aún creíamos en el príncipe azul —e ignorábamos las sucesivas frustraciones que nos supondría perseguir un ideal en verdad tan pordiosero—, que llegarían días sin hombres, hubiéramos peleado contra Goliat y las fuerzas del viento; no solo nos hubiéramos doblegado, heroínas románticas y descreídas ante el fátum insípido que nos anunciaba el canto de la Sibila. Días sin caricias en el pelo,

ni un abrazo fuerte y cuadrado, sin una mirada capaz de encender las emisoras del cuerpo. El problema es que confundíamos el amor con su ducha química que nos colocaba la endorfina tras la oreja, igual que un clavel. El enamoramiento es suspense y grandeza, todo se empequeñece, el sueño es corto y el mundo te ofrece continuas señales de tu enamorado. Suele durar un año y medio en el mejor de los casos, algunos dicen que tres. Luego se sustituye por la unidad familiar o por una estrecha camaradería con momentos eróticos, también en el mejor de los casos. Por la placidez de la costumbre y la armonía, porque ya no se está enamorado de la pasión. Aun así, una gran parte de los diálogos entre el personaje masculino y femenino afloja y las rutinas apagan lo poco que queda de aquel ardor. O lo fortalecen.

Hombres, un monumento al sol

Escribir sobre los hombres. Relatar ese monumento al sol que he adorado en todas las posiciones, de noche o de día, en invierno o verano. La tarde se asoma, tranquila, el mar parece un cristal de lunas anticipadas y la silla es cómoda. Tengo agua encima de la mesa, ocho horas de sueño y un agujón en el pecho, el mismo que lleva perforándome más de treinta años de absurda negociación con el malestar que me corroe: no escribir. Aplazar. Abundar en la parálisis. No es bloqueo, sino ineptitud, un sentimiento inasible que te impide avanzar en una dirección, seguir un hilo, porque los hilos son múltiples.

El hombre de mi vida. La verdadera Ítaca de las adolescentes románticas, el «quién a los quince años no dejó su cuerpo abrazar», que escuchábamos en los casetes de Mari Trini de nuestras madres. Las mujeres de mi generación fuimos educadas para trabajar y para amar. El amor era la cima, el premio. Pero cada vez que creíamos enamorarnos de un hombre, en verdad lo hacíamos del amor. Lo buscábamos entre tipos escurridizos, palpando la huella literaria de la tortura: hombres de mirada torva y besos morbosos. Ese venenoso ideal, el del amor apasionado —incapaz de sostenerse en el tiempo— y luego la tan abundante prosodia del miedo al compromiso. Escribe Emmanuel Carrère: «Flechazo, el invierno pasado. Tres meses en un torbellino de éxtasis. Proyecto de vivir juntos. Apenas empezamos a visitar pisos, sucumbo al pánico: no deseo otra cosa, vivir con alguien en general y con ella en particular, y al mismo tiempo me paralizó. Ya no me empalmo, ya no la veo, solo veo mi pánico...».

No tengo tan claro que las mujeres de hoy busquen el compromiso a la primera de cambio. Gracias a la habitación y a la paga propias que preconizaba Woolf como símbolos de independencia, muchas mujeres no quieren renunciar a su libertad, ni a sus rutinas y manías, para compartir todas

las horas del día con otro ser. El salto del deseo al tedio es mortal, anquilador, prisioneras de un constructo romántico que solo aguanta en la ficción nos creemos perdedoras si no mantenemos las palpitaciones del amor. Creí durante mucho tiempo que no había otra forma de vivir que la de estar permanentemente enamorada, habitada por chispillas, mariposas y rubores que conferían sentido a tu lugar en el mundo.

Los primeros signos de autodestrucción fueron las uñas. De pequeña, los Reyes Magos llegaron a traerme guindilla con la que debía de frotármelas para disuadir mi fea costumbre. Pero ni así podía dejar de comérmelas, como si fuera masticando trozos de mí que me sobraban. Cada línea fina de uña o de piel escondida en la esquina del dedo me procuraba un placer menudo y cálido, y sobre todo una sensación plena de autoabastecimiento. Pero fue subiendo el volumen de la autodestrucción, hasta que me enamoré de un hombre casado. Él, cómo no, se parecía a todos los hombres casados que un día coquetean con jovencitas. Sus mujeres ya no quieren hacer el amor con ellos. Se aburren, las crisis han barrido el deseo. A ellos se les instala un rictus venenoso en las comisuras de los labios mientras observan a aquellas que mueven las caderas al sentarse, y que hacen temblar los tobillos con un ritmo ascendente. Los infieles de manual se hacen envoltentes, divertidos, niños pequeños. Arrastran su pena mal metida, parece que la pasean dentro de una bolsa de plástico de El Corte Inglés para disimular. Pero la sacan a menudo, con el ticket de la compra incluido.

Era verano. Estrenaba mis primeros días de becaria. Se sentaba a la mesa de al lado. Enseguida sacó pecho: mujer e hijo en la playa, cansancio existencial, una virgen. La primera vez, me miró de arriba abajo. Me acordé de cómo sufría cuando los niños del colegio me veían las bragas, en qué estado de postración nos sumía a todas las niñas que alguien nos levantara las faldas, o que, al agacharnos, enseñáramos esa tira de goma blanca y deshilachada que escondía la mayor presión que llevábamos sobre nosotras, la de nuestro sexo. Ahora, en cambio, me turbaba, ese veneno de quien te adula empujado por el deseo. Subimos hasta el castillo en coche, y aparcamos en el mirador, esperando a que se hiciera de noche, para empezarnos a abrazar y a tocarnos con esa falsa desesperación, mitad torpeza, mitad impulso. Es curioso, cuando uno de los dos amantes hace el amor de forma exagerada,

suspirando, gimiendo, agarrando el otro cuerpo como si lo hubiera tenido extraviado durante siglos, la carga erótica entra en crisis y la idea de parodia, del amor interpretado, frena el impulso. Pero a medida que avanza la escena, como si se fueran tocando las teclas precisas siguiendo una partitura imaginaria, los gemidos adquieren credibilidad, y al ritmo de una extraña percusión, que parece salir de las vísceras, el amante exagerado convence al amante silencioso, y ambos empiezan a rasgar los límites, a cruzar brazos y piernas sin pudor, y a mezclarse por fuera y por dentro. Acostarse, decían, y la palabra me resultaba embarazosa. Pero ocurrió; bastó una sola vez, una para que perdiera la virginidad y me quedara embarazada. Creo que no fueron más de treinta minutos. El recuerdo es difuso y arenoso, nada tiene que vez con la dicha y el placer completo; lo que más me interesaba entonces eran los besos y abrazos.

Al principio él parecía diferente. Original, único, su sudor de varón sin suavizante se mezclaba con agua de colonia para niños. Dicen que nos enamora más lo que intuimos que lo real. A medida que iba fantaseando con él, tumbada sobre mi litera azul, alimentando mi ánimo en horizontal, más lo quería. Intentaba ser fría y enumeraba cada una de sus posibilidades reales, pero siempre ganaba la fantasía. Y así me fui enamorando de una colección de hombres imaginarios que solo existían en mi cabeza e iban tomando diferentes cuerpos, nombres y profesiones. Que tenían una frase preferida, una comida preferida y un grupo musical preferido. Utilizaban diferentes perfumes y peinados, aunque ninguno llevaba mocasines. Creo que eso es lo único que me ha mantenido fiel a mi primera idea de hombre, un ser irreal cuya única misión en el mundo debía ser la de desearme.

Acabo de romper mi mejor reloj. Se me ha caído al suelo, mármol blanco y frío, limpio. Me tapo la cara con las manos, sin decir nada, mientras un calor que quema va de las tripas al pecho, en vaivén. No significa nada, me digo, tan solo es la maldición del amor. Cuando se me atraviesa, rompo algo. Ya ocurrió hace muchos años, pero entonces no sabía que hay que guardar silencio cuando el amor se acaba porque solo valen las palabras que se dirían y no se dicen, las que se guardan para uno atrapadas por un vapor interior, como si en aquel momento estuvieras incapacitada para pronunciarlas. Permanece vivo el chasquido de aquellas gafas de sol repicando en el

pavimento del aeropuerto de Heathrow. Era mi propio quejido inoculado en el objeto al que había transferido mi ánimo de opacidad. Adoraba aquellas patillas anchas, eran ovaladas, el primer lujo pagado de mi bolsillo, llorado en el cuarto de baño de aquella redacción donde empecé a defenderme sola. Tenía dieciocho años recién cumplidos y me había quedado embarazada. Aún no podía entender cómo él había conseguido desarmarme. Había alargado mi juventud cristiana, y, aunque apenas fuera a misa, mi Dios era amor y sabía que tenía que estar convencida para que la primera vez resultara memorable. Quererlo además de desearlo, que valiera la pena, que sobre todo fuera un hombre con un buen abrazo. Pero me estampé contra el error como si toda aquella literatura que había engullido, poblada por personajes femeninos vulnerables que guardaban un secreto, cayera sobre mí igual que la marabunta, esa fatal colonia de hormigas que, cuando llega, arrasa la tierra fértil. Fue una de las películas preferidas de mi padre.

El chárter llegó al amanecer, el autobús avanzaba hasta el centro de la ciudad como un alma en pena, lleno de mujeres tristes y algunos hombres. Todos habíamos pagado un forfait: vuelo, hotel de tres estrellas, desayuno y clínica. Nadie traía demasiado equipaje; se sentía el miedo. En España estaba a punto de despenalizarse el aborto, pero el asunto era aún tan tabú como todo lo que tenía que ver con el sexo. Las chicas estábamos en manos de los hombres una vez decíamos: «Sí, pero ten cuidado». Ellos siempre aseguraban que no nos preocupáramos. Que se ocupaban de todo. Apenas existía la educación sexual. El uso de preservativos era casi inexistente. El sida empezaba a cocerse en silencio, mientras las drogas gozaban de una elevada tolerancia social a mi alrededor, entre estudiantes y profesores que coqueteaban con la heroína y aún ignoraban que les conduciría sin atajos a la muerte. Para muchas hijas de familias católicas, tomarse la píldora era pecado. En el hall del hotel, empecé a hablar con la muchacha más joven, que agarraba la mano de su madre, tenía trece años y una tez pálida, como si llevara la cara de otra en lugar de la suya. Amas de casa que ya tenían cinco o seis hijos, parejas ateridas de miedo, rostros silenciosos, pequeñas maletas de cuadros escoceses. Y una enfermera con aliento acre y patas de gallo cumpliendo el formulario con preguntas aterradoras: «¿Por qué ha decidido usted abortar?». «Porque no estoy preparada», le respondí con una tristeza

sería, apenas humedades, tenía que mostrarme convencida, me decía. Cuando desperté de la anestesia otra enfermera grande y negra se reía. De repente había olvidado el inglés, y la confusión me invadía de tal manera que me escorbaba sin voluntad hacia la vigilia, clavada por un sueño médico. No sé qué murmuraba. Me dejaron mucho tiempo en una sala de reanimación, y luego en un ascensor, inerte, creyéndome a pedazos en medio de una extrañeza muda, deglutiendo un sabor a inyección que me adormilaba. «*Please!*», creo que murmuré, y por fin me llevaron a una habitación. Él me esperaba, con un cigarro escondido. Al día siguiente, al marcharnos, una mujer esbelta, con el pelo recogido, se apoyaba en el brazo de un hombre con un surco en la barbilla. Me quedé mirándola, como si quisiera cambiar los papeles. En aquel momento de vacío lo dejé todo suspendido para contemplar una escena de amor, pensando que nunca podría competir con la belleza atlética. Había envejecido varios años en apenas ocho horas.

Después de este episodio, dejar de quererlo fue una experiencia liberadora, unos tabiques de pladur se instalaron en mi noción del deseo. Lo lloré muchas noches, desconsolada encima de otra litera parecida a la de mi adolescencia, la que me prestaron Luis y Janine, él catalán, ella belga. Vivían en un dúplex muy burgués, pero ella, durante una corta separación, había coincidido conmigo en un piso de estudiantes de aquella ciudad de provincias. Janine me hacía purés de zanahoria con coliflor al gratén; siempre rayaba pan encima de las verduras y les echaba un poco de canela. Cuando lo comía me imaginaba que yo también había sido una niña belga que tomaba aquellos platos untados de crema de leche y suspiros en francés.

Janine fue la primera persona que me preguntó cuántos días se me había retrasado la regla. Tan solo al responderle «veinte días» fui consciente de que tenía un problema. Me dio la dirección de un centro de planificación familiar donde, mientras me confirmaban que la prueba era positiva, no podía dejar de mirar unas grandes tijeras, de cortar papel, que la doctora tenía dentro de un bote de lápices. No recuerdo cómo lo organicé todo, pero lo hice. Fue gracias a un grupo de feministas, mujeres que ayudaban a mujeres en situaciones difíciles. Llamadas a Londres desde cabinas. Pruebas médicas silenciadas. Reuní la suma total del dinero gracias a los préstamos de mis amigas. En casa

podía caerse el techo si se llegaba a saber, aunque mis padres se enteraron años después por la carta de una poeta letraherida. Hoy pienso que fue un golpe de fortuna que abrieran aquel sobre.

Le obligué a acompañarme. Él también estaba asustado, pero actuaba como si acudiera a un concierto en Piccadilly Circus. En cambio, para mí aquel era un viaje clandestino, un viaje tristísimo. Recé muchos padrenuestros. Leí a san Agustín y sus escritos sobre la concepción del alma, contando los días de gestación para exculparme, también leí los textos de Simone Veil, superviviente del Holocausto y ministra de Sanidad en el gobierno del conservador Valéry Giscard d'Estaing, promulgó la llamada ley Veil en 1974, que despenalizaba el aborto en Francia a pesar de todas las resistencias. En su discurso en la Asamblea Nacional de Francia afirmaba:

Me cuido muy bien de creer que se trata de un asunto individual que no concierne más que a la mujer y que la nación está ausente. Este problema la concierne principalmente, pero desde ángulos diferentes que no requieren las mismas soluciones. Ninguna mujer va a abortar con el corazón alegre. Es siempre un drama y seguirá siendo un drama. [...] Yo sé que el problema sobre el que debatimos hoy se refiere a asuntos infinitamente más graves que confunden mucho la consciencia de cada uno. Pero, en definitiva, se trata también de un problema de la sociedad. [...] no podemos ya cerrar los ojos frente a los 300.000 abortos que cada año mutilan a las mujeres de este país, se burlan de nuestras leyes y humillan o traumatizan a quienes recurren a él. [...] No soy de aquellos o aquellas que temen el futuro.

Antes de escribir estas líneas, hablo con mi hija mayor de edad. Hemos reflexionado, le he recordado aquel «no estoy preparada». «Hiciste bien —me responde—, pero yo no sé si podría hacerlo.» También se lo cuento a mi madre, es a quien más le pesa; le remueve lo que nunca hubiera debido suceder. No lo escribas, me ruega, me suplica. La entiendo, el juicio público es implacable, y más en un pueblo. El qué dirán que siempre nos inhibió. Querría agradarle pero ya soy una hija demasiado mayor para callar un sufrimiento antiguo que hubiera podido agrietar mi futuro. Aún hoy ignoro cómo domesticué a la fiera. Ojalá ninguna mujer tuviera que pasar por esto, le respondo. Permanece en mí ese hielo que quema cuando pienso que fue mucho más común de lo que pensamos, hasta su legalización. Clandestinos, y por tanto en malas condiciones, o en soledad, sin madre, sin pareja, cayendo en

manos de curanderos, pagando muy caro el error y la inexperiencia. Cuando se remite una y otra vez a la ley de la interrupción voluntaria del embarazo cruzando politiquero y mercantilismo ideológico, siento un encogimiento, un fuego interior que nunca identificarán quienes pretenden legislar sobre el cuerpo de la mujer.

De otra carta que nunca mandé, dirigida a mi amigo Cisco y escrita el día de Navidad de 1984, extraigo este párrafo: «Me gustaría explicarte situaciones que me han sucedido últimamente, muy difíciles e incluso incomprensibles, pero preferiría hablarlo cara a cara o, mejor dicho, olvidarlo para siempre, ya que se trata de algo que hay que integrar en el pasado negro de cada uno». Y continuaba: «Pero ahora estoy bien, tengo moral para vivir, aunque incida en que llevo dentro cicatrices que me costará ignorar y olvidar. Creo que a ti mismo te dejarían bastante helado».

Desde entonces supe de la determinación que una mujer debe imponer en sus relaciones sentimentales y sexuales. De su «sí» o de su «no». De la obligación de cuidarse y respetarse. De nunca doblegar su autonomía de pensamiento y obra. De no idealizar la pena ni seguir escribiendo versos acerca de esa pérdida, flagelarse por encontrar una razón. De quererse, a pesar de todo. Bastaba con perdonarme y ser perdonada en ese vapor íntimo de la conciencia que solo a una le pertenece. El perdón, un acto de elevada magnanimidad. No fui capaz de comprenderlo hasta que me salieron las primeras canas. Por aquel entonces llegó otra carta: había ganado un premio de poesía, me daban cincuenta mil pesetas, podría devolver el dinero prestado.

Todo lo que vino fue mucho más fácil. Pero en mi juventud seguí cruzándome con aquellos hombres curtidos y bronceados, huidizos, egoístas, duros, seductores e incapaces de sostener la palabra. «Cantamañanas», los llamaba mi padre, aunque bebiera con ellos. Poco después de que muriera, escribí un libro sobre la no tan oculta sensibilidad masculina y se lo dediqué: «Hombres, material sensible».

Il faut être absolument moderne

Empezaban los noventa y se descorchaba la fiesta cada noche; vestía de Sybilla y llevaba sombreros, aunque teñirse el pelo era nuestro más socorrido desahogo. El posmodernismo, tardío, por fin había llegado con su invitación a reírnos de todo. Yo empezaba a alternar la universidad con los trabajos en los periódicos de provincias. Me habían fichado como redactora de cultura en el diario *La Mañana*, y convencí a mis jefes de que contrataran a un compañero de otro periódico. Todo fue de maravilla; tanto que le pagaban bastante más dinero que a mí. Me quejé: ¿es que valía menos mi trabajo? Pero, si yo lo había recomendado, cómo me hacían aquello. Recibí un baño de condescendencia por su parte, una fórmula que ha funcionado durante muchos años para domar a las mujeres, un «ya lo arreglaremos en su momento. Él se va a ocupar de otras cosas, de la publicidad. Y ahora a currar».

Lo hice. Y de qué manera. También conocí las madrugadas, empeñada en inventar el mundo. Cada individuo posee varias vidas. Basta con enumerar los pisos donde una ha vivido para comprobar que teníamos costumbres y estilos de vida distintos. Que nos creíamos muy diferentes a lo que hemos acabado siendo. Y que frecuentábamos a gente de la que hoy apenas sabemos si viven.

Eran noches en las que aseguraba que la de Nico era una voz intelectual, cantando *Femme fatale* en hielo pero sin esquivar el humo, con una risa seria en el estribillo. Escucharla te hacía sentir cerca de la pirámide de las artistas de vanguardia. Hallaba una melancolía moderna entre sus notas. Era la rubia de la Velvet, se codeaba con Lou Reed o los Stones; Leonard Cohen la invitaba a comer a menudo, y la introdujo en la macrobiótica. Llegó incluso a hacer de sí misma en una escena de *La dolce vita*. Era portadora de una belleza eslava inclasificable, además de acarrear fama de embustera patológica. Su padre murió en un campo de concentración nazi, y, tras el caos de la Segunda Guerra Mundial, ella y su madre quedaron en el sector

americano de Berlín. El pasado tarda en curar. Se inventó un padre turco —era alemán— que fumaba opio, un sufi converso íntimo de Gandhi. Fue amiga de Tristan Tzara —decía que él le enseñó a jugar con las palabras— y modelo de portada en los cincuenta. Cantó por vez primera en una película, *Strip-tease* —en la que aún firmaba como Krista Nico—, cuando Juliette Gréco, su preferida, fue invitada a actuar en el Olympia. Ambas fueron mujeres que narcotizaron su talento.

El siglo XX fue el siglo de las drogas. Durante sus primeras décadas, comenzó la masificación de su consumo en Europa. La revolución industrial —con las dos guerras mundiales como telón de fondo— arrojó al mercado centenares de productos capaces de combatir el dolor, mitigar el cansancio, perder peso, aguzar los sentidos o, simplemente, evadirse de una realidad terrible. En los sesenta, los hijos de la contracultura las disfrutaban en sus paraísos *hippies*. Enseguida llegarían al asfalto; entraron no se sabe cómo en las ciudades de provincias. Y algunas de mis compañeras de aula en el instituto cayeron doblegadas a sus pies. Como Nico. En la droga, igual que en el sexo, los chicos te iniciaban fatalmente y te dejabas llevar, como habíamos visto en las películas, actuábamos sin noción alguna de responsabilidad. Abrían las puertas del placer o del vicio a sus enamoradas y algunas se quedaban atrapadas para siempre. No había culpa. Hasta que no nos hiciéramos mayores no la sentiríamos.

El polvo de la heroína es más amarillo que el de la cocaína. El ángel de la guarda, o el terror a no poder regresar, me ayudaron a no sentirme tentada ni una sola vez. La esnifaban a mi lado, untaban el cigarrillo que al quemarse olía a juegos de química. Otros cruzaron el abismo. Se inyectaban. Me angustiaba verlos rascarse la piel, los párpados pesados, la sonrisa boba. No los podía tolerar a mi lado. Drogarse entonces era *cool*: en la noche de aquella ciudad de provincias, a finales de los ochenta, corrían las anfetaminas, algún ácido —micropunto se le llamaba—, cocaína y hachís. Siempre había alguien que

ofrecía su botín, o proponía compartirlo. El caballo te liberaba de pensar en los problemas, les decía Nico a sus amigos; acallaba las voces de afuera e instalaba en una burbuja de placer interior. Tan efímera como mortal.

Mi amiga Imma fue una de las últimas amazonas que se cayó del caballo. Era bonita, pequeña, rubia, ingeniosa, pero, sobre y contra todo, precoz. Porque la precocidad luce guantes nuevos y brillantes que a menudo esconden unas garras depredadoras. Habíamos compartido tantos apuntes de filosofía, varios comentarios de texto de Joan Salvat-Papasseit en las clases del poeta «Xerric». Durante una larga época de bocadillo de tortilla fuimos confidentes de amores y sueños. También bailamos con risa juvenil, codo con codo, redondeando las caderas con The Style Council y su *Shout to the top*. O con las voces susurrantes, tan británicas y casi femeninas, de The Blow Monkeys en *It doesn't have to be this way*. Siempre quisimos ser modernas. Y a menudo eso significaba toparse con el precipicio.

Imma murió en Barcelona, tenía cuarenta y cinco años, intentaba desintoxicarse de nuevo y en el centro encontró a un colega: se enrollaron, reincidieron. Y una noche ella se desplomó. Murmuró la palabra «ambulancia». No llegaron a tiempo. En su funeral vi sentado a su primer novio, el mismo que la invitó por primera vez a probar una raya de jaco.

Con frecuencia nos hemos interrogado acerca de la relación entre creatividad y drogas. Las mujeres adictas coquetean con el abismo entre la impotencia y la resignación. Nico animaba a sus novios a consumirla: «Venga, métete, es tan agradable, tan buena, en serio, pruébala, no corres ningún peligro». Uno de sus amantes, Lutz Ulbrich, afirmaba que era demasiado perezosa para cargar con las consecuencias de su adicción. Murió cuando estaba controlada con metadona, y no por la adicción, sino porque se despeñó con su bicicleta por una colina de Ses Figueretes, en Ibiza, y no quisieron atenderla en tres hospitales. Amy Winehouse, a quien la rehabilitación le regaló uno de sus mejores temas, tampoco murió por la heroína que consumió durante años, sino a causa de tres botellas de vodka. Había sobrevivido a los peores demonios, curas, devastaciones, desamores. Igual que Janis Joplin, a los veintisiete años. El fatídico club de los 27 sumaba una más.

Las drogas pretendían llenar huecos existenciales en un constructo romántico, superando carencias. O lo que es peor, presuntas carencias. Las adictas siempre le piden más a la vida. Más diversión, energía, relax, intensidad, seducción, confusión. Pero el ocultamiento narcótico se multiplica cuando se es mujer. Sadie Plant, autora de *Escrito con drogas*, tan solo acierta a dar un nombre femenino: el de Mary Shelley, al lado de Freud, de Quincey, Coleridge, Baudelaire, Twain, Artaud, Cocteau, Huxley e infinidad de varones que no escondieron sus experimentos con ellas. Pregunto a un grupo de mujeres, consumidoras ocasionales, por qué se drogan, qué buscan: estar dentro de una misma, paz, gustarse y gustar, locuacidad e ingenio, risa, vitalidad, dicha... «Para las adicciones no hay que buscar excusas sino motivos —escribe Connie Palmen—, las excusas se buscan para no tener que sentir ni remordimiento ni culpa, pero una búsqueda de tus propios motivos te conduce justo al corazón de la conciencia, y allí, en ese extraño lugar donde está todo oscuro de incomprensión, dolor, negación, allí es el único territorio que ofrece la posibilidad de convertir tu culpa en conocimiento. Con el conocimiento se puede convivir, con la culpa no.»

Entre estas mujeres fabulosas y rebeldes que me acompañaron en el crecer, abundan las heridas de guerra: infancias dolorosas, abusos, derivas sentimentales, complejos, adicciones y estados de embriaguez creativa. Duras escribió en unas notas: «Si no puedo asumirlo sin estar en peligro de beber, no vale la pena escribir, es lo que me digo a veces como si pudiera atenerme a ello. Se puede volver a empezar a pensar en la cura, esta noche. Para nada. Ningún motivo que no sea el alcoholismo...». Pasó por varias rehabilitaciones, y, a pesar de una severa cirrosis, no abandonaba la copa. Con Yann Andréa, su compañero, podía apurar ocho botellas al día. «Me gustaba darme asco a mí misma.» Años más tarde, ya sobria, Bernard Pivot le pregunta si no ha pensado en que podría ser miembro de la Academia Francesa, y ella baja la mirada y viene a decir: ¡quía!, usted sabe... mi pasado, el alcohol, todo eso.

Dorothy Parker, al igual que Duras —y que Piaf, Gréco, Joplin o Winehouse —, era una mujer talentosa y bajita que bebía. La ironía, a medida que se envejece, se convierte en sarcasmo. En su madurez, boicoteaba su tan

aclamado ingenio asegurando que era un falso mito. «¿Cuál diría que es la fuente más importante de su obra?», le pregunta Marion Capron en 1955 para *París Review*: «La necesidad de dinero, querida», responde. La relación entre desahogo económico y creación parece antinatural, pero en cambio resulta un imperativo, y no solo entre las mujeres que precisan de autonomía, y tiempo para crear. De aquella habitación propia y las quinientas libras al año que proclama Woolf como condiciones indispensables para que una mujer pueda escribir. «Vivir en una buhardilla no le hace a nadie ningún bien, a menos que una sea una especie de Keats. La gente que vivía y escribía bien en los años veinte estaban desahogados y vivían tranquilos», aseguraba Parker, autora de cuentos deliciosos y mordaces. Y afirmaba que le gustaría aunar dos condiciones: tener dinero y ser buena escritora. «Esas dos cosas pueden venir juntas y espero que así sea, pero si eso es demasiado pedir, preferiría tener dinero. Odio a casi todas las personas ricas, pero creo que yo sería encantadora.»

Espíritu dandi

En Barcelona, pluriempleada pero con el sentimiento de sacar reluciente a la calle mi primera vida de adulta, empecé a comer sola acompañada de un libro, podía ser de Natalia Ginzburg, Dorothy Parker o Marguerite Duras, tres de mis incontestables. Estrenaba mi libertad como un cuaderno inmaculado, y me preocupaba menos aquel ancestral «qué dirán», todo lo contrario. Reafirmaba mi «pose». Por aquel entonces, además de los príncipes envenenados, había explorado ya la dictadura de la biología y la neurología. También había sentido miradas libidinosas mientras me ofrecían un trabajo, situaciones donde la única manera de escapar era simular que no advertías ni la libido ni la grosería. Había comprobado cómo a mis compañeros les pagaban más por lo mismo, nómina a la vista. Estaban siempre antes que nosotros. En lo público y en lo privado. De ellos dependía iniciar una relación —afortunadamente no terminarla—, o que las bromas juveniles siempre incluyeran un extenso repertorio de las partes del cuerpo de una mujer, la mayoría de las cuales eran nombradas con una vulgaridad chusquera que detestaba. Pero lo más alarmante consistía en aceptar que a ellos, mis amigos, mis hermanos, la idea de libertad los vestía como un traje completo, mientras que al mío le faltaban las mangas.

En estas letras que escribo, pretendo evocar cómo fui tomando conciencia de mi condición de mujer. Permanece intacta una escena: Barcelona, calle Muntaner, 1990. Anochece y escuchábamos a Nina Simone y a Elis Regina y su dramático *Atrás da porta* —en el que se arrastra de desesperación porque la ha dejado el amado— cuando mi amiga Yolanda Martínez me empezó a hablar de la lucha de las mujeres. Yo, que ya había cumplido los veinticuatro, había leído a los clásicos y había probado la marihuana, me hallaba en una zona desentendida —ahora le llaman de confort— desde la que rechazaba la palabra «feminismo» porque la relacionaba inmediatamente con una manada de mujeres ásperas y enemigas de los

hombres. «A mí me ha ido bien. Y me encantan los hombres. Tengo grandes amigos entre ellos, y sinceramente, me preocupan más los problemas que tienen mis colegas gays que los asuntos pendientes de las mujeres, porque a mí, en casa, me han tratado igual que a mis hermanos: he podido estudiar, viajar, comer sola en un restaurante, ganar dinero por mí misma porque es ese artefacto tan manchado, el dinero, el verdadero salvoconducto para no depender de nadie. Y exceptuando a cuatro cerdos, siempre me han tratado con respeto», le dije. «Tú vives de la herencia de muchas generaciones de mujeres que no hace tanto no podían votar, pisar una biblioteca, tener cuenta corriente propia, ni cruzar la aduana de Andorra si no iban acompañadas por su padre o su marido. Hasta hace un cuarto de hora éramos menores de edad. Deberíamos ser conscientes de ello y no romper la cadena.» Le respondí que no tenía conciencia de haber vivido como una ciudadana de segunda. Pero aquello fue el detonante para empezar a autoexaminarme: ¿Por qué siempre que me relacionaba profesionalmente con hombres estaba tan seria?, ¿acaso era un imperativo para ser respetada? Levantar un muro de profesionalidad, sin grietas para que se filtrara lo personal. Convencer en lugar de reivindicar, me decía, pero, en realidad, ¿era esto posible sin unos mínimos de igualdad? Los primeros envites no tardaron en llegar.

Pronto ocupé puestos más importantes. Me empezaron a dar responsabilidades, y cuando aún era confiada y directa, un jefe me llegó a decir que no le tocara los huevos. No me callé: «No temas, es lo último que haría». «Ni con un palo», añadía mi compañera Yolanda. Si desgranara los macro y micromachismos de los principales grupos editoriales en los que he trabajado, probablemente dejaríamos de creer en las empresas periodísticas que presumen de unos valores preciosos, de una línea editorial que sus propios jerifaltes se pasan por el forro. He vivido algunas escenas desagradables y llamadas obscenas, y en cambio mentiría si confesara que me marcaron. «Pobres patanes», pensaba, lejos de lloriquear, meditando sobre las mujeres valiosas que iban quedándose petrificadas en las mesas de redacción al tiempo que becarios menos dotados se convertían en sus jefes.

En una ocasión me recibió un veterano director de prensa deportiva; en la antesala olía a carajillo. Charlamos amistosamente y, al despedirnos, le sugerí que encargara para su contraportada una columna escrita por una mujer, junto a

la foto de la «tía buena» del día, que se titulara «Mis queridos machitos». «Para compensar», añadí. No lo propuse con malicia, es más, a mí me parecía una idea excelente. Hubo risas, pero luego me dijeron que se sintió ofendidísimo: «¿Qué se cree esta?». Yo también lo sentí, como todos los verdaderos amantes del deporte que durante años hemos soportado esa tremenda anomalía de cerrar los diarios deportivos con chicas en toples.

No quise ser periodista, me hice. En mi primera memoria, quería ser farmacéutica y envolver los medicamentos con papel fino y celo, con aquellos gestos rápidos, sin apenas mirar, bajo la tranquilidad de un olor aséptico. Y encima sabría de todos los males. La farmacia me parecía un lugar adorable, de los más fiables del pueblo. Hasta que cayó en mis manos otro libro del Círculo de Lectores: *Tiempo de nacer, tiempo de morir*, del Dr. Christiaan Barnard, un drama que narraba una pasión amorosa y al tiempo una historia médica. Autor del primer trasplante de corazón, Barnard era un filántropo bronceado y *gentleman* que escribía libros. Enseguida deseé ser él, en mujer. Trasplantar corazones, salvar vidas, escribir libros y veranear en el Caribe francés. Aquello era más interesante que envolver cajas de supositorios. Pero tropecé con las matemáticas, me despeñaron de la fantasía y me convertí en estudiante de letras sin que la elección me trastocara, al contrario, porque pasé a encarnar secretamente los personajes de las novelas y las películas que me atrapaban. No obstante, nunca fantaseé como otras colegas con ser plumilla como los de *Luna nueva*, en la que los reporteros de sucesos trataban a su única colega femenina, la deliciosa Rosalind Russell, entre la condescendencia y la burla.

El *Diari de Lleida* se hacía casi a mano; aún existían las linotipias que mis amigas confundían con las lipotimias. Y sin épica, como si el destino me saliera al paso con una máquina de escribir, el periodismo se instaló en mi vida, en mi estómago, como una *Helicobacter pylori*, hasta convertirse en un marido vigoroso. En las primeras redacciones que pisé siempre había mujeres, excelentes profesionales que nunca pasaron de jefa de sección. Estaba de moda repetir aquello de «hay que feminizar la prensa», pero la cuota de informaciones protagonizadas por mujeres era ínfima, y se limitaba a las páginas de sucesos o de espectáculos. Con todo, me considero afortunada: he asistido a una transición de los medios, no solo la digital. Un viernes 5 de

julio de 1985, en *La Mañana* de Lleida, publicábamos la noticia de la despenalización del aborto. Hablé con la redactora jefe, Magda Ballester, le pedí que me dejara escribir una pequeña pieza, referida a las mujeres que habían fallecido a causa de los abortos clandestinos y rudimentarios. Ese día sentí que se cerraba un círculo. Podía escribir de aquello por lo que tantas generaciones de mujeres habían luchado y sufrido. También era mi pequeña contribución a reparar la ausencia que habíamos sentido quienes aterrizamos en aquel avión al amanecer en Heathrow, lejos de casa, de nuestras madres, saliendo de la línea de puntos de nuestro propio dibujo. Y bien cerca estuvimos de descacharrarnos en aquellos agónicos insomnios porque pensábamos que nos esperaba un castigo: tal vez nos habrían cosido mal, tal vez no podríamos tener hijos cuando llegara el momento... Fuimos unas adolescentes con ojeras, abatidas por el peso de la culpa, que imaginábamos algo parecido a haber arrugado nuestra alma antes de hora. Guardamos nuestro secreto durante años, y en mi caso no logré el alivio que me reconciliaba con mi útero hasta que fui madre.

Revistas sin chuminos

¡Cómo se alzó ante mí la leyenda palpitante de la moda al cruzar la habitación privada de mademoiselle Chanel en el número 32 de la rue Cambon! Había logrado visitarla de forma privada, sin grupo de periodistas, tan solo acompañada de una relaciones públicas. Firmaba artículos sobre moda en las páginas de cultura del *Diari de Barcelona*, y después en *El País*. Eran magnéticos sus biombo chinescos, las cabezas de león esculpidas en bronce u oro, las obras de arte, la biblioteca de primeras ediciones o las dedicatorias y cartas de Cocteau, Prévert, Diáguilev, Picasso o Igor Stravinski. La historia de Chanel también lo era de una Europa de entreguerras: una historia de terquedad y resistencia, de vanguardia y transgresión. Aquello enaltecía mi oficio, que me había caído del cielo.

La moda había sido la coartada para conseguir un puesto, novata y jovenzuela, en la prensa nacional. Y a pesar de que en España se trataba de un género marginal, con un estigma de frívola inconsistencia, en Francia, Italia o Estados Unidos gozaba de una noble tradición nutrida por plumas legendarias —Sylvia Plath, Joan Didion, Dorothy Parker o Françoise Sagan firmaron en las páginas de *Harper's Bazaar*, *Vogue*, *Elle*—, periodistas o juezas de la elegancia como Diana Vreeland o Jacqueline de Ribes, incluso por vividoras decadentes como Barbara Hutton o gélidas estetas como Wallis Simpson. En ellas habitaba un *spleen* existencial, una actitud que rozaba el nihilismo, imperturbables ante los avatares del mundo. Buscaban morada en la exaltación de la belleza y en el buen gusto, en la vida blanda, extraordinaria y decadente. Eran mujeres tocadas por el espíritu dandi. «No es que la vida esté dedicada al arte, es el arte el que se aplica a la vida. La vida como arte», así definía el dandismo Umberto Eco.

Nunca hubiera imaginado que a los veinticinco años iba a convertirme en directora de una revista de moda. Resultaba algo asombroso para una chica de un pueblo, donde seguían viviendo mis padres y mis hermanos pequeños, tan ajenos a las excentricidades de la pasarela. Pero a mí me parecía algo natural, pisaba el suelo urbano con botines de charol, me faxeaba con periodistas de Miami o de París que había conocido en viajes de prensa y estaba informadísima acerca de lo último en música, cine, videoarte y diseño. A veces pienso que hubiera podido crearme un personaje, como alguna de las mujeres que figuran en esta recopilación de retratos y que mostraron una envidiable capacidad de crear, entre la extrema elegancia y cierta decadencia, entre la inseguridad y la soledad, igual que Esther y las redactoras invitadas por la revista *Mademoiselle* en *La campana de cristal* de Sylvia Plath.

La oportunidad me llegó envuelta en papel cuché del caro. Era la primavera de 1992 y en las oficinas del grupo Z en el Ensanche barcelonés firmaba un contrato como directora de una revista femenina de nuevo cuño, *Woman*. No llevaría recetas ni consejos prácticos, a las jóvenes de los noventa no nos interesaba lo doméstico sino lo público, lo nuevo y deslumbrante. La moda era la excusa perfecta para hablar con las mujeres sin mandatos ni dictados. Las modelos de los noventa ayudaban a explicar aquel relato: Claudia Schiffer, Christy Turlington, Cindy Crawford, Naomi Campbell, formaban la primera generación de modelos que conseguía hacer de su nombre una marca y subvertir el estigma de la profesión, así como el tan profundamente anclado prejuicio de la guapa tonta. Le vino bien al sector: las revistas femeninas empezaban a ser leídas por hombres. Contenían un nervio que permitía captar la agenda del mundo. Desde el feminismo había quienes las celebraban porque suponía el poco papel de prensa que promocionaba a mujeres y quienes las denostaban a causa de la sexualización de su cuerpo. La doble contradicción que aún permanece vigente: ¿la moda y la belleza esclavizan a las mujeres, o ellas, más allá de los dictados, de las tendencias, de los cánones, las utilizan?

Me inspiré en todas aquellas publicaciones que compraba en los viajes y devoraba con un sentido de orfandad cosmopolita. Algunos títulos ya no existen, otros se mantienen con vigor: *Interview*, *Harper's*, *New Yorker*, *Vogue Paris*, *Arena*, *Egg*, *Esquire*... Ante aquel telón recubierto de un polen de oro

—incluso imprimíamos la cabecera en sexta tinta dorada—, mezclábamos reportajes sobre el exterminio de los indios yanomamis del Amazonas con entrevistas a Susan Faludi, Naomi Wolf o Doris Lessing. El ansia de franquear las fronteras entre géneros; y, a pesar del sambenito, nuestro objetivo consistía en convertir una revista para mujeres en un contenedor de buenas historias e imágenes. Creíamos aún en esa felicidad exultante que da el éxito de ventas, y lo tuvimos, pero nos movía un impulso literario que nos estimulaba a conseguir imposibles: artículos de grandes viajeras firmados por Javier Marías, columnas de Umbral describiendo diferentes colectivos femeninos, o de Juan José Millás dialogando consigo mismo sobre las relaciones humanas. Todo ello se mezclaba entre páginas de moda fotografiadas en Egipto, México o isla Mauricio. A modo de guiño incluíamos un reportaje fotográfico con entrevista de un hombre, transformando nuestro deseo juvenil en aliciente comercial, aunque no se trataba de pósteres para jovencitas, sino fotos en blanco y negro para mujeres con buen gusto. El bailarín Nacho Duato protagonizó la primera campaña de publicidad de la revista junto a Claudia Schiffer, a quien invitamos a la ceremonia inaugural de los Juegos Olímpicos. Celebrábamos la heterodoxia posmoderna, la disolución de fronteras entre géneros, la fusión del pop con la alta cultura. Todo estaba por estrenar.

Pensábamos que tendría algo de solemne la tarde en que nos recibió el gerente de la empresa para formalizar los trámites del contrato, el alta en la seguridad social y el papeleo. Al darnos la mano como gesto final, aquel hombre afirmó con excitación: «Esta será una revista de categoría, una revista sin chuminos». No pude responder a causa del ataque de risa, imparable, compulsiva, con un descaro parecido a cuando al cura se le escapaba un pedo. Recuerdo que murmuré, lo suficientemente alto para que lo escuchara, «¡Qué asco!». No tanto por lo que nombraba, sino por la palabra que acababa de utilizar ante dos personas que habían recibido el encargo de gestionar una ambiciosa inversión económica. Las risas lo oscurecen todo, pero apenas pude acabar de darle la mano después de su eufórica descripción de la línea editorial. El mensaje estaba claro: existen las revistas de mujeres con chuminos y las revistas «de categoría». En las de categoría —pongan lujo, alta gama, moda, femeninas— también salen mujeres sexis, con transparencias, tacones altísimos y morritos apiñonados pero, ojo, se trata de una invitación

estética, un juego, un artificio que nada tiene que ver con la autoayuda genital. *Woman* significó una ruptura con la tradición de las llamadas revistas para mujeres, y todavía hoy, después de veintiséis años sigue disfrutando de buena salud editorial.

Tal fue mi llegada al mundo adulto de las empresas, un coto masculino donde esperaban que me comportara como buena profesional, eso sí, femenina. Afirma Virginie Despentes en su *Teoría King Kong*: «Después de unos años de buena, leal y sincera investigación he acabado llegando a esta conclusión: la feminidad es una puta hipocresía. El arte de ser servil. Podemos llamarlo seducción y hacer de ello un asunto de glamur. Pero en pocos casos se trata de un deporte de alto nivel. En general, se trata simplemente de acostumbrarse a comportarse como alguien inferior. Entrar en una habitación, mirar a ver si hay hombres, querer gustarles. No hablar demasiado alto. No expresarse en un tono demasiado categórico. No hablar de dinero. No querer tomar el poder. No querer ocupar un puesto de autoridad. No buscar el prestigio. No reírse demasiado fuerte. No ser demasiado graciosa». Así ha sido.

Veinticinco años después de mi primer puesto como directora de redacción, y aún ejerciendo como tal, aunque en otra empresa, un jefe bostezó delante de mí —sin taparse la boca— en una reunión de trabajo a las cuatro de la tarde. Al tercer bostezo, y ante mi indisimulada incomodidad, se excusó diciendo que había comido demasiado, aunque entendí que quería decir «bebido». Y más allá de la barbarie estética que suponía esa escena, comprobaba que a pesar de haber hecho centenares de portadas gestionando equipos y presupuestos elevados, aguantando las náuseas con una sonrisa, no me acababan de tomar en serio. De nada servía lamerse la herida y era muy poco conveniente mostrarse como víctima, había que aguzar todos los sentidos, empezando por el del humor. Dorothy Parker, maestra en la fina ironía con la que descabezaba a su entorno, empezando por ella misma, y cronista insobornable de un tiempo que se precipitaba al abismo de la Gran Depresión, combatía los prejuicios con provocaciones: «Cualquier mujer que aspire a comportarse como un hombre seguro que carece de ambición».

En todas las esferas existen especímenes que, en una relación meramente de jefes, nos llaman «guapa» a modo de saludo. Mi reacción de responderles igual, llamarles «guapo» o «rubio» los coge desprevenidos, ni se les hubiera ocurrido mirarse en el espejo y percibir el desatino de sus maneras. Y con una malsana frecuencia, las mujeres debemos soportar bromitas pudibundas: «Fulanito ha preguntado por ti, ¿estáis liados?», me dijo una vez con chanza un compañero. Como si lo único en que pensáramos en nuestras vidas de malabaristas es en buscar solaz con el primero de turno. Las insidias acerca de la vida privada de una mujer han sido un clásico para desacreditarla, a diferencia de los hombres.

Le ocurrió a una de las científicas más grandes de la historia, a pesar de su integridad humana y profesional, madame Curie. Años después de la muerte de su marido, mantuvo una relación con Paul Langevin, alumno de Pierre, a pesar de que estaba casado sin demasiada convicción. Su mujer, ofendida a pesar de serle infiel, se enteró del *affaire*, publicó las cartas de amor entre ambos y les pidió dinero. Madame Curie acabó siendo acusada de libidinosa y mala mujer. El escándalo llegó hasta Estocolmo y la Academia Sueca le mandó una carta inquiriéndole a que rechazara el premio, debido a su conducta moral. Ella respondió a la misiva sin temblor: «El premio me lo dieron por el descubrimiento del radio y el polonio. Creo que no hay ninguna conexión entre mi trabajo científico y los hechos de mi vida privada».

Cuando era una mocosa en viajes de prensa y me llamaban «señorita», me rebelaba: «¿Por qué no le llama señorito a mi compañero?». A menudo me han dicho que he actuado como un hombre. Que he sido madre y padre a la vez; que delego las tareas domésticas, como ellos, buscando egoístas sobras de tiempo para mí; que me he casado con mi vocación y matado al ángel del hogar, como apuntaba con cargada ironía Virginia Woolf. Pero al ángel negro, al que ofrece un hogar como encierro, no un rincón donde dar reposo a nuestro ser, un casillero del ser, a la manera de Rilke.

En agosto de 2006 me encargaron un «Diario de verano» en *La Vanguardia*. Se trataba de un cuaderno donde mezclaba autoficción con observación de la realidad, lenta y desvestida, sin el apremio de la actualidad. «Añade una dirección de correo, así tendrás un *feedback*, puede serte útil», me aconsejaron en el periódico. Y los mensajes brotaron con inusitada

rapidez. El 90 por ciento venían firmados por hombres; más de la mitad me escribían a mí pero a la vez se escribían a ellos. Muchos se declararon devotos de la *ensoñación*, deseosos de explorar los universos cotidianos, y agradecían que apenas se hablara de política. No faltaron los enamorados, los que mandaban rosas virtuales y me piropeaban con versos.

Pero tampoco tardaron en irrumpir los que me ponían verde: «Tus artículos son avitaminados, sin sustancia, ¿por qué no elevas el nivel?», ni los que me llamaron «pizpireta», «niña» o «chata». En alguna ocasión, siendo directora de revistas femeninas, había recibido llamadas amenazadoras e insultantes, e incluso sobres con imágenes pornográficas. Pero hasta entonces nadie me había llamado «pijotera sin cerebro», como el lector que me saludó de esta guisa: «Llevo tiempo leyendo tu infumable diario/bazofia, y se me hace insoportable. Sí, ya sé que podría pasar de él totalmente y dedicarme a leer otros artículos, pero me maravilla tu estupidez genética, y quiero ver hasta dónde llegas. A pesar de tu hembrismo, no dejas de ser muy femenina, como se demuestra en tu incapacidad para pensar profundamente, objetivamente, desinteresadamente, imparcialmente, con discernimiento implacable, cualidades que se dan solo en los ejemplares masculinos superiores (no garrulos)». Y terminaba con un deseo dedicado a las feministas: «Me la repatea que os exterminen, es lo que os merecéis».

A lo largo de treinta y cinco años de profesión, siempre he sido exigente conmigo misma, he preparado —incluso sobrepregado— mis intervenciones y no he escapado ni al síndrome de la impostora, ni al autorreproche, ni a un juicio sumarísimo respecto a mis capacidades.

En varios momentos he tenido acaloradas discusiones. Recuerdo una trifulca con Paco Ibáñez en Casa Leopoldo, en la que me recordó mi papel de acompañante. Acompañaba al padre de mi hija mayor, Jesús Quintero. El cantautor, como tantos hombres *revolucionarios*, consideraba que la igualdad con sus compañeras era un asunto menor.

Anna Caballé fue una de mis primeras profesoras —impartía la asignatura de Teoría Literaria— y con el tiempo se convirtió en mentora y amiga. Su autoridad intelectual y su aliento han sido fundamentales para convencerme de que mi cerebro estaba musculado, porque mentiría si no dijera que ha habido momentos de flaqueza y autoboicot.

En la muy electoral primavera de 2019, en las redes me tildaron de «putilla catalana» por analizar el mensaje de odio en el programa de Vox. Y en verdad me dio mucha risa que a mi mediana edad me insultaran con tan rupestre estilo. Pobres diablos.

Eres como un hombre

Muchas mujeres no sabemos aún qué quieren decir aquellos que nos atribuyen «un comportamiento masculino», y creo que cada vez será menos original dicha atribución. Suelen aludir de forma subliminal a la ambición y al pragmatismo, a la autonomía o la capacidad de proveer, a no esconder las verdaderas intenciones e incluso anunciarlas, a creer con vehemencia en nuestros proyectos. «Es igual que un tío», se dice de aquellas que eligen a sus parejas sexuales sin aguardar a ser ellas las elegidas, seductoras que toman la iniciativa sin necesidad de aletear las pestañas, y las administran a su antojo, sin agarres sentimentales ni compromisos. También te acusan de ser «fría». Porque entre los atributos de la mujer destaca una capacidad innata para gestionar las emociones y los sentimientos que con frecuencia permean en el lenguaje de la acción y de la intención. Somos sensibles a los cambios de humor, a los berrinches y a las sentencias improvisadas y, si además somos madres, nunca podremos dimitir de la intendencia doméstica, como Simone Veil, que presidió el Parlamento Europeo entre 1979 y 1982, y confesaba que, en plena reunión de alto nivel, se abstraía un instante pensando qué tenía en la nevera para preparar la cena.

Siempre me sentí en armonía con mi identidad femenina y, como ya he anotado, nunca anhelé ni fantaseé ser un hombre. Susan Sontag, que vivió a contracorriente —su prosa se me reveló como una de mis lecturas más deshollinadoras—, aseguraba que no había conocido «mujer inteligente o independiente o activa o apasionada» que de niña no hubiera querido ser un varón. «Deseamos ser varones para poder trepar a los árboles y crecer y ser marineros... ese tipo de fantasías. A las niñas pequeñas siempre les están diciendo todo lo que no pueden hacer. Lo que deseáramos, pues, es ser miembro del sexo que parece tener más libertad.»

Mi generación creyó que ya se le había otorgado más libertad. O se la tomó por su cuenta y riesgo, alentada por la euforia democrática que nos pilló en las aulas de primaria donde el maestro nos alentaba a ser irreverentes ante la foto de Franco: «Franco tiene el culo blanco porque su mujer lo lava con Ariel». Para mí, ser chica era un privilegio: no estaba obligada a jadear en la pista deportiva luchando como ellos con un palo de hockey, ni a vestir siempre igual, ni a mear de pie. No se podían comparar los papeles de unas y otros en las obras de teatro que interpretábamos. Los personajes femeninos siempre tenían más guion y mejor vestuario que los masculinos. Y a pesar de la obstinación que interpuse entre mi cabeza y mi cuerpo a medida que este se transformaba, a pesar del duelo que significó la pérdida de la ligereza infantil y la llegada de una pubertad colonizadora, nunca sentí formar parte del sexo débil, todo lo contrario: qué aburridos me parecían los entretenimientos de los chicos: su fort comanche, su coche autodirigido que chocaba contra los muebles, su olor a calle después de una tarde de sábado chutando el balón.

Sontag también lamentaba que «femenino» se hubiera convertido en un adjetivo desdeñoso, pero en su escritura consiguió escapar de la sentimentalidad aunque no del sentimiento. Que el *ethos* patriarcal depositara en el regazo de las mujeres el mundo de los sentimientos, alejándolas del pensamiento y del discurrir, fue contrarrestado por infinidad de artistas y pensadoras —en la primera mitad del siglo XX aún tenían que mantener su nombre en secreto y firmar como un hombre— que desafiaron el empequeñecimiento de su marca intelectual. Cuando leí *El segundo sexo*, de Simone de Beauvoir, sentí algo parecido a dar por primera vez una voltereta. De repente, cuán ágil sentía mi ánimo. «Una mujer no nace, se hace», sostenía Beauvoir, como si me leyera el pensamiento, porque eso sentía a medida que me iba quitando capas invisibles de otros yoes sobrantes y rozaba el primer bosquejo de mi verdadera intimidad. «Categorícamente se establece, y no está de más *remarcarlo*, que en un mundo de iguales, ambos sexos se beneficiarían. Solo tal igualdad y la liberación posibilitarán papeles social y político de mayor envergadura, de la mujer», mantenía la escritora, más conocida entonces por ser la extraña pareja —Castor, como le gustaba llamarla— de Jean-Paul Sartre.

Compré los dos tomos que conforman su correspondencia íntima, *Cartas a Castor*, con cubiertas azul Tiffany. Una noche soñé con Simone. Aparecía con su turbante, y yo no podía dejar de tartamudear. Al final se convertía en un esqueleto que me regañaba. Tengo grabada con precisión aquella pesadilla porque al día siguiente se consumó *in extremis* un desengaño amoroso. En apenas veinticuatro horas había cortado la corriente que alimentó durante tres años «el amor de mi vida». Me quedé con el cable pelado entre las manos, y me acordé de mi primer contacto con los enchufes, cuando me fue permitido manipularlos como señal inequívoca de que la infancia había terminado. Me gustaba desenchufar el tocadiscos en marcha, sentir el chispazo, asombrarme ante su fugaz pirotecnia de la misma forma que certificaba la pequeña muerte de una bombilla y comprobaba al trasluz su cadáver: el filamento quebrado y tembloroso. También me atraían los cables chamuscados, olían a tostada muy hecha; estaban recubiertos por una tela bonachona, medio carbonizada, pero los abrigaba un plástico que pelaba golosamente —igual que hacen los niños cuando estallan las burbujas protectoras de un sobre—, hasta que emergía el peine de cobre y me arañaba los muslos. Como ahora. Había llamado a mi enamorado para decirle que era un traidor, para vomitarle su engaño. Sabía que era un acto inútil, innecesariamente dramático, pero en mis amores juveniles el impulso le ganaba la partida a la estrategia. No sabía ni quería ejercer de *geisha* adúladora, no tenía paciencia ni temple para tolerar una decepción, aunque la acabara perdonando después de un exhausto interrogatorio capaz de satisfacer mi curiosidad y mi autoestima, de procurarme argumentos que justificaran aquello que tanto deseaba: la reconciliación.

«La ira es una emoción humillante indigna del hombre», dejó escrito Marco Aurelio. «Pero yo soy mujer y puedo permitírmela», me dije, aunque sea tan estéril como la fantasía. Comprendía la toxicidad del amor fatal, cómo ese desgarró autocompasivo agarrota el futuro, lo clava con chinchetas persiguiendo un ideal que acabará por arruinarnos moralmente. Un simple juego de seducción que yo juzgué tontamente el amor de mi vida. Una tortura que solo se infligen las mujeres que crecimos envenenadas por las películas

románticas y los anhelos de madres, abuelas y hasta bisabuelas, generaciones de mujeres suspirando por atrapar un delirio, alimentadas por una idea del amor miserable parecida a una sopa con tropezones.

Como si solo los hombres que tienen una avería en el blanco de su identidad fueran capaces de provocar el deseo. Seres carismáticos que se quieren con desmesura y te llevan a rastras en su deambular hasta que se aburren. Y luego, en lugar de hacerte añicos como a una figurita de porcelana, te colocan encima de un mueble viejo para poder volver a jugar algún día contigo, acariciarte y sentir de esa manera que tienen un pasado, y también que la mujer en verdad es eso: un coleccionable que garantiza un sentimiento reconfortante de posesión. Harás lo imposible por retenerlo, hasta que te embargue un sentimiento parecido al de vender tu alma al diablo.

No puedo localizarlo en una fecha, fue como una corriente de aire, primero a ráfagas, después helada, permanente, cuando sentí que ya no me amaba. Escribí: «No puede ocurrirme esto a mí. Sentir este extravío, el pecho ahuecado, el llanto por las mañanas. Habito en la incertidumbre y no puedo aspirar a otra cosa. Es ahora mi condena. También mi vuelo. Ese no saber. Esa deriva. A veces alimentada por la electricidad del amor fugaz que te envalentona. Pero también engordada por el vértigo, la amenaza del error, la sombra de una soledad que muestra impávida su tendencia a separar la cabeza del cuerpo. ¿Cómo voy a soportar esto? Enloqueceré. Tomaré un camino sin retorno. Tendré que habitar la nostalgia como estado civil. Bregar con la distancia sin saber si él me recuerda y de qué modo. Echarlo de menos, sentir que mi piel cae a pedazos mientras sueño una y otra vez con su rostro y recojo cuatro recuerdos, cuatro palabras. Ya no es nada su nombre junto al mío». El antiguo coro de mujeres hambrientas de ese amor que creían suyo me daba consuelo. No eran versos envenenados, sino liberadores. Como los de la poeta uruguaya Idea Vilariño, cuyos versos sobre el fin del amor se me antojaron un acto de última rebeldía.

Habrá que aceptar que la desconexión no solo depende de los hombres, sino que también nos incumbe. Somos arte y parte en la construcción de un ideal amoroso. Nos delatamos en la posición en que nos situamos, también en el punto de vista acerca de una historia que es de dos. El romanticismo incrustado en el disco duro marea al sentido común en su inclinación por

escapar de la mediocridad. Las coordenadas que a menudo utilizamos para navegar corrientes adversas nos confunden y debilitan: sentirse morir un día y resucitar al otro.

Había entrado ya el otoño, cubriendo las calles de hojas muertas. Solo hablaba con él en sueños. Su rostro era el de todos los hombres difíciles. Escuchar a Nina Simone, releer a Natalia Ginzburg, contemplar la obra de Louise Bourgeois, oler un frasco de Cristalle de Chanel, en eso consiste cualquier terapia tras confundir el amor con un malentendido.

La maternidad, un cortocircuito

Creo que fue poco antes de ser madre cuando desapareció el miedo a ser violada. Cuántos pasos agitados al sentir la amenaza de otras pisadas tras de mí. Cuántas veces me cambié de acera al ver de lejos la sombra de un hombre. Firme, segura, más seria que de costumbre, con la barbilla levantada, todo eso me decía a mí misma que tenía que transmitir en cualquier paraje solitario. Me convencía de que una mujer, además de valiente, tenía siempre que ser precavida. Que estaba condenada a protegerse el doble que los chicos, a coger taxis de noche, a mirar con cuatro ojos... ¿Y qué pasaba con la tan manida libertad?

No fue solo el instinto, ni el humano ni el maternal, ni mucho menos el reloj lo que me empujó a ser madre. Fui toda yo, con mi saco de dudas y deseos, el cuerpo ignorante, mi soledad de animal herido, mi concurrencia de afectos gozosos. Fue también mi mente fantasiosa, con mis colecciones de cuadernos, libros, aromas y zapatos. Yo y mi mundo interior quisimos ser madre, con la fuerza de un viento desconocido. Levantamos arenas y arrancamos raíces estériles. Compramos una cuna, buscamos nombre, despertamos en mitad de la madrugada sintiendo sus patadas tan ajenas como propias. La maternidad era entonces una llanura, no la montaña rusa en que se convertiría cuando mi primera hija, Lola, empezó a agarrarse a mi pecho, frágil y fuerte, haciéndome sentir más extraña que nunca. Más yo que nunca.

Pasé al lado de las madres & Co., aunque siempre supe que no sabría hacerle trenzas a mi hija ni peinarla con primor. Tampoco le prepararía croquetas ni guisos como siempre hizo mi madre, ni le conseguiría el mejor disfraz para la fiesta de Halloween. Observaba a las otras: sus hijos comían de todo, complacientes y educados, jugaban con ellos en el parque y parecían reventar de dicha mientras a mí me doblaba el tedio. Pero todo aquello eran en verdad miniaturas, tópicos manidos que determinaban lo que se entendía por

ser una «buena madre»: resignada, paciente, sacrificada, protectora, generosa y hogareña, un arquetipo tan interiorizado en nuestra sociedad que sigue sirviendo de patrón para prejuizar con ligereza a aquellas que se escapan del guion. Incluso a las que han decidido libremente no tener descendencia y, por supuesto, nada hace cuestionar su capacidad de amar.

Guardo infinidad de cuadernos con apuntes, tareas domésticas, reflexiones junto a transcripciones de entrevistas. Leo en las páginas de un cuaderno notas diversas: Títeres en teatro San Pol, y en Círculo de Bellas Artes: *El terrible guerrero*, domingo 12.30 m. En la hoja de al lado: «Redefinir feminismo a partir de parámetros reales», «la palabra pública es masculina, pero de ello tomamos conciencia demasiado tarde, entonces se despierta una conciencia de género dolorosa y rara». También conservo entradas de diario, siempre desordenadas en diferentes cuadernos, como esta, durante unas vacaciones en la playa: «Me pregunto qué coño hago con un tenderete al lado lleno de pijamas de Mickey Mouse, baberos y toallas, junto a una larga orilla. Lo más doméstico y lo más sublime juntos. Y me pregunto qué hago con dos niñas en la bañera, la mía y la medio hermana de la mía, con la cena ya preparada y el vídeo de *Pocahontas* a punto de echar a Chet Baker. Y a pesar de mi extrañeza, sé que tengo que integrarlo todo, los baberos con mis libros, mis canutos, mis paseos, mi Chet Baker a quien solo por tener esa voz le hubiera pedido que se casara conmigo».

En la edad adulta te haces juicios sumarísimos, la vida es una suma de esprints, y la culpa por no dedicar más tiempo a los hijos te pincha por todas partes. Aun así, nunca he sentido la maternidad como una carga, incluso habiendo ejercido de madre y padre con mi primera hija. Todo lo contrario, es el tesoro que me ha salvado en el sentido más absoluto de la palabra. Mi segunda hija nació diez años después, a mis cuarenta, una edad en la que ya debes empezar a practicar la indulgencia contigo misma.

Elegimos el nombre después de visitar su padre y yo las habitaciones en las que vivieron Vladimir y Véra Nabokov durante dieciséis años. Todos los libros de Nabokov están dedicados «a Véra», y eso me maravilló cuando me iba dando cuenta a medida que leía sus novelas. Véra transmitía una elegancia incorregible. Fue su compañera fiel que mecanografió todos sus originales y salvó *Lolita* de la quema. Vladimir le mandó cartas desde Bruselas, París,

Praga o Cambridge o Virginia. Véra las guardaba todas, y un día se las leyó al biógrafo autorizado de Nabokov, Brian Boyd. En ellas se lee: «Felicidad mía», «alma mía querida, amor mío», «te escribo cada día, ¿lo recibes todo? Beso tus queridos ojos», «Sabes, pienso con placer en la reelaboración de *It is me*. ¿Enviaste ya *Despair*?». Véra lo era todo: compañera, editora, traductora, secretaria, amante, esposa. No fue indómita, ni feminista, eligió entregar su tiempo y sus días al hombre de su vida. Igual que Zenobia, a quien también le dispensábamos una gran simpatía mis hermanos y yo por compartir apellido, y porque siempre nos preguntan: ¿tienes algo que ver con Zenobia Camprubí? Fueron los dos bastiones sobre los cuales dos grandes autores del siglo XX, el novelista y profesor ruso, y el poeta ensimismado andaluz, construyeron una carrera literaria universal. No se me pasó por la cabeza proponer que se llamara Zenobia, mis hijas merecían nombres cortos, claros, limpios: Lola y Vera.

Cuando estaba embarazada, recibí una propuesta de Esmeralda Berbel para formar parte de un dietario coral: narrar mi 27 de septiembre de 2008 en homenaje a Christa Wolf que lo hizo, por iniciativa del diario *Izvestia*, entre 1960 y 2000. Coincidió con el día en que salía de la clínica Teknon después de haber dado a luz por cesárea en el atardecer de un 22 de septiembre de 2008. Antes había leído en voz alta poemas de Plath y Pizarnik. Esta fue mi entrada:

27 de septiembre

Faltan cinco minutos para que la enfermera del turno de noche me traiga el último calmante. Los telediarios han anunciado que un anticiclón se extiende por el centro de Europa y que hay una fuerte borrasca en el oeste de Noruega. Noruega, repito, como si fuera el título de una película fría. En el Mediterráneo, los vientos del este seguirán arrastrando humedad por lo que aún no cesará el periodo de tormentas. Ha llovido toda la semana fuera de esta habitación, aquí dentro encendimos unas velas. No hay lugar para la melancolía. En este mismo instante, en la Universidad de Mississippi están probando por enésima vez los micrófonos que acabarán recubiertos del aliento de McCain y Obama. El transistor que tengo en el baño, apoyado en la bolsa de compresas de algodón —sin alas— atestigua que el primer debate entre los candidatos a presidente de Estados Unidos es lo más destacado que va a ocurrir esta madrugada del sábado 27 de septiembre. Las noticias esconden la vida de cada día, las cucharillas que a esa hora estarán removiendo una infusión en millones de dormitorios, las 00:20 horas. El mundo se agita como una alforja vacía, sacralizando su crisis, pero en la

habitación 283 de esta clínica la sutura de la cesárea tira de mi cuerpo partido en dos. Mi hija Vera tiene cinco días. Cinco días sin apenas asomarme al cuadro azul de la ventana por donde se adivina el mar rizado por los vientos del este. El mundo de afuera se me antoja medio anestesiado como mi cuerpo. Qué lejanas parecen las calles vecinas, la medianoche del viernes paseando sus narices perfumadas y listas para bailar. La ortopedia médica neutraliza los fantasmas existenciales. Ahora solo importa la subida de la leche, amamantar a esta boca perdida que ha sido arrancada de mi útero. No sentía el dolor pero no lograron anestesiar mi sentido del tacto. Notaba cómo agarraban mis músculos con los guantes de látex y los apartaban de su camino. Estaban concentrados. Reinaba un silencio irreal en el quirófano; nada que ver con la cantidad de sonidos que reúne un parto natural. La hoja del bisturí rasgaba mi tripa como si no fuera mía, despegada de la cabeza, desconectada del cerebro. Me sonroja mi propio recuerdo, con aquel humillante gorro y una bata de papel azul. No podía rezar. En todo caso nombrar a Dios. Y luego a mi padre, y a todos mis muertos, y a las palabras para que me dieran cobijo. Dije mar, libertad, bonita, mamá, Lola, luna, paz, certidumbre, seda, agua, otra vez mar, no recuerdo más... palabras en voz baja y al azar mientras cortaban en busca del botín de mi útero. Vera.

Cinco días sin tomar una sola nota ni abrir el ordenador. Apenas un pitillo en la noche, encerrada en el baño y con una vela de vainilla para disimular el olor. Las enfermeras me llaman mami. Y a T. papi. Está en el protocolo: los huéspedes de la planta 7 pierden su nombre al entrar en estas habitaciones y se convierten en papi y mami. Debe de haber parejas, como la nuestra, que se miran sofocadas ante ese grado de confianza de las enfermeras, jugando a papás y a mamás, como si fuéramos habitantes de Lilibut. La señora Bonet ahora es mami. Y a mami se la riñe por levantarse demasiado, o se la tranquiliza porque el llanto del bebé tan solo es llanto. No hay lugar para la quimera ni para el sentido del ridículo en esta habitación que abandonaremos dentro de doce horas. El mundo de afuera ahora me produce vértigo. La miro y pienso que viene de lejos. ¿De dónde vienes tú, Vera? Tiene un sueño largo y antiguo, respirar cansa. Cojo el libro que leí hasta la mitad la noche del parto. No podía agarrarme al sueño, tenía el corazón agitado, la sangre drogada, los opiáceos musculaban mis neurotransmisores, el instinto animal anhelaba a mi cría. Contaba las horas para que amaneciera, empapada en oxitocina, y las enfermeras me trajeran a mi bebé que dormía en la *nurserie*, sí, en francés... en aquella clínica privada, a la sala donde chequean y controlan las constantes de los recién nacidos se le llama *nurserie*. *Cursilerie*.

Escogí la primera novela que escribió Henry James, *Guarda y tutela*, un exquisito culebrón capaz de abstraerme de un insomnio extraño, bañada de oxitocina y adrenalina, ¿quién puede dormir después de parir? «Roger Lawrence había ido a la ciudad con el propósito de llevar a cabo un acto concreto, pero a medida que se acercaba la hora de la acción sentía cómo su fervor se desvanecía súbitamente. En realidad, desde el principio había sentido poco de ese fervor que nace de la

esperanza...» Así arranca el libro y la lectora a quien acaban de practicar una cesárea dice: «Como a mí, muchas veces me ha ocurrido que cuando se aproxima un acto, se evapora la energía que me ha conducido hasta allí porque ya sé que después de aquello, nada habrá cambiado». «Ahora es distinto», se dice la lectora. Solo cabe la esperanza para iluminar esta habitación fruto de un sangrado de futuro. La sangre, la leche, duermo.

A las seis de la mañana traen a Vera, con media hora de retraso. Son dos enfermeras gordas a quienes T. detesta. Hablan muy alto. No soporta que lo llamen papi ni que traigan a la niña llorando y con retraso. Su cuna es transparente, una bandeja de metacrilato encima de unas patas metálicas. A un lado, una tarjeta rosa pegada con celo: Vera. 22.9.08. 3.250 kilos. La segunda noche fantaseé con que la cambiaban. De pequeños todos pensamos en un instante sombrío que éramos adoptados. Cuando somos padres pensamos que nos cambian a nuestro hijo o que se lo llevan porque es el bebé más hermoso de la *nurserie*. Es preciosa y diminuta. Abre la boca con desesperación, bienvenida al reino de los mamíferos. En esa habitación ahora vivimos pendientes de la leche. Los misterios del líquido amarillento que brota de mi pecho y gotea de madrugada mojando las sábanas, el raso arrugado y húmedo de mi camisa. La ventana va diluyendo la negritud y la primera luz del día entorna las copas de los árboles. Se adivinan el mar y una nueva vida. Deberé atesorar los escasos momentos de intimidad. Me siento inquieta. La cuna en un dormitorio en cuarentena donde el sexo es una dulce evocación y las gasas aún ensangrentadas te recuerdan de dónde vienes. De un ombligo. Esa es la sala de conexiones del cuerpo, también las alas, el vínculo con el más allá de la biología. La radio del baño anuncia un grado bajo cero en El Pas de la Casa. Mientras permanezco cinco minutos eternos con una mascarilla desincrustante para que me libere del olor de clínica, tan insultante como el olor a viejo, informan que el debate de Obama y McCain duró noventa minutos y que hablaron de Afganistán, Irak y España. Los españoles, entremedio de un debate para la presidencia de Estados Unidos, siempre tan originales. El comentarista dice que McCain no miró a Obama, y le sonrió con desprecio mientras despreciaba a España. «Usted no sabe distinguir entre táctica y estrategia», le dijo el candidato afroamericano. Me alegro de que a Obama le hayan llamado poeta. Que mantenga un idilio con las palabras e intente encontrarles buen acomodo en su paladar, tan dotado como el de Al Green. Es desgraciado el político que necesita de un logopeda. También el que, en lugar de hablar, empuja el lenguaje que se resiste a abandonar el papel, avergonzado por su arquitectura enclenque.

Café con leche, biscote, mantequilla y mermelada. Durante todo el embarazo de nuevo he tomado mantequilla. Es magnífico el sentimiento de indulgencia que te ilumina durante la gestación, la sensación de poder traspasar el límite y aparcar pequeños sacrificios. La mantequilla es un alimento blando y envolvente, tiene algo de líquido amniótico, te sacia y alarga el aroma de los periódicos junto al café. «La crisis obliga a Solbes a presentar el presupuesto más austero de la década», dice la portada de

El País. La psicosis del hundimiento se extiende por todos los rincones del papel. La prensa; ya ha anunciado su fecha de defunción, en 2043. Los periódicos tienden a desaparecer. Cuento con los dedos de la mano, ya estaré muerta. No sé si hará falta reciclarme y reubicarme en otro oficio, empezaré mi blog. Quería llamarlo «Frio en los pies», pero me dijeron que así se titulaban las memorias de un presentador de televisión. Me sentí idiota, cada vez me hiere más mi falta de talento, el lugar común, las ideas descalzas que se apagan en su precariedad. El blog se llamará «Cuatro letras». Desde mi infancia, no ha habido día en que no haya escrito cuatro letras. Siempre sin importancia. Escribir sobre lo cercano y lo pequeño como metáfora de un mundo en miniatura. Dice Georges Perec que hay que interrogar lo habitual, lo extraordinario: «¿Cuántos gestos hacen falta para marcar un número de teléfono? ¿Por qué no se encuentran cigarrillos en las tiendas de alimentación?».

No quiero perder el asombro a pesar de la sutura. T. me trae café fuerte porque el de la clínica es de sobre y ambos lo detestamos. T. con su espalda ancha y musculada que abraza como un árbol. T. siempre huele maravillosamente bien, maravillosamente a café y a Jean-Paul Gaultier.

Recogemos las cosas. Dejamos las flores. Hemos terminado odiándolas. Nos mataba su olor, docenas de ramos en la antesala de la habitación con una recién nacida, y ese olor a cementerio. Sacamos los jarrones al pasillo, los regalamos a los familiares que venían de visita. Mi madre se encargaba del reparto llena de felicidad cuando descubría alguna variedad rara. Le encantan las flores, les habla y les canta. Mandó un centro a la iglesia del pueblo y logró deslumbar a las vecinas. Adoro la capacidad de asombro que conserva la gente del pueblo y que nada tiene que ver con la incultura, no, es la capacidad de disfrutar de aquello que escapa de la rutina. De celebrar la belleza. Les regalamos a las enfermeras gordas una caja de bombones. Somos hipócritas que lavamos nuestra mala conciencia con unas trufas al licor. Nos vamos contentos, pero inseguros. Salimos al mundo de afuera, nosotros dos y nuestra hija. Tendremos que acostumbrarnos a decirlo: nuestra hija.

Vera y su primer rayo de sol. Le produce una risa refleja y nos sentimos inmensamente felices. Son las once de la mañana y en el coche suena un tema de Café del Mar. El coche es un *chill out*. La mañana se engrandece bajo un cielo empastado de acuarelas azules y blancas. T. lleva Agua de Iris de Prada. El saxo me produce una sensación de normalidad, de que gran parte de mi vida será como la de antes, seguiré escuchando a Coltrane y a Chet Baker, comeré pan con tomate, leeré los periódicos de noche, en la cama, y me cepillaré los dientes en la ducha. También continuaré persiguiendo la soledad. Y esto me da más miedo. Aislarme, encerrarme en mis ensoñaciones durante las cuales no tolero el ruido del aire acondicionado ni la pelota de tenis.

Mi hija Lola nos espera para desayunar. Desayunamos otra vez, ahora huevos. En la casa hay un aire de novedad. Me acuerdo de cuando era pequeña y mataban al cerdo. La casa se llenaba de gente, en la cocina cuatro ollas. Olía a carne hervida y a sangre

fresca. Todo estaba cubierto de trapos blancos, immaculados, sobre los que colocaban las partes del cerdo. Nos encantaba observar a la trituradora de carne, cómo iban saliendo aquellos tirabuzones rosas. T. y yo dejamos al bebé dormido con mi madre y vamos a la playa. Solo tenemos que andar quinientos metros. Me imagino que estoy aprendiendo a caminar de nuevo, me dan calambres los pinchazos de la sutura. Cuando hago un mal gesto siento una descarga eléctrica, tal vez parecida a la que en este momento pueda sentir Lola, diez años ocupando el centro de mi universo. Ha querido comprar un juguete para el bebé. Es la única que se ha acordado de poner un sonajero cerca de la cuna. El mar parece otro mar después del parto, como si las crestas rizadas hubieran logrado acariciar el horizonte durante mi ausencia y ahora regresaran plácidamente hasta la orilla. Una pareja nada a contracorriente. Es el mensaje que me manda el mar, sin botella. Bracean y gritan, jadean, se abrazan. Cuando salen del agua T. me dice «Qué bien se lo han pasado». Sonreímos y admiramos sus carnes bronceadas que tiemblan de alegría, todo tan sencillo, en la playa somos cuatro.

Después de comer me voy a descansar media hora, antes de enchufar de nuevo a Vera en mi pecho y vigilar que no se atragante. Pienso en sus cacas y en la fascinación que me producen. Existe un protocolo sobre las cacas: primero de meconio, después de transición, ahora de lactante. Amarillas, cremosas, con su aroma a leche materna y a ternura. Se lo comenté anoche a T. y se rio, menuda extravagancia, dice que él huele a caca y punto. Es médico. Punto. Cuando estoy sola con Vera huelo sus pañales como si se tratara de un pañuelo perfumado. No es una rareza, tengo un olfato privilegiado, propio de un PAS —persona altamente sensible—, adivino los perfumes que llevan mis amigos, identifico fácilmente la magnolia, el nardo o el jazmín. Las cacas de mi recién nacida tienen unas notas saciantes, igual que la vainilla.

Leo otro trozo de periódico: Meryl Streep en el Festival de San Sebastián; me veo a mí misma, apenas dieciséis años, la primera vez que un chico me dijo que me parecía a ella. Me lo han seguido repitiendo a lo largo del tiempo: «Meryl Streep de joven», matizan. Enseguida aprendí que parecerme a ella significaba que la personalidad estaba por encima de mi atractivo, y que los huecos de la belleza los tenía que suplir con otras virtudes para lograr que mi mirada brillara, que la fe en mí misma se estampara sobre mi sonrisa como un imán para atraer a los admiradores de Meryl Streep y de su escuela de mujeres. Se me cae el cenicero encima del sofá. Siempre me ocurren este tipo de cosas, pequeñas catástrofes domésticas por no tener en cuenta el mundo de los objetos. Estoy demasiado absorta en mi cabeza y en la historia que escribe de forma imaginaria el lápiz del pensamiento como para calcular la estabilidad del cenicero o para cerrar bien la botella de agua. Me mojo el pantalón y me río porque no es una situación nueva, ni un estúpido accidente. Sé que es algo más que tiene que ver con el interruptor interior que tengo desconectado y que nunca he logrado encender cuando hace falta. Es un lastre antiguo. Seguramente, igual que la mancha que se esconde detrás de un cuadro, mi torpeza doméstica esconde la fragilidad de mi estructura

mental y mi grado de inmadurez. Las personas maduras no dejan que una botella de agua de plástico se abra dentro de su bolso, ahogando su móvil, mojando los billetes de euros.

Han colgado las cortinas. Estoy contenta de haber logrado adaptar esas viejas cortinas venecianas que tuve durante ocho años en el piso de Las Salesas. Cada casa te hace diferente y sin ninguna duda yo ya no podría ser la que vivió allí, soy otra y he colocado la cama, el sofá y el escritorio de forma distinta. Los espacios que un día colonizaste te dejan una formidable herencia, aprendes de la disposición de los muebles y de la altura a la que tienes que colgar los cuadros. Te dices, «en mi nueva casa no colocaré fluorescentes sobre los espejos del baño». El caso es que cuando me dijeron por primera vez que me parecía a Meryl Streep no entendía el lenguaje de las cortinas. Algunas amigas mayores me hablaban de las excelencias de sus telas y a mí me dolía la cabeza, me quedaba sin palabras, me ausentaba. Hoy puedo decir que me siento tan satisfecha de haber aprovechado unas cortinas viejas para la casa nueva como de haber terminado un artículo para el periódico. Y luego dicen que siempre somos los mismos.

Vera llora. No es un llanto húmedo, con lágrimas. Son pequeños alaridos, en cadena, que no cesan aunque la tenga en brazos, la mueva o le cante. Solo se calma si come. T. quiere que respetemos el horario, cada tres horas, él es muy metódico, lleva la agenda en la cabeza, pero yo me quiero esconder debajo de la cama ante ese llanto interminable. Lo desafío, le digo que le daré el pecho a demanda. Lo hago cada dos horas, hora y media, hasta que pierdo la noción de las horas, de mi cuerpo, semidesnuda, sentada en esa butaca con la mirada perdida en una madrugada sin jazz, el sueño me vence. Es el cambio de aires, nos decimos, no en vano somos padres maduros. Pero, raudo, aparece el complejo de la mala madre: pienso que mi leche no es buena, que no la sacia. T. me dice «mañana llamaremos a la pediatra» y sin saber por qué, mientras el sábado agoniza y aún es tierno el recuerdo de la ventana de la clínica donde el mundo de afuera permanecía anestesiado, me siento muy pequeña. Una miniatura con camisa de raso y un bebé en brazos incapaz de luchar contra su malestar, impotente frente a la trama del azar que tiene escrito nuestro destino. Las lágrimas brotan igual que una ducha caliente, me arden. Siento alguna pieza a la altura del pecho rota a pedazos, como cuando se te cae un vaso al suelo y te entran ganas de llorar. Voy al baño, enciendo la radio: mañana continuará el anticiclón, moderadamente fuerte.

Andar sobre el agua

Vera nació con la crisis; el mundo que conocíamos dio un vuelco y todo se descalabró. No obstante, yo perdí inseguridades y ya no me preocupaba qué tipo de madre sería. Salió brava. En una misma tarde tragaba un sorbo de Sanex, pintaba el suelo, la alfombra y el mantel con plastidecores, jugaba a los cromos con mis tarjetas de crédito o pronunciaba por primera vez «luna» y entonces la mirábamos juntas tras la ventana. El tiempo discurre mejor viendo crecer a los hijos. Ahí están sus torceduras y sus pesares. Hay instantes en que cogieras el primer avión que despegara para desentenderte por puro agotamiento: «¡Haced lo que os dé la gana!», pero es un sentimiento tan fugaz como ocioso, una pataleta similar a las tuyas. Hasta que ya no hacen falta las palabras. Besarlas es como andar sobre el agua.

Una mañana oscura, de las que parece que no amanece nunca, Vera me preguntó qué significaba existir. Lo escribió con *c* y *s*. Le dije que iba con *x* pero no me hizo caso: «Papá dice que se escribe así, y lo que dice papá siempre es lo correcto». No sirvió de nada que le mostrara la entrada de la palabra en el diccionario, ni que le razonara. «Papá sabe muchas cosas, pero de palabras sé más yo», no pude aguantarme. Existir: cualidad de ser, de suceder, improvisé. Pienso, luego existo; dudo, luego existo; existo, luego soy. «Quédate con el que prefieras», me dije a mí misma. A veces se nos escapa un sentimiento de tristeza azul, más brumosa que un resfriado. El momento requiere dispersarse igual que el polen; o ser una abeja, viajar entre pétalos de colores y sentir cómo el néctar, pastoso, recubre las yemas de los dedos; recitar versos de Emily Dickinson, pensar en tantas mujeres brillantes que, como ella, acabaron consumiendo su vida habitando un camisón blanco respunteado con hilo azul, atravesado por una línea de botones redondos y pequeños igual que ansiolíticos, que morían en el nacimiento del escote.

Ser madre implica dejar de vivir despreocupadamente. Es pura expresión de deseo, la formulación de un estado añorado con su mochila de horas en blanco, porque si algún adverbio deja de existir con la llegada de los hijos es precisamente este. Las menudencias preocupan a las madres, deseosas de dominar el lenguaje de los mocos y los cólicos. Apenas escuchas un gemido en la habitación de al lado, saltas de la cama y en un esprint acudes hasta su llanto. Buscas el chupete a tientas, palpando la cuna. Imaginas, por ejemplo, que pueda sentirse abandonada, lanzada a la vida y a la noche oscura, pero aún ignora qué es la vida y la noche oscura.

Tener un hijo es un milagro asido a una ristra de terrores. Sobreviene un compromiso profundo que alarga la vida y la sella con satisfacción pero también con inseguridad, la que se siente como un traje incómodo que aprieta al intuir que te vas convirtiendo en otra. La que deja tantos libros por leer. La que abandona proyectos a medias por un puré de verduras. La que no se resigna a que las rutinas siempre se escriban igual. Cada mujer reordena hábitos y modera ambiciones cuando es madre. Modificar, decimos. Adaptarnos. Y de nuevo, renunciar, sintiéndote doblemente culpable.

Hoy, ninguna aspira a aquel título de los ochenta que la etiquetaba como *superwoman*. No podía existir halago más envenenado que el de revestir lo cotidiano con tintes heroicos. Mujeres quejumbrosas e insomnes, cuya silla se movió justo cuando empezó a crecer su tripa. La reacción no se ha hecho esperar: la mitad de las mujeres que trabajan no tienen hijos. Y entre las que sí los tienen, otra mitad terminará abandonando su trabajo ante la dificultad de conciliar. También algunas profesionales hiperpreparadas renuncian a la independencia económica, con el beneplácito del prestigio social, acuciadas por la presión de una maternidad cada vez más mitificada.

El mercado, con sus limitaciones y su depauperado bienestar, impulsa en su contradicción la nueva liga de la madre perfecta del siglo XXI, mientras que las imperfectas, las que no poseen ni fórmulas magistrales ni protocolo para «arreglarse», las que se equivocan tanto como aciertan, las que aman como solo sabe amar una madre, suscriben aquellas palabras de Silvina Ocampo: «La maternidad no se trata solo de llevar nueve meses y dar a luz a seres sanos de cuerpo, sino de darlos a luz espiritualmente. Es decir, no solo de vivir junto a ellos, con ellos, sino ante ellos». Eso es lo que me arde. No

ser lo suficientemente ejemplar para educar y alimentar esa carencia con brotes de culpa. La centrifugaba, escudándome en el pragmatismo de la eficacia. Si no le ponía un buen rato de dibujos animados a mi hija, no podía escribir. Cuando escuchaba que los pedagogos alertaban acerca de los males de la televisión entendida como guardería pensaba en los muros mentales que separan la teoría de la práctica.

Cuando Vera tenía cinco años y muchas barbies, le recordaba la escala de valores, de más a menos: primero, buena; segundo, inteligente; tercero, guapa. Al principio me respondió que no era verdad, que la engañaba, que si no eras guapa no tenías amigas y nadie te hacía caso. La edad del rosa, tanto para ella como para la mayor, Lola, fue corta. La sustituyeron por mallas, sudaderas, deportivas, camisetas. Libros, *collages*, manualidades, ficción de aventuras en lugar de cuentos de princesas. Y pantallas. Incluso hoy la moda les interesa bien poco. No entienden cuánto me duele —hasta puedo llegar a llorar— perder un pendiente. Me imantan los objetos bellos, de ellos absorbo una razón de vivir. Su perfección, su color, su textura, todo me conduce a un sentir placentero. He encontrado una carta de uno de mis primeros novios, un amor blanco, él estudiaba en Córdoba y nos escribíamos compulsivamente. «Me dices que has ido a misa y que te gusta vestirme bien, pero no me cuentas nada de la misa.» Mi fascinación por la ropa parece venir de la abuela Juanita, que durante años llevó sombreros, guantes y trajes entallados. Cuando íbamos a la ciudad, los escaparates eran un espejo providencial. Podía verme detrás de aquellos maniquís, intuir mis diferentes yoes, pero, sobre todo, imaginar con qué ropa podría ser más amada. Ese es el verdadero significado del vestirse: para que te quieran; me lo recordaba Adolfo Domínguez, un escrutador de mundos bellos y sensibles.

La moda es una disciplina compleja, cuyo trasfondo sociológico explica la piel de la civilización. En su aplicación individual, supone una suerte de interpretación del gusto. Un ejercicio donde poder poner en práctica el juicio estético. No solo es aquello que te compras, sino lo que ves fotografiado, escenificado, condimentado con los valores de la marca, o del diseñador, que dotan de alma propia a la prenda. La belleza reside en el espíritu, no son tanto unos ojos sino el brillo de unos ojos. Y eso pertenece a los mundos interiores.

A pesar del empeño humano en eternizarla, la belleza es efímera y se desvanece como el viento de levante. En aquella época conocí a Yves Saint Laurent entre bastidores del hotel Intercontinental de París, después de un desfile de alta costura. Corría el rumor de que estaba muy enfermo y de que al final no aparecería. Pero allí estaba, con su esmoquin blanco y su sonrisa torcida. Al terminar el pase, entré en el *backstage* de la mano de mi amiga, la biógrafa del creador, Laurence Benaïm, para palpar las telas minuciosamente, como hacían las modistas del pueblo. Al saludarlo, me cogió la mano: «Mademoiselle, lo más difícil y lo más bello, siempre es lo más sencillo», me dijo, y no me avergüenza confesar que me llenó de sentimiento, con su voz casi inaudible. He conocido a grandes creadores: a Valentino con su colección de chihuahuas en su casa de Roma; a Gianfranco Ferré, clavando alfileres a un traje con volúmenes arquitectónicos sobre una modelo; a Pierre Cardin, en su taller que era una especie de réplica de *2001, una odisea del espacio*; a Paco Rabanne, festejando su españolidad, a Alexander McQueen, que se emborrachó y se colocó en una larga noche madrileña en la que me confesó que no podría soportar la presión de su multinacional, o a Karl Lagerfeld, el dandi posmoderno que me invitó a beber Coca-Cola en su casa, con jarra de cristal Baccarat. Y las mujeres, ¿fueron acaso menos ambiciosas? Sybilla, tan tímida que tuve que entrevistarla mirándonos las dos en el espejo en lugar de a los ojos. Diane von Fürstenberg, aristócrata feminista, que vendió su marca. Carolina Herrera, «la señora» de la moda, que siempre te hacía sentir provinciana...

Es probable que mi fascinación por el glamur tuviera que ver con el perfume oceánico de Issa Pereira y sus ojos ribeteados de negro; con los cosméticos que se compraban en Andorra, o con zapatos de madera que empecé a calzar muy joven —prescritos para los pies planos— y me hacían sentir mayor. La moda fue mi salvoconducto. Nadie lo hacía. Escribir sobre ella como los periodistas franceses. Ese fue mi norte; alojarla en las páginas de cultura, mi objetivo. «La imagen de la mujer sexi pierde puntos en el Gaudí», titulaba en *El País* en septiembre de 1990. Y, al cabo de un año, de nuevo insistía, sin pudor: «¡Abajo la mujer sexi, llega la mujer espiritual!». Era la crónica de la

pasarela Cibeles y reproducía comentarios del público: «La modelo más sexi era aquella de camisa blanca y pantalón negro», afirmaba una espectadora a la salida del desfile de Roberto Verino. Otra testigo sentenciaba: «Ya nos hemos hartado de enseñar tanto trasero, ahora la libertad». El artículo proseguía así: «Existe una teoría casera en el lenguaje de la moda que intenta conciliar el binomio ética-estética. Cuando se alarga un periodo de reflexión, se da rienda suelta a la apariencia, lo efímero y lo suntuario. Y al revés, después de una gran explotación de la imagen, la sociedad regresa de nuevo hacia las prioridades morales. Los noventa corresponderían más al segundo caso que al primero. Vale la pena recordar aquella autoparodia de Oscar Wilde: “Me resulta difícil ya convivir con mi juego de porcelana azul”. A la moda le resulta difícil convivir con ella misma y con los estragos que ha causado la era del culto al cuerpo, la imagen como clave del triunfo que se ha sucedido durante los ochenta».

La historia de la vestimenta acompañó los cambios en la vida de las mujeres. Se empezaba a hablar de su «democratización», en sus ciclos de temporadas, en sus mensajes aspiracionales, no se dirigía a una élite, sino a aquellas que avanzaban en el espacio público. Una periodista destacaba entre todos, la única en España que escribía en los periódicos sobre la cultura de las apariencias como hacían los franceses, bregados en los estudios sociales, y en los abordajes de la relación entre identidad y cuerpo. Había sido la corresponsal de *Marie Claire* Francia desde Barcelona, antes de dirigir la agencia EFE. Se llamaba Margarita Rivière, y empezó a hacer periodismo cuando en las redacciones no había baños para mujeres. Su generación lo tuvo muy difícil, pero siempre lo encaró con optimismo y un humor tan ácido como confortable. Su amiga Margarita Sáenz-Díez recordaba la anécdota de cuando Tristán de la Rosa presentó a su equipo de redacción en el *Diari de Barcelona*, uno a uno: «Enric Sopena es una pluma brillante; Margarita Rivière, de buena familia...». Así eran las cosas. Su pedigrí, aseguran sus compañeros, la perjudicó. Se hizo una mujer sobria, humilde y siempre vestida con pantalones. Su trabajo enseguida destacó por su espíritu crítico y por la excepcionalidad de los temas que escogía, lejos de los grandes asuntos que

centralizan la agenda de los medios: política, economía o deportes. En su lugar, buceó en los forros de la moda, los medios, la fama, la cultura, o, mejor dicho, las culturas. Es probable que ese angular que escogió para acercarse a los llamados asuntos menores, el *establishment* de la prensa no le diera el lugar que le correspondía. La moda considerada como una frivolidad que aún despierta prejuicios y categorías. Un género menor a pesar de su valor sociológico. Se da la circunstancia de que a un director de medios no le resta su pasado como periodista deportivo, pero si hubiera sido cronista de moda, probablemente sería escarnecido.

Durante dieciséis años tuve jefas francesas y París se convirtió en obligada costumbre para ir a pasar cuentas. Nunca hablaban de empresa, decían: tú formas parte de la gran *famille* Marie Claire; eran periodistas distinguidas y orgullosas. Dirigir una edición mundial de esa cabecera equivalía a ejercer una especie de apostolado, a comulgar con un ADN que reivindicaba la igualdad con saharianas de Saint Laurent. Tuve que superar muchas entrevistas antes de ser aceptada para el cargo, y una de ellas fue con Laurence Hembert, jefa suprema de las ediciones internacionales de la cabecera. Fue muy sarcástica y altiva, pero no tenía nada que perder. Hablaba francés; más tarde me confesó que aquello fue decisivo para darme su aprobado. Pero pocos meses después de mi nombramiento acudí a la primera conferencia internacional del grupo en Montecarlo y me vestí con un bodi drapeado, digno de lucir en mi fantasía monegasca. Cuando Laurence me saludó, miró sin reparos mi escote, arrugó el entrecejo, y con un gesto entre la mofa y el desprecio me preguntó si me había equivocado de baile. Pero ¿no vamos a bailar flamenco esta noche?, le pregunté. Y roja como una gamba respondió: sí, viva la fiesta, ¡olé! Desde aquel momento fue una gran jefa que me aplaudía en secreto cuando me pasaba de la raya. Ejercía de dama de hierro que despeinaba su frialdad a lo Deneuve cuando en el fin de fiesta ponían a los Gipsy Kings.

Laurence Hembert murió en diciembre de 2018. A pesar de llevar cinco años desvinculada profesionalmente del grupo, recibí la noticia de su deceso como miembro de la *famille*. Quise ir a su funeral pero los chalecos amarillos

lo impidieron, e incluso tuvieron que cambiar de iglesia. Murió Laurence Hembert y con ella se desvaneció una parte de mi París y de aquellos dieciséis años en los que aprendí a tomar una distancia profiláctica con la moda y enfoqué mi objetivo: feminizar nada tiene que ver con colonizar, sino con corregir un orden y una mirada heteropatriarcal.

La educación en el buen gusto siempre me ha resultado una herramienta fundamental para afinar el oído, la mirada, el olfato, además de entender las corrientes de aire y las perspectivas de la luz. Tener buen gusto equivale a mirarse al espejo y quitarse algo de encima antes de salir de casa —este fue uno de los mandatos más prácticos de Coco Chanel—. Los libros de arte iban embelleciendo mis estancias, pero a la vez contenían otra llave: la exploración visual de la realidad o el sueño desde un punto de vista femenino. Una me llevaba a otra, Lee Miller a Diane Arbus, Maruja Mallo a Louise Bourgeois. Casi todas se construyen desde la dificultad, la pérdida de la inocencia brusca o el abuso, por ello siempre les falta algo: armonía, afecto, padres, libertad. Esa herida afloraba con descorche artístico. Exploraban diversos lenguajes para celebrar la estética de lo irregular. En su obra no descartan la oscuridad, al contrario: es materia prima privilegiada con la que, por ejemplo, Bourgeois esculpe falos que al principio representan la infidelidad del padre con una sirvienta, pero irónicamente los acaba amando. En 1982, Louise posó para Robert Mapplethorpe con el pene de látex apodado Fillete. «Lo siento como un objeto gentil, no un objeto al que quiera hacer daño. Mi gentileza entonces se dirige hacia los hombres.»

Feminismo con sacarina

En los años noventa, las más jóvenes utilizábamos la palabra feminismo con edulcorante. No era tolerada en su estado puro ni por las propias mujeres, que la nombraban con la boca pequeña, acompañada de una adversativa para señalar sutilmente que eran feministas, pero no barbudas. Que luchar por sus derechos no equivalía a negar su deseo, a querer gustar, a ser enemiga de los hombres. «No tengáis miedo de nosotras», les decían a ellos, como si alguna vez nos hubieran temido.

A menudo nos topábamos con una frase hecha que repetían profesionales eminentes en las entrevistas: «Yo me considero femenina, no feminista». Desnudar su respuesta, pedirles aclaración, venía a ser como luchar contra molinos de viento. Preferirían vivir en la impostura y pervertir el sentido del término que nunca ha sido un dogma, sino un movimiento humanista a favor de la igualdad. Conservadoras y progres, profesionales y aristócratas, *celebrities* y folclóricas se desmarcaban así de una etiqueta que consideraban un estigma, y sobre todo un posicionamiento en contra de los hombres. «No soy feminista pero estoy a favor de la igualdad», aseguraban. ¡Faltaría más que estuviera a favor de la sumisión! Al principio, intentábamos hurgar en la llaga: «Pero ¿no se puede ser las dos cosas, femenina y feminista?». O bien regresábamos al abecé: feminismo significa equidad, no supremacía; tener los mismos derechos y oportunidades que los hombres. Y casi todas decían: «Eso sí que lo soy, pero es que lo de feminista suena muy radical».

Al tiempo, observé otro movimiento centrífugo: cuando muchas mujeres triunfaban —aupadas por otras, y con grandes dosis de coraje propio— corrían a desmarcarse, matizando su compromiso. Las que llegaban tenían que demostrar que su puesto obedecía a sus propios méritos, que no tenían padrinos, que no eran la voz de su amo. Masculinizarse, por tanto, endurecerse, consistía en un rito de pasaje para las que tocaban el poder.

También negar la fuerza del grupo, de un público femenino ávido por tener referentes entre las famosas. Sarah Jessica Parker, identificada por la serie *Sexo en Nueva York* que fue pasto de mi generación, con la neoyorquina liberada que escribe de sexo y de zapatos, declaró en su día: «No soy feminista. No creo que cumpla los requisitos. Creo en las mujeres y creo en la igualdad, pero hay tanto que debe hacerse que no quiero más separaciones». Carla Bruni, desafiando su propio currículum y siendo hoy tan solo el uno por ciento de la tierra propiedad de las mujeres, apostillaba: «Ya no hay necesidad de ser feminista»; y Lady Gaga se explicaba en los siguientes términos: «No soy feminista. Adoro a los hombres y la cultura masculina. Cerveza, bares, coches». El oscurantismo populista agitaba el tópico enfangado: «Feminismo equivale a machismo».

En una ocasión, le pedí a un auditorio que visualizara la palabra feminismo, al estilo de los especialistas en marketing: «Si fuera un animal, qué tipo de animal sería: ¿urraca o loba? Y si fuera mujer, de qué clase: ¿poco amante de la depilación y los hombres? ¿Continuamente a la defensiva para penalizarlos, vestidas como una monja seglar, una camionera o una marimacho?». El público se reía y, por supuesto, nadie aportó una visualización de la palabra que aunara prestigio y aspiración. Qué mala suerte tienen algunas palabras: se originan con la mejor voluntad del mundo, fieles al deseo que las hace nacer, pero están expuestas a ser abrazadas o desdeñadas, independientemente de su significado. Al feminismo le conviene un *piercing*, sin duda, pero también tiene derecho a perder la ignorancia con la que es negado y rechazado. Y sobre todo manchado su significado. Así lo resumía Clara Campoamor, que evitó usar el término feminismo: «Digamos también que la definición de feminista con la que el vulgo, enemigo de la realización jurídica y política de la mujer, pretende indicar algo extravagante, asexuado y grotesco, no indica sino lo partidario de la realización plena de la mujer en todas sus posibilidades, por lo que debiera llamarse humanismo. Nadie llama *hominismo* al derecho del hombre a su completa realización».

Años de pedagogía le han ido quitando saña y miedo a la palabra, demonizada por sus antagonistas. Pero algo ocurre cuando la mujer más poderosa del mundo se lo piensa dos veces antes de proclamarse feminista. Sucedió en la cumbre del W20 sobre liderazgo femenino, cuotas y

emprendedoras, celebrada en 2017 en Berlín. Cuando la moderadora pidió que levantaran la mano quienes se declaraban abiertamente feministas, hubo dos bajas: Angela Merkel y Máxima Zorreguieta. Merkel casi se sonrojó, intentando distanciarse de la dichosa palabra. La reina de los Países Bajos, por su parte, exclamó: «¿Qué importa el nombre?», y añadió que creía en la igualdad pero sin necesitar dicho término, como si las mechas rubias y los tacones estuvieran reñidos con la defensa de la paridad. Por supuesto que importa el nombre, lo que no se nombra no existe. Mucho más rápidas fueron Christine Lagarde y la «primera hija», Ivanka Trump, quienes demostraron conocer bien la transcendencia del término, ahora más de moda que nunca. Desde la llegada de la primera directora creativa a los talleres de Christian Dior, Maria Grazia Chiuri, se han conjurado las cinturas asfixiantes, en favor de ropas anchas y camisetas con un mensaje que ha dado la vuelta al mundo: «Todas deberíamos ser feministas».

Desde la sexualización de las niñas a edades tempranas hasta la desigualdad de sueldos, los males de la pornografía o las esposas-objeto de los futbolistas, que encarnan la refeminización contemporánea, las sombras que acechan al feminismo han sido opacas. En una crítica sobre *50 sombras del feminismo*, se habla de que en una ceremonia de graduación las chicas van vestidas como prostitutas, hasta el extremo de no poder sostenerse sobre sus altísimos tacones y tener que apoyarse en sus padres: «En mi tiempo podías ser literata o prostituta, pero no ambas cosas», aseguraba la cronista.

A menudo se ha señalado al «sistema» para identificar la bestia negra que retrasa el derrumbe de los techos de cristal. Pero ¿qué hay de nosotras y nuestra herencia? «¿Por qué cuando un hombre me mira a los ojos, sigo bajando la cabeza?», se preguntan muchas mujeres, frustradas por no poder dominar ese gesto de inhibición acaso registrado en sus tics culturales y biológicos que obligan a claudicar incluso a las más liberadas. Como si, atenazadas por el veneno de siglos, se sintieran desnudas al mantener la mirada y un instinto paralizador les ordenara mostrarse cabizbajas. Pienso en todas esas miradas cruzadas. Hombres y mujeres que por un instante logran que algo suyo nos atrape. El juego del azar nos sigue enamorando hasta el

extremo de que se convierte en el primer asunto que una pareja comparte y va agrandando a lo largo de los años. Y son bien pocas aquellas que reconocen que él, un día, la miró por primera vez a los ojos y ella rehuyó su mirada.

Analizo la posición moral de aquellos que dicen: «Ahora mandáis vosotras. Sois las que decidís cuándo queréis sexo y cuándo no». Hombres que idealizan a la mujer, moldeados por un enorme Edipo que les hace buscar a su madre toda la vida. En un plató de televisión, entrevistaban a un maltratador recuperado y arrepentido, y cuando me tocó el turno le pregunté por qué quería buscar un igual a él, pues esa era la razón de los enfados violentos con su esposa. Respondió que todo se remontaba a su infancia, que tuvo una gran madre, que estaban profundamente compenetrados y que no había encontrado a ninguna mujer parecida a ella.

Habrà que analizar detenidamente cuáles fueron los factores por los cuales el pasado 2017 la palabra del año, según la editorial Merriam-Webster, especializada en diccionarios, fue «feminismo». El día después de la investidura de Donald Trump la «Marcha de las mujeres» logró que una de las palabras más desdeñadas —en todos los idiomas— alcanzara su cúspide. Quién lo hubiera dicho, venció a «federalismo», o a «empatía». El feminismo salió de los márgenes, de las asociaciones de mujeres, los cafés filosóficos, las cátedras de género y las columnas de opinión, y pisó la alfombra roja. Enseguida llegaron las monjas ortodoxas, las que insisten en hablar en nombre de todas las mujeres: «Ojo con banalizarlo; cuidado con ese feminismo chic de camiseta, una moda pasajera». La igualdad de las mujeres ha sido siempre un asunto vacilante —cinco pasos adelante, tres hacia atrás—, pero ríete de las camisetas y los *hashtags*: gracias a su onda expansiva, mujeres de todo el mundo buscaron su significado en el diccionario. Aquel término que un año antes resultaba tremendamente incómodo y, desde la ignorancia y el prejuicio, producía rechazo, nunca había estado tan presente entre políticos jóvenes que argumentan las desigualdades estructurales de la sociedad, que impiden acabar con múltiples brechas. Además de la salarial y la de representación —ya sea en la esfera pública, la universidad o la ciencia, e incluso en el reparto de papeles en el cine—, la lucha contra el acoso sexual inicia una carrera sin fin.

En la etimología del nuevo feminismo ha entrado un término que arrasa: «Sororidad», que implica la pertenencia a un grupo, una palabra robada del convento: del latín *soror*, cuyo significado es «hermana». De ahí surge el concepto que hace referencia a la «amistad entre mujeres diferentes y pares, cómplices que se proponen trabajar, crear y convencer, que se encuentran y reconocen en el feminismo, para vivir la vida con un sentido profundamente libertario», según la definición propuesta por la activista mexicana Marcela Lagarde. Aquella amistad incondicional, totalizadora, de la niñez, que rejurábamos incluso con gotas de sangre, se reactualiza para cimentar la base relacional entre mujeres. La sororidad se escribe y se practica. Algunas mujeres se llaman hermanas. O junto a su novio, hablan en femenino: «Nosotras hemos decidido mudarnos». Por lo poco me divierte, aunque no soy partidaria de violentar el lenguaje. Por qué forzarlo, darle la vuelta a los finales igual que un calcetín, querer luchar contra su arbitrariedad, su sintaxis. Duplicar el plural es una fórmula que resulta tediosa y que va en contra de la necesaria economía en el lenguaje y no añade información, más allá de querer ser políticamente correcto. Ya sabemos que el espacio público es compartido por mujeres y hombres. El femenino plural resulta cada vez más extendido entre opciones radicales y las jóvenes lo utilizan a modo de *statement* a pesar de que su uso sea incorrecto; sin embargo, es coherente con la actual defensa de la fluidez sexual; entienden su transgresión como un modo de feminizar *de facto* la sociedad y es interesante su postura, que da fe de la brecha generacional. Algunas filólogas feministas aseguran que aún no se ha logrado el modelo correcto, aunque rechazan que el masculino nos represente a todos. Ello nos permite recordar que las mujeres, históricamente, hemos sido negadas como sujeto. Pero es la realidad la que cambia la lengua, no al revés.

Me too, moi non plus

Un año y medio después de la explosión del MeToo y del Time's Up — movimientos extendidos por las actrices de Hollywood, que han ejercido de punta de lanza, más abrazadas al pragmatismo que al puritanismo (a pesar de que se las haya tildado de ello)—, la mecha ha prendido imparable y las jornadas del Día de la Mujer se plantean globalmente como un clamor que no pide, sino exige, acelerar la igualdad real. Nunca había gozado de tanta empatía el feminismo, cada vez más desposeído de leyendas y demonios alimentados por la ignorancia de quienes fueron reprobados, ridiculizados y hasta humillados por soltar un piropo inocente. De poco sirve que les recuerde la sabiduría del cuerpo; las señales que emite y que permiten distinguir un guiño de complicidad de un parpadeo erótico. Aseguran que, incluso así, se deslizan sobre una pista de hielo fino. Y se sienten continuamente regañados, como si sobre ellos se volcara un rencor histórico, hasta acabar por sentir su porción de culpa al representar el sexo que durante siglos ha sido el puto amo.

Que el sistema patriarcal siga dominando el planeta no excluye, de ningún modo, la existencia de varones concienciados que construyen día a día un mundo más igualitario, celebran las diferencias entre unos y otros pero acortan brechas —pues no les interesa dominar sino convivir— y se cuestionan el privilegio, sea en forma de cargo, sueldo o reconocimiento, por el simple hecho de haber nacido hombres. Pero el actual desasosiego masculino, así como su preocupación (no exenta de un mohín de fastidio), obligan a que nos escuchemos en profundidad, más allá del eslogan, aunque sin perder perspectiva de la onda mediática que ha descerrajado a golpe de tuit un silencio antiguo, el de las mujeres.

¿Cómo no van a sentirse descolocados muchos varones si nuestra judicatura continúa confundiendo la pasión con el odio? Estos días hemos escuchado ecos de Wagner o Novalis y su lirismo romántico: todas las

pasiones acaban en tragedia, y lo trágico tiene siempre algo de poesía. El «Señores, os gustaría oír un bello cuento de amor y muerte» con el que Bédier comenzaba *La historia de Tristán e Isolda*.

El mundo ha cambiado, pero sigue estando pobremente instruido en educación sentimental. Entre jóvenes y adultos se anuda la atracción por el amor novelesco que mistificaba la pasión, olvidando su implícita porción de desgracia y la postrera destrucción. Descartes, en su tratado *Las pasiones del alma*, señalaba que su capacidad de gestión y control indica nuestra fuerza de voluntad, y son capaces de establecer «juicios libres y determinantes sobre el conocimiento del bien y el mal, según los cuales se ha resuelto a conducir todas las acciones de la vida». Hay mitos cuya toxicidad puede hacernos más miserables. Uno de ellos es el de la pasión: tendría que diseccionarse desde el pupitre. Solemos relacionarla con plenitud, felicidad, éxtasis o arrebató, pero en los despachos judiciales aún persiste una locución perversa: crimen pasional.

Cuando las mujeres empezábamos a trabajar, sin saberlo también empezábamos a iniciarnos en el arte del malabarismo. Mujeres de siete cabezas que teníamos que travestirnos existencialmente para pensar qué cocinaríamos para la cena mientras intentábamos hacer cuadrar una cuenta de resultados. Mujeres estresadas, con cara de velocidad y bolsos desordenados, mal dormidas, que se levantan a las siete para empezar a limpiarle las legañas al día: desayunos, niños, mascarilla para el pelo, medias, periódico, informes, ruta escolar, atasco, reunión de las nueve. Aunque salga el sol, y un rayo de luz dorada atraviese el cristal acariciando el rostro sin esperarlo, las legañas persisten. Son espesas, secas y blandas, tozudas y livianas, tan bipolares como la vida de las mujeres independientes que dependen de un arduo puzle que a diario debe encajar para que la frustración no se atragante entre garganta y pecho. Allí es donde anida el *angst*, una angustia existencial que, a pesar de los cantos de sirena, produce insatisfacción. Y se asienta el pensamiento parásito de que la vida pasa de largo mientras intentamos resolverla. Porque en una mujer del siglo XXI aún deben convivir dos identidades, la íntima, la autónoma, y la impuesta, la otorgada.

No me imagino a tres generaciones de malabaristas profesionales, vistiendo los camiseros a cuadros, al estilo años cincuenta, como resumen de la perfecta amita de casa, encargándose de limpiar cristales y almidonar ropa blanca, tareas que desde hace varios años han subrogado; con sus sueldos pagan a mujeres más pobres y más resignadas —aunque su liberación radique en el propio hecho de emigrar— que han abandonado sus familias y sus hijos en busca de una mínima porción de futuro. Así es, el trabajo que antes hacían las mujeres en casa se paga a unos 800-1.000 euros mensuales. Hagan cálculos, veamos hasta qué punto a lo largo de la historia hemos sido sustitutas del Estado como limpiadoras, cuidadoras, enfermeras y educadoras. Liberarse de esas tareas impuestas, no obstante, no significa dimitir del peso del dulce hogar. Le ocurría a Sylvia Plath, no soportaba la suciedad ni el desorden, pero a la vez buscaba migajas de tiempo para escribir y refunfuñaba porque le tocaba ocuparse de las tareas de casa, mientras que Ted Hughes escribía. Un sentido de la injusticia se fue grabando en su malestar. Cuenta su biógrafa, Linda W. Wagner-Martin, que su matrimonio cada vez tenía menos de relación entre dos escritores: «empezó a considerar a Ted el ganador del pan, mientras que, a su vez, él la reñía, a veces en público, por no coserle los botones o no arreglarle la ropa».

El victimismo se convierte en un vicio pero a la vez en un discurso objetivo. Mujeres víctimas de la pobreza, de la violencia de género, de la violencia a secas, de una sociedad donde el amiguismo sustituyó a la meritocracia, de un pragmatismo familiar que resuelve enseguida que debe dejar de trabajar quien gana peor sueldo para cuidar de los hijos. Quienes insisten en dominar la fastidiosa queja, deben aceptar que sus veinticuatro horas son bipolares, atiborradas de multitud de pequeñas e insignificantes tareas, tantas como los pensamientos parásitos en forma de exigencia. La exigencia de llevar un buen pelo se cruza con la de ser eficaz en el trabajo, el reclamo de ser buenas madres y compañeras choca con el de extender unas horas como un páramo desierto para una misma. «Mímate», dicen las revistas femeninas, en ese insolente lenguaje imperativo que a menudo se nos acaba colando. Asumo ser parte de ello.

Durante muchos años alardeaba de no utilizarlo, de no tratar a las mujeres como menores de edad, de informar en lugar de dar una voz de mando. Con los años y las crisis de ventas, acabé corrompida y voluble ante las teorías de la emulación, servidas en bandeja por el seductor lenguaje del eslogan que siempre decora sus imperativos con un signo de admiración a fin de que se advierta el guiño de complicidad y de pretendida cercanía, como el entrenador dispuesto a hacerte bajar cinco kilos que confiado te grita: ¡Vamos, quedan diez, acelera! La periodista de *The New York Times* Maureen Dowd llegó a afirmar: «El feminismo ha sido sustituido por el narcisismo».

Reviso listas de mis cuadernos por décadas. En la de los treinta y tantos anoté:

«soy una angustia generalizada»

«te dices: ahora o nunca, ahora o nunca»

«cuando aparece la primera celulitis te dices: a follar que el mundo se acaba»

«este estado “superinteresante” que dura una semana»

«y cuando lo tenga todo, tampoco voy a ser feliz».

Los apuntes a los cuarenta y tantos son menos esquemáticos:

«Me enfado con él, conmigo misma. No me gusta cómo me veo a través de él, las miradas que capta de mí, las contradicciones que se me escapan, mi tendencia a disponer los objetos para una catástrofe doméstica. Pero él no sabe pronunciar: “abstracto”».

«El plan urbanístico de una misma: ¿cómo desplazarse por tu interior?»

«Considerar que es un lugar común que te digan en plena crisis: “nadie te querrá como yo”. Es una frase sospechosa, arroja demasiada seguridad, capaz de anularte cualquier expectativa de amor futuro.»

Mujeres de bolso ordenado

Me pregunto cuántas mujeres alfa conozco y en verdad apenas logro identificarlas. Incluso aquellas cuyos logros las sitúan en la orla del reconocimiento público confiesan que aún no han conseguido librarse de la engorrosa sensación de impostura. Del gen de la inseguridad. De que se pongan en duda no solo su preparación o su talento, sino sus ascensos. Cierto es que el retrato de las alfa es tentador. La erótica del poder femenino resulta vistosa, tan cinematográfica como irreal. El feminismo nunca clamó por un intercambio de roles sexuales, sino por la igualdad de oportunidades para representarlos. Porque, aunque ellas ganen más medallas olímpicas y se licencien con mayor proporción en las universidades, su índice alfa acaba languideciendo.

En España, en 2018, las empresas del Ibex 35 contaban con casi un 24 por ciento de mujeres directivas. Una cifra optimista que se matiza al cruzarla con el número global de consejeras de todas las compañías españolas que cotizan en las cuatro bolsas de valores de nuestro país —Madrid, Barcelona, Bilbao y Valencia— sin contar el Ibex, que apenas suman el 16,9 por ciento. Los porcentajes son minoritarios en todos los ámbitos, desde la judicatura hasta los decanatos, y en política, a pesar de que arranquen el vuelo con fuerza, su paso suele ser breve y sin repuesto. Eso ocurre en Occidente.

¿Por qué? Aseguran voces como la de Anne-Marie Slaughter, que abandonó el Departamento de Estado norteamericano para dedicarse a sus hijos, que ellas tienen otro sentido de la ambición y no quieren imitar los patrones masculinos. Y así acaban rasando su vuelo de hembra alfa. La buena noticia es que hoy todas estas informaciones merecen titulares en los medios. La mala, que la verdadera realidad de las mujeres no cabe ni en una colección de matrioskas.

El posfeminismo decidió sustituir el *girls* por el *ladies*, dispuesto a reparar aquello que más le incomodaba, deseoso de expresar el derecho a la coquetería, como un triunfo en lugar de un dictado. Incluso más gozoso y más laxo a la hora de pactar con los hombres. La alarma disparada por el caso Slaughter, que fue considerada modelo de éxito y con su dimisión —asumiendo que no podía con todo— puso en jaque las estructuras mediáticas de la pirámide feminista, encarnaba el peligroso símbolo de «vuelta a casa» protagonizado por mujeres en absoluto sospechosas de ser conservadoras o poco comprometidas con la igualdad, pero sus antagonistas no se han hecho esperar. Ni más ni menos que la directora de Facebook, Sheryl Sandberg, ha rubricado de nuevo el discurso de la *superwoman* que parecía languidecer, enarbolando un manifiesto —así lo denomina— con proclamas como estas: haz como yo, no abandones, déjate llevar, los verdaderos enemigos de la mujer son los frenos que se pone, adquiere de una vez por todas la seguridad en ti misma, con esta y un apoyo en el hogar podrás con todo...

También se han producido agrias reacciones como la de Lori Gottlieb, erigida en portavoz de aquellos que consideran infantilismo y elitismo la tesis de la profesora de Princeton que confortablemente volvió a casa y a las aulas, lamentando las fisuras de un sistema que aún no le permite a una mujer decidir el futuro de un país y a la vez educar a sus hijos. La argumentación de Slaughter, con todo, adquiere relieve cuando demuestra cómo las dos funciones de una mujer con alta responsabilidad son incompatibles con cuidar de su hijo adolescente. Rebajar expectativas, tirar la toalla, desvestir el disfraz de mujer que puede con todo y que amargamente ha consumido a millones de mujeres en el mundo desde que decidieron agitar su currículum, entrar en los despachos y competir como un hombre. El lenguaje no es inocente. Si bien en el libro del Génesis, varón y mujer parecían relacionarse en un plano de igualdad y representaban la cumbre del proceso creativo divino, Eva mordió la manzana y sus hijas asumieron la condición de tener *menos* de todo. Hasta que las primeras sufragistas salieron a la calle con sus faldas largas y sus sombreros de ala, al estilo de aquella Mary Poppins —interpretada por Julie Andrews, que nos transmitió carácter y determinación.

En la película, Mrs. Winifred Banks cantaba la canción *Sister suffragette*: «Claramente somos soldados en enaguas. ¡Cruzadas intrépidas para los votos de las mujeres!».

Si hoy atendemos a las cifras, Mary Poppins tendría que regresar de urgencia, provista de su maletín mágico: mujeres en las cúpulas, en los consejos, en las presidencias del mundo, en las direcciones de los periódicos... el resultado dista de haber alcanzado la paridad, mientras que el sistema de cuotas causa tanto malestar entre los hombres como entre las propias profesionales. ¿Por qué el 60 por ciento de las mujeres rechaza ascensos y en su lugar prefiere la flexibilidad? ¿Por qué nos sentimos atraídos por trabajos distintos? Aunque también deberíamos preguntarnos: ¿por qué cobra más un ingeniero naval que una enfermera de cuidados paliativos?

Como muchas otras mujeres, me ha tocado dirigir a hombres en el trabajo y mi relación profesional con ellos nunca se ha visto marcada por la condición sexual, lo mismo que con las mujeres, sino por su nivel de profesionalidad y por su talento. Reconozco que a veces, miserablemente, he celebrado sus largas jornadas laborales y sus voces graves, pero eso es todo. Por encima siempre he tenido jefes hombres: los hubo grandes y también enanos. Pero no debo callar que exceptuando a tres congéneres, Patricia Gabancho, Milagros Valdés y Julia Otero, quienes me han dado oportunidades siempre han sido varones, y no solo por cuestión de estadística. Hace unos meses, un amigo periodista me preguntó si a lo largo de mi vida profesional me había acostado con alguno de mis jefes, o posibles jefes. O si había tenido que espantar moscardones. He cometido muchos errores en mi vida, pero afortunadamente este no, le respondí, añadiendo con cierta chulería que siempre había mantenido una distancia profiláctica entre trabajo y babas. En verdad he tenido jefes muy diversos, algunos de ellos grandes maestros y otros bien dudosos: recuerdo a aquel que maltrataba a su mujer, o al tiburón de la especie *manspreading* —esos que siempre se sientan con las piernas abiertas— que, como ya he contado, me bostezaba a la cara mientras le informaba de unas inversiones cuantiosas. Siempre han pululado esos individuos que en la oficina te hablan mirándote el escote, a los que una sigue clavándoles los ojos

con la mayor dureza posible. En verdad hubo un tiempo en que sobre las mujeres que conquistaban algún escalafoncillo, caía la sospecha de que se habían tirado a un pez gordo. Parecía inexplicable que triunfaran por méritos propios.

«Por supuesto que no», repetí. Y disimulando mi sorpresa por tan trasnochada pregunta, me aseguraba que, en nuestra generación, aquello había sido un *modus operandi* muy común. Vislumbré entonces las escenas de secretarias ascendidas a gerentes una vez consentidas las debilidades carnales del jefe o de redactoras saliendo a tomar copas con sus subdirectores, perpetuando una relación de mando y sumisión. Un modelo desprestigiado y casoso, que no se corresponde con el nuevo relieve que ha adquirido nuestra sociedad tecnologizada, en la que ni la distancia geográfica es ya una barrera para relacionarse. Si osas escalar más allá de lo previsible, del escalafón medio, te conviertes en una mujerambiciosa, todo junto, y por tanto sospechosa porque eres el resultado de la sombra de una vieja duda patriarcal que va remitiendo ante la llegada de nuevo talento femenino. Ellas no han precisado de padrinos ni de otros encantos que su excelencia profesional.

Periódicamente publicaba artículos acerca de la mala fama de la palabra feminismo. Hacíamos pedagogía. ¿O no lo hicieron conmigo? Mi noción de la palabra «feminista» fue durante años reflejo de la de los otros. A principios de los noventa, recibí la visita de la Comisión de Mujeres Abogadas. Querían publicar un artículo sobre la necesidad de legislar los malos tratos, considerados entonces una pelea de comedor que se saldaba con multa de quinientas pesetas. La modernidad no se podía entender sin el feminismo. Y en verdad, debía abrazar ambas facetas como divisa.

«El feminismo ha fracasado.» La primera vez que escuché esta afirmación sentí un efecto insecticida. Como si me hubieran pulverizado en la cara, sin miramientos, a fin de ahuyentar la irritante mosca que sigue dando vueltas alrededor de un asunto tan vital como cansino: los derechos de las mujeres. Fue en los noventa. No tenía prestigio el término, por más que intentábamos quitarle hosquedad, como si tuviera que depilarse para ser aceptado socialmente. En un registro más pretencioso y mediático se aludió en repetidas ocasiones a la «revolución fallida», argumento que se nutre de un desfile de cifras que van desde la brecha salarial hasta el escaso número de

mujeres en los consejos de administración, y que destaca por su progresivo desmayo la baja tasa de natalidad, y, en consecuencia, el abandono progresivo de puestos de trabajo por parte de aquellas que tienen un hijo (y de forma mucho más radical a partir del segundo). En definitiva, se escenifica el elevado precio que supone escapar de unas cadenas para dejarse atrapar por una magnífica y variada colección de ataduras.

A finales del siglo XX se extendió la idea de que el feminismo era una utopía. El elevado precio de la libertad que han tenido que pagar las mujeres, dicen, es irresoluble. Y lo resumen de una forma precisa pero simple: el ama de casa se liberó de su claustrofóbico destino —de la dependencia del matrimonio y de su naturaleza reproductiva, del sometimiento a la vida privada— para agarrar el bolso, salir a la calle y empezar a comerse el mundo de afuera sin haber digerido el de dentro.

Si la lucha de las mujeres no hubiera movido ficha, aún llevaríamos corsés no solo mentales, que siguen preservando el gen de la inseguridad o de la quejumbre, sino existenciales, que conducen la invisibilidad pública: pasar por la vida como un borrador sobre una pizarra. En el plano objetivo, el feminismo como herramienta de transformación sigue siendo imprescindible y no se puede frivolar ni hacer demagogia o desvirtuar el significado del término: feminismo significa que unos y otras tengamos los mismos derechos y oportunidades. ¿Quién puede estar en contra de eso? ¿A qué venían tantos giros melifluos para intercambiar feminismo por feminidad, como si fueran antagónicos? El feminismo ha luchado para que las mujeres tengan el control de sus cuerpos y el acceso a recursos propios. Hoy una mujer puede tener hijos sola y pasados los cuarenta y cinco años, mientras que la congelación de óvulos y los bancos de ovarios se duplican, derribando las barreras de la edad biológica. Hoy una mujer puede ser presidenta de Alemania o ministra de Defensa; seis de cada diez graduados universitarios son féminas. Y España, en 2019, tiene el gobierno con mayor cantidad de ministras, superando a la socialdemocracia nórdica. Tanto desde la iniciativa privada, como desde la política o la judicatura se han escalado cúpulas que hace tan solo cincuenta años eran inverosímiles. Si a finales de los ochenta, Susan Faludi alertaba acerca de un movimiento de reacción denominado «Backlash», a finales de los 2000, se le llegó a hacer responsable de la infelicidad de las mujeres y del

considerable aumento de antidepresivos. Lo criticaban por no haber previsto las profundas ojeras que enmarcarían a quien tiene un lugar en el mundo de afuera y muchísimos lugares en su mundo de dentro. Aunque si bien rechazó con demasiada ligereza la condición biológica de las mujeres, incluido el estudio de su cerebro que hoy revela asuntos tan interesantes como la relevancia de la satisfacción personal y del mundo de los afectos, no se le puede recriminar no haber contemplado el plano subjetivo cuando su propia naturaleza, hace cuarenta años, se concentraba en la mordaza que apresaba, literalmente, al sexo femenino. ¿Cómo iban a contemplar la dificultad de conciliar si lo único que querían era no ser consideradas un órgano reproductor —«Toda mujer consiste en el útero», escribió Beauvoir—. Tampoco podían pensar que en el imaginario masculino no prenderían siempre aquellas mujeres inteligentes que interpretaban Katharine Hepburn o Simone Signoret y que años más tarde, y con varias conquistas logradas, serían reemplazadas por una generación de actrices insustanciales con cuerpos perfectos y papeles triviales que arrasaban en Hollywood. Ni podían sospechar que el éxito y la independencia llegara a ser un lastre para tener pareja, hasta el extremo de que la soltería les aterrorizara, antes de aceptarla resignada y dulcemente, como el más letal de los virus.

Ya la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer de Pekín, allá por 1995, impulsó el término «empoderamiento» para referirse a la toma de poder por parte de un individuo o grupo social que carecía de él, utilizada como eslabón en la lucha contra la discriminación. Parecía una palabra efectiva, como si al invocarla cien mujeres fuesen a pasar inmediatamente a ocupar los primeros cargos de lo que fuera y abandonasen la precariedad económica —cuestión que sigue siendo el principal escollo para la igualdad porque la pobreza es mayoritariamente femenina—. Con todo, a muchas mujeres no nos gusta. Nos parece forzada, mediática. Pero no le restamos su efecto reparador. Volvemos a Virginia Woolf: «¿Es menos útil al mundo la mujer de limpieza que ha criado a ocho niños que el abogado que ha hecho cien mil libras?», se preguntaba la autora británica en *Una habitación propia*; y daba por hecho que en un siglo las mujeres habrían dejado de ser un sexo protegido, que la niñera repartiría

carbón y la tendera conduciría una locomotora. No se equivocaba, aunque los ejemplos de la máquina de tren y el carbón hayan caducado, las mujeres siguen limpiando y criando.

Desde hace años venimos hablando de la feminización del mundo, de la prensa, incluso de la economía. ¿Qué significa? ¿Mayor empatía, dulzura, conexión o altruismo? ¿Educación de las emociones? ¿Aprecio por los detalles? Basta con que las mujeres dispongan de más espacios en puestos de decisión. Pervive el mito de la madre. Cuidadoras eternas que procuran el disfrute y la calma de todos, sin esperar nada a cambio, generosas y desinteresadas, profesionales que renuncian a ascensos para poder conciliar, hasta el punto de olvidarse de sí mismas. Pero ¿no deberían moderarse esas cualidades o, en todo caso, repartirlas entre ambos sexos?

Se dice que la verdadera igualdad llegará cuando existan tantas señoras inútiles como señores ídem en los puestos de mando. Menudo precio. Prepotentes, competitivas, envidiosas, frías... haberlas haylas. En el choque de un género contra el otro prende una perversión propia de trileros, lejos aún de celebrar las diferencias como iguales.

Cuánto se ha movido el mundo en menos de quince años para que seamos tan diferentes. Me refiero a nosotras respecto a las mujeres jóvenes. Sí, las que nacimos entre los sesenta y los setenta, las que quisimos ser Pippi Långstrump en el garaje a falta de granero, la primera hornada de la EGB que vio cómo sustituían el crucifijo y la foto de Franco del aula con la misma normalidad que en casa se cansaban de un cuadro, y que ahora aplaudimos a estas *millennials* de melenas lacias que parecen tener la llave del futuro. Nosotras, que reivindicábamos educadamente el trato de «señoras» cuando nos llamaban «señoritas» y ahora maldecimos el enseñoramiento. Las que nos creímos tan modernas y sentíamos una atracción mágica por lo prohibido. Y ellas: valientes, instruidas, determinadas, pegadas a su teléfono; algunas llevan tatuadas mariposas en la espalda y normalizan su fluidez sexual. Yo, que solo llevo perforados los lóbulos de las orejas, me interrogo sobre la «personalización» de su cuerpo sin entender el gusto que les proporciona tunear su piel. Mi hija va por el quinto tatuaje, y se ha prometido a sí misma que no se hará más de uno al año. Con sus amigas, se abrazan como si fuera la última vez que fueran a verse y repiten «tío» a rabiarse, su muletilla de júbilo.

Creen en asambleas y cooperativas, no temen discutir —a diferencia de nosotras, que tantos conflictos verbales hemos querido evitar—, revenden lo que sus padres han olvidado que guardan en el trastero, y están dispuestas a plantarle cara al amor romántico, aunque esa audaz cruzada sonroje a académicos muy viriles para quienes el amor o es romántico o no es.

Hace unos días le escuché decir a una muchacha que aún no había cumplido los veinte: «No, no voy a perdonar a mi exnovio porque me faltó al respeto. Perdonarlo equivale a fomentar el patriarcado». ¿Qué estado mental provoca tanta vehemencia? Testarudas, han liquidado de un plumazo idealizaciones y, a pesar de que la precariedad se ha instalado sobre sus hombros, han aprendido a hacer auténticas piruetas para pedalear en el hedonismo. Nosotras creíamos saber cómo sería nuestro futuro. Convivíamos con su fotograma. Hasta que el primer desamor nos alertó de la trampa: la vida no era de una sola pieza. Por ello nos casamos con nuestra profesión, tuvimos hijos, criamos ojeras y perdimos ilusiones.

Las jóvenes *millennials* practican hoy un activismo del que no fue capaz mi generación, bien por intimidación, bien por débil compromiso. El miedo a que no te crean o a que digan que te lo buscaste siempre ha estado presente, y no solo en el cine, ahora que ha digerido el denominado «efecto Weinstein» —ese productor mastodóntico que ejercía inmune su derecho de pernada—. Una sociedad cada vez más madura respecto a la igualdad debe tener un nivel de tolerancia cero ante el acoso sexual. Por ello, hemos aplaudido esta salida del armario del #yotambién como demostración de la inexorabilidad de la justicia —ya lo advirtió el poeta latino: «La justicia, aunque anda cojeando, rara vez deja de alcanzar al criminal en su carrera»—, que, ojalá, de ser probadas las acusaciones, se complete en los tribunales. El empoderamiento femenino es transversal y acelera velocidades para derribar ese techo de cristal fosilizado. Cualquiera de las mujeres que han llegado intactas al vértice de la pirámide del poder, no debería desentenderse de las razones por las que tantas otras no lo han conseguido.

El feminismo de última hornada abraza un nuevo eslogan: «Poner la vida en el centro». En la política, en la educación, en la transmisión de valores, el valor humano debe prevalecer por encima de todo. Es insólito tener que defender el valor de una vida más humana. ¿Utópico, naíf, buenista? En todo

caso, la felicidad fue el principal objetivo de la política ilustrada, su primer fin. Hoy, voces como la de la parlamentaria de Podemos, Irene Montero, denuncian un tipo de sociedad incompatible con la vida. El feminismo anima a poner la vida en el centro, y la dignidad de un país son sus servicios públicos, su capacidad de cuidar lo común.

El feminismo ha ganado la batalla de la opinión. Por tanto, a pesar de las resistencias de los ultras, se presenta como proyecto político y como proyecto de vida. «Porque todos queremos trabajar menos, tener un poco más de certidumbre: si voy a tener empleo mañana, que el salario que cobramos nos dé para vivir; que haya una sanidad y una educación públicas...», afirma Irene Montero, a quien entrevisto para *Fashion&Arts* y acompañe a un acto en Matadero, entre quinientas mujeres más, de diferentes militancias y profesiones que no aspiran a hacer publicidad, sino a expandir la conciencia de que no podemos dar ningún paso atrás. De que ninguna ley conquistada puede ser moneda de trueque, al contrario, que se actúe contra la precariedad laboral femenina, el trabajo no remunerado, la brecha salarial, la violencia de género, si queremos que nuestras hijas puedan acariciar, de viejas, la igualdad real. Recuerdo el camino abierto por María Teresa Fernández de la Vega, primera vicepresidenta del gobierno español, que en su compromiso por derribar techos, lejos de franquear las consabidas puertas giratorias lidera hoy el intercambio cultural y social entre Europa y África. También recuerdo a Carmen Alborch y su último discurso, el 9 de octubre de 2018, que ha quedado grabado en la memoria de muchas de sus compañeras: «El feminismo debería ser declarado Patrimonio de la Humanidad». Alborch recibió la máxima distinción en su tierra y allí explicó que su propósito político no era otro que «construir un mundo mejor».

También quiero recordar a una mujer excepcional que rompió un buen trozo de techo de hierro forjado, mi amiga Carme Chacón, a quien tanto añoro. Murió con cuarenta y cinco años a causa de una cardiopatía congénita que nunca la privó de nada: ni de jugar al baloncesto, ni de ser madre, ni de viajar en quince ocasiones a Afganistán como titular de Defensa. Era intrépida, independiente, tenaz; todo el mundo quería sentarse a su lado en las cenas porque salían más guapos en las fotos.

Sus orígenes estaban provistos de tintes dickensianos: un bisabuelo fusilado, un abuelo anarquista, la abuela Seve, huérfana de padre, durmiendo en la era para vigilar el trigo, la madre joven que la parió con riesgo mortal... Fue una alumna brillantísima. *Cum laude*. Obsesionada con la perfección, educada con mano dura para resistirlo casi todo.

Dejó patidifuso a medio mundo cuando pasó revista al Ejército español con su tripa de seis meses de embarazo. La primera ministra de Defensa de Europa. Una jugada maestra de la visión escénica de Zapatero. Carmen luchó por abrir paso a los jóvenes, a las mujeres, a los débiles; nunca olvidó su casta. Que se lo pregunten a las señoras de la limpieza de Defensa con quienes tanto confraternizaba. Honesta, transparente, plantó cara a la corrupción, incluso a la de su partido. Su sonrisa fue su principal contraseña. Murió sonriendo entre sueños.

¿Quién nos hubiera dicho que precisamente en la era Trump, cuestionado en campaña por sus delirios machistas, se abriría la caja de Pandora con un alud de denuncias que visibilizan el acoso sexual? En *Time* aparecieron rostros tan conocidos como los de Ashley Judd, Angelina Jolie o Gwyneth Paltrow, pero también anónimos, como los de la congresista californiana Jackie Speier o la limpiadora de hotel Juana Melara. «Abarcan todas las razas, todas las clases sociales, todas las ocupaciones y prácticamente todos los rincones del mundo. Su ira colectiva ha provocado resultados inmediatos e impactantes», argumenta la cabecera.

Las mujeres que han jugado en campos minados por la masculinidad han adoptado las formas de los hombres y, en lugar de vestir una feminidad de colorines, se han inclinado por la sobriedad. Me sumo a quienes piensan que si alguien abusa de ti, no hay que callárselo durante diez años. Entre las mujeres vehementes y orgullosas, la reacción suele ser instantánea, aunque a veces resulte temeraria. Pero qué sabe nadie acerca de los recovecos de la personalidad de aquellas más vulnerables, que se paralizan tras un ataque. La fuerza del grupo neutraliza la inseguridad o el miedo a la calumnia.

Querer deslegitimar la confesión pública y valiente de aquellas cuyo silencio ha conformado un buen ladrillo del techo de cristal es un pésimo esnobismo. Mientras que denunciar sin pruebas, propagar rumores

inconsistentes, defenestrar a todo bicho viviente que se mueva en la foto, lo pervierte todo. El oportunismo y la radicalidad con la que el puritanismo quiere instalar su propia moral le hacen un flaco favor a la igualdad.

Excepto la felicidad

«¿Por qué tendríamos que hablar de mí?, ¿No le parece que ya he dicho demasiado en mis tres libros de memorias?», vaciló Simone de Beauvoir ante la propuesta de entrevista de Madeleine Gobeil para *Paris Review* (en cambio, le había presentado a Jean Genet y Sartre para sendos encuentros). Era 1965 y había dedicado siete años de su vida a escribir sus memorias. Acabó recibiendo a la periodista en su apartamento de la rue Schoëler, a cinco minutos del apartamento de Sartre, con la condición de que la conversación no fuera demasiado larga. ¿Fue aquel un acto de elegante modestia? Porque en el caso de Beauvoir, poseedora de una inteligencia musculada, la inseguridad no se alojaba en ella, ni la paralizaba, como a tantas autoras que dudan permanentemente de sí mismas, se fustigan y se autoboicotean. En todo caso, convirtió bien pronto la posible zozobra inicial en seguridad y sentimiento de transcendencia. Gobeil la retrata sonriente y amigable, «impresiona su piel fresca y sonrosada y sus claros ojos azules, extremadamente jóvenes y vivaces», pero impone respeto: «Se tiene la impresión de que ella lo sabe y lo ve todo». Beauvoir, en sus memorias, se pregunta a menudo por su vocación y por la escritura. Y al final de *La fuerza de las cosas*, afirma: «Mientras miro atrás con incredulidad y veo a esa crédula adolescente, me asombra ver cómo fui estafada».

¿A qué estafa se refiere, cuando ella misma acepta que estuvo equivocada en política o que renunció a la maternidad sin autorreproches, y es una autora que se siente satisfecha con su vida y su libertad? O acaso no se refiere a la estafa que sentimos todas: en la adolescencia no nos enseñan que la vida implica debate y conflicto, que tendrás que luchar contra tus propios deseos a fin de alcanzar esa serenidad posterior que nunca llega, siempre ajustando la brecha entre lo proyectado y lo real: «La vida no se extiende detrás como una cosa sólida, como la vida de un dios». Beauvoir no pierde de vista la herida

melancólica, «la certeza de que los deseos siempre van mucho más allá del objeto de deseo»; y también señala: «He tenido lo que deseaba y, al fin y al cabo, lo que quería era siempre otra cosa». Fue considerada una gurú del feminismo, artífice de la llamada «tercera ola», una referencia insoslayable con su ensayo *El segundo sexo*, de 1949, en el que elaboraba un análisis exhaustivo, preciso, riguroso, sobre el lugar de las mujeres. Y por encima de todo, muy crítica ante aquel vivir ocioso, pasivo, débil, con el pensamiento en hibernación, el de la mujer desprovista de conciencia frente al mundo.

Beauvoir aprendió, como tantas, a hacer de la necesidad virtud. Enamorada de Sartre, no vivió una relación plena y tuvo que aceptar un nuevo «contrato sexual» que no contemplaba la exclusividad erótica. En sus obras, analiza el pensamiento ético de Emmanuel Lévinas, su idea de alteridad: la mujer es *el otro* del hombre. Y su afirmación «la mujer no nace, se hace» se convierte en eslogan, también en detonante para redactar estas líneas. A menudo desafiando los roles de sexo, impuestos por la cultura, pero también combatiendo su fisiología, el determinismo biológico, las desventajas físicas respecto a los hombres. Beauvoir animaba a liberarse de esas circunstancias para poder despegar del inmovilismo, superar la vulnerabilidad y poder pensar el mundo exterior. Algunas lloramos cuando nos llegó la regla, acaso anticipando lo inevitable, un temor atávico por sentir tu cuerpo disponible para el deseo y la reproducción. En cambio, no lloré cuando desapareció.

Y escribí este poema:

Menopausa

Mi habitación se convirtió en una cueva,
en una jaula llena de leones dormidos.
En la mesilla, junto al tabaco y el perfume,
entre las sábanas manchadas de chocolate.
Se metieron en los bolsillos de la noche
hasta hacerme temblar dormida.

Una madrugada aprendí a domarlos.
Metí la mano en su boca y desperté sudando.

Mojé dos camisetas, tres, cuatro.
Me dije, es la menopausia,
ese trastorno mental.
No había nadie, buscaba las palabras.
Bebí agua para aclarar el duelo
la madrugada se torcía
igual que la costura de las medias.
Sin demasiado ruido
para aprender a ser vieja.

Es una historia de mujeres y sangre.
De nombres vergonzosos:
menstruación, fertilidad, climaterio,
que son como decir viva o muerta,
jóvenes indispuetas o maduras sofocadas,
la biología empujando el pensar echado.
Los leones dormidos son la epopeya del sexo:
niña, tu mente ha dejado de sangrar,

el sexo ya no decora el amor.
Qué es el misterio sino un capricho sexy,
un óvulo que revienta cada veintiocho días
o fertiliza
y te transforma
y te dan un libro de familia.
Cuando desaparece el coágulo ya no crees
ni en Hemingway ni en Woolf.
Dejaste de zurcir los días
como hacían las mujeres antiguas
que recogían los puntos, arreglaban las carreras,
reparaban la vida con su huevo de madera.

Todo se queda sin recoser.
El abandono. Temes que huela.
Y llegan los leones como reyes.
Cuando desaparecen me pongo en alerta
como si goteara el grifo,
como si hubiera ladrones en casa.

No quiero quedarme sin fieras que me defiendan.
Soy una mujer menopáusica con buenas piernas
que duerme en una cueva de leones dormidos.

Mi vecina guarda un martillo en la mesilla de noche.

La mitad de la vida

No me avengo a la palabra madurez como expresión que define mi etapa vital. Y menos a la locución mujer madura; automáticamente la relaciono con la granazón de la fruta y su aroma excesivo, a un tris de descomponerse. O a un bolso debidamente ordenado y con el dinero planchado, sin sobresaltos. También me evoca a Stephen Vizinczey y ese calor de regazo que exhalaba su libro *En brazos de la mujer madura*, y a las películas de Hanna Schygulla o Meryl Streep, que muy pronto presidió el club de las mujeres ídem. Puestos a elegir, prefiero veteranía, que es menos sensorial y más unisex. Porque un hombre maduro huele a agua de lavanda, pinta canas de prestigio y pasea su atractivo, convencido de que ha intercambiado estabilidad por juventud. Una mujer madura, en cambio, es un saco de bestias negras. La amenaza de la palabra tabú donde las haya, menopausia, continúa actuando de maleficio, igual que esa familia semántica que amaga una historia universal de biología y psicología, de indisposición y sofocos: menarquía, menstruación, climaterio, amenorrea... nombres que parecen indignos cuando en verdad estructuran el principio de la vida.

Pero más allá de las palabras estigmas, atisbo un nuevo ánimo en ese correr de los años, una sazón que no me disgusta. Por ejemplo, es sábado por la tarde, me doy un baño con la radio puesta; hacía lo mismo de joven cuando me preparaba para salir a bailar. Rodaba el dial hasta que sonaba Radio 3 mientras me ahuecaba el pelo, plenamente consciente de que aquel instante de soledad gloriosa merecía ser clonado. Es un ánimo que poco ha cambiado, el mismo nervio sigue ahí, cuando por azar suena un hit de Neanderthal, *Lost in love*, que no escuchaba al menos desde hacía una década. En lugar de salir a bailar, sacaré a pasear al perro, las luces ya tintineando sobre la ciudad.

Cuando atraviese el parque oscurecido, buscaré un sendero extraño, a modo de pequeña jungla urbana, y pisaré a conciencia sobre las hojas secas igual que los niños chapotean en el charco.

Así mismo me pregunto si el permanente elogio de la juventud no contiene demasiado masoquismo. Cuán idealizado tenemos un tiempo en el que hay que forjarse una identidad y un oficio, además de un lugar en el mundo. Nuestra generación X, paréntesis o bisagra, la de Los Cinco, Travolta, las hombreras y el minidisc, ha insistido en alargar la adolescencia, celosa de su tiempo y su mismidad, ávida de encontrar estímulos y recreos.

La relación con el espejo es un clásico femenino, aunque mucho más estereotipado. La expresión «ir arreglada» siempre me ha producido desazón. Ya sé que la repetían una y otra vez nuestras abuelas, madres y tías, incluso se la escuchábamos a nuestros padres: «Mientras te acabas de arreglar, saco el coche». Entre el mandato social y la autoestima, pienso en aquella frase y fantasías sinestésicas me traen el olor de queroseno o pintura fresca, de taller mecánico. El arreglo ha sido uno de los principales enemigos de las mujeres; todavía las más torpes seguimos luchando contra los grumos del rímel. En Madrid he conocido a una auténtica *salonier* al estilo de las del siglo XVIII. Tiene ochenta años y una excelente conversación. Lee a autores como Henry James, Vargas Llosa o Manuel Vilas, es la mejor peluquera de la ciudad y se llama Peque. Empezó peinando las cabezas de aristócratas y folclóricas, y todo lo que hace respira elegancia, y a la vez una sutil ironía. Es una alquimista del color capaz de renovar el lenguaje y referirse a un cabello como «bronceado», «tontorrón» o «con tacones». Liberar las cabezas de artificio es su máximo cometido. En Peque no se habla de política, pero se respira poder e influencia. Hace años que descubrimos con Naomi Wolf y su ensayo *El mito de la belleza* que el cuidado de la imagen suponía una tercera jornada laboral. No es solo por la autoestima: el imperativo social sigue afinando cinturas y depilando cejas. Ojalá llegue un día en que las canas de las mujeres dejen de ser noticia.

Cuando veo a esas treintañeras cínicas sin hijos, tan delgadas y tan despeinadas, pienso en lo que aún ignoran. En una noche de bebé con cuarenta de fiebre. En un Orfidal a pesar de haber jurado que nunca tomarían uno. En la repetición de mentiras propias y ajenas. En la muerte del padre o de la madre

y el duelo enjuto, desértico, indomable que te habitará. En cómo los años te regalan como primer trofeo de la madurez un puñado de verdades que se instalarán definitivamente en tu soledad. No siempre ventilada ni literaria. Soñamos la vida, lo que queremos que sea, como si la arcilla para moldearla fuera ilimitada, pero luego resulta que no somos ni tan creativas, ni audaces, ni listas, ni afortunadas, para conseguirlo. Y nos quedamos con lo que llevamos puesto, eso sí, y con un educado instinto de supervivencia que nos empujará a conseguir más. Más tiempo, más descubrimientos, más prodigios. Por supuesto, depende de lo que entendamos por cada uno de ellos.

En la mitad de la vida, ya sabemos qué vidas no podremos vivir y debería dejar de importarnos. Los días se acortan pero aun así es posible hallar un sentimiento confortable a pesar de que todo se repite, de que sea más fácil el sobresalto. Hemos remendado un hatillo con nuestra insatisfacción y la importancia de tener nuevos deseos.

¡Qué fácil parecía poder regresar a las ciudades que pisábamos por primera vez! Nos decíamos: «volveré», extrañándolas antes de tiempo, maquinando completar los itinerarios que nos habían quedado a medias. El tiempo entonces era una larga goma extensible y se nos antojaba que cabían muchas vidas dentro de la nuestra, recién pintada, aún con olor a aguarrás. No podíamos perdernos nada. Hoy solo recordamos lo bueno, pero también padecíamos, estremecidos por la soledad que implicaba tener mucho futuro por delante y poco pasado que nos apuntalara.

Ahora que ya no somos los más jóvenes en las reuniones, añoramos el sudor de manos antes de intervenir y la sensación de que los veteranos nos considerarían unos idiotas. ¡Cuán equivocados estábamos!, pero no lo sabemos hasta hoy, poseedores de las contraseñas para combatir la seguridad y lidiar con el arrepentimiento. Vida come vida y, de joven, no hay nada que impida seguir adelante con más fantasías que realidades. Por ello, llenábamos las horas de actividad mientras pensábamos quiénes íbamos a ser algún día. No nos dolían los huesos, ni teníamos muertos, queríamos acaparar la atención del mundo como fuera. En mi caso, me compré en Nueva York una cazadora de cuero negro que llevaba el aplique cosido de un esqueleto blanco sobre mis costillas, que refulgía en la oscuridad. Hasta este extremo llegué, la mar de feliz dentro del avión.

Pero la veteranía tiene muchas ventajas, y habrá que empezar a elogiarlas, a bendecir esa edad mental en la que puedes permitirte sin culpa hacer lo que te venga en gana. No vivir pendiente de que él te llame por teléfono. Celebrar el alivio de mirarte al espejo y hallar, por fin, a una vieja conocida que se ha ido alimentando de una cadena de memoria y talento construida gracias a esta colección de mujeres tocadas por el don. Estamos hechas de retazos o capas. Pero «ser y sentirte libre te hace más fuerte», sostiene mi amiga Cayetana Guillén Cuervo. A menudo convoco el arte de todas aquellas que pusieron del revés el discurso heredado, empezando a escribir la historia de la rebelión femenina. La necesidad de reaccionar contra el sometimiento intelectual y la denuncia por ser y verse consideradas como menores de edad cruzan la obra de muchas artistas —poetas, novelistas, dramaturgas, actrices, pensadoras— fomentando un nuevo orden social más justo y equitativo. Recordar la rebelión de las mujeres, rendir homenaje a sus protestas es un modo de hacer presente que la libertad actual es una consecuencia de sucesivas rupturas.

A pesar de que la inseguridad anegara sus días, que la camisa de la impostura les ciñera el pecho, o que el sentimiento de extravagancia, rareza, hipersensibilidad, adicción o locura las dejara medio heridas, ellas han sido, son, fabulosas y rebeldes. Algunas compilaron vidas difíciles, otras desactivaron campos minados desde la infancia; no me atrevería a decir que quisieron ser ellas mismas, porque se inventaron muchos yoes, pero en su creación habita un rayo: si te dejas atravesar por él, nunca más volverás a ser la misma persona. Así me ocurrió después de transitar por la obra y la vida de las mujeres que convoco en este libro. Casi todas tomaron la dirección contraria de la que se les había indicado. Inauguraron una nueva forma no tan solo de escribir, pintar o cantar, sino de salvar el mundo, cada una a su manera. Abrieron ventanas de ingenio, de obstinación, pensamiento y estilo. Como ya he dicho, las encontré en los libros. No solo cuando la realidad se me hace insoportable me refugio en ellos, sino que es un placer continuado, casi un vicio.

Los libros son un medio de transporte. La llave para penetrar en vidas ajenas. Un desentenderse del mundo para llegar a comprender sus migas. También son un salvoconducto que permite sentir a la vez la complejidad y la

sencillez de las cosas. Leer es recogerse. Descubrir sin sorpresa, como Perec en *Un hombre que duerme*, «que algo no va bien, que hablando en plata, no sabes vivir, que no sabrás jamás», a pesar de que el sol caliente la chapa del tejado de la buhardilla o que tus sentidos reconozcan los olores que llegan de la calle. Leer es tomar conciencia de que te quedas inmóvil mientras los ruidos de la vida pasan cerca. También es no advertir que atardece hasta que terminas el capítulo y media luna descansa sobre el lomo azul cielo. Leer es buscar respuestas pero hallar otras preguntas. Agazaparse a pie de página sintiendo el crujido del papel o la luz lechosa de la pantalla. Leer es una forma de conversar a solas. «Leer también es encerrarse con una misma en una casa llena de gente, seguir con los ojos una línea hasta extraviarse en algún lugar recóndito del pensamiento. Sentirse silenciosa en una sociedad de seductores, muda en tiempos de charlatanes, misteriosa en un mundo de cristal, escaneado y previsible.» Pero leer también es reconocer los límites, identificar las sombras que se atragantan, descubrir: «Un corazón es tal vez algo sucio. Pertenece a las tablas de anatomía y al mostrador del carnicero. Yo prefiero tu cuerpo», aseveraba Marguerite Duras.

¡Qué gran impacto me produjo la lectura de *El amante*! Busco la fecha en la primera página: 1989, tenía veinticuatro años y el amor era lo que más me interesaba, por encima de todo. Ya me había grabado con su hierro caliente; gracias a su droga había alcanzado lo que yo creía que era la felicidad, por lo que gestioné a modo de psicodrama la primera frustración. Siempre hay que regresar a Duras, añorar su respiración lenta, un modo de escribir que tanto se parece a los silencios del amor. Su obra mantiene intacta la tensión erótica y existencial a través de una sintaxis combativa que plasma su duda en voz baja.

De las mujeres que me han ayudado a forjar el carácter y que reseño en este libro, he escogido un capítulo de su vida: el verano que Carmen Laforet pasó en Calafell, menospreciada por sus colegas escritores, bloqueada. O las fiestas delirantes que Barbara Hutton organizaba en su mansión de Tánger, con camellos y dromedarios. De Coco Chanel escribo sobre su estancia en Biarritz durante la ocupación alemana de París, rodeada de modistas vascas que acabó llevándose al atelier de París. Chanel nos liberó de la vestimenta encorsetada, trastocó los patrones establecidos y lo hizo provista de la vehemencia propia de una campesina a la que nada asustaba, aunque armada de gran inteligencia y

singularidad. Coco Chanel, que financió, entre otros, a Stravinski, organizó con su amiga Misia Sert el funeral de Diáguilev y corrió con los gastos de las desintoxicaciones de Jean Cocteau, vivió rodeada de los grandes creadores de mitad del siglo XX, igual que Peggy Guggenheim, que ayudaba a sobrevivir a Djuna Barnes o a André Breton. Peggy, mecenas y musa de las vanguardias, sufrió el maltrato de sus maridos. No fue la única. A Rita Hayworth su padre le pegaba y abusaba de ella. Lo mismo le ocurrió a Lee Miller, con ocho años, vejada por un amigo de la familia. Le aplicaron terapia con la fotografía: posaba desnuda para su padre, y miraba trenes durante horas. Ya fotorreportera, documentó la ocupación de París y los campos de concentración de Dachau y Buchenwald. Se retiró a los cuarenta y seis años a una granja inglesa debido a los estragos de la guerra, pero siguió estrechamente vinculada con el surrealismo y la fotografía, de la que fue una brillante maestra. A Nina Simone, una de las voces más originales y hondas de la historia, su marido y manager, Andy Stroud, le daba palizas a diario, hasta que pudo escapar. Otras, en cambio, como Zenobia Camprubí, Véra Nabokov y, de manera distinta, Gala, entregaron su vida a su amor asumiendo tanto lo bueno como lo fatal.

Las hay contemporáneas, es el caso de Isabella Rossellini, Joana Biarnés —que tristemente falleció a finales de 2018, poco después de ser redescubierta—, Meryl Streep, Annie Leibovitz, Patti Smith o Michelle Obama. Son *raras avis* que, en un mundo demasiado homogéneo y previsible, abren la mirada y arriesgan, y también definen a su yo político. En su autobiografía *Mi historia*, Michelle Obama escribe: «Mis primeros meses en el Whitney Young me dejaron entrever algo que antes me había resultado invisible: el sistema del privilegio y los contactos, que parecían una red de escalerillas y cuerdas de escalada que colgaban por encima de nuestras cabezas, listas para conectar a algunos de nosotros, pero no a todos, con el firmamento». En esta declaración, Michelle Obama pone de relieve que no se adscribe al típico discurso sobre el sistema meritocrático como camino inapelable para conseguir lo que se quiere, sino que es consciente de los numerosos condicionantes que determinan la calidad de vida, más allá de los propios esfuerzos. Nunca olvida su procedencia, y su discurso está impregnado de perspectiva de clase.

La periodista y escritora Joan Didion, maestra de periodistas igual que Talese o Wolfe, es capaz de aproximarse a la realidad con distancia brechtiana. Didion hizo del duelo por la muerte de su marido y de su hija una obra maestra, utilizando la literatura como salida en tromba. Susan Sontag, prolífica e intensa, se declaraba una esteticista apasionada y llamaba a su biblioteca —de ocho mil libros— «mi archivo de anhelos». Sostenía que hablar era «una versión pálida y provisional de escribir». También figura en esta compilación Natalia Ginzburg, intelectual que nunca se dio importancia, militante comunista —a su marido lo mataron y torturaron— y, por encima de todo, gran escritora, dotada de una poética realista que cala hondo, al igual que los versos de Idea Vilariño, lamentablemente más conocida como la amante de Onetti. Hace más de dos siglos, otra mujer que no he incluido en estas páginas aunque su pensamiento prende en ellas, Madame du Châtelet, escribió un brillante *Discurso sobre la felicidad*, sin embargo, fue conocida por haber sido amante de Voltaire.

Experimentales como Mary Shelley, que a pesar de su relación compleja con el poeta Percy Bysshe Shelley se superó a sí misma después de una de sus obras capitales: *Frankenstein*. Asombrosas, como Louise Bourgeois, quien decía «una mujer no tiene lugar como artista hasta que prueba una y otra vez que no será eliminada». Ella fue la primera mujer que protagonizó una retrospectiva en el MoMA. O autodestructivas e ingeniosas, como Dorothy Parker: «Me gusta tomarme un Martini. Dos como mucho. Después del tercero estoy debajo de la mesa. Después del cuarto estoy debajo del anfitrión». Porque el humor consistió en un salvoconducto para estas mujeres libres. Bien lo sabía Lola Flores, que según su jerga había *españoleao* al mundo. Un arrojo de carisma, libertad, consentimiento y arte libre. Una conexión con mis años en el sur, que no han cabido en este libro.

No podían faltar las artífices del estilo, aquellas que hicieron de la estética una ética y de la belleza una religión: Diana Vreeland, Jane Birkin, Barbara Hutton, que a su modo camparon entre el nihilismo y el escapismo; o las cazadoras salvajes como Diane Arbus. Maruja Mallo, posmoderna *avant la lettre* desde la raíz del pelo hasta la punta de los pies, coronó la vida de la Residencia de Estudiantes con su surrealismo. Buscaban la belleza a la manera de Schiller, que estaba convencido de que entendida como un adorno de lujo

era una pérdida absoluta del verdadero potencial de la experiencia, consistente en elevar el alma. Y Mallo era una mujer *performance* que convertía las protestas ante macromachismos de la época en un divertido espectáculo. Habían encontrado una manera de pertenecer al mundo sin dejar de ser ellas, sin tener que actuar como mascotas burguesas ni recurrir a la coartada de la belleza para proyectarse, y esta era la propia del llamado espíritu dandi, a medio camino entre la indolencia y el desafío.

Pese a sentencias sumarias como la de Roland Barthes distinguiendo el dandismo como «un fenómeno eminentemente masculino», y a argumentos tan repetidos, misóginos y caducos como aquel de Baudelaire que afirma que «la mujer es lo opuesto al dandi... la mujer tiene hambre y quiere comer, sed, y quiere beber. Está en celo y quiere ser poseída... La mujer es natural, es decir, abominable», la definición última del dandi —en el fondo todo aquel artista cuya persona irradia tanta o más poesía que su trabajo— no es en modo alguno excluyente ni sexista. Aunque el propio Baudelaire considerara a la marquesa de Merteuil, el personaje de *Las amistades peligrosas* de Choderlos de Laclos, el más perfecto ejemplo de dandismo que pudiera encontrarse. Y si Gertrude Stein reclamó su derecho «a autocrearse con ingenio y placer y evadirse de las categorías de género que tanto obsesionan a sus contemporáneos», nadie pone en duda hoy que mujeres como George Sand, Coco Chanel y Misia Sert, Djuna Barnes, Dorothy Parker o Joan Didion lo fueron por derecho propio.

Tampoco podía faltar en esta reunión de mujeres una amiga y cómplice que falleció en marzo de 2015, Margarita Rivière, ejemplo de intelectual afrancesada, rigurosa, desprejuiciada y rebelde, aunque nunca descreída. Autora de excelentes ensayos sobre moda, fama y feminismo, Rivière era tierna y al mismo tiempo sarcástica. Tuve la suerte de compartir afinidades, asombros y grandes carcajadas con ella. Margarita, al igual que la mayoría de las mujeres de esta compilación, leía periódicos, un acto cotidiano que en mi caso marcó la manera en la que me hice mujer. Cuán importante ha sido estar informada, y a poder ser bien informada. Del mismo modo que construir una red de solidaridades y vínculos con otras mujeres, o que cultivar una voluntad de estilo tanto en la escritura como en la vestimenta o la decoración. Hay asuntos que son dinámicos, que mutan con el tiempo como la idea de la

intimidad, la rutina o el amor. El ajuste de su ideal, así como la necesidad de deconstruirlo y abrir su manto, más allá del amor romántico, también ha sido fundamental para convertirme en quien soy.

Con frecuencia nos preguntamos por qué el talento hace más vulnerable a los creadores. Adicción, locura y creación han ido de la mano en la vida de grandes autoras. Como si el genio arrastrara la tragedia y golpeará la sensibilidad. Siempre me atrajeron sus melancolías. Janis Joplin, Amy Winehouse, Nico, Édith Piaf, Nina Simone, Patricia Highsmith o Lucia Berlin avanzaron por el lado salvaje y escapista que les proporcionaba el alcohol y las drogas, mientras que Sylvia Plath o Diane Arbus engordaron la leyenda de las artistas suicidas, la incompatibilidad de la vida con las corrientes salvajes. «El amor es un juego perdedor», cantaba Winehouse.

Muchas de ellas, curiosamente, cambiaron su nombre, tal vez en busca de una nueva identidad que las redimiera. Eunice Kathleen fue Nina Simone, Elena Ivánovna fue Gala, Margarita Carmen Cansino se convirtió en Rita Hayworth, Gabrielle Chanel en Coco, Elizabeth Lee Miller perdió su primer nombre; Marguerite Guggenheim pasó a ser Peggy; y Christa Päffgen, Nico.

La mayoría no quiso ser ejemplo de nada. Las hubo narcisistas y ambiciosas, como las hermanas Mitford, pero abundan quienes fueron capitaneadas por la inseguridad, el autorreproche, la exigencia o el ansia de perfección. También hubo batalla, siempre pacífica, lucharon por sus ideas sin gritar ni violentar, eso sí cargadas de paciencia e ironía, de lucidez y transgresión. No se dejaron turbar por las sombras. Recordarlas es sentir su palpito rebelde y fabuloso. Fabulosas más allá de la maravilla que encerraban: tan increíbles y extraordinarias, como fantasmagóricas, ilusorias, admirables, excesivas y exageradas, cuyas vidas eran difíciles de creer, puras fábulas reales. Alcanzaron el vértice de la pirámide. Desvirgaron prejuicios y abrieron puentes mentales que trastocaron mi visión del mundo y adecentaron mi sentido de la belleza. Parecía que lo tenían todo. Excepto la felicidad. Ese fue el precio que tuvieron que pagar por cambiar la dirección del viento, y que ninguna otra debería volver a pagar. Por ser mujer.

40 mujeres fabulosas y rebeldes

Una, cuando me engendraron. Y otra, cuando yo me inventé.

MARÍA FÉLIX



1. Coco Chanel

La escalera de caracol

Hace más de cien años, en el verano de 1915, en el Hotel du Palais de Biarritz se bailaba hasta el amanecer, lejos del barro y de las trincheras. Sobre el mismo mármol que habían pisado Napoleón III y Eugenia de Montijo, una noche se sentaron a cenar Coco Chanel y su amante, el jugador de polo y político Arthur Boy Capel. Allí, el contorno del paisaje no era tan vulgar como en otros pueblos costeros: un acantilado azul atlántico ceñido por las misteriosas landas y el oleaje bravo rompiendo contra unas endemoniadas rocas, espíritus de locos suicidas, dice la leyenda, ahogados *in bellezza*.

«Este pueblo blanco de tejados rojos y postigos verdes edificado sobre montículos de césped, frente al bravío océano Atlántico», escribía Victor Hugo de Biarritz, donde sus pescadores eran célebres por su pericia en la captura de ballenas. Los franceses lo pronuncian con acento en la última i, alargando la doble erre gutural. Y acaso porque la segunda mitad de la palabra

está compuesta por el nombre del emblemático hotel Ritz, la localidad suena a lujo y esplendor. Trae ecos de artesonados barrocos y baños de mar; de Guitry o Ravel; del norte elegante donde la realeza y la corte, así como las buenas familias españolas, veraneaban con sombrilla y cesta de paja.

Chanel también es un nombre magnético, arranca con una consonante continua, que puede ser sostenida durante varios segundos de manera balanceada en una afirmación rotunda del chic *parisien*. Biarritz y Chanel, una orgía fonética desde aquel verano iniciático

Qué surtida herencia nos dejó aquella gran mujer delgada de cabello oscuro tan encantadora como huraña. Cuánta libertad otorgó a nuestra vestimenta, destilando el buen gusto. Lo hizo provista de la vehemencia propia de una campesina a la que nada asustaba, aunque armada con una feminidad misteriosa capaz de enamorar a terratenientes, duques, artistas, oficiales nazis, pintores y musas. Coco. Nombre de perro. Lo cantaba cuando fue cabaretera, braceando contra la miseria pero soñando con una vida hermosa: «*Qui a vu Coco?*», repetía sobre el escenario del café-concert La Rotonde. Un diminutivo casquivano, dos iniciales clonadas: la doble c convertida hoy en aspiración universal.

Aquel verano de 1915, Chanel y Capel celebraban que en la cosmopolita Biarritz hubieran repetido el éxito conseguido un año antes en Deauville, donde Coco abrió tienda coincidiendo con el estallido de la Primera Guerra Mundial. El nombre de Chanel pasaba de boca en boca con admiración escandalosa porque vestía a las mujeres como nadie lo había hecho hasta entonces: rompió la silueta de reloj de arena que aprisionaba sus cuerpos, las liberó de los corsés, les puso pantalones, las rejuveneció y las hizo más interesantes. Estaba obsesionada con devolverles su credibilidad gracias a la perfección de un traje con el que pudieran correr, saltar y agacharse. Y se cargó todas las plumas y miriñaques. En el Hotel du Palais —bailes de salón, sangre azul y una eterna *belle époque*— las mujeres lucían sus chaneles admiradas de sí mismas.

Boy Capel, a pesar de las escaseces de la guerra, actuaba como proveedor de lanas, *tweeds* y sedas. Y de punto. Esa fue la mayor baza: comprar ingentes cantidades al fabricante Rodier, quien les hizo un gran

descuento porque pensaba que no lo llegaría a vender. Nunca se recuperó del susto: aquel tejido que, antes de la guerra, rechazaban los hombres para su ropa interior, acabaría cosiendo espectaculares trajes de alta costura.

En Biarritz la guerra apenas se notaba: matrículas extranjeras en autos de lujo, príncipes rusos, cantantes de ópera y damas deseosas de jugar al golf. La vecina España era neutral. Un encantador lugar para invertir. «Sabían correr riesgos y moverse con celeridad», dice uno de los biógrafos de Chanel, Axel Madsen. Alquilaron a la viuda del conde Tristán de l'Hermita la Villa Larralde, situada enfrente del casino. Chanel llamó a su hermana Antoinette, además de contratar a varias modistas vascas que permanecerían fieles a ella, e incluso pediría a sus madres que las dejaran ir con ella a París. «El 15 de julio de 1915 Coco no se limitó a abrir una tienda, sino la primera boutique de moda de Biarritz. La ciudad no había visto nunca una cosa parecida», afirma Madsen.

Los años de Biarritz fueron tremendamente prósperos para Chanel, tanto en lo creativo como en lo económico. Poco se ha analizado su inspiración española y los quince años que pasó entre París y el País Vasco francés. Aquel verano de 1915, cuando Norteamérica estaba aún muy lejos, *Harper's Bazaar* publicó en portada uno de sus primeros vestidos camiseros sin cuello, su *robe sans taille*. Chanel, al igual que Balenciaga, se inspiró en las ropas de trabajo de los pescadores y obreros de la costa. Incluso se encasquetó la *txapela*, con su proverbial estilo marinero.

También fue en Biarritz donde Chanel se aproximó a los *ballets* rusos, exiliados en Madrid y San Sebastián, que tanto influirían en su carrera. E inició una estrecha amistad con Diáguilev, a quien años más tarde financiaría, muy discretamente, *La consagración de la primavera* de Stravinski, de quien *mademoiselle* fue amante.

Hace un siglo de todo ello, cuando los veranos eran más lentos, Europa se había atascado en embarrados campos de batalla y Coco Chanel había vengado a aquella pobre huérfana del hospicio de Obazine, que condenaba a las mujeres a vestir de negro, como sus cancerberas.

Chanel es también una marca global, un nombre que representa la historia del siglo XX, y la firma de un personaje tremendamente literario. Hizo lo que la Bauhaus y Le Corbusier en arquitectura, o Picasso y el cubismo en pintura.

No hay otro nombre en la moda tan rotundo como el de Coco Chanel no solo en significación, sino también en sonoridad. Acaso Dior, al que le separa tan solo una letra en el abecedario para pasar por Dios. El gran modisto vestía a las mujeres como una flor, mientras que ella estaba dispuesta a terminar con aquella impostura de la feminidad, y las confecciones terriblemente complicadas de aspecto victoriano, faldas que estallaban en pliegues, silueta para mujeres ficticias, que no podían agacharse ni levantar los brazos con aquellos trajes. Es una verdadera lástima que cuando se bucea en la biografía de un personaje no puedan capturarse detalles tan significativos como la voz, con sus inflexiones, o los gestos con los que acompaña (o acompañaba) las palabras. Paul Morand describió de forma absolutamente gráfica las dotes de infatigable conversadora de Coco Chanel, su estilo a la vez brusco y ultraexpresivo.

La de la escalera de caracol es una imagen que podría resumir metafóricamente la vida de Coco Chanel: su ascensión social y cultural, su relación con el éxito y la fama, pero a la vez su soledad, sus altos y bajos en el amor y su caparazón con el que se protegía del mundo.

Por otro lado, la escalera tuvo un papel fundamental en su vida, ya que representaba su lugar preferido para observar a las modelos en su casa de costura del 31 de la *rue Cambon*, mientras desfilaban o posaban para las clientas.

Aquellos días felices con Boy Capel ignoraba que se jubilaría pronto, que sería una desgraciada en el amor, que reaparecería en París a los setenta y un años para convertirse en inmortal. Pero en el verano de 1915 Chanel empezó a ir con chófer y en Rolls-Royce a todas partes.



2. Peggy Guggenheim

Un Pollock en el *palazzo*

En el jardín veneciano de Peggy Guggenheim —el más grande de la ciudad, en el que, según cuenta la leyenda, siglos atrás vivió un león africano— la tarde parece más ligera, desvestida de la densa humedad de la laguna. Subiendo y bajando escaleras, ojeando sus libros de huéspedes o admirando sus cuadros de Léger, Rothko o Picasso, una euforia mentolada se apodera de ti. Sientes que allí la vida transcurrió con suma amabilidad. Que lejos de componer otro decorado más de la ciudad medio sumergida, eres el huésped de una casa museo que une cosas aparentemente incompatibles como el poder y la exaltación creativa. La gente viaja a Venecia para ser feliz. Para sentirse dentro de un Tiziano; para convertirse en un personaje mecido por los *gondolieri* y mimado por los bravísimos camareros del Harry's Bar, que sirven el mejor *carpaccio* del mundo, que fue creado para una dama que siempre estaba a dieta.

El paisaje permanece suspendido, cosido por sus bellísimas fachadas que esconden ruinas y te evocan a Henry James escribiendo tras los sedosos cortinajes de los ventanales que dan al canal. Los *sotoporteghi* y el laberinto de callejuelas, el jaleo neorrealista del mercado de Rialto, las iglesias repicantes... todo es tan melodioso y a la vez tan decadente.

Ignoro si Peggy Guggenheim fue traspasada por el síndrome de Stendhal al cruzar la piazza di San Marco. Hay demasiadas reliquias para reverenciar el pasado en Venecia, de la Galería de la Academia a los collares antiguos de cristal de Murano, o los fantasmas de Thomas Mann y Visconti deambulando por las ruinas del Gran Hotel des Bains en el Lido... Pero lo que empujó a la adelantada Peggy en busca de su casillero del ser fue la vanguardia. También la ambición de congregar a su alrededor a una generación que la atrapaba en su encrucijada estética y su búsqueda permanente.

Ella pertenecía a la rama excéntrica de la célebre familia de magnates de origen judío. Adoraba a su padre, mujeriego y laxo, que se ahogó cuando regresaba de una de sus románticas escapadas a París a bordo del *Titanic* junto a una joven cantante, lo que significó una verdadera tragedia para una niña de trece años. Su madre tenía la costumbre de repetir cualquier palabra o frase que dijera tres veces seguidas. A pesar de que su apellido siempre se relacionara con el dinero, ella y su hermana Benita eran la rama pobre de la dinastía, aunque en verdad mantuvieran costumbres carísimas. Peggy vivió con plenitud los años veinte: viajó por toda Europa y se codeó con artistas, a quienes invitaba a cenas regadas con champán y ayudaba a sobrevivir, como a Djuna Barnes o a André Breton, pero también fue maltratada por sus maridos. No se liberaría de ese yugo hasta 1937, cuando se separó de su tercera pareja, el editor Douglas Garman, y heredó una gran fortuna a la muerte de su madre.

Después de sus aventuras con las galerías Guggenheim Jeune y *The Art of This Century* en Londres y Nueva York, el verano de 1948 —justo un año después de su primera llegada a la ciudad *serenissima*— sería definitivo en su vida. En Venecia la habían recibido como a una diva. Vivía en un apartamento alquilado, en el *palazzo* Barbaro, justo en frente de la Academia, en el Gran Canal. Henry James escribió allí *Las alas de la paloma*, inspirado por la temprana muerte de su adorada prima Mary Minny Temple. El piso era demasiado pequeño para ella, sus inseparables perros y su famosa colección

que había «sobrevivido» a los avatares de la segunda guerra, había sido escondida y salvada como si se tratase de una vida humana. Por ello, y también para asegurarse de que se quedaba en Venecia, el pintor Giuseppe Santomaso propuso a Rodolfo Pallucchini, mandamás de la Biennale, que ese año expusieran sus cuadros en el certamen. ¿Pero cómo? O, mejor dicho, ¿dónde? No formaba parte de ninguna institución ni representaba a ningún país. Cuando Grecia se cayó del programa debido al estallido de su guerra civil, se presentó la ocasión. Sus pinturas surrealistas, pero sobre todo las obras de Rothko o Pollock, que nunca antes se habían expuesto fuera de Estados Unidos, se convirtieron en una de las sensaciones de la edición.

Jackson Pollock, a quien había «descubierto» en Nueva York a través de una convocatoria a concurso publicada en el *Reader's Digest*, la obligó a cambiar su concepción sobre el arte, llevándola al límite de lo que ella entendía por «pintura». Si había que romper los límites de su propia mirada, entonces ¿por qué no exponerlo ante los demás y, en ese gesto, exponerse a sí misma? Apoteósico. «Lo que más disfruté fue ver el apellido Guggenheim en los mapas y en los carteles, junto a Gran Bretaña, Francia, Holanda... me sentí como si, de repente, fuese un país europeo», recordaba encantada. Nunca abandonaría la ciudad. Ese mismo año compró el *palazzo* inacabado Venier dei Leoni, entre la basílica de Santa Maria della Salute y la Academia. Lo reformó y replantó el *giardino*, donde hizo construir un trono de piedra en el que posaría para los fotógrafos. Fue siempre un museo habitado, y ese latido perdura hoy, entre los espejos venecianos y las obras de Bacon, Kandinsky, Duchamp, Brancusi, Picabia... Cada visitante al palacio debía dejar constancia de su paso con una dedicatoria en los famosos libros de huéspedes de Peggy, y «si eran poetas o artistas, podían añadir entonces unos versos o un boceto». Patricia Highsmith, Louise Bourgeois, Eugenio Montale, Marc Chagall, Jean Cocteau, Tennessee Williams y muchos otros lo hicieron. Y hubo quien añadió algunas notas musicales, como John Cage o Jerome Robbins.

Publicó una polémica y provocadora autobiografía: *Out of this Century: the Informal Memoirs of Peggy Guggenheim*, en 1946. Max Ernst, quien fuera su marido, y Pollock firmaban la portada y la contraportada. En los años sesenta se reeditó en España una versión abreviada. En ella alardeaba de haber tenido 4.000 amantes a pesar de su nariz aguilena. Contaba sus amores

de tango, sus fiestas bañadas de alcohol y sus peleas escandalosas, pero también mostraba la perspicacia que tuvo al saber convertir el coleccionismo en un oficio moderno, y apurar como un largo trago su capacidad de influencia entre la vanguardia. Todas las biografías que se han escrito de ella relatan terribles vejaciones y malos tratos a los que fue sometida. Su marido John Ferrar Holms, a quien se sometió durante años, le lanzaba whisky en los ojos y la hacía pasear desnuda en pleno invierno. Aseguró que él dictaba su pensamiento. Murió a los treinta y siete años y Peggy intentó suicidarse. El arte fue el asidero para salir de la nada.

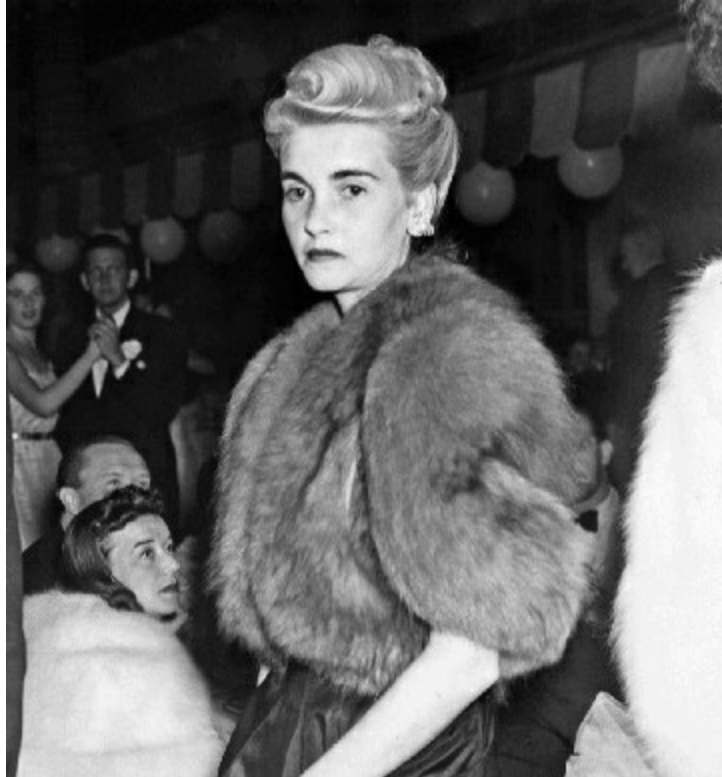
Hasta que llegó a Venecia, y decidió dar la vuelta al destino: «Manipular y castigar a los hombres por tratarla mal o no quererla lo suficiente. Soportaba el daño físico y psicológico, humillando a los hombres, controlándolos con su dependencia económica», escribe Francine Prose en la última biografía de la autora. Se asegura que Max Ernst se casó por dinero, con Beckett y Pitanguy mantuvo apasionadas historias. A los sesenta años lucía trajes de amantes jóvenes, siempre rodeada por la muerte. Uno de sus últimos amores, Raoul Gregorich, tenía veintiséis años menos que ella. Posaban juntos en los jardines del palacio y ella le escribía a su amiga Djuna Barnes que estaba terriblemente enamorada de aquel Tarzán, y que afortunadamente, nada tenía que ver con su mundo intelectual.

Durante sus últimos años, cada vez más sola, luchó por mantener su colección particular desafiando a instituciones y museos que se interesaban súbitamente por la vieja dama. Incluso el Louvre la rondó, la misma institución que le negó la ayuda cuando pidió que le cedieran refugio para salvar su colección durante la invasión nazi en París. No consideraron que aquel arte mereciera la pena ser salvado. Ella no tenía miedo de su origen judío, y consiguió salvarla del expolio, llevándosela en barco a Nueva York, junto a los Paul Poirets y la cubertería de plata.

Al día siguiente de morir en un hospital de la cercana Padua, en diciembre de 1979, casi treinta años después de comprar el *palazzo*, hubo agua alta en Venecia y su hijo Sindbad, predestinado a ser buen marino, tuvo que salvar los libros y algunos cuadros. Sindbad, transitando un destino marcado por el desafío al acecho del agua y con ello a la pérdida de la acumulación de bienes de lujo, y de la propia vida, tal como les había

sucedido a los pasajeros del *Titanic*, entre los que se encontraba su abuelo. Sindbad era el último superviviente de un núcleo familiar que había tenido que soportar la pérdida de su hermana Pegeen, inestable emocionalmente, apegada a una madre que era diferente.

Marguerite Guggenheim supo entender a los vagabundos anímicos que solo encontraban respuestas en el arte. Sus gafas-máscara son el perfecto símbolo del estilo de una mujer que logró ser madrina y musa, reina y cortesana de la vanguardia más absoluta.



3. Barbara Hutton

La primera *socialité* de la historia

Barbara Hutton debe su celebridad a la circunstancia de haber heredado una gran fortuna a los ocho años, tras la muerte de sus abuelos maternos —su madre se había suicidado con matarratas en la *suite* del hotel Plaza donde residían, dos años antes, desesperada ante las continuas infidelidades de su marido, Franklyn Hutton—, lo que le valió el mediático apodo de «pobre niña rica».

Todo lo que hay escrito sobre ella, además de una prolija crónica fotográfica, que incluye algunas obras exquisitas firmadas por su amigo Cecil Beaton, va mucho más allá de la historia de esa pobre niña rica. En 1933, en pleno apogeo de la llamada Gran Depresión, Barbara cumple veintiún años y la prensa amarillista la censura por el derroche de dinero en su fiesta de

aniversario. Muy afectada, es enviada a conocer Europa como un modo de escapar del acecho de la prensa. Su padre le advierte premonitoriamente que quien se le acerque en el futuro solo deseará su fortuna.

De la multimillonaria se dice que era bipolar, narcisista, excéntrica y desprendida; que regalaba brillantes a las criadas y deportivos a sus amantes. Hasta en la más sublime y la más absurda de sus excentricidades derramaba la necesidad de ser excepcional. ¡Y lo consiguió!, haciéndose célebre gracias a sus fiestas de verano en Tánger: «Barbara Woolworth Hutton solicita el placer de su compañía en el palacio de Sidi Hosni. PD. En caso de viento, la anfitriona le ruega disculparla viniendo otra noche».

Así rezaba la invitación anual que, desde 1948 hasta 1975, recibieron los invitados a las apoteósicas *parties* que se vivieron en una de las ciudades más internacionales, enigmáticas, libertinas y artísticas del siglo XX. Orquestas, bailarinas y todo tipo de entretenimientos exóticos: un verano incluso llevó treinta camelleros Reguibat desde el Sáhara para que formaran una *garde d'honneur*. Después de la fiesta, acabaron acampando en el jardín.

Hutton le había arrebatado el palacio Sidi Hosni nada más ni nada menos que al Caudillo. Franco se había encaprichado de él, pero ella, acostumbrada a tener todo cuanto deseaba, solo tuvo que doblar la cantidad: ofreció un millón de pesetas más que la oferta que el Generalísimo había hecho —es decir, pagó dos millones de la época—. Y el palacete fue suyo.

No hay otra ciudad en la que se pueda sacar a pasear el fatalismo como en ella. Hay un Tánger silencioso que bate cualquier expectativa del bullicioso. Babuchas que apenas rozan los empedrados. El sonido de un laúd que emboha la tarde. El largo té dulce. La vida entre muros. Tánger, como La Habana, ejerce un hechizo nada ostentoso, pero capaz de contagiar al visitante de una moratoria anímica que altera el tiempo. Uno de los amigos de Hutton, Truman Capote, escribía: «Casi todo en Tánger es inusual, y antes de venir conviene hacer tres cosas: vacunarse contra el tífus, sacar los ahorros del banco y despedirse de los amigos. Dios sabe si los volverás a ver. Este consejo es bastante serio, ya que es alarmante la cantidad de viajeros que han aterrizado en ella para unas breves vacaciones y después se han establecido y han dejado pasar los años. Porque Tánger es una ciudad que atrapa, un lugar sin tiempo; los días pasan más imperceptibles que la espuma en una cascada».

No hay duda de que las garantías de exótica libertad de una ciudad abierta donde nadie cuestionaba nada contribuyeron a poner Tánger de moda, con la fantasía de exilio feliz y a la vez caníbal. Todos sus ilustres visitantes pasaban por las fiestas de Hutton: Capote y Beaton, Hubert de Givenchy, Tennessee Williams... Dos *socialités* españoles de la época, a los que después de muertos se ha olvidado bastante, Emilio Sanz de Soto y Pepe Carleton, dieron buena fe de ellas. La anfitriona recibía a sus invitados sentada en un trono de oro y luciendo la tiara de esmeraldas de Catalina la Grande. Otros habituales eran Jane y Paul Bowles, quien en *El cielo protector* logró plasmar la perversidad y el embrujo del desierto.

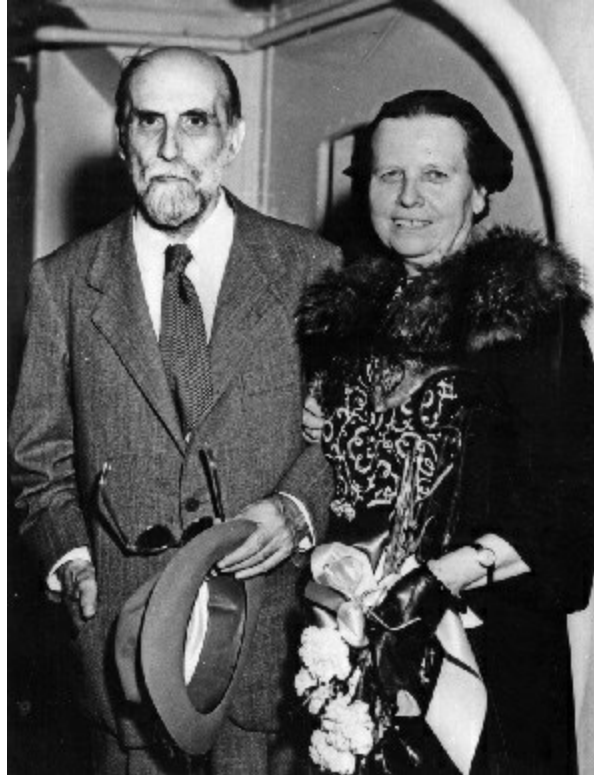
Las fiestas del intrincado Sidi Hosni no eran más que la réplica de una búsqueda famélica, de una huida hacia delante, cuyo motor era, seguramente, el olvido de sí mismos. Una sustracción autoconsciente, cimentada en la voluntad colectiva de replegarse ante la devastación de los efectos de la seguidilla de contiendas bélicas que habían assolado Europa. Detrás del bullicio y la ostentación, hallaban el silencio de los muros y la acechanza del desierto como un territorio nuevo, ajeno y, precisamente por ello, enajenante. Aquello traía la posibilidad tangible de salirse de coordenadas espacio temporales siempre iguales a sí mismas. El éxito de las fiestas de la apodada «reina de la Medina» se cierne quizá sobre la amable invitación al extravío, sobre el filosófico doble juego de la máscara reveladora.

Quizá debamos cifrar el antecedente de esta escapada perpetua en el acoso de que fue objeto por parte de la prensa estadounidense. En pleno derrumbe poscrack, los medios masivos de comunicación de entonces convirtieron a la joven en el chivo expiatorio favorito de la frustración furiosa y amarga de la Depresión. Afectada por ello, la veinteañera Barbara huye a Europa, no antes de ser advertida de que ella no es solo ella: es ella y su fortuna, indiscernibles e indisolubles para quienes quieran acercársele. El derroche compensatorio y, quizá compasivo, es objeto aún hoy del escrutinio de la mirada ajena. Cary Grant, el tercero de su ristra de siete maridos, dejó una sentencia para la historia: «Cuando tus posibilidades son casi infinitas, para vivir por encima de ellas hace falta verdadero talento». Cary, que cuando Barbara muere es el único que no reclama un céntimo. Cary, el único verdaderamente amado. Cary, quizá el único que no la *necesitaba*. En el fondo

de la ostentación de la fabulosa Barbara Hutton reside un corazón devastado, irradiado por la ausencia de afecto y un cuerpo, el de su madre, hallada muerta por ella misma a tan corta edad.

He encontrado una hoja del hotel Sanvy de Madrid con preguntas que preparé para una entrevista, cuando Paul Bowles vino a Madrid en 1993. «¿El cannabis y el desierto son algo parecido a la pérdida de la virginidad?», interrogaba. Conservo incluso la carta firmada por el entonces director de Alfaguara, Juan Cruz, que anuncia su presencia y la de su música en un concierto en el María Guerrero. Años más tarde lo visité en Tánger. Vivía como un pobre en un piso atestado de recuerdos y maletas. La atmósfera, densa, que venía de la calle, se posaba en cada rincón dejando bien claro quién mandaba. A Jane siempre le pareció simpática y divertida Barbara, ligera; a Paul, en cambio, le desagradaba por sus excesos.

El magnetismo de Tánger era entonces penetrante como el humo de las pipas de kif. Allí no solo derrocharía su inmensa fortuna, también realizó obras filantrópicas, donando generosas sumas a obras de beneficencia. Tanto que las autoridades locales le permitieron ampliar los arcos de la Medina para que pudiera circular por ella su Rolls-Royce y otros vehículos del séquito que solían acompañarla. Y dejó de ser la «pobre niña rica» para convertirse en la «reina de la Medina». La vida de Hutton estaba escrita desde su infancia amarga, ebria de disparate y provocación. Moriría sola, a los sesenta y seis años y con cuarenta kilos, le quedaba poco más de tres mil dólares en su cuenta, apenas para pagar su entierro. Eso sí, desde el mirador de Sidi Hosni, aún hoy se presiente el influjo de sus extravagancias, cuando el mundo despertaba de dolorosas guerras y quería vivir permanentemente en una fiesta. Una vista hermosa y maldita, como la misteriosa ciudad, como Barbara Hutton y sus amigos.



4. Zenobia Camprubí

Vivir detrás de los versos

En las historias de amor, el inicio determina la bacteria. El bicho que resistirá o sucumbirá entre ambos. La anatomía patológica que unirá dos almas y dos cuerpos. «¿Cómo os conocisteis?», preguntamos a las parejas imantadas. Los detalles del origen, su encuentro en la vida justo cuando se estaban buscando sin saberlo, marcarán todo lo bueno y lo malo por venir. No es de extrañar que la bacteria que unió a Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez fuera imposible de erradicar, imbatible a cualquier desaliento, ya fueran las penurias económicas, las languideces del poeta triste, el exilio o la enfermedad. Porque Juan Ramón se enamoró de su risa a través de un tabique. El que separaba la austera pensión donde vivía de la casa de los Byne, un matrimonio norteamericano amigo de la familia de «la americanita», como la apodaba Gómez de la Serna.

Zenobia era hija del ingeniero catalán Raimundo Camprubí y de Isabel Aymar, descendiente de una próspera familia puertorriqueña. Las fiestas sociales consistían en una debilidad de aquella joven trilingüe, bien educada y tocada de una luminosa curiosidad que había estudiado en la Universidad de Columbia. Un espíritu libre cuya risa atravesó la pared del poeta, sumido en sus ensoñaciones. Días después fueron presentados en la Residencia de Estudiantes. Él reconoció su risa sonora. También reconoció a la mujer de su vida.

Hay dos etiquetas que definen la personalidad de Zenobia: la de «mujer moderna» y la de «mujer en la sombra». Que nadie crea que se logra ser el mejor poeta español, viviendo del verso y del caer la tarde, si no se es inmensamente rico, o no se tiene al lado un ángel. Zenobia ejerció de secretaria, traductora, representante y psicóloga de Juan Ramón. Se partió el pecho. Incluso le buscaba cursos y conferencias en universidades. «La mera compra de unas pastillas de menta, una botella de jerez o un lápiz rojo para subrayar les hace felices momentáneamente.» (*Pasé la mañana escribiendo* de Anna Caballé.)

Casi sesenta años después de su muerte aún seguimos tratando de desatar sus contradicciones. Como el hecho de que una de las pioneras del feminismo español, íntima de las Victoria Kent, María de Maeztu... (las mujeres del Lyceum Club Femenino fueron las únicas españolas con las que logró entenderse; Zenobia ocupó el puesto de secretaria del club), aceptase plegar su personalidad y talento a los de su marido. Fue un amor supremo. Una entrega colosal. Lo escribió claro: «El pusilánime, hipocondríaco, depresivo y neurasténico poeta se habría hundido en un pozo sin fondo [...] pero el día en que juntó su destino con el mío, cambió ese fin. Después de todo, yo soy en parte dueña de mi propia vida [...] En esta empresa nuestra, yo siempre he sido Sancho». Juntos tradujeron a Tagore, Shakespeare, Poe o Shelley. Pese a todo ella percibía que «sin una actividad razonable, por la noche se siente una como vacía de la propia personalidad». Sobrellevaba con animosidad una vida nómada, aunque decía que en algunas ocasiones los dos, juntos, se despertaban sin saber en qué lugar del mundo estaban.

Sus diarios poseen un valor incalculable. Fue la única mujer, junto a Rosa Chacel, que dejó un diario escrito de la vida y la literatura de mitad del siglo XX. Vivió en Estados Unidos cuando sus padres se separan transitoriamente por una crisis matrimonial, y allí fue cortejada por un amigo de la familia, Henry Shattuck. Se matriculó en la Universidad de Columbia, viajó sola y leyó a los clásicos. Y de vuelta a España la apodan «la americanita», y por suerte intima con María de Maeztu, Rafaela Ortega y Gasset con quien fundan una empresa filantrópica «Las enfermeras a domicilio», y también se hace amiga de Susan Huntington, pedagoga pionera en la educación moderna que dirigió el Instituto Internacional de Madrid.

Pero su figura siempre ha sido glosada con relación al poeta. Por ello, en la exposición que le dedicó, en 2016, el Centro de Estudios Andaluces y la Fundación Zenobia-Juan Ramón Jiménez, «Zenobia Camprubí, en primera persona», se reconoce la enorme diarista que fue —aquel otoño se publicaron sus hasta entonces inéditos *Diarios de juventud*—. Los *Diarios*, introducidos y editados por Emilia Cortés Ibáñez, quien además fue comisaria de la exposición, permiten escrutar la luminosidad indivisible de aquella de quien se creyó largamente que era una «mujer en la sombra». Zenobia desanda el mito a golpe de los destellos constantes, pero conscientemente regulados, de una mujer que, en palabras de Cortés Ibáñez, siempre se mantuvo entera e igual a sí misma: «No varió nada después de conocerlo». Era inteligente, práctica, activa, disciplinada; siempre con metas. Y así siguió después. Hay muchos estereotipos y clichés sobre la pareja que son falsos. Por ello, los *Diarios de juventud* recogen a la futura «recien casada» en singular, abarcando el periodo de 1905 a 1911; son los escritos de una joven adolescente que se formó en Norteamérica. Zenobia como una rosa, mutable e inmutable, siempre igual a sí misma, en su jardín o en el jardín de las palabras de otro. La esperada reivindicación de la mujer que eligió fieramente vivir en los versos.



5. Sylvia Plath

Cuando la vida duele

Hay libros que te desvirgan. Te acompañan en los ritos de pasaje, y al terminar de leerlos sientes que el tiempo ha pasado por encima de ti, que te has hecho mayor. Recuerdo cómo atrapé *La campana de cristal* de Sylvia Plath apenas recién salida del huevo. Con un velo de clandestinidad y desafío, igual que una droga. No compartí con nadie mi descubrimiento, porque quería asumir aquella historia de autodestrucción sin escalofríos, algo que no lograría hasta que empecé a trabajar en revistas de moda y allí entendí lo que tuvo que suponer para Sylvia Plath su paso por *Mademoiselle* como redactora invitada. Aquella brillante estudiante del Smith College, una joven sensible y analítica, obsesivamente perfeccionista, aterrizó en una glamurosa redacción llena de inquinas y frustraciones y habitada por una fauna de relaciones públicas maledicentes, estilistas analfabetas y jefecillas de postín. En medio de aquella danza fatua, le organizaron un encuentro con un millonario peruano que intentó violarla y la insultó con desprecio. Elizabeth Winder enumera la vestimenta

que se compró para aquel *stage*: «Blusas de auténtico nailon, faldas grises rectas, jerséis negros ceñidos y zapatos de tacón negros». Tras su temporada en *Mademoiselle* tiró toda aquella ropa por la ventana, y empezó el colapso nervioso que dio lugar a todo lo que vendría. «Algún dios me agarraba por las raíces del pelo», escribió. Así era, «no era propio de ella tirar los vestidos. Estaba pidiendo socorro a gritos», certifica Linda W. Wagner-Martin en su biografía más completa.

Muchos años, digamos que hasta hace cuatro días, me costó comprender el suicidio de Sylvia Plath, la hora fatal en que la oscuridad invade la mente. Me preguntaba cómo una mujer preciosa y con estilo, una escritora enorme, madre de dos hijos pequeños, podía ser capaz de autoaniquilarse, desesperada, cuando había escrito sus mejores líneas. Las crónicas cuentan que el 11 de febrero de 1963, en el barrio londinense de Primrose Hill —en la misma casa donde había vivido W. B. Yeats—, Sylvia se levantó de madrugada, como siempre —solía escribir sus poemas muy temprano—, preparó el desayuno para sus hijos, Frieda y Nicholas, de tres y un año (una bandeja con pan, mantequilla y leche), se encerró en la cocina del piso de abajo sellando los resquicios de la puerta con toallas —para proteger a los niños— y metió la cabeza en el horno. Tenía treinta años. Y lo mejor de su obra aún no había sido publicado.

Dos años después, en 1965, vería la luz su obra póstuma, *Ariel*, uno de los más grandes libros de poesía de la segunda mitad del siglo XX. Pero popularmente a Plath se la conoce más por ser una bella e ilustre suicida que por sus versos soberbios:

«La perfección es terrible: no puede tener hijos. Fría como el aliento de la nieve, tapona la matriz». Plath creía y descreía en ella misma. Al regresar a Smith como profesora, escribe en su diario: «Soy medianamente buena. Y puedo vivir siendo medianamente buena». Se llamaba a sí misma «la heroína incapaz». Ya casada y madre, cayó sobre ella otro rayo, el de la dificultad para mantener su identidad creadora. A su madre, Aurelia, le confesaba que su objetivo era que Ted pudiera escribir en exclusiva. Pero ¿y ella? Se cansaba enseguida, al mediodía se sentía exhausta: «Alimentar a la niña y limpiar la

casa. Cocinar y atender la voluminosa correspondencia de Ted, además de la mía, supone tanto esfuerzo que solo me preocupa conseguir horas para poder empezar a escribir».

En 2015 se celebraron cincuenta años de la publicación de *Ariel*, pulido y censurado por Ted Hughes, que consumió su vida intentando descifrar los porqués del final de una relación de la que contaría sus inicios en su poemario dedicado a Sylvia: *Cartas de cumpleaños*, cuando él la besó violentamente en la boca y ella le mordió fuerte la mejilla hasta que brotó la sangre. Años después, el cuerpo sin vida de Sylvia pareció haber sido arrojado a la playa de un mar interno y primigenio, tormentoso e insondable, cifrado en la boca negra de ese horno y fundado en una grieta, en una discordia íntima: el mandato de su madre, Aurelia, que se había empeñado en no hacer otra cosa que borrarse a sí misma. Un ángel del hogar apócrifo, que para sostener su matrimonio actuó con una sumisión impostada, dispuesta a pagar el precio de la autosustracción con tal de mantener la «paz» del hogar.

Aurelia había de repetir el gesto ante la muerte de su marido, tragándose el dolor para evitarles a sus hijos de siete y cinco años el espectáculo del llanto sin duelo. «No te salgas del contorno», instaba Aurelia a la pequeña Sylvia cuando le enviaba dibujos para colorear. Un límite contraproducente, que volvió a trazar ante la tragedia, impidiendo que los pequeños vivenciaran su pérdida de manera natural. La brillante Sylvia se lo reprocharía larga y tendidamente. Y la joven Esther, en *La campana de cristal*, lloraría frente a la tumba de su padre por primera vez.

Plath fue una heroína trágica —«mi gran tragedia es haber nacido mujer»—, destruida por un mundo con el que no se entendió, acaso por la obsesión de colorear de pequeña sin salirse del contorno, aunque también por la inseguridad, el frío de la enfermedad, los tranquilizantes y los primeros electrochoques aun siendo adolescente. Nunca excluyó su fijación con la muerte: «Morir es un arte, como todo. Yo lo hago excepcionalmente bien. Tan bien, que parece un infierno. Tan bien que parece de verdad. Supongo que cabría hablar de vocación». La infidelidad de Hughes con Assia Wevill la paralizó, aunque al principio no quisiera creerlo, y se autoengañara. Una noche, con su hijo en brazos, quemó las cartas de Ted y el manuscrito de su segunda novela, que resumía su historia de amor e iba a ser un regalo de

cumpleaños para Ted. Cayó sobre ella la trampa del matrimonio, la incompatibilidad entre la soledad de la escritura y la crianza de dos hijos; tan débil que en sus últimos poemas, ya sin Ted, apenas podía mantener la letra y esbozaba garabatos.

Plath fue una mujer que quería escribir rematadamente bien, representante de una generación de mujeres bisagras, emancipadas a medias, pero carente de seguridad y fortaleza mental. Acabó entregando la poca voluntad que le quedaba al abismo. Plath hermosa, fría, profunda, inestable, sus versos son puñales de belleza. Ya es hora de que su enormidad como poeta trascienda al malditismo.



6. Lee Miller

Desnudarse en la bañera de Hitler

Man Ray, Avedon, Horst, Capa... son nombres incontestables, reconocibles por el oído universal: la fotografía en mayúsculas. Pero ¿qué ocurrió con Lee Miller? ¿Por qué a pesar de sus logros y su vida excepcional, que la llevaron de la portada de *Vogue* a la primera explosión de napalm en el asalto de Saint-Malo, su nombre apenas es retenido por unos pocos? La memoria de las mujeres en la historia es esquivada y frágil. Pocos admiten que su obra haya podido estar influida por Lee Miller, quien pasó de forma inaudita de la vanguardia artística a corresponsal de guerra, demostrando cómo ambas cosas rozan los extremos: lo sublime y lo abisal. Sus fotos alcanzaron la perfección, capturaron la emoción necesaria para explicar la realidad. Como la del suicidio de militantes nazis en el Ayuntamiento de Leipzig, desvanecidos en el sofá. Y aun así pocas formaron parte de exposiciones.

Lee Miller era una niña rubia y preciosa que a los ocho años fue violada por un amigo de la familia mientras la cuidaba. Se rompió por dentro. No solo tuvo consecuencias psicológicas; aquel hombre le contagió la gonorrea que le causó estragos físicos y obligó a administrarle cuidados especiales durante años. Su familia hizo terapia con la fotografía y ella posaba desnuda para su padre, Theodor, el único hombre en que confiaba. Era una niña que miraba trenes durante horas. A los diez años vio bailar a Sarah Bernhardt y brotó un amor por las artes escénicas que contribuyó a curar la herida. De adolescente, se enamoró de París y de su profesor de teatro, un hombre mayor. La familia la embarcó en un trasatlántico, camino de la vieja Europa. Y a partir de entonces se inició una carrera intensa que se extiende desde la escuela de Man Ray — de quien fue asistente, modelo y amante— hasta los talleres de Picasso, con quien también se acostó. Posó para los mejores, pero su carrera como modelo se vio truncada cuando la revista *Vogue* cedió una foto suya para una campaña publicitaria de compresas: era la primera mujer real que aparecía en este tipo de anuncios. Pero el asunto suscitó una gran polémica porque la menstruación no estaba normalizada y muchos sectores conservadores pusieron el grito en el cielo. Con el tiempo, acabó siendo reivindicada como icono de liberación del cuerpo de las mujeres en un tono señaladamente feminista.

Lee Miller pasaba de la fascinación artística a las depresiones y pensamientos suicidas. Pero como le contestó a un corresponsal del *New York World Telegram* al descender del barco que la devolvía de Europa, *très parisienne*: «Preferiría hacer fotos a que me las sacaran». Elizabeth Lee Miller renunció a su primer nombre cuando conoció a Man Ray, porque «Lee» sonaba más masculino y creía que eso facilitaría que fuese tomada en serio profesionalmente

Abrió su propio estudio en la Gran Manzana. Se hizo célebre. En París fue la fotógrafa preferida *avant-garde* y en Nueva York de la alta sociedad. Se ganaba muy bien la vida. Pero, enamorada, se fue a vivir a Egipto y abandonó su carrera. Regresó al estallar la Segunda Guerra Mundial, acompañando a los soldados norteamericanos, documentando la liberación de París y el horror de los campos de concentración de Dachau y Buchenwald. Dos matrimonios fallidos, y la profunda cicatriz de la guerra. Se retiró a los cuarenta y seis años, aunque sus vínculos surrealistas pervivieron. Venció al alcohol y vivió

en una granja inglesa hasta que la mató un cáncer. En el Museo Imperial de la Guerra de Londres se expuso hace unos años *Lee Miller: A Woman's War*, que recogió su obra como reportera de guerra. Dicen sus biógrafos que su belleza entró en conflicto con sus logros, «como si existiera una cerrazón mental a aceptar que una mujer arrebatadora sea una fotógrafa de primera». Al peso existencial de la fractura de su intimidad, siendo muy niña, se sumó la tragedia de la belleza. Man Ray, que la había convertido en el centro de su obsesión, no pudo evitar diseccionar y fragmentar su cuerpo ante la cámara con una técnica que la propia Lee había contribuido a perfeccionar: la solarización, un fenómeno que invierte los claroscuros de un negativo. No es extraño, entonces, que la mujer rota, diseccionada y expuesta, pudiera retratar como nadie los resquicios de un fin de guerra, cuyos campos de concentración fueron un *non plus ultra* de la crueldad. A fin de cuentas, la fractura del trauma le había otorgado el lenguaje preciso con que hablarle a esa nueva realidad. El retrato físico de un mundo estallado pudo cobrar sentido como la imagen especular de los dolores del alma de una mujer que tuvo el coraje de mirar el derrumbe cara a cara, o mejor, de retratar las heridas desde dentro. Y de dejarse fundir con ellas.

Su vida fue un desafío artístico cargado de mensajes, como haberse retratado en la bañera de Hitler en una personal venganza con el nazismo: «Me limpiaba la suciedad de Dachau», había explicado. Allí está desnuda, aseándose en el lujoso cuarto de baño del apartamento muniqués del Führer —refugiado en el búnker del Reichstag—, que la observa frotarse la espalda desde un retrato colocado entre jaboneras y guantes de crin. De qué manera esta foto refleja la victoria de los aliados, impregnada de satisfacción y triunfo. Su sutileza es tan narrativa como técnica. Aquella americana chic y malhablada que sorprendía con sus tacos a los rudos soldados, aquella mujer bella que nunca borró el peso en sus ojos, aquel talento que se secó al regresar de las trincheras, consiguió el blanco y negro más radiante y silencioso de la historia.



7. Diana Vreeland

It's faction, but not fiction

«Nunca he estado en una oficina ni me he vestido antes del mediodía», le respondió Diana Vreeland a la directora de *Harper's Bazaar*, Carmel Snow, cuando la entrevistó por teléfono para ficharla como editora de moda. Era 1936, y Diana, nacida en París, había vivido en Londres y paseado en góndola por Venecia con su amado marido Reed —que, como recordó la enorme Carme Elías en el teatro Español— se planchaba hasta los cordones de los zapatos.

Su vida había sido digna de una novela de Francis Scott Fitzgerald: dinero y alegría. Entonces, las neoyorquinas se contoneaban en los clubes nocturnos con boquitas de piñón y vertiginosos escotes en la espalda, inspiradas por aquel joven Balenciaga que triunfaba en París nutriéndose de los colores de Zurbarán. Snow se había quedado admirada la noche anterior ante aquella treintañera vestida de Chanel blanco y con rosas en el pelo; al

despedirse le insistió: «Llámeme mañana sin falta». Diana, siempre dispuesta a engrandecer lo bello y a exaltar lo nuevo, se encontró con una oferta insólita para alguien que no había trabajado en serio ni un solo minuto de su vida. El argumento de Snow la convenció: «Pero pareces saber mucho de ropa...». Pasó veintiséis años pontificando desde las páginas de *Harper's Bazaar*, donde haría mítica la columna mensual *Why don't you...?* (¿Por qué no...?), a medio camino entre el oráculo y la cátedra. Algunos de sus «retos» más provocadores rezaban así: «¿Por qué no... lavas el pelo rubio de tus hijos con champán para aclararlo, como hacen en Francia?», o «¿Por qué no... pintas un mapamundi en las paredes de las habitaciones de tus hijos para que no crezcan con un punto de vista provinciano?». Y otra década en *Vogue*, inventando los sesenta, con Twiggy, Mick Jagger o Anjelica Huston encarnando su personal alegato por la belleza de lo diferente. También encumbró los tejanos («no ha habido mejor invento después de la góndola»).

Si el mito de la directora de revista de moda —femenina, como se las denomina hoy para convertirlas en contenedores más amplios— sigue extendiendo sus plumas de colores, su malditismo y sus filias y fobias, si Anna Wintour o Glenda Bailey poseen esa aura, es gracias a Diana Vreeland. Su madre le recordaba a diario que era «una pena que tengas una hermana tan guapa y que tú seas, en cambio, tan extremadamente fea», pero ella fue capaz de convertir su nariz y su frente sobredimensionadas en un signo de estilo que decoraba con las joyas lacadas de Tiffany. Con su personalidad despótica y subyugadora y con tanto ojo como gusto por el exceso, definió el estilo como la única contraseña en un mundo estandarizado y grosero: «Te ayuda a bajar las escaleras».

En *Al galope*, un monólogo tan brillante y corrosivo que interpretó Carme Elías en el papel de Diana, la escena tiene lugar en un salón de terciopelo rojo («Me gusta imaginar que estoy en un jardín en el infierno», explicaba). Le encargan grandes exposiciones en el Metropolitan pero ella, adicta al cuché y al glamur, sigue empeñada en crear una nueva revista. Con el cigarro sempiternamente calzado en una boquilla, probablemente atesoremos en la memoria colectiva la imagen de una mujer que traía en su gesto la tormenta perfecta: desparpajo, desafío manifiesto y una ironía que nos convierte en cómplices, porque no podemos sustraernos de rendirle tributo. El «pájaro

exótico fuera de la selva con perfil de Tucán», como la había retratado lacónica y agudamente su amigo Truman Capote, supo hacer de una singularidad excéntrica su bastión inexpugnable, probablemente inspirada por personalidades tan irreductibles como la suya: Maria Callas o Barbra Streisand. Diana Vreeland no tomaba para sí las limitaciones de los demás, aunque estas estuvieran concertadas desde ese lugar poco precisable que llamamos «social». Ante la pregunta de si era verdad que Charles Lindbergh había sobrevolado su casa en Connecticut, «Mrs. Vreeland, ¿es verdad o ficción?», su respuesta fue: «*It's fiction*», estableciendo así una nueva síntesis imposible que pondría de cabeza a más de un especialista en ficción literaria.

Su nombre también ha resucitado, ¡más de treinta años después de muerta!, en forma de ocho misteriosas fragancias de la mano de su nieto Alexander. «Uno solo puede pensar en siete u ocho mujeres realmente originales. En Estados Unidos hemos tenido muy pocas. Emily Dickinson fue una. Pero Mrs. Vreeland es una mujer extraordinariamente original. Ha contribuido más que nadie al gusto de las mujeres americanas en la forma en que visten, se mueven y piensan. Es un genio. Pero la clase de genio que muy poca gente reconocerá.» La última frase demuestra que Truman Capote también podía equivocarse.



8. Nico

Sobrevivir sobre ruinas

No se ha repetido una voz como la suya. Glacial. Lineal. «Un ordenador IBM con el acento de la Garbo», la definía el *Popism* de Warhol. «Ahí estaba su grave y diáfano contralto, sin rastros de vibrato, perfectamente ajustado en el tono. Era una profesional de los pies a la cabeza», en palabras de su biógrafo Richard Witts, quien asistió atónito a una actuación en la BBC donde todos los demás invitados recurrían al *playback* menos ella: la yonqui, la punki, la mentirosa compulsiva, la Miss Pop 1966, la Dietrich de la Velvet Underground: Nico.

Cómo nos fascinaba en los ochenta cuando cantó en Madrid, un año antes de morir, probablemente colocada pero capaz de mantener el efecto hipnótico de su voz. Como buenos veinteañeros, permanecíamos ajenos a sus pies descalzos y a su retorcida maternidad: cuando a su hijo Ari, nacido de una relación con Alain Delon, le dolían los dientes, ella le pasaba un dedo untado

de heroína. Años más tarde, él confesó: «Mi madre me ayudaba a pincharme heroína y compartíamos las agujas». Lo aberrante se había naturalizado. A Nico le gustaba decir que era una superviviente: convivió con el caballo hasta los cuarenta y nueve años, a diferencia de sus amantes Jim Morrison o Brian Jones. Fue una compositora que trabajaba con el lirismo, singularísima, pero en vida se la trató como a una yonqui que se había tirado a una buena pandilla de estrellas. También fue un icono para la moda: «Sencillo significa elegante y dramático, que son buenos cimientos», dijo en una entrevista.

De forma periódica, se escuchan sus canciones míticas en la pasarela o en la publicidad, como *Sunday morning*. La traía un anuncio de H&M, con una parejita entre folk y rock, versionada con azúcar y resucitando aquel *flower power* que ella trataba con sarcasmo. Nada que ver con la heladora profundidad de Nico. Se cumplieron ese mismo año treinta de su último disco de estudio, *Camera obscura*, justo cuando intentaba alzar el vuelo después de una época donde quiso dejar de ser Nico para tomar el alma de Christa Päffgen, aquella niña bastarda y huérfana, demasiado alta y demasiado rubia para pasar desapercibida por la vida hasta que se convirtió en un cesto de luces y sombras, de sublimación y calamidad. También de frivolidad de una bohemia que causaría estragos. Nico se erigió en una contradicción permanente, compleja hasta en sus propias mentiras, que acababa creyéndose. Esa belleza vikinga y un sorprendente desparpajo de veinteañera, una mezcla entre Brigitte Bardot y Kate Moss, le valió las portadas de *Harper's Bazaar* o *Vogue*. Pero ella necesitaba más, la excitación permanente, el viaje mental. De la mano de Fellini, siempre dispuesto a celebrar la belleza femenina, hizo un cameo en la mítica *La dolce vita*, en donde Marcello Mastroianni la invitaba a entrar invocando su nombre y a recrearse en su propio papel. Y a mitad de los sesenta empezó a cantar persiguiendo el recuerdo de los discos de Zarah Leander que le ponía su madre.

El último año de la vida de Christa Päffgen fue la base que alimentó el biopic *Nico 1988*, escrito y dirigido por Susanna Nicchiarelli, y presentado en la Mostra de Venecia de 2017. Su figura poliédrica y poblada de claroscuros se descompone en una Nico (*Andy Warhol's original factory girl*, musa de Lou Reed, icono de los sesenta, según reza la retahíla de cartas de presentación de la biografiada) acerca de cuyo nacimiento se entretajan más discordias que

certezas. Que si Berlín, que si Budapest, que si 1938, que si 1942. La fecha que a nadie le baila es la de una pequeña que tuvo que haber vivenciado los horrores de una guerra que aún hoy nos revuelve, y que, como corolario, hubo de pasar infancia y adolescencia entre ruinas y cartillas de racionamiento incontestables. Si la contradicción fue el andamiaje vital sobre el que Nico trazó su ruta, quizá debamos volver la mirada hacia ese mundo roto, que exigía un blindaje glacial y mudo como condición de supervivencia. Y por qué no, una herida que no cesó como marca personal irreparable: «He estado en lo más alto. He estado en lo más bajo. Y los dos sitios están vacíos».

Su muerte en Ibiza cayó igual que un blues entre trágico y absurdo: se despeñó cuando bajaba en bicicleta al pueblo para comprar marihuana. Antes de salir de casa se arrolló el pañuelo a la cabeza, muy cuidadosamente, según contó su hijo. No la volvería a ver. Un taxista la encontró medio muerta en Ses Figueretes. Intentó que la salvaran en cuatro hospitales, pero en tres fue rechazada por extranjera y por colgada. En el cuarto una enfermera le diagnosticó una insolación. Murió de hemorragia cerebral tras una larga agonía. Sus amigos le dijeron al biógrafo que la moraleja de la vida de Nico era «no te pongas enfermo en España». No fue un final romántico para quien cantaba: «Las encantadoras huellas plateadas emborronan mis páginas en blanco». Pero permanece su voz existencialista como un cubo de hielo y nailon.



9. Patricia Highsmith

Voracidad perversa

En otoño de 1987, el mismo año en que Patricia Highsmith visitó Lleida, *The New York Times* le encargó un reportaje sobre el cementerio de Green-Wood, en Brooklyn (Nueva York). Construido en 1830, había sido el parque más grande de la ciudad antes de Central Park, un paraje nostálgico y señorial con umbríos jardines que se llenaban los días de fiesta, a pesar de que alojara los huesos de más de medio millón de huéspedes, algunos ilustres como los de Basquiat o Bernstein. Ella se entregó a la tarea acompañada de una joven redactora que le puso al lado el periódico, Phyllis Nagy, que, con el tiempo, firmaría el guion de *Carol*, la adaptación de la novela homónima de Highsmith, filmada por Todd Haynes y protagonizada por Cate Blanchett y Rooney Mara. En aquel reportaje, que nunca se publicó, la autora de *El diario de Edith* —una de sus novelas más sutiles— abordó el paseo entre tumbas y mausoleos con una pluma macabra. «Escuchando a los muertos que hablan», lo

subtitulaba. En un momento incluso se empeña en acercarse al horno crematorio y mete la mano en él: «Está todavía caliente —le dice a su acompañante—. Casi puede oírse cómo los huesos crepitan dentro».

Acaso pensaba en su propia muerte. Pero también en la sed de eternidad. Porque aquella texana iracunda que se vengaba de quien osaba toserle en sus novelas, que abandonaba a una amante tras otra, según su biógrafa Joan Schenkar, con perversión y mala baba, empezaba a ser un cuerpo frágil con un puñado de células al revés.

Aquel día de abril de 1987 en Lleida encendía y apagaba cigarrillos ante los periodistas que la entrevistábamos. Por testarudeces del destino, daba una conferencia en el Institut d'Estudis Ilerdencs de la mano de Miquel Pueyo, y en aquella ciudad aún muy embarazada de periferia se hallaba la más célebre autora de novela negra que había aceptado la invitación por el cariño que le tenía a su editor, Jorge Herralde, y por el deseo de beber cerveza San Miguel. Herralde, con una rapidez de reflejos de las que explican aquel apelativo de «rey Midas», había publicado dos de sus libros a principios de los ochenta, en la recién estrenada colección de Anagrama Panorama de Narrativas. «Eran los títulos de [...] una colección de altísima literatura pero de autores aún poco o nada conocidos en España.» El éxito fue inmediato.

Tom Ripley nos paralizó de fascinación *ipso facto*. Daba igual que matara a plena luz del día, se enmascarara en la identidad de su víctima, o se revolviere en la tierra de una tumba a cielo abierto en una pelea desigual, para la víctima, claro está, porque quien secretamente queríamos que saliera indemne era justamente el malo malísimo, el eternamente impune —sonrisa y cigarro en los labios— Ripley. Herralde desnuda nuestro secreto: «Su amoralidad [la de Tom Ripley] no impide la empatía total con el lector». Acaso la Highsmith tuvo el enorme talento de arrojarnos en una de las zonas de nuestra propia sombra, aquella en donde somos capaces de sentir empatía «total» por el hombre equivocado con tal de dejarnos arrastrar por la historia que nos está embobando.

Mucho podría ahondarse acerca de esa maldad atribuida a la autora. En *El derecho al mal*, Amelia Valcárcel se plantea que, a pesar de que la maldad no sea un fin deseable, lo cierto es que a las mujeres se las ha conceptualizado de tal manera que parezca que no pueden ser malas, y si lo son, se las

criminaliza mucho más de un modo casi antinatura respecto a los hombres malos. Así, Valcárcel denuncia que las mujeres también pueden llegar a ejercer la maldad, puesto que esta es una condición del ser humano y negársela significa a la vez negarles la condición de humanas, como si se tratara de un modo de despersonalizarlas.

Así pues, aquella tarde de abril de 1987, Patricia se dejó alojar en el Condes y pasear por la ciudad con tejanos y mirada torva. En verdad, solo recuerdo dos cosas: que, a pesar de la fama que tenía de huraña y perversa, una fiera capaz de marcar para siempre a una principianta, no me humilló durante la entrevista, concisa y capaz de arrastrar su hastío vital hasta el final de las repuestas. Y que le gustaba la cerveza.

Sergio Vila-Sanjuán, que firmaba la crónica de aquel encuentro, se refiere a ella como «una mujer algo amedrentadora» y «una inquietante dama solitaria». La escritora le confiesa: «He sido profundamente infeliz», y añade que nunca pensó en el suicidio, a diferencia de sus personajes. Alguien que declaraba con la frente bien alta que «lo mórbido, lo cruel, lo anormal me fascina» imponía respeto.

Se cuenta que su madre quiso abortar ingiriendo aguarrás. Nunca pudo soportar aquel pasado. Respondió a la falta de afecto con talento, una prolija escritura y mucha obra publicada, entre las que se encuentran ejemplos tan soberbios como *Pequeños cuentos misóginos* o *El diario de Edith*.

Highsmith entendió en aquel cementerio de Brooklyn, aquel año 1987, la importancia de la plástica del final:

«Irse con estilo, con tanta dignidad y elegancia como sea posible», escribió. Moriría ocho años después. A los veinte años de su muerte Anagrama reeditó buena parte de su obra. Un aniversario que coincidió con su regreso a la gran pantalla con *Carol*, su segunda novela, publicada en 1952 como *El precio de la sal*, y firmada con pseudónimo: Claire Morgan. Fue un hito literario y comercial, y no tanto por el lesbianismo de sus protagonistas, sino porque al fin una relación entre dos mujeres se narraba con esperanza y felicidad. Patricia Highsmith tardaría treinta años en ver su nombre en la portada de la retitulada *Carol*. La amargura que revistió su vida no empequeñece su obra. Fue una mujer que encontró la paz rodeada de gatos, bebiendo vodka y escribiendo.



10. Charlotte Brontë

La pluma victoriana

Escribió una obra maestra recién estrenada la treintena, y la firmó con pseudónimo porque en tiempos de Charlotte Brontë a las mujeres se les suponía una cabeza de chorlito. Se inventó una realidad paralela, tan literaria como cinematográfica, tan morbosa como hechizante. A los nueve años asistió a la muerte por tuberculosis de sus hermanas mayores, Maria y Elizabeth; y entre septiembre de 1848 y mayo de 1849 perdió en cadena al resto: Branwell, Emily y Anne. «Rezo para que ni tú ni nadie a quien quiero se encuentre nunca en mi lugar: sentada sola en la habitación de una casa silenciosa, con el reloj haciendo tictac. Y, en la mente, el recuento del último año, con sus sacudidas y pérdidas. Es un sufrimiento», le escribía poco después a una amiga. Se casó con treinta y nueve años, y en contra de lo previsto, después de una vida que

fue sumando internados, residencias, amores no correspondidos y complejos físicos, fue feliz. Murió nueve meses después de la boda, embarazada, y también de tuberculosis.

Hace más de ciento sesenta años de ello, pero los enigmas de la vida y la personalidad de la última superviviente de aquella familia de seis talentosos hermanos, huérfanos de madre, que siguieron al padre clérigo a un pueblo en medio de los páramos de Yorkshire, un paisaje castigado por el viento y apelmazado por la bruma, siguen interesándonos, acaso porque sus destinos trágicos parecen calcados a sus novelas góticas. Alguna duplicidad interna y descabalgada hubo de transitar la brillante Charlotte para trazar de manera tan incontestable la profunda dolencia de aquella inolvidable Bertha Mason, una loca del ático fundacional, que habría de reavivar como una herida abierta Jean Rhys en su magistral *Ancho mar de los Sargazos*, publicado en los ochenta del siglo pasado.

En la prensa británica, leí hace unos años un hecho curioso: «La Sociedad Brontë está sumida en el caos después de que Bonnie Greer, su ya expresidenta, utilizara uno de sus zapatos Jimmy Choo como martillo para tratar de poner orden entre sus miembros. Después llamó a algunos de ellos “estúpidos malévolos”». El hilo del tiempo es indestructible, y aún hoy se invoca el nombre de Charlotte en Haworth rozando la locura, e incluso se identifica por fin su rostro. Expertos británicos autentificaron un dibujo realizado por ella como un autorretrato. En poco más de cuatro centímetros, muestra, al carboncillo, una mujer de ojos grandes, boca perfilada y pelo recogido. Una dama victoriana. Su parecido con el retrato canónico realizado por George Richmond, que cuelga en la National Portrait Gallery de Londres, ha permitido concluir que se trata de ella: con una mano útil bajo la barbilla, esquiiva y delicada como a menudo nos la han descrito.

Es uno de los atractivos de la biografía *Charlotte Brontë. A Life*, de Claire Harman. La vida de Brontë es tan literaria como su obra. El libro revisa el mito más de veinte años después de dos libros canónicos sobre la autora, y tras la publicación de sus valiosas cartas, que disecciona: cómo sus alumnos le lanzaban piedras o cómo llegó a aterrarle el peso de la celebridad después de *Jane Eyre*. También escribe del amor mal entendido por su profesor belga, que le hacía supurar hiel y personajes perversos, y que

testimonian cuatro cartas que llegaron hasta nosotros. La escritora las despachaba religiosa y regladamente a nombre de Constantin, su amado, para que, como si se tratase de una ficción enrevesada, las recibiera su esposa Zöe. La mujer le impuso un límite de no más de una carta cada seis meses, y ya sabemos lo que sucede con las prohibiciones. La imposición no hizo más que encenderla, con lo que las cartas son el testigo mudo de la devastación que le produjo la lucha por una resignación que se le negaba. En ellas llega a admitir que se hubiera conformado con migajas.

¿Por qué, a medida que se va haciendo adulta, Charlotte se refugia por completo en la soledad de su imaginación, alejándose del mundo exterior y dimitiendo de la vida social? La investigación de Harman, profesora en Oxford y Manchester, incide en que la primera parte de la vida de Charlotte se lee como la historia de una Cenicienta literaria, condenada por su padre y afeada por su editor, George Smith, que le repetía su carencia de encanto femenino. Suscrita al drama y encadenada al desdén que solo combatió con tinta mientras escuchaba el tictac del reloj, las historias acerca de su vida son una continuación de su obra literaria. Y de su imperecedera creatividad que no deja de deparar sorpresas, como el hallazgo, el pasado año, de un relato y un poema inéditos dentro de un libro que le perteneciera y que fue de sus pocas cosas salvadas de un naufragio en la costa de Devonshire, allá por 1812. Estaban firmados, como no podía ser de otra forma, con su *nom de plume* masculino favorito: Lord Charles Wellesey. ¿Quién dice encanto femenino?



11. Maruja Mallo

Marúnica no pintaba «como una mujer»

Qué delicia pasear por los jardines de la Residencia de Estudiantes, entrar en su biblioteca o atisbar las habitaciones con los muebles estilo Bauhaus diseñados ex profeso. Sigue conservando su atmósfera sagrada y exquisita, la que actuó de bisagra con Europa, internacionalizó el talento y permitió que el arte, la literatura o el pensamiento gozaran de libertad y palpito.

En el centenario de la Residencia de Señoritas, en 2015, se realizó la exposición *Mujeres en vanguardia* para conmemorar que había transcurrido un siglo desde que María de Maeztu dirigiera el primer centro oficial creado en España para fomentar la educación superior de la mujer. La muestra recogió los testimonios de mujeres excepcionales, valientes, ingeniosas, libres: de Zenobia Camprubí a Victoria Kent, Josefina Carabias, María Goyri o María Zambrano. Gracias a la cesión de obra y archivos por parte de familiares y coleccionistas, se pudieron exhibir piezas que no se veían en

público desde hacía más de cuarenta años. Y entre todas ellas, destacaba el genio de una mujer dominada por el mito romántico del arte, una fuera de serie: Maruja Mallo. De ella se decía que «no pintaba como si fuera mujer», y Antonio Espina la presentó en *La Gaceta Literaria* como «una nueva pintor». Gracias al apoyo de Ortega y Gasset, Mallo pudo exponer en los salones de la *Revista de Occidente*. La crítica la bendijo exaltando su genialidad: «Primero tiene talento y después pinta».

Volvemos a lo de siempre, ¿por qué el eco de Maruja Mallo es un susurro en la historia a pesar de su talento arrollador, iconoclasta y visionario, que le valió el reconocimiento y la amistad de los grandes: Gómez de la Serna, Buñuel y Dalí, André Breton o, años después, Andy Warhol? Surrealista de la primera hora, provocadora y disparatada, de joven festejó con Alberti —con quien tuvo una relación sentimental intermitente—, y su imaginación, gracia y sensualidad fueron bendecidas por García Lorca. Y, en cambio, está muy lejos de figurar en la orla de los grandes nombres del arte contemporáneo, siendo con todos los honores y derechos el suyo uno de ellos.

Maruja Mallo fue profesora en la Residencia de Señoritas, al tiempo que avanzaba en su arte arriesgado, fuera con su *Antro de fósiles*, su serie *Verbenas* o sus retratos contundentes que bebían de las vanguardias y anticipaban el pop. Gracias a un padre culto y afrancesado salió del pueblo de Lugo y de una familia numerosa donde nunca se sintió postergada por ser mujer, decidida a estudiar en la Academia de San Fernando, y después —gracias a una beca— a aprender a pintar en París. Los gemelos Loeb, marchantes de Chagall, Dufy, Arp, Kandinski o Balthus, le organizaron una exposición. Y el mismísimo André Breton le compró un cuadro: *Espantapájaros*. Cuando el gran marchante Paul Rosenberg quiso que firmara un contrato con él, ella decidió regresar a Madrid, con la esperanza de que prosperara la República. Pero la traición cainita la acabó abortando. Muchos aseguran que si Mallo se hubiera quedado en las terrazas de los cafés de Montmartre hoy sería una artista universal. Nunca se casó, a pesar de sus amoríos; se sentía libre desde la raíz del pelo hasta la punta de los pies. Cuando recorría Madrid con su amiga Concha Méndez, igual que dos *flâneuses*, pegaban la cara a los cristales de las tabernas como manera de protestar porque las mujeres no podían entrar en ellas.

Mallo es una de las exponentes de las llamadas Sin sombrero, una serie de artistas, poetas, pintoras, escultoras, novelistas y pensadoras que se correspondieron con el tiempo de los hombres de la Generación del 27 y quedaron relegadas al silencio y al olvido pero que ahora están siendo reivindicadas como grupo casi propio. Entre ellas, además de Concha Méndez y María Zambrano, se incluye a Rosa Chacel y María Teresa León. El nombre de *sinsombreristas* se le atribuye a la propia Mallo —experta en crear polémica con sus pequeños actos transgresores de denuncia, a modo de *performance* cotidiana, ante lo que creía injusto— quien junto a su compañera Margarita Manso decidió cruzar la Puerta del Sol sin llevar el sombrero puesto, provocando una violenta reacción de los viandantes que llegaron a calificarlas de prostitutas.

Con la guerra civil se exilió a Buenos Aires, gracias a la ayuda de quien ella siempre apodó «arcangélica Gabriela Mistral», por entonces cónsul de Chile en Portugal. Y con la invitación para dar una serie de charlas que se titularon «Proceso histórico de la forma en las artes plásticas». Así empezó su exilio, donde fue acogida sin reserva alguna por la inagotable Victoria Ocampo. La mayor de las hermanas Ocampo, fundadora de la mítica revista *Sur*, la colocaría en el centro neurálgico de la alta actividad intelectual rioplatense, al lado, cómo no, del ultraísta Jorge Luis Borges, su hermana Silvina o Bioy Casares. Fueron años de actividad febril, recompensada por la internacionalización de sus exposiciones.

Su imaginario se dejó asediar por el poderoso sincretismo americano, y es que: «Toda la belleza del mundo cabe dentro del ojo» de Maruja, o así lo había expresado Federico García Lorca. En Nueva York, el trato de igual a igual lo trabaría nada menos que con Andy Warhol. Y, como sostiene Inmaculada de la Fuente en *Mujeres de la posguerra* (2017), se le reprocharía más tarde que viviera esos años intensamente. Como si hubiera una ética de la vivencia para una herida que todavía hoy no acaba de cerrarse. Maruja se rehusó en redondo a ser el fantasma del deseo de nadie, no por nada se había rebautizado Marúnica.

Regresaría a su Madrid en 1965, casi de puntillas. La fueron recuperando a sorbos hasta su muerte, a los noventa y tres años. En los años ochenta la Movida la adoró en sus tronos exóticos. La suya fue una rebelión plácida y

excepcional.



12. Natalia Ginzburg

La depuradora del lenguaje

La voz de Natalia Ginzburg sigue regresando no solo a los catálogos editoriales, que reeditan una y otra vez sus títulos fundamentales: su autobiografía *Léxico familiar*, *Todos nuestros ayeres*, la versión ficcionada, y *Las tareas de casa y otros ensayos*, sino a la memoria que dejó tejida con fortaleza y seda. Fue una intelectual que nunca se dio importancia, capaz de transformar ideas procedentes del desorden del mundo en razonamientos luminosos nunca afectados ni petulantes.

Testigo de excepción del auge del fascismo y la Segunda Guerra Mundial, mamó la política ya de bien joven, cuando su padre, anatomista de profesión, tronaba contra los conocidos que se habían rendido a Mussolini: «¡Bellacos!», vociferaba el doctor Levi, resoplando sin pudor alguno.

El pulso literario de Ginzburg se apropió de una claridad refulgente. «La memoria es débil, y los libros que se basan en la realidad son con frecuencia pequeños atisbos y fragmentos de cuanto vivimos y oímos», escribe en el prólogo de *Léxico familiar*, donde rehace el mundo del que procedía y que conformó: de las palurdeces que describía su padre, genio y figura, tan severo como refinado, que instruyó a sus hijos en la lectura, la naturaleza y la decencia moral, al frío que tan profundamente sentía su madre al trasladarse de Palermo a Turín. «Mi padre apreciaba y admiraba el socialismo, Inglaterra, las novelas de Zola, la fundación Rockefeller, la montaña y los guías del valle de Aosta. Mi madre amaba el socialismo, la poesía de Paul Verlaine y la música, sobre todo *Lohengrin* que nos solía cantar cada noche después de cenar.»

Educada en casa por tutores y maestros particulares, pues su padre estaba convencido de que en las escuelas podía contraer microbios, Ginzburg desarrolló en cambio, tempranamente, la bacteria que germinaría en el síndrome melancólico que su madre denomina «sentimiento hebraico» de la escritura, alimentada por las lecturas a escondidas —a pesar de la educación en valores y libros, ni su padre ni su madre la dejaban leer determinadas obras— de Proust o Colette. Su literatura trata de las pequeñas cosas, de los asuntos familiares, y sin embargo no puede estar más lejos de la pequeñez literaria. Ella se despoja de adornos para llegar a la médula de forma diáfana, sopesando melancolía y esperanza. Como los grandes, no solo ve aquello que los demás no vemos, sino que logra mostrárnoslo. En parte porque disecciona la tristeza —no es extraño, experiencias vitales como dos hermanos muertos por su militancia antifascista y un marido torturado hasta morir hicieron saltar por los aires su mundo—, un tema con el que pocos (escritores y lectores) se atreven.

Su vida, tanto literaria como política, fue de primera magnitud. Codo con codo con sus compañeras Elsa Morante y Dacia Maraini confraternizó con los Cesare Pavese, Italo Calvino, Carlo Levi o Alberto Moravia; la mítica editorial Einaudi le abrió sus puertas; ganó los premios más prestigiosos del país y tradujo a Flaubert, Maupassant o su querido Proust. No es difícil reconocerla bajo la máscara de María de Betania en la versión de *El Evangelio según San Mateo* que Pier Paolo Pasolini firmaría en 1964. La

sonrisa cómplice con que Natalia domina la escena asiste a las palabras de un Jesús que sentencia que María será evocada en la memoria de los otros. Ginzburg invirtió el signo, acaso fue anatomista de su propia memoria y con ello del tiempo revulsivo que le tocó vivir, arrojándola repetidamente al centro de la escena. Ella no rehuyó el desafío; antes al contrario, le puso el cuerpo a la encrucijada de su tiempo, y diseccionó un universo tan íntimo para ella como para quien la lee. Una equilibrista ascética y aguda que disecciona el lenguaje desde el lenguaje mismo, contraviniendo amable e inteligentemente el mandato de silencio que se le impuso en la mesa familiar cuando niña.

En 1983 fue elegida parlamentaria por el Partido Comunista italiano y dedicó sus últimos años a la política activa. Sus intervenciones en torno a la legislación contra la violencia sexual fueron tan certeras como recordadas.

Sus ensayos están tamizados por esa luz modesta y a la vez valiente que siempre la acompañó: «No llegaremos a ser ni sabios ni serenos, además, nunca hemos amado la sabiduría ni la serenidad, en cambio siempre hemos amado la sed y la fiebre, las búsquedas inquietas y los errores». Ahora y siempre, su aliento vivificador impulsa una poética realista que nos invita a vivir sin anestesia, con nervio.



13. Mary Shelley

Horror sin venganza

La meteorología fue particularmente adversa en Ginebra aquel 1816, el llamado año sin verano, debido a la masiva erupción del volcán Tambora. Llovía sin parar y los días parecían noches de enero. Un grupo de jóvenes románticos aficionados a los cementerios y a la vida en fuga se reunía en la casa que uno de ellos, lord Byron, había alquilado a orillas del lago Lemán, Villa Diodati. «Cada uno de nosotros escribirá una historia de terror, propuso, y su propuesta fue aceptada. Éramos cuatro.»

Así lo resume Mary Shelley en la introducción a la edición de 1831 de su célebre obra surgida de dicho reto, un texto que conmueve por su hondura. Se lee como si hubiera sido escrito ayer, tocado por una belleza estoica, el dolor que pudo enfriar a una mujer de treinta años que a los veinticinco ya había

perdido a su amado, el poeta Percy B. Shelley y a varios de sus hijos, y había escrito una de las obras cumbres de la literatura: *Frankenstein o el moderno Prometeo*.

Nunca conoció a su madre, Mary Wollstonecraft —autora de *Vindicación de los derechos de la mujer* y una de las precursoras en la historia del movimiento feminista—, que murió tras el parto porque el médico no se lavó las manos al acabar de extraerle la placenta. Su padre fue el anarquista William Godwin, quien, ahogado de dolor, llevaba a su hija al cementerio de St. Pancras a visitar la lápida de su esposa. Mary aprendió a leer sobre tumbas. Cinco años después, Godwin se casó de nuevo y Mary se convirtió en una especie de cenicienta, aunque destinada, según su padre, a grandes empresas. «Fui amamantada y criada con amor para la gloria. Ser algo grande era el precepto dado por mi padre; Shelley lo reiterará... Pero Shelley murió y yo me quedé sola», escribió en su diario.

Hubo padecimientos ocultos, su unión con solo dieciséis años con Percy fue tormentosa, obligada a mantener una relación abierta que la disgustaba. De hecho Percy llegó a acostarse con su hermanastra.

Tras aquella noche suiza, la precoz adulta de dieciocho años daría forma a la idea de un monstruo desgraciado en una profunda novela filosófica acerca de los límites de la ciencia y el progreso y la humana obsesión por el poder. Doscientos años después, sigue planteando un problema de absoluta actualidad. Y para terminar de convertirla en mítica, los espantos conjugados durante aquellas noches de tormenta devinieron en maldición. Borges escribió que «algo, que ciertamente no se nombra con la palabra azar, rige estas cosas». Polidori se envenenaría con ácido prúsico, Shelley se ahogaría tras el naufragio de su *Ariel* sin llegar a cumplir los treinta y Byron no entraría en combate por la independencia de su amada Grecia, ya que falleció en Mesolongi dos años más tarde. El resto es historia.

Frankenstein es una obra que permite lecturas poliédricas. Por un lado, es la crónica de un tiempo donde la noche estaba llena de profanadores de tumbas y científicos hambrientos, pero también es una novela sobre la creación y la procreación: «¿Quién era yo, qué era? ¿De dónde venía? ¿Hacia dónde iba? Eran preguntas que se me planteaban continuamente, pero que era incapaz de responder», se preguntaba Frankenstein, pero bien podía parecer la

voz de su autora, señalaba Elizabeth Russell en el prólogo de una vieja edición en catalán, traducida por Maria Antònia Oliver (Llibres de l'Eixample).

Mary, al igual que su gloriosa e indomable criatura, aquella que se le escapa al doctor Víctor Frankenstein en un Ártico hasta entonces insondable y sublime, pervive en la evocación constante de una historia que nadie duda en tratar de auténtico mito moderno. No tenemos más que repasar la lista de las películas que lo han tomado como motivo central; parece no haber año en que no se estrene una nueva versión de la novela. Pero la descomunal autora aún hoy sigue siendo invisibilizada, deglutida por la popularidad de su personaje.

En una colección de novelas clásicas editada en 2018 por Penguin, el nombre del autor y el de la obra aparecían en el lomo en distinta tipografía. En la novela de Shelley (la única mujer editada) lo habían cambiado y aparecía Frankenstein como si fuera el autor y, en segundo plano, Mary Shelley.

En *Frankenstein* nos interroga desde resurgimientos acerca de nuestros propios límites y arroja preguntas que se hunden en la noche de los tiempos, y que nos asedian inexorablemente. La génesis del mito hunde sus raíces en el propio correlato biográfico tramado de pérdidas, cementerios y destinos trágicos. Casi podría unirse en un coro con la argentina Alejandra Pizarnik, autora de las líneas que vertió en *Extracción de la piedra de locura*: «Yo restauro, yo reconstruyo, yo ando así de rodeada de muerte».

En Suiza se celebró por todo lo alto el bicentenario de la obra. Incluso los actuales dueños de Villa Diodati —que alberga hoy la Fundación Martin Bodmer— la abrieron con motivo de una exposición sobre *Frankenstein* y su autora. Nunca volvió a casarse, decía que el nombre de Mary Shelley debía figurar en su tumba. Y siempre declaró el afecto que sentía por su creación, «ya que fue el resultado de unos días felices cuando la muerte, el dolor eran nada más que palabras». Cuentan que vivió con el corazón de su marido envuelto en la página de uno de sus poemas, *Adonais*. Los recuerdos tejieron su identidad.



14. Simone de Beauvoir

La hermana del feminismo

Vivió en eterno combate —ella misma se autodenominó «castor de guerra»—, luchando por su felicidad y su libertad: «Lo único real es la vida, puesto que la muerte no se piensa». Ya se han cumplido más de treinta años de su desaparición, un 14 de abril de 1986, en la casa que habitara desde la muerte de Jean-Paul Sartre: el 11 bis de la calle Victor-Schoelcher en Montparnasse. Aquel año, España ingresaba en la Comunidad Económica Europea, los enfrentamientos raciales en la Sudáfrica del *apartheid* estaban a la orden del día y al presidente Reagan le iba a estallar el Irangate. La «hermana mayor» del feminismo tenía ochenta y dos años, y una neumonía se llevaba con ella a una de las pensadoras más sólidas y genuinas del siglo XX.

Simone de Beauvoir fue acusada de frialdad intelectual y de promiscuidad bisexual. De plegarse a las veleidades libertinas de su eterno amante, Jean-Paul Sartre, a pesar de su amor incondicional, libre y por encima

de todo intelectual. Tuvo éxito en la vida, fue influyente, escribió una nueva biblia del feminismo, *El segundo sexo*, que continúa siendo el gran libro acerca de la emancipación de las mujeres. No obstante, se mostró severa, nada autocomplaciente, y en su obra dominó una visión pesimista de las astucias femeninas. Quería que todas las mujeres fueran como ella, hasta el autorreproche final de haber sido demasiado crítica: «No he sido suficientemente sensible a los obstáculos con los que ellas tropezaban, he considerado globalmente a las mujeres incapaces de dar muestras de independencia».

De Beauvoir tenía clarísimo que «el problema de la mujer siempre ha sido un problema de hombres», y con los suyos supo resolverlo —y dar ejemplo—. Pero para ello es imprescindible tener claro que la mujer debe «no amar con su debilidad sino con su fuerza, no escapar de sí misma sino encontrarse, no humillarse sino afirmarse». Ese día, escribe, «el amor será para ella, como para el hombre, fuente de vida y no un peligro mortal». De ahí su célebre (y magnífica) frase que afirma que «no se nace mujer: llega una a serlo». De Beauvoir y Sartre estrenaron el *living apart together*. Se trataban de usted y se amaron toda la vida. En *Cartas al Castor*, él se despide así: «La amo, la beso con toda la fuerza y ternura posible, pequeño gran encanto. Beso por todas partes su carita y sus mejillitas». Uno de los puntos centrales de su «monta tanto, tanto monta» vital intelectual-literario, un verdadero mito de nuestro tiempo, está en su radical igualdad. Se quisieron, pero los dos tuvieron relaciones paralelas, ambos escribieron, publicaron, vendieron miles de ejemplares de sus obras y se hicieron célebres; crearon opinión hablando de la lucha de clases o el colonialismo, y ninguno estuvo nunca por encima del otro, algo verdaderamente inusual, en la vida y en las letras. Pero su pacto tuvo aristas. Ella sintió más de una vez celos de sus amantes, en especial cuando se enamoró de Dolores Vanetti en Nueva York. «Sufrir no es una debilidad, es el precio que hay que pagar por tener garantizada la libertad para uno mismo y el otro.»

Recientemente, salió a la luz su correspondencia con el cineasta Claude Lanzmann, diecisiete años más joven que ella y ayudante de Sartre. En ellas confesaba no sentir atracción sexual por Sartre, incluso que creía que a su

edad —¡también Simone se baja el valor a causa del paso del tiempo!— había perdido el atractivo. Pero recuperó la confianza y la libido a través de Lanzmann.

Hoy, en plena cuarta ola del feminismo, casi podríamos decir que no volvemos la mirada hacia De Beauvoir, porque, en rigor, nunca la hemos apartado de ella. Da igual si para suscribirla por todo concepto, o para diseccionarla y tomar una parte. Su figura se descompone en un prisma de mil aristas, en cuyo centro arroja la revisión de convencionalismos y mandatos que nos han colocado históricamente en lugares enajenantes, por impuestos. Simone había examinado su propia historia para saberlo y había encadenado una serie de rebeldías que la colocarían fuera de la «otra», la guionizada. Trazó un camino de salida solvente e hizo aportes que rebasan, con mucho, cualquier etiqueta, cualquier intento de reducirla incluso a nuestras propias limitaciones.

No permitió que nada ni nadie le impidieran salir de todas las tutelas por la puerta grande. Para ello, construyó un pensamiento que nos compele a repetir el gesto.

A las mujeres nos sigue costando ganar premios importantes (de la talla del Goncourt, que ella recibió en 1954 por *Los mandarines*), crear opinión (vendió 20.000 ejemplares de *El segundo sexo* la semana en que llegó a las librerías francesas, y desde entonces lo han leído millones de personas), conseguir la deseada igualdad (que caracterizó su vida y por la que ella tanto luchó). Aunque quizá se equivocara al juzgar, como escribió, que la fuerza que nos construimos las mujeres debe servirnos de refugio. ¿No sería mejor que fuese nuestra credencial para salir del refugio?



15. Dorothy Parker

La excéntrica acidez

¿Por qué Dorothy Parker sigue fascinando a los jóvenes más de cincuenta años después de su muerte? Algunas de sus frases se encuentran en cualquier anaquele de citas célebres: ácidas y perversas, cargadas de autoparodia, tratando de abrir las cortinas políticamente incorrectas del amor, los hombres, la bebida o la política. Parker es un clásico en Twitter y Tumblr y sus cápsulas literarias son viralizadas por la generación pos-Nocilla y el feminismo adolescente. «Tres son las cosas que nunca tendré: envidia, profundidad y suficiente champán.» Su rebeldía autodestructiva no tenía límite: «Me gusta tomarme un Martini. Dos como mucho. Después del tercero estoy debajo de la mesa. Después del cuarto estoy debajo del anfitrión». Tampoco llegó a enderezar su desastrosa relación con el dinero, que tanto despreciaba, pues vivía rodeada de cheques sin cobrar pese a acumular facturas impagadas: «Las dos palabras más importantes del inglés son cheque adjunto».

Cuentista, dramaturga, crítica teatral, humorista, guionista y poeta, su biógrafo John Keats llegó a compararla con Hemingway. Y cuentan que tan obsesionada estuvo con la aprobación del autor de *Por quién doblan las campanas* que, en el lecho de muerte, hizo prometerle a su amiga Lillian Hellman que Hemingway apreciaba su obra y a ella misma. Ambos comparten la maestría en el terreno del relato corto. Edmund Wilson, crítico y albacea literario de Francis Scott Fitzgerald, resumió así su aportación a las letras: «Cuando compras un Dorothy Parker tienes de verdad un libro. No es Emily Brontë o Jane Austen, pero se ha tomado el trabajo de escribir bien y ha puesto una voz en lo que ha escrito, unos momentos de experiencia que nadie más ha transmitido». En 1915, con veintidós años, entró en *Vogue* —cobrando diez dólares a la semana—, pero su ambición era tan grande como su desparpajo y pronto cambiaría de redacción a *Vanity Fair*. Temida y odiada —y finalmente despedida— por sus críticas, se convirtió en una columnista fuera de serie y en una brillante tertuliana. Ella misma fue consciente de que su poesía ligera, o *flapper* —en referencia a las chispeantes y despreocupadas mujeres de su época—, no la haría pasar a la posteridad literaria. Durante toda su vida persiguió una gran novela que no fue capaz de escribir. Y tampoco salvaba su trabajo en Hollywood, donde, en cambio, escribió guiones memorables como la primera versión de *Ha nacido una estrella* o los diálogos de *La loba* (¿quién no recuerda el vestido rojo de Bette Davis en la cinta, a pesar de estar rodada en blanco y negro?).

Con todo, Dorothy, Rothschild de nacimiento, había de desplegar una intensa actividad política a partir de la década de 1930, justo después de erigirse en una de las figuras que se sublevaría públicamente por el escándalo de la ejecución de Sacco y Vanzetti. En un movimiento de envés hacia la pulsión autoeliminadora que la animaba, participó en Hollywood de la llamada «Liga antinazi», adscripción que pagaría más tarde ganándose un cómodo renglón en las listas negras. Viajó a España en 1937 movida por su ideario socialista y su convicción republicana. La derrota no haría más que depararle otro tránsito por el círculo del amargo desencanto que había fraguado en las sombras de sus experiencias vitales y del crudo momento histórico que le tocó vivir. La corrosiva Parker le habló al mundo en el

lenguaje con que él mismo la había forjado. La compulsión por el alcohol no fue más que la réplica privada de un mundo que se estragaba de forma igualmente compulsiva, pero a gran escala.

Pero su belleza y descaro, su lengua viperina y su gusto por la ropa, los perfumes y sombreros caros, sus años en una *suite* del hotel Vólney y su debilidad por la autodestrucción la convirtieron en un personaje que estuvo por encima de su obra. Y es que el verdadero tamaño de Parker se mide por la cantidad de anécdotas y citas memorables que dejó, y no por el lugar que le corresponde en el Olimpo de las letras. Y eso que su excéntrica elegancia y su ingenio ácido siguen dando cuerpo a volúmenes inéditos, como la compilación de sus críticas teatrales *Complete Broadway, 1918-1923*, que vio la luz en 2014. Dorothy Parker tenía un oído acomodado a la conversación banal, de la que extraía oro literario. Según algunos expertos en su obra, buena parte de la amargura que impregnó su vida tiene que ver con su preclaro juicio: la plena conciencia de que la Dorothy Parker personaje eclipsó a la Dorothy Parker escritora.



16. Nina Simone

Una voz de grava y café crema

Montreux 1976. El público enmudece cuando entra a oscuras en el escenario: el pelo corto como siempre, la piel de ébano, los brazos musculados, andrógina, dura, tan visceral como solemne. Hace una larga reverencia. Mira con dramatismo a derecha e izquierda. Domina el silencio. Al fin dice: «Hace años renuncié a participar en festivales de jazz, pero hoy estoy aquí y cantaré para ustedes».

Nina Simone odiaba el término jazz, lo suyo era, en sus propias palabras, música clásica negra. Aquella noche en Montreux los dedos vuelan sobre las teclas del piano, los mismos de aquella niña que a los cuatro años tocaba con tal destreza que dos profesoras blancas decidieron prepararla gratis para ser la primera pianista de concierto negra de Estados Unidos. Pero, a pesar del don, el Instituto de Música Curtis la rechazó por el color de su piel. Corrió a cambiarse de nombre para actuar en los *night clubs* de Atlantic City y durante

varios años se lo escondió a su madre, predicadora: Eunice Kathleen pasó a ser Nina —«niña», como la llamaba un novio que tuvo de joven—. Simone vino por Signoret, a quien adoraba. Todo quedaba bien definido en la nueva identidad de esta mujer brillante y controvertida.

El éxito llegó con su versión de *I love you, Porgy*, y su orgullo afroamericano tendría mucho que ver. De niña le decían que tenía la nariz demasiado grande y la boca demasiado carnosa. Lo subvirtió. Nunca se dejó crecer la melena mientras cantaba su intimidad en directo: de las palizas de su marido y mánager, el policía de Nueva York Andy Stroud, a la soledad oscura cuando todos se iban a casa después del concierto, y, cómo no, la rabia que la doblaba por las injusticias raciales.

Gracias al magnífico documental *¿Qué pasó, miss Simone?*, de Liz Garbus, podemos adentrarnos en la vida del mito, escuchar su voz y las de su entorno. La pianista disciplinada y pulcra que tocaba en la iglesia, la joven soñadora con voz de barítono que nadie definió mejor que ella: «A veces sueño como grava, otras como café crema»; la mujer de sexualidad voraz, rebelde y profundamente cabreada.

Su magnetismo vocal era prodigioso: cambiaba de clave en medio de una canción, introdujo la fuga y el contrapunto en la música popular, apoyada en su desbordado *breathiness* —el uso de un tono jadeante, sofocado, sin aliento—. En un concierto se levanta del piano, se sacude moviendo frenéticamente las caderas y luego vuelve a sentarse. «Quiero agitar al público tan fuerte que, cuando deje el club donde haya actuado, salgan hechos pedazos.»

Combinaba la altanería y el alcohol con una vulnerabilidad de cristal. Los que la conocieron y trabajaron con ella la describen tan distante y mandona como frágil y sensible. Nina, con su dominio impertérrito de la pausa dramática, envuelta en una aquiescencia enigmática y transida como un animal herido que, aun así, exhibe su cicatriz, se dejaba envolver por la espontaneidad de un público a quien declaraba su amor en vivo y en directo, cara a cara, sin ambages, máscaras, ni intermediarios. Un público que era capaz incluso de desarmarla y arrancarle una sonrisa enorme, sostenida y espontánea, por irreverente, por respondón.

«Nina, ¿estás feliz con lo que haces?», le habían preguntado. «Lo que me hace feliz es salir a tocar y que haya personas que sienten lo mismo que yo, saber que las conmuevo. Pero para ser sincera, todo esto me parece una especie de sueño.» Un sueño que, una vez que se apagaban las luces, la devolvía como una exhalación a la lucha contra sus propios demonios, envuelta en el silencio imponente de su corporeidad. Su revolución personal tenía lugar en el territorio que dominaba, porque había sido su única constante, aquel que había hecho suyo a fuerza de pura ocupación: el escenario.

Acerada activista: «Hay que invocar la ira de los dioses negros. Quiero darles la negritud a mi pueblo, devolverles el poder negro». Se suavizó con la edad y la medicación. Pero en ocasiones decía: «¡Qué calor hace aquí...!». «¡Tú, siéntate!», antes de desbocarse con *Don't let me be misunderstood, I ain't got no-I got life* o el *My babe don't care*.

La relanzó internacionalmente un anuncio de Chanel n.º 5 al recuperar su chispeante, sincopado y goloso *Baby just care*. Simone había tirado la toalla varias veces, se había ido a vivir a África, a Liberia, allí, decía, pasó los años más prodigiosos: «Llegué a un mundo con el que había soñado toda mi vida, era perfecto, como un espejismo de mi vida pasada». Pero como seguidora de Luther King —«doctor, yo no soy pacifista», le repetía—, sustituyó los cielos de África por el activismo cada vez más violento. Con sesenta y tres años, fue condenada a pagar una indemnización de miles de dólares a dos adolescentes a los que había disparado con un arma porque «la molestaban» mientras cuidaba su jardín.

Los ataques racistas la soliviantaban, cada vez detestaba más a «las serpientes unidas de América» y acabó recalando en la Europa más ordenada: Suiza, Holanda, el sur de Francia, donde acogieron su talento. Por entonces ya había cruzado el punto de fuga, diagnosticada como bipolar, y las huellas del Trilafon se notaban en la voz y en sus pies cada vez más arrastrados.

«¿Sabes qué es la libertad? —repregunta a un periodista en el documental, sentada en el suelo con una túnica africana—. Es no tener miedo. Ojalá pudiera sentirme así la mitad de mi vida.» Murió a los sesenta y tres años en un balneario en el sur de Francia mientras dormía. Dos días antes, el Instituto Curtis le había entregado un título honorífico, de forma que pudo cumplir su sueño de llegar a ser pianista de concierto, inmaculadamente negra.



17. Carmen Laforet

Un refugio para *Nada*

A finales de los años cincuenta despuntaron unos jóvenes poetas «nostálgicos y étlicos», como describiría Carme Riera al llamado Grupo de Barcelona, que crearon escuela. Uno de ellos, Carlos Barral, recibía a los amigos en su *botiga de pescadors* de Calafell, junto a su mujer, la magnífica Yvonne Hortet. Y lo que allí se alumbró, los innumerables golpes de genio y las vanidades regadas con bourbon, ha quedado debidamente referido en crónicas y fotos de aquella *gauche* al sol, con pitillo, sonrisa burlona y bañador Meyba.

«Estancias sobre la conveniencia de pintar las vigas de azul», se titula uno de los poemas de Barral en el que evoca aquel color de los veranos resignadamente alegre que luego describiría en *Años de penitencia*: «Es una casa muy pequeña, con gruesas paredes de piedra y adobe, encaladas, y vigas y postigos de pino, pintados con el azul ingenuo e implacable, típico del país».

Aquel paraíso de la infancia, la casa heredada del padre, se transformaría en parada y fonda del Olimpo literario que tanto gustó de las tertulias con sandalias —García Márquez o Vargas Llosa, Ferrater, Goytisolo, Matute, Esther Tusquets o Juan Marsé—. Las latitudes tarraconenses siempre han tenido menos glamur que la Costa Brava; allí germinó una literatura más social y descamisada. Pero gracias a Barral, aquel trozo de costa mediterránea sencilla y espartana, se recubrió de crocante. Tanto era así que Juan Benet, en un artículo publicado en *Revista de Occidente*, aseguraba que Barral «producía a su alrededor un efecto de aceleración en virtud del cual nadie podía quedarse atrás y empujados por la fuerza centrífuga se movían como la excéntrica». Pero hubo alguien que se quedó atrás. Que no pudo sobreponerse a su indiferencia. Ocurrió un verano de hace más de medio siglo. Una mujer agobiada por el éxito. Por el original de la nueva novela que Lara ya había pagado y esperaba pacientemente. Por la inseguridad y el extravío. Carmen Laforet.

Cuando se revisan los retratos de escritoras españolas de la época, el de Laforet destaca del resto por la expresión de una modernidad apabullante en aquella España aún tan precaria en sus formas. No había entrevista que no empezara destacando su melena rubia y ondulada o su porte de niña de bien que fumaba frente a la cámara. Elegante, con un gesto esquinado y todas las cartas a su favor, podía parecer una mujer altiva, indiferente, asunto que en la apasionante biografía sobre la escritora, *Carmen Laforet, una mujer en fuga* (RBA) —premio Gaziel 2009—, sus autores, Anna Caballé e Israel Rolón, liquidan de un plumazo al detallar el peso de su insoluble conflicto entre vivir y escribir. Y de qué modo las inseguridades de todo tipo, empezando por una falta de formación intelectual, fueron engrosando el bloqueo por el cual la autora de *Nada* —una novela redonda que sería la ganadora de la primera entrega del Premio Nadal y que, todavía hoy, se sigue reeditando y prescribiendo— dimitió de la escritura hasta el extremo de padecer grafofobia. A partir de seiscientas cartas en las que Laforet muestra tanto sus inquietudes literarias como existenciales, Caballé y Rolón descongelaron la imagen paralizada de quien, tras ganar el Nadal con veintitrés años, fue

rompiendo cuartillas y boicoteándose con mil excusas. Y no porque no tuviera nada que decir, sino porque luchaba contra la presión autobiográfica, amputando justo la raíz de su escritura.

Carmen Laforet decidió alquilar una casa en Calafell en 1961 porque unos meses antes había coincidido en Madrid con Barral y Jaime Salinas. «Pasamos un par de horas estupendas charlando, de esas veces en que uno se siente a gusto», le escribió a su amigo Emilio Sanz de Soto. Hablaron de literatura y del mar, de Calafell, y la escritora empezó a fantasear con aquella nueva amistad y los proyectos que podían surgir. Por ello, aquel verano alquiló una casa muy próxima a L'Espineta, donde se instaló un 20 de junio de 1961 con sus cinco hijos, sus dos sirvientas, la emergencia de avanzar en su nueva y retrasada novela, y, sobre todo, con la ilusión de frecuentar a aquellos que admiraba y que podían reforzar su vocación literaria.

Todo se torció cuando, recién instalada, se encontró fortuitamente con Carlos Barral en un café, hablando con Juan Marsé. «Ella, alegre por el encuentro, se paró a saludarlo —escriben Caballé y Rolón—. “Fue tan frío que me quedé azorada. Me dio la impresión de que creía que había venido a veranear a propósito, junto a su casa, para ganar con su amistad el Premio Formentor o algo así”», le escribiría unos días después Laforet a su amigo Sanz de Soto. Aquella mujer altamente vulnerable se sintió tan herida por que la actitud de Barral procediera de la arrogancia, del desdén con el que la trataban gran parte de los intelectuales, o de un encuentro y un ánimo a destiempo, que hizo lo imposible por no volver a cruzarse con él en todo el verano. Pero, sobre todo, se sintió errante. «Se acostumbró a instalarse en la terraza de un hotel donde no había más que extranjeros, ubicada en el otro extremo de la playa, lo más lejos posible de la terraza de Barral, buscando allí un poco de aire para escribir como alguien que está ahogándose.»

No es difícil imaginarse a Carmen desandando todo un verano el camino que creía que había de alejarla de la hoy traspasada y perdida para siempre L'Espineta. No es difícil pensar que repitió como un conjuro un gesto que debía de serle familiar entonces: parapetarse detrás de mil murallas que la protegían e invisibilizaban a un tiempo. Un gesto análogo a construir una

celda, resignarse a entretener un tiempo imposible y descubrir finalmente que la llave la tiene uno en la mano. Una resolución extraña e impredecible, un punto de retorno íntimo a un lugar al que ya no pertenecemos.

En Calafell, Laforet alargó su sombra de gretagarbismo y corrió a acondicionar el silencio como refugio. Ni su espíritu nómada, ni las anfetaminas, ni el aliento que le dedicaban algunos amigos que creían en ella, como Ramón J. Sender, consiguieron reavivar el pulso agónico de aquella prometedora escritora a quien no le salía la voz porque otra voz le obligaba a callarse.

Los veranos dejan cicatrices más hermosas que el invierno. El castillo de arena derribado por una insignificante ola. Las cenizas del primer amor. A Laforet le costaron los libros que no escribió.



18. Édith Piaf

Entre las rosas y el barro

Todo estaba en su voz, el resto no importaba. Le bastaba un vestido negro, siempre negro, por debajo de la rodilla. La desnudez escénica, los brazos caídos, las cejas finas, los puños cerrados, apretados igual que cuando dormía, según contaron sus amantes. Hija de unos padres alcohólicos y extraviados de sí mismos, recién estallada la Gran Guerra fue confiada a su abuela que regentaba un burdel en Normandía. Las putas la cuidaban en habitaciones a media luz, cargadas de whisky y perfume barato, acaso cortando el pan a pedacitos y pintándole los labios. Cómo debieron de aplaudirla las que sobrevivieron, cuando años después, y atravesada por el don, era aclamada como la gran *chansonnière* —por encima de Trenet y Chevalier, Montand y compañía— de una Francia tan libre y compleja como ella.

De niña recorrió circos ambulantes con su padre y juntos cantaban en la calle, hasta que Louis Leplée la descubrió en la plaza Pigalle. Le cambió el nombre a Édith Piaf —gorrión— por su prodigiosa voz y su aire desvalido, y empezó a actuar en su Cabaret. Édith lo llamaba «papá». Pero Leplée fue asesinado: la sordidez de los bajos fondos insistía en agarrársele al cuello, siempre tan digno. Regresó a los cafés-concierto y tuvo infinidad de amores, a los que ayudaba hasta desangrarse, aunque les fuera infiel. Hasta que en el Moulin Rouge un joven Yves Montand se conmovió ante aquella extraña criatura. Y tuvieron un romance de desbordante realismo poético. También mantuvo idilios con Raymond Asso, Georges Moustaki o el boxeador Marcel Cerdan, su gran amor, que murió en un accidente de avión cuando regresaba a París de un combate para encontrarse con su amada. Piaf anestesió el dolor con morfina, hasta engancharse.

«Todo lo que he hecho en mi vida ha sido desobedecer», afirmó en una ocasión, como si hubiera hecho falta ponerlo en palabras. La Piaf fue un acto de rebeldía en sí misma, asumiendo alteridades y escaladas de guerras propias y ajenas que ella transmutó en una voz que todavía arrasa como la embestida de fuego. Y, desde luego, en una forma de vida, en donde curar un golpe entrañaba abrir una nueva herida, una nueva acechanza. La Piaf hizo de su voz un refugio íntimo y profuso a la vez, una sutura para sí y para quienes la escucharan, desafiando caducidades y vaivenes biográficos o históricos. Marcada por la vida en la calle, la itinerancia, el alcohol, las bajadas al infierno, la temprana pérdida de su hija, su desafío más lacerante es su último bastión: «No lamento nada / ni el bien ni el mal / ¡Todo eso me da igual!».

Hace no mucho tiempo, en Madrid, Charles Aznavour desmentía haber tenido un idilio con la Piaf. «Debí ser el único de su círculo que no fue amante suyo. Bromeábamos diciendo que ella no era mi tipo, pero en realidad mi físico no me facilitaba las cosas. Vivimos juntos como amigos durante más de ocho años: fui su chófer, telonero, compositor, acompañante y paño de lágrimas», relató Aznavour.

No era guapa, pero el desamparo que arrojaba su mirada la hacía única. Tenía una mueca de payaso triste, a veces hierática como las máscaras del kabuki, pero que en sus días felices mudaba en carcajada de diosa. La risa de

la Piaf era gruesa y honda, inocente a pesar de haber recorrido todos los lados salvajes de la condición humana.

Siempre pareció mayor, y en cambio murió joven: cuarenta y siete años. Un año antes de su muerte salvó un amenazado teatro Olympia con la recaudación de sus conciertos apoteósicos y su *La vie en rose*. Cuando llamaron a Cocteau para darle la noticia de su muerte, él dijo: «El barco acaba de hundirse. Este es mi último día en esta tierra. No he conocido a un ser más desprendido de su alma. Ella no entregaba su alma, la regalaba; ella tiraba oro por las ventanas». Horas después caía fulminado por un ataque al corazón. Más de cuarenta mil personas siguen al coche fúnebre hasta el cementerio Père-Lachaise. Y pese a que el mismísimo arzobispo de París ha negado un funeral religioso a la pecadora nunca arrepentida, el abate Leclerc, capellán de la laxa familia del espectáculo, bendice su ataúd mientras este desciende a la tumba.

En su día, Marlene Dietrich dio un consejo a su amiga —muchos mantienen que tuvieron un romance durante años—: «No puedes tener un orgasmo cada vez que subes a un escenario». Pero su desgarró partía en dos mitades al público. Con motivo de los cien años de su nacimiento se sucedieron los homenajes; leer sobre ella y escuchar despaciosamente *Je ne regrette rien* crea aún hoy un microclima y provoca un estado de ánimo. Es el prodigio de quien, con su voz, llegó donde solo pocos lo consiguen: hasta el hueso del alma.



19. Louise Bourgeois

Iluminar el abismo

El miedo es libre. Puede tomar la forma del hueco de una escalera, o reptar como una araña gigante que acaba convertida en «mamá», o proyectarse en los reflejos asustadizos de un juego de espejos rotos. Así catalogaba Louise Bourgeois su repertorio de traumas, represiones y sueños, incluidos esos penes gigantes que sostenía en la mano, ya anciana, con mirada burlona, abrigo de pelo de conejo y gorro de lana de neoyorquina *cool*.

Pocas artistas fueron, en vida, tan amadas y glorificadas por la modernidad como aquella mujer diminuta, tan irascible como ocurrente, que ahondó en el dolor y las oscuridades de la mente con una narrativa altamente sensorial. Aseguraba proyectar una escultura como el médico planifica el tratamiento de un enfermo. Y titulaba sus series con un lenguaje manchado de realismo sucio: *Días negros*, *Sin salida*, *Soledad*... De una de las últimas exposiciones que le dedicó la Tate Modern londinense conservo una litografía

que me acompaña siempre: el dibujo de una cápsula rosada sobre la que, con su escritura seductora, se lee «Be calm», a modo de plegaria pagana. Porque Bourgeois afrontó la negrura en la que suelen desembocar sensibilidades como la suya dándole la vuelta como a un calcetín, iluminando las tinieblas, siempre original y perturbadora. De joven, se intentó suicidar cuando murió su madre, a quien cuidó con amor, aparcando sus estudios. No acabó con su vida, pero cambió las matemáticas por la Escuela del Louvre y el taller de Fernand Léger.

Hay una frase de Louise que describe su profunda complejidad: «No soy lo que soy, soy lo que hago con mis manos». Su obra corre en busca de seguridad y reafirmación —ella misma contaba que antes de cada nueva exposición sentía una angustia indecible—, herida por la relación con su padre, un tirano que se acostaba con su institutriz.

Burgués y artesano experto en la restauración de tapices antiguos, le exigía a la pequeña Louise talento manual. Pronto llegaría a adorarla por su creatividad, incluso la ayudaría con su fugaz estudio de impresiones, pero el cariño no era mutuo: ella continuaba odiándolo por su borrascoso temperamento, su tiranía, sus infidelidades y su gusto por la burla. En algún lugar contó un recuerdo de aquella época, más terrible que sus arañas gigantes: «De niña, me daba mucho miedo cuando en la mesa del comedor mi padre no dejaba de alardear, se jactaba una y otra vez de sus logros. Y cuanto más grande pretendía volver su figura, más insignificantes nos sentíamos sus hijos. Mi fantasía era: lo agarrábamos con mis hermanos, lo poníamos sobre la mesa, lo troceábamos y lo devorábamos».

Septuagenaria, en 1982 demostraría que «una mujer no tiene lugar como artista hasta que prueba una y otra vez que no será eliminada», convirtiéndose en la primera mujer que protagonizó una retrospectiva en el MoMA. Lo suyo le costó. Dejar su país para, con su marido, el historiador del arte Robert Goldwater, asentarse en Nueva York; sentirse culpable por ser mala madre de sus tres hijos; unirse al American Abstract Artists Group de sus amigos los De Kooning, Rothko, Pollock y compañía. Pero, gracias a su vida longeva, asistió a su propia coronación en los templos sagrados del arte: Documenta en Kassel o la Bienal de Venecia. Había alcanzado su destino: «Para mí, la escultura es el cuerpo. Mi cuerpo es mi escultura».

En 2016, el museo Guggenheim de Bilbao inauguró la muestra de una faceta freudiana de la autora: sus *Celdas*, más de sesenta estructuras espaciales que revelan el subconsciente. Freud, allá lejos y hace tiempo, había acuñado un concepto que el inolvidable Todorov adoptaría como principio explicativo de la ficción fantástica: la idea de lo siniestro. Para el gran vienés, solo percibimos como aterrador aquello que nos es familiar, aquello que secretamente nos habita y corroe y que, en un movimiento defensivo, es deportado al terreno de la ajenidad. Las *Celdas* destruyen las fronteras visibles entre interioridad y exterioridad, al tiempo que traman una celosía de hierro que simboliza esa cárcel física en que estamos confinados de por vida: nuestro cuerpo. La Bourgeois tuvo la valentía de mirar lo siniestro a la cara, sin filtros, censuras ni defensas ensayadas; quizá la suya es la obra de quien transita un infierno íntimo y singular con la pulsión imposible de una Electra parricida. «El espacio no existe; es solo una metáfora de la estructura de nuestra existencia», fue la consigna que presidió la muestra. Las *Celdas*, o «sus» autorretratos: fantasmas y versos, las sobras de la vida para dotarla de sentido.



20. Isabella Rossellini

Un espíritu «pro edad»

La memoria es reptil y aérea, gusano de seda y crisálida. Por mucho que la cortejes, su testarudez te impide lustrar algunos pasajes que arrincona como unos zapatos viejos. Los mismos que recuerdo con extraordinaria nitidez en la entrada de la casa de Isabella Rossellini en Long Island. Ocho pares de zuecos azules, de diversos tamaños, en su cabaña de madera rojiza de Bellport, un pueblo de pescadores donde la actriz me recibió hace casi veinte años con motivo del lanzamiento de su perfume *Manifesto*.

Fui tan afortunada que incluso me sirvió la comida en una vieja cocina llena de libros: ensalada de tomate y *mozzarella* y pollo empanado. La de los zuecos es la imagen más diáfana que conservo, acaso porque me sorprendió que aquella mujer que nos había entusiasmado por su personalidad, su belleza sin plastificar y su *Blue Velvet* (David Lynch, 1986), tuviera un guirigay de suelas desgastadas en la entrada de su casa. También conservo algunas

palabras. Las que tienen que ver con sus fantasmas, a los que les había dedicado su libro *Some of me* (1997): «A mis fantasmas». «¿A quiénes se refiere?», le pregunté. «Son mis padres, que a menudo se me aparecen, discutiendo sobre mi vida.»

Acaso no sean los únicos que pueblen un conjuro invisible, acaso esa evanescencia esté preñada de dualidades, como la propia Isabella. Roberto Rossellini, su padre, parece entrañar un otro imposible, si atendemos a las palabras que vertió la actriz en su libro autobiográfico de 1997: «Mi padre era una madre judía... Cuando éramos niños (éramos siete) uno de nuestros juegos favoritos era tirarnos al cuerpo de papá. Acostado de lado, fingía ser la cerda y nosotros éramos los lechones».

Hace unos años, fui a ver a la Rossellini en Madrid. Representaba *Green porno*, un monólogo lleno de gags sobre la sexualidad de los animales (no en vano es doctorada en entomología). «¡Cómo sigue pareciéndose a su madre!», comentaba la gente, aunque a ella la genética italiana le otorgue una resolución menos misteriosa. «En verdad tengo el carácter de mi padre, mi madre era muy tímida. Siempre me decía que le gustaba ser actriz porque se encontraba muy cómoda haciendo de otra persona. Yo me relaciono bien con los demás. Para mamá, en cambio, era muy difícil», zanja ella.

Ingrid siempre fue una mujer de media melena dispuesta a vivir como ella misma decidiera. Fue una actriz de inmenso talento cimentado en la certidumbre de crecerse cuando interpretaba. Introversa, siempre siguió el consejo de Hitchcock cuando rodaron *Recuerda*: «Ingrid, ¡finge!». También fue una actriz rebelde, en perpetua busca de retos creativos. La carta que cambió su vida decía así: «Señor Rossellini: he visto dos de sus filmes y me han gustado mucho. Si necesita una actriz sueca que hable inglés perfectamente, que no ha olvidado el alemán, a quien apenas se entiende en francés y que en italiano solo sabe decir *ti amo*, estoy dispuesta a acudir para hacer una película con usted». Fueron seis largometrajes, tres hijos y una pésima reputación. El matrimonio con Rossellini entraría en crisis tras una década. Luego vendrían Renoir y Bergman y los Oscars por *Anastasia* y *Asesinato en el Orient Express*. Hasta que el cáncer la derrotó, siguió cortándose el pelo.

Amó, vivió, rio y, como su hija Isabella, desafiaba la estupidez, defendía la naturalidad y le bastaba un leve parpadeo para provocar un nudo en el estómago.

A finales de febrero de 2018 tuve la fortuna de volver a entrevistar a Isabella en Barcelona. Representaba en el teatro de la Akademia, *Link, link Circus*, un espectáculo medioambiental con Minnie y Darcy, dos perros que se funden en uno para interpretar a (Peter) Pan. La suma de máscaras infinitas que asume gloriosamente Isabella parece contener un desfile de dualidades en pugna, «discutiendo sobre su vida» empezando quizá por la primera, la más cercana e íntima: su gemela Isotta Ingrid Rossellini, profesora de Literatura italiana en Nueva York.

«Tengo sesenta y cinco años y ya está, soy así. Si alguien me dice “eres elegante, eres sofisticada”, me gusta, pero que te digan: “no aparentas la edad que tienes” es un arma de doble filo», me contaba. La habían contratado de nuevo en Lancôme, la firma de cosmética de la cual fue imagen icónica, pero al cumplir cuarenta y dos años le dio un portazo. «¡Pero cómo me llamáis ahora, si a los cuarenta y dos era demasiado vieja...», exclamó ante la nueva oferta. Y le dijeron que las cosas habían cambiado, que ahora querían ser mucho más inclusivos. Y además, la empresa está dirigida por una mujer, Françoise Lehmann. «Yo creo que los hombres solamente entienden la cosmética desde el punto de vista de la seducción, pero nunca han llegado a comprender la cosmética como un juego de mujeres. Nosotras nos maquillamos y nos vestimos porque nos gusta, porque es divertido, porque es como un juego.»

También hablamos del amor, me dijo que estaba soltera. Y planteó un dilema, que acostumbra a sentarse a la mesa de la mujer creadora, madre y profesional: tener que ocuparse de los hijos y de un marido exigente. «Hay días en los que pienso: “pues, mira, sería agradable tener pareja”, pero la mayor parte del tiempo estoy contenta de estar sola.»

Sin duda, es una de las divas más terrenales que he conocido. No ha necesitado rebelarse contra nada, porque ha sabido ser siempre ella. Ni es una seductora, algo verdaderamente extraordinario entre las actrices. Pero Rossellini quiso regresar a la universidad, estudiar, sentir el vértigo de

sentarse en un pupitre al lado de unos jovencitos, echarse en un diván para superar el *horror vacui* del aula. Estuvo casi quince años desaparecida. Ya abuela, su rostro sigue imprimiéndose en kilos y kilos de papel cuché.



21. Margarita Rivière

Una periodista afrancesada

Confiaba en el futuro, incluso cuando ya estaba muy enferma. Siempre terminaba sus correos asegurándome que algún día encontraríamos el tiempo para tomar un té y unas pastitas, o un granizado de limón. Nunca pensé que aquel iba a ser su último mail, datado el 2 de marzo de 2015: «Qué gusto leerte, ya ves que cada vez más gente quiere saber cosas de moda. Todo lo que me llegue te lo pasaré, ya que yo estoy muy inactiva y solo me dedico a ayudar a estudiantes y a leer lo que me apetece. (Bueno, preparo otro libro de moda con calma chicha.) Estoy fastidiada de salud así que estoy por casa descansando todo lo que puedo. Ganas de verte, todas. Pero no te preocupes lo más mínimo y atiende bien tus trabajos, algún día hablaremos.

»Te convoco ya a la presentación de mi primera novela el 25 de marzo en la Bernat (19 horas), *Clave K*, un *thriller* político (e irónico). Seguro que lo pasas bien. Es un texto escrito en los noventa y que, por motivos políticos, fue

ninguneado por las editoriales. Ya te explicaré si te interesa. El asunto me divierte bastante».

Margarita Rivièrè (Barcelona, 1944-2015) murió cuatro días después de la presentación de su desternillante novela. Fue su último logro, y a la vez una demostración de que la justicia poética existe. Nunca se abandonó, de la misma forma que nunca se dio importancia a pesar de haber roto techos con ambición, rigor y esa media distancia que siempre establecía entre lo importante y lo trivial. Fue una de las primeras periodistas que alteró el orden de las noticias durante la transición. «Las mujeres ganaremos en el mundo del periodismo cuando consigamos cambiar el orden de prioridad de las noticias», afirmaba en una entrevista que recuperó la exposición de 2016, «Margarita Rivièrè: obrint portes», organizada por el Col·legi de Periodistes de Catalunya, en la que se reivindicó su figura poliédrica, la de quien supo hincarle el diente a la política, escarbar bajo la piel de la moda, comparar la fama a un santoral laico, y no perder nunca el espíritu crítico y al mismo tiempo hedonista.

Mujer de risa gruesa, pelo corto, jerséis de punto y zapato plano, Margot no entendía de poses ni artificios. «Era como un mar, una persona con la que navegarías», la definió Josep Martí i Font en el acto de homenaje del Col·legi de Periodistes. Según Xavier Vidal-Folch: «Tenía calidad de mando, sin miedo a la competencia». «Su mirada era transparente», afirmó Margarita SáenzDíez, primera compañera de redacciones con quien andaba kilómetros para alcanzar el inhóspito baño de mujeres de la redacción. Con su amigo Santiago Dexeus escribió varios libros divulgativos, entre ellos *La aventura de envejecer*: «Fue un desastre, nadie quería ser aventurero ni mucho menos envejecer. Ella propuso cambiarlo por *Vivir la madurez con optimismo*. Y se vendió la tirada completa», contó Dexeus. Su obra bebe de la amplia tradición europea que interpreta el aire de los tiempos a través de la semiótica, la historia y la filosofía. Amaba con la misma pasión a Mozart y a Rossini que a Coco Chanel.

Fue capaz de tomar el pulso de las necesidades de su tiempo, y del que vendría con una agudeza pasmosa; su libro *Anticonceptivos y control de natalidad*, de 1977, alcanzó una enorme difusión, a pesar de que entonces estaba prohibido por ley rozar siquiera esos temas. La avaló una formación

académica más que solvente, que también le permitió alzar la mirada trascendiendo contingencias políticas e históricas que todavía hacen perder las coordenadas a más de uno. Quien había recibido «chascos, rebuznos, sopapos, graznidos y exorcismos», solo por el hecho de ser mujer, miró oblicuamente por las que vendríamos, soliviantando techos de cristal, incluso antes de que supiéramos que existían. «El mejor feminismo hoy es una esforzada sabiduría del porvenir, una sabiduría plural, multidisciplinar, abierta y curiosa», palabras que trasuntan una conciencia social e individual, cuyo testigo fue lanzado hacia delante, hacia un hoy en donde sus palabras destilan rabiosa actualidad.

Fue uno de mis espejos en el periodismo de moda, aunque al principio intentó disuadirme. Se reía cuando se lo recordaba, a ella se le había borrado el encuentro en La Paeria de Lleida, después de dar una charla. Colaboró puntualmente en las revistas que dirigí, sus textos eran un lujo para cualquier editora. Coincidimos en el primer comité asesor del museo del Traje, también nos acompañamos durante un ciclo en la Universidad Menéndez Pelayo, en Santander, titulado «Lecciones y maestros». Ambas íbamos con muleta, ella por su enfisema, yo por mi recién estrenada prótesis de cadera. Subíamos la rampa despacio, y nos reíamos ante la estampa, compartiendo nuestros idilios y nuestras infidelidades con la moda, y siempre hablando de la prensa. Nos habían invitado Basilio Baltasar y Vicente Verdú, uno de los homenajeados, que eligió un grupo de conocedores de su obra para comentarla. Su obra bebe de la amplia tradición europea que interpreta el aire de los tiempos desde la semiótica, la historia y la filosofía.

Margarita Rivière es el mejor ejemplo de intelectual afrancesada, rigurosa, desprejuiciada y rebelde, aunque nunca descreída, sino comprometida con su tiempo y su género sin integrismos ni ñoñerías. Ambicionó, luchó y vivió intensamente.



22. Joana Biarnés

«Míreme como a un fotógrafo»

Cuando Joana Biarnés abandonó su oficio, asqueada y triste por el impacto del amarillismo en la prensa, se largó con su marido Jean Michel a Ibiza —«en mi vida he tenido tres grandes pasiones: Jean Michel, la fotografía y la cocina»—. Y montaron un restaurante, Ca na Joana.

La primera fotorreportera española, la mujer que logró colarse en la *suite* de los Beatles en el Gran Meliá Fénix madrileño, la que le puso un Rabanne a La Contrahecha encima de un tablao, la que enfocó el trasero de Tom Jones o la virginidad de Marisol, la fotógrafa preferida de Raphael a lo largo de una década, también una de las favoritas de Dalí, o la que inmortalizó al Orson Welles español que siempre le regalaba una pose apretando el puro entre los labios, dejaba de lado una vida de correrías e imposibles. Ella, que siempre fue rápida como una anguila, consciente de que en una foto, «la foto», tienen que pasar cosas para hacer mover las ideas, montó un restaurante. Atrás quedó «su otra vida». Algunas mañanas calmosas fotografiaba las telas de araña entre las buganvillas.

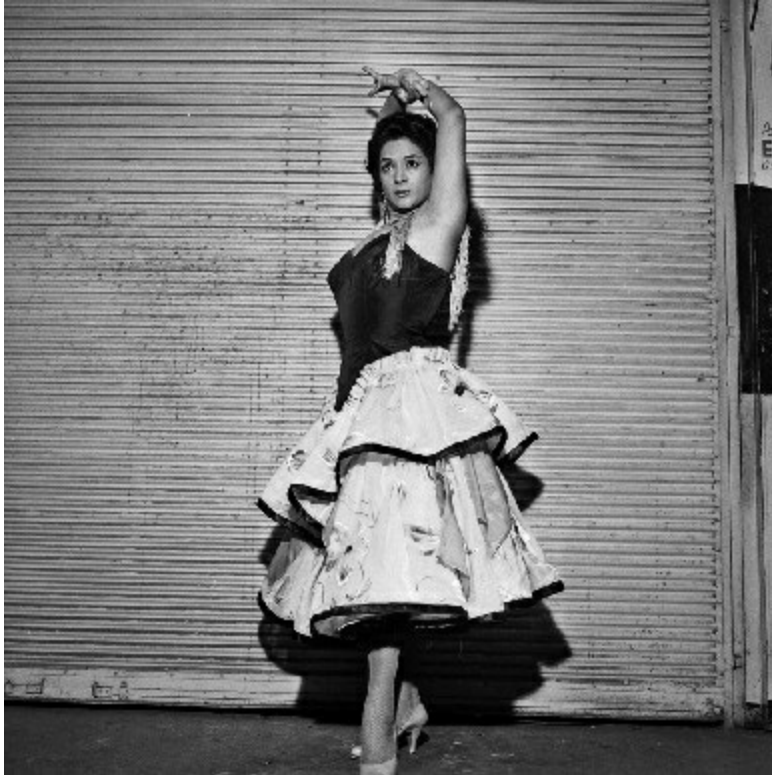
«El poder del *paparazzi*, del periodismo sucio, me hizo daño. Todo eran montajes; un descalabro que todavía sigue, pero yo no podía acabar mi carrera entrando en ese circo mediático. Llevaba el periodismo en las venas, y se me hizo costoso separarme de él, pero vi claro que el futuro para mí era muy negro. Las revistas te pedían carnaza», me contó Joana Biarnés, un personaje que aunaba naturalidad y originalidad, y que más allá de sus ochenta años, mantuvo el timbre de la juventud en su voz, así como el pellizco en su forma de mirar el mundo.

De pequeña, en Terrassa, era Juanita: una niña inquieta ante la que su padre —que se sacaba un sobresueldo como fotógrafo deportivo— se lamentaba de que no hubiera sido chico para llevársela a los partidos. Cuando salió de la Escuela de Periodismo de Barcelona empezó a firmar en el diario *Pueblo* como Juana Biarnés. Y a los sesenta años, cuando se retiró, por fin se convirtió en Joana: «Para los extranjeros que venían a Ibiza es más fácil de pronunciar que la jota castellana de Juana». Un detalle que ilustra su personalidad, porque esta mujer que fue recuperada durante los últimos años de su vida es una facilitadora, un pozo de humildad que ni con todos los homenajes que le llegaron tarde desde que fuese redescubierta pareció tomar conciencia de su extraordinaria obra.

Ella no lo esperaba: ni la Creu de Sant Jordi, ni el documental estrenado en 2016, *Joana Biarnés, una entre todos*, divertido, conmovedor y repremiado, ni la gran exposición que tuvo lugar en Madrid en el marco de FotoEspaña, comisariada por Chema Conesa, quien convivió varios días con ella y su marido, hurgando entre sus cajones, salvando lo que no pasó por la trituradora. «Aún lo estoy asimilando: en mi vida todo ha venido dentro de una rueda que han ido encajando los engranajes, hasta que se ha hecho enorme, y me digo a mí misma: Dios, esto es una especie de regalo, qué orgulloso estaría mi padre.» Y es aquí donde a Joana-Juana-Juanita se le escapaba una corriente de emoción que venía de antiguo, de los días en que su padre la instruía: «Honradez, seriedad, calidad; entregar siempre a tiempo; estar al día de las últimas cámaras y lentes». Cuando voló por el mundo, le pidió que nunca le hiciera bajar la cabeza. Ella lo cumplió a rajatabla. Atractiva y minifaldera, conoció la discriminación y la impotencia cuando era la única mujer en el estadio o en el Congreso de los Diputados: «Las miradas mataban». Una

soledad abisal frente a la que nunca se hizo la *victim*, aunque la llamaran guarra tan solo por hacer fotos. Ella respondía con su credencial y una advertencia: «No me mire como a una mujer sino como a un fotógrafo».

Joana, que había compuesto su sello personal con el talento de su ojo avizor en la misma medida que con la elegancia de la discreción, no se las compuso nada bien con un mercado de venta de miserias que parece alimentarse de su propio narcisismo. Ni tenía por qué hacerlo. Si la lente de su Hasselblad se pudo colar por los celosos resquicios de la vida privada de auténticos mitos, fue porque sabían a quién le abrían la puerta: «Lo sabían todos ellos. Que yo jamás iba a contar nada de lo que veía». Pero el contrapunto también es sabiduría, y no iba a callar ni una palabra, cuando en pleno franquismo plasmó para siempre la bofetada encolerizada que había recibido un niño a cargo del internado de San Fernando de Henares. «Es que era un hijo de soltera.» La impresentable excusa institucional había de ser denunciada en gruesas letras de molde al día siguiente. Resultado: una «temporadita» fuera de España. A la vuelta de los años, y después de un largo paréntesis, Joana Biarnés volvió a disparar. Padecía una maculopatía degenerativa, apenas podía leer, pero gracias a la tecnología digital decía que podía encuadrar de maravilla a fin de capturar «el gesto» entre todos. Lo que la hizo única. «Ahora empiezo a creerme que he debido hacer algo que ha merecido la pena», decía a los periodistas que la llamaban. Atendía con dulzura y picardía, te invitaba a comer a su casa, te mandaba wasaps para invitarte a sus exposiciones tardías. La fulminó un infarto el 20 de diciembre de 2018, afortunadamente pudo vivir la recuperación y el reconocimiento de su obra pero también de su personaje: la primera fotorreportera que salió a la calle con un atrapasueños.



23. Lola Flores

Esto es carisma

Había en su capacidad de respuesta y su resolución, en su arrojo y su temperamento, una libertad que pocos personajes públicos se habrían atrevido a exhibir, pero en aquellos años en que la transición nos regaló varios juguetes nuevos, éramos demasiado jóvenes para advertirlo. Lola Flores formaba parte de un folclore mesetario que había comido en la mano de Franco y bailado para oligarcas y señoritos de Jerez.

Allí, los dueños del sherry aún recuerdan una noche en una taberna de El Puerto de Santa María en la que Lola acabó bailando desnuda encima de la mesa un flamenco desgarrado a puerta cerrada. Los británicos, mezclados con los gitanos, lloraban ebrios de su piel dorada. Lola Flores hizo historia a caballo de su carisma.

«No sabe cantar, ni sabe bailar, pero no se la pierdan», ese fue el juicio del crítico de *The New York Times* al que, allá por 1953, le tocó cubrir la primera actuación de La Faraona en Manhattan. Jean Cocteau definió el flamenco, que tanto le impresionó en sus viajes a España, como «una concepción dialectal del mundo». Quizá por eso el sensitivo cronista fue capaz de captar el arte de Lola Flores aun sin entenderlo. El flamenco es, ante todo, una actitud en la que, como escribe Cocteau, la influencia de la palabra flama tiene un papel determinante «porque el bailarín parece escupirlas por la boca y apagarlas con las manos sobre el cuerpo y con los pies sobre el tablado». No en vano se llamó de joven la Niña de Fuego. Y no solo encima de un escenario; sus múltiples romances, siempre al límite: desde Manolo Caracol hasta Gary Cooper o el Junco, pero acompañada siempre de su fiel Antonio el Pescadilla (ella fue una de las primeras en anunciar públicamente que el amor, en lugar de romperse, se transforma) y sus repetidísimas anécdotas contribuyen a que su leyenda siga creciendo popularmente. En Hollywood ya habrían rodado el *remake* de su *biopic*. Y en Francia, que tienen otro tipo de prejuicios, pero casi nunca contra los artistas, le lloverían homenajes a nuestra Joséphine Baker.

Aunque hablara con gracia ceceante y su cuarterón gitano le hiciera sentir el compás al estilo de los grandes, empezando por el paladar y terminando en el tacón, sus trajes de faralaes y su clavel en el pelo inhibían a los enemigos del folclore, que ella trascendió. Hoy, en cambio, observamos viejos vídeos suyos y sorprende esa Lola de España que vivió adelantada a su tiempo. Poco después de que se cumplieran veinte años de su muerte, volvió a ser fenómeno viral una vieja intervención en *La clave* —ni más ni menos— en la que daba consejos para participar en el Festival de Eurovisión, anticipando el fracaso de la participante española en esa última edición, uno más en una ya larga mala racha del *made in Spain*. Flores aseguraba que ella no era una buena candidata, que no cantaba bien. «Que lleven a Rocío Jurado, ya veréis como acaba primera o segunda.» Lo de quedar segunda refleja absolutamente al personaje: precavida, con esa listezza que dan el hambre y las fatigas.

En una ocasión, allá por los setenta, montó en cólera en un teatro al que acudió a ver una obra en la que Paco España se atrevía a imitarla. Interrumpió la representación a gritos una y otra vez, y se encaró con el público que hacía

cola para comprar las entradas de la siguiente función. La cosa llegó a los tribunales, y fue condenada por alteración del orden público a dos días de arresto domiciliario y doscientas cincuenta pesetas de multa. Después vino la llantina por Hacienda, gesto que las redes sociales encumbrarían contemporáneamente como «fundador del *crowdfunding*». «Que me digan lo que tengo que pagar y que me dejen en paz», desafiaría públicamente una Lola que, al tiempo que reconocía su deuda, conminaba a los inspectores a rasgar el velo de la impunidad con que tributan o dejan de tributar las grandes multinacionales. «Tonta no soy», remataría.

Lola, Lolita, Lola había *españoleao* al mundo, si atendemos al neologismo que acuñó por entonces. Había de calar en el imaginario a fuerza de frases lacónicas cimentadas en una popularidad desbordante, a la que ella sí sabía cómo hablarle. «Si me queréis, irse.» Las palabras, que, para quien le importe, son una flagrante transgresión a la normativa de la lengua, tienen su propia entrada, quién lo hubiera dicho, en la inagotable Wikipedia. Lola cristalizó en el lenguaje los embates transgresores de una bailaora, cuya huella incendiaria calientan aún hoy los escenarios que pisó como nadie.

Ella era el espectáculo. Inimitable. Sexual, abierta, seductora, devota de Cristo, madre, artista que se iba hasta el precipicio cuando actuaba porque solo desde el límite podía volcar su cuerpo hacia delante, como si bebiera del suelo al bailar, arañando la tierra.



24. Lucia Berlin

Justicia poética

¿Por qué nos gusta tanto Lucia Berlin, esa revelación literaria con tintes de malditismo y sentimiento de epifanía, una escritora desconocida que murió el día de su aniversario, el 12 de noviembre de 2004 y ahora se ha convertido en un fenómeno literario en todo el mundo? Su libro de relatos *Manual para mujeres de la limpieza* (Alfaguara) bate récords de ventas mientras la crítica la encumbra, comparándola con la media distancia de Richard Yates o el realismo sucio de Carver y sus frigoríficos ruidosos. En los relatos de Berlin hay lavadoras que gotean y hombres que se quedan en el coche bebiendo, descamisados. Aunque en sus cuentos persiste un poso de alegría, también desborda exuberancia, belleza insólita e ironía.

En sus textos, que absorben su ir y venir vital, hay tequila, canoas, hamacas, viviendas heladas en edificios de oficinas en los que vive, donde apagan la calefacción de noche y los niños tienen que dormir con el mono de

esquí. Ni un desdichado lamento. Un ritmo vertiginoso matiza el dolor y el vacío. Berlin engancha desde que una observa su foto de joven: ojos azules, pelo corto y crepado, mirada curiosa y soñadora, pose elegante. La imaginas en su juventud semiaristocrática en Chile o en sus deambulares por El Paso, en sus múltiples oficios, en sus *delirium tremens*, en su muerte en un garaje que le prestó uno de sus hijos. Ella, mujer de frontera, siempre se situó en los márgenes. Tuvo un público fiel y recibió algún buen premio, pero fue una escritora secreta, de minorías. Lydia Davis, cuentista y una de sus máximas valedoras, asegura en el prólogo que realizó para *Manual para mujeres de la limpieza*: «Siempre he tenido fe en que los mejores escritores tarde o temprano suben como la nata montada y acaban por cosechar el reconocimiento que se les debe». Con Berlin por fin ha sucedido.

Los escenarios de sus historias, hospitales de urgencias, centros para alcohólicos, Cadillacs, viviendas de clase media, aulas, coinciden con los de su vida apabullante, «llena de color, aflicciones y heroísmo», según su amigo Stephen Emerson. Tuvo una vida azarosa y tres maridos: un escultor, padre de sus dos primeros hijos, que la abandonó, y dos músicos de jazz, el último, Buddy Berlin, adicto a las drogas, padre de sus otros dos pequeños. Todos salen en sus cuentos. La familia es un país en sí mismo.

«Era una alcohólica empedernida, crónica. Pasaron más de diez años antes de que ni soñara que tenía un problema. He pasado por situaciones, he intentado entenderlas, hacerlas divertidas, extraer alguna verdad, miro de cerca allí donde estuve», explica en un vídeo donde lee en voz alta sus relatos. Mantuvo sola a sus cuatro hijos, fue profesora de secundaria, telefonista, auxiliar de enfermería y mujer de la limpieza.

Berlin es una observadora audaz capaz de ver bajo la tapicería del sofá o en el hueco del asiento del autobús donde abandona las cosas que le regalan las señoras. «Siempre suben la voz un par de octavas cuando les hablan a las mujeres de la limpieza o a los gatos», escribe.

En sus historias pasan cosas. Cambia de ritmo como quien cambia el paso en un baile, sorprendiendo a su acompañante. Es implacable y a la vez sabia. Expresa sentimientos extraños pero certeros: «¿Qué es el matrimonio, a fin de cuentas? Nunca lo he sabido muy bien. Y ahora es la muerte lo que no

entiendo». «Me encantan las casas, todas las cosas que me cuentan, así que esa es una razón de que no me importe trabajar como mujer de la limpieza. Se parece mucho a leer un libro.»

Lucia, la que conocemos a través de los relatos, contraviene ahora sus silencios y anestias a golpe de ediciones póstumas y universalmente agradecidas. Compuso una poética que la impelía a desandar verdades en clave de registro ficcional, con la clara conciencia de que ese juego especular no debía obturar la «realidad». Quizá sea por eso que se la celebra después de muerta, acaso con la dilación injusta de un tiempo que no acaba de atreverse a mirar de lleno su imagen en el espejo. «De algún modo debe producirse una mínima alteración de la realidad. Una transformación, no una distorsión de la verdad. El relato mismo deviene la verdad no solo para quien escribe, también para quien lee», diría. Una escritora de raza y que, contra viento y marea, habría de descomponer poliédricamente sus vivencias sin máscaras, comodidades, ni transfiguraciones concesivas. La sutileza de calibrar transformaciones mínimas en alguien que tuvo que encajar vendavales máximos.

Berlin es una mina. Un prodigio: pensamiento rápido, directo a la médula del hueso, capaz de demostrar la complejidad humana con palabras sencillas, imágenes insólitas y un exquisito sentido de la compasión y el precipicio.



25. Gala Dalí

Amar como *performance*

«¿Qué es el amor? En primer lugar, es la pérdida de peso, luego la ascensión ligera, segura, de un vuelo directo; es el tormento que lo invade y lo cubre todo como una cúpula gigantesca; es un estrecho sobre cerrado, es una angustia infinita junto a una generosidad ilimitada...» Estas líneas pertenecen a los diarios íntimos de Gala que la editorial Galaxia Gutenberg publicó hace unos años, tras el hallazgo en un baúl del castillo de Púbol de un cuaderno manuscrito, inédito, redactado por ella con pulso literario, intención e imágenes bellas. «No sabes dónde acaba Gala y empieza Dalí», razonaba Montserrat Aguer, directora de los museos Dalí. En sus textos se aprecia un sentir vulnerable y apasionado, lejos del cliché de la mujer fría, dura e interesada, la que afirmaba: «Me importa poco si Dalí me ama o no. Personalmente, yo no amo a nadie». Aquella a la que le cambiaba el color de los ojos, quien inventó parte de su biografía, la que tanta tinta vertió con su

relación casta y a la vez extrema con el pintor, fue tachada de vampira, pragmática marchante que obligaba al pintor a banalizar su arte firmando joyas, cerámica y objetos variados. La figura de Gala parece cortada por el arquetipo jungiano de la destructora, que tiene que ver con «lo secreto, escondido, lo tenebroso, el abismo, el mundo de los muertos, lo que devora, seduce y envenena, lo angustioso e inevitable». Y cierto es que fue espiritista, voyeurista, oscura hasta lo enigmático. Un personaje que responde a dos clásicos antagónicos: la bruja y la musa. Cuando coincide con Paul Éluard en un sanatorio suizo para tratarse de tuberculosis. Siempre había padecido de fragilidad corpórea y una naturaleza enfermiza. Su padrastro fue uno de sus máximos referentes: judío, burgués, liberal y adicto a los libros. Escribe Dominique Bona en su biografía *Gala* (Tusquets) que para madame Grindel, la madre del joven poeta Éluard, Gala no es «la muchacha clásica, cartesiana y sencilla que desearía como amiga para su hijo». «Es complicada y le gusta demasiado leer [...] Eugène ya lee demasiados libros, pero en manos de una mujer resultan escandalosos.» Además de ser una ávida lectora, Gala fue inspiradora de artistas. Muchas de las ideas eran suyas, y ellos las ejecutaban. En la biografía de Bona se presenta a una mujer desbordada de capacidades para la creación pero víctima de su tiempo. Ella no crea nada, no pinta, no escribe... pero todo lo que le interesa está relacionado con el arte y la creación. Ninguna de sus capacidades parecía haber sido canalizada hacia nada factual, como lo estaban en el caso de los hombres, que podían hacer su profesión de ello. Parecía que estaba siempre ahí para acompañarlos y motivarlos, empezando. Siempre musa, siempre erotizada, cada vez más patologizada y psicosomática, la convirtieron en objeto en lugar de potenciar que llegara a ser sujeto del arte.

En cambio, nunca ejerció su papel de madre, consideraba que los hijos eran incompatibles con la creación. «Todos los pequeños quehaceres que corresponden por lo general a un ama de casa le producen jaqueca», afirma Bona. Y a su hija, Cécile Éluard, ni tan siquiera la avisaron cuando yacía en el lecho de muerte. Le dijeron que Gala —ya en coma— no la quería ver, que la repudiaba y la desheredaba.

«Llamo a mi esposa: Gala, Galuchka, Gradiva (porque ha sido mi Gradiva); Oliva (por el óvalo de su rostro y el color de su piel); también la llamo Lionette, porque ruge, cuando se enoja, como el león de la Metro-Goldwyn-Mayer; [...] Abeja (porque descubre y me trae todas las esencias que se convierten en la miel de mi pensamiento en la atareada colmena de mi cerebro). Me trajo el raro libro de magia que debía nutrir mi magia, el documento histórico que probaba irrefutablemente mi tesis cuando estaba en proceso de elaboración, la imagen paranoica que mi subconsciente deseaba, la fotografía de una pintura desconocida destinada a revelar un nuevo enigma estético», escribió el pintor. Cuando se conocieron, en el verano de 1929, durante un viaje a Cadaqués y Figueres junto a su primer marido, Paul Éluard, Magritte y Buñuel, madame Éluard supo que pronto dejaría de serlo. Fue igual que el impacto de un rayo. La pareja se instalaría en el estudio que el pintor poseía cerca del parque de Montsouris y Gala pronto asumió tareas de musa y agente —dicen que no siempre en este orden—. Su relación fue complicada y fértil; yació sobre la atracción que él sentía por ella como en la construcción de un mundo irreal que desafiaba lo real.

El amor de Gala y Dalí es fuente inagotable. En 2016, Espasa publicó una novela firmada por Carmen Domingo, *Gala-Dalí*, en la que elabora un retrato del personaje: «Una mujer que siempre tuvo múltiples hombres y cuyas relaciones desinhibidas le ayudaban a controlar a los demás». Por ello siempre ha sido «la mala» de la historia. Como si bastara el juicio maniqueo para deshacer satisfactoriamente el nudo de los amores diferentes. Si acaso, deshacer ese nudo entraña otros: una trama de historias bifurcadas, en donde adoptar una perspectiva nos arroja irremisiblemente a la parcialidad. Nos acercamos a Gala para envolverla en nuevos misterios, para arrojarla en una geografía esotérica, cuyo mapa no acabamos de trazar. El lente se ha puesto alternativamente en cada uno de los episodios de su vida sin llegar a desentrañar por completo un enigma que parece replegarse sobre sí, rehuendo cualquier voluntad de reducirlo. Carmen Domingo ordena su novela *Gala-Dalí* de acuerdo con los arcanos mayores del tarot. Cécile Éluard, la hija de Gala y Paul nacida en 1918, se pierde en los vericuetos de una relación madre-hija que sufriría un vuelco irreversible al irse su madre a vivir con Dalí en 1929. Dominique de Gasquet, la escritora que se presentó en la casa de la pareja en

1979 bajo el título de «Madame Paradoja, vidente extralúcida», recoge en su libro la cotidianidad del matrimonio a partir de los testimonios de quienes les servían. Cuanto más nos acercamos a Gala, tanto más se nos escapa.

Pero volvamos a las líneas del inicio en las que ella definía el amor como: «La desesperación, la duda, la decadencia, la alegría extrema, sin lindes, la alegría que te hiere y te clava en tu sitio, alegría inmensa. Fe sin verificación, admiración vivificante». Gala dedicó la última parte de su diario a Dalí, al que describió como un árbol que la abrazaba con sus ramas. Las raíces estaban en ella. Cuando murió, Dalí se negó a comer.



26. Patti Smith

Absolutamente moderna

Patti Smith puede hacer lo que sea por una taza de buen café, incluso viajar a Veracruz en busca de los granos que le recomendara William Burroughs. Adora perderse en cafés íntimos, donde se sienta a repasar su cosmogonía mental bajo la premisa de que la imaginación puede llevar a cualquier parte, no tiene fronteras ni límites. Libre. Como su mítico álbum debut, *Horses*, que se editó por vez primera en 1975. Superviviente de toda una generación que no pudo sobreponerse a sus utopías, Smith supo recogerse, enarboló su propia teología y se puso a rezar, exaltó el arte más elevado, crio a sus hijos, y nunca dejó de componer ni de susurrar versos filtrados por la luz.

Smith es un mito que no envejece. Sigue despeinada a conciencia, igual que en los años setenta cuando posaba en ese hotel que tanto la enamoraba por su densidad: el Chelsea. «Era como una casa de muñecas situada en los límites de la realidad y cada una de su centenar de habitaciones encerraba un pequeño

universo. Yo deambulaba por los pasillos al acecho de sus espíritus, vivos o muertos. [...] Muchos habían escrito, conversado y sufrido en las habitaciones de aquella casa victoriana. Muchas faldas habían lamido aquellas desgastadas escaleras de mármol», escribe en su primer y celebrado volumen de memorias *Éramos unos niños* (Lumen), en las que desgrana su despertar en las artes y la vida de la mano de su íntimo, el fotógrafo Robert Mapplethorpe.

Ella no nació realmente el penúltimo día de diciembre de 1946, sino el día que robó las *Iluminaciones* de Rimbaud en una librería de su barrio. Siempre ha sido su máxima inspiración. ¿Cómo no iba a ser una poeta libertaria siguiendo los pasos del «primer punk rock kid», como lo definió en la inauguración de una exposición monográfica en Madrid hace poco más de una década? Los amores adolescentes nunca se olvidan, y ella ha confesado que se enamoró del rostro ensoñado del poeta y de sus versos rabiosos con solo dieciséis años. Igual que él, dejó su ciudad y una vida odiosa —había empezado a trabajar en una fábrica tras acabar el instituto debido a los problemas económicos de su familia— con veinte años para buscar su arte en la gran manzana. En su maleta llevaba vaqueros, los discos de Dylan y los versos de Rimbaud. Su particular Verlaine fue un joven hermoso y sensible, Robert Mapplethorpe, quien se convirtió en compañero, amante, cicerone y pigmalión entre la creatividad, la ternura y la tormenta. Fue un amor delicioso, artístico, tierno, hasta que Robert descubrió su homosexualidad, pero siempre fueron inseparables. Él financió su primera maqueta, la misma que a Lou Reed le puso los pelos de punta y corrió a presentársela a Clive Davis, presidente de Arista Records, que la contrató inmediatamente. Así se convertiría en la primera artista surgida de la *new wave* que firmaba un contrato con un sello grande. En un momento en el que el rock buscaba cantantes sexis, ella, con su aspecto andrógino y su luto riguroso, con sus letras líricas, su ruido y su furia, iba a romper todos los esquemas y fórmulas. Asegura que de niña sabía bien qué no sería de mayor: una mujer que se pintara los labios rojos.

En 1989 tuvo que afrontar la muerte por sida de Mapplethorpe. Cinco años después se quedó viuda de su primer marido, Fred Sonic Smith, en 1994, y además, falleció su hermano, Todd, de forma repentina. Una de sus hermanas es testigo de Jehová.

A los diecinueve años, cuando dormía en la caseta de la lavadora de la casa, se quedó embarazada. Dio aquel hijo en adopción. Hoy asegura que cada noche reza por él. La educaron en un catolicismo fuerte, para ella ir a misa era algo lujoso, su familia era pobre, incluso ella vivió un tiempo como artista callejera. Acostumbra a leer la Biblia, y en *XL Semanal* declaraba que el catolicismo siempre la había atraído «por motivos estéticos».

Más de cuatro décadas después de aquel imprescindible *Horses*, en 2015, publicó su segundo libro de memorias, *M train*, cincelado por su prosa que oscila entre el ensueño y la realidad trazando un paisaje de aspiraciones e inspiraciones creativas —de la Casa Azul de Frida Kahlo en Coyoacán a las tumbas de sus admirados Genet, Plath, Rimbaud y Mishima—. Un relato que te atrapa como una tela de araña. Ella misma lo ha explicado: «Es lo que sentí. Simplemente me subí en un tren y emprendí la marcha». Eso sí, tomó la precisa distancia entre la oscuridad y la luz.

Ese mismo año, afrontaría una cita histórica, cuando tomó cuerpo en la controversia que supuso la ausencia con aviso de Bob Dylan en la entrega del Premio Nobel de Literatura. Tan controvertido como habérselo otorgado. Voces fundidas que agitaron nerviosamente a una Patti, partida por las palabras de otro, pero emocional e íntimamente suyas.

Conmovió como nadie poniendo en acto una tradición que hunde sus raíces en los albores de la literatura occidental; rompió el tiempo y rasgó la lira de aquellos tempranos aedos, esos que cantaban versos de otros para ganarse la vida. Patti, la devota de Roberto Bolaño, cuya obra la escribe entre sus páginas, ubicándola con una precisión anacrónica entre esos poetas errantes y contracanónicos: los real visceralistas. Quizá esta comunión sea posible porque Bolaño recrea esa extraterritorialidad de la que ella es habitante: una profusión de diferencias que es la especie humana, y que la coloca, claro está, muy lejos de cualquier muro que se quiera levantar. A fin de cuentas, Patti Smith es una perseguidora, una auténtica buscadora del lenguaje de los dioses menores que protegen el arte.



27. Jane Birkin

La belleza despeinada

Tuvo que ser una inglesa quien encarnara a la perfección el *chic parisienne*, además de esa figura *si française* de musa-artista. Durante décadas, muchas mujeres quisieron parecerse a Jane Birkin, tener ese aire permanente de desayuno con café *noisette*, llevar los tejanos igual que unos pantalones de pijama. Parece imposible que esa mujer que encarnó la juventud antiburguesa, llenó noches seguidas la Bataclan y además representó el buen gusto sin alicatar haya cumplido más de setenta años. Sin tener buena voz ha hecho una carrera musical que llega bastante más allá de Gainsbourg y el jadeante *Je t'aime, moi non plus*, y sin ser tampoco una actriz especialmente dotada rodó con Antonioni, Resnais, Godard, Rivette o Tavernier. Pero ni Catherine Deneuve ni Françoise Hardy podrán decir que inspiraron un bolso de Hermès. A comienzos de los ochenta, volaba de París a Londres con el presidente de la compañía, Jean-Louis Dumas, a su lado. En un momento se le volcó

accidentalmente el bolso, dejando a la vista un resumen vital ecléctico, paradójico y sobre todo prolijo. Dumas le ofreció que la legendaria compañía le diseñara un bolso a su medida. La propia Birkin garabateó un bosquejo de lo que sería su ideal: «Mayor que el Kelly, pero más pequeño que el maletín de Serge». Que cupieran los pañales y el libro de poesía. Las historias con mito nunca son perfectas. Andando el tiempo, ya abuela, pidió a la *maison* que lo rebautizara tras haber sido concienciada del sufrimiento de los cocodrilos que la firma usa en los modelos que se venden bajo su nombre.

Con veinte años, «la rubia» —como se nombra en los créditos su personaje— ya había llamado la atención gracias a la secuencia de *Blow up* en la que una sesión fotográfica con dos modelos acaba convirtiéndose en un trío erótico-festivo, pero sería Serge Gainsbourg, amante de la provocación por encima de todas las cosas, genio autoproclamado mucho antes de que el mundo lo reconociera, quien la convirtiese en musa y compañera. Aquel escotadísimo (hasta el ombligo, ni más ni menos) mono de *crochet* que lució en Cannes en 1969 —Serge añadiría *année erotique*— y los melódicos jadeos que el Vaticano condenó y se censuraron en medio mundo y en el otro vendieron millones de copias, hicieron el resto. Eran una pareja magnética: él, un feo tan raro que parecía guapo; ella, tan natural, la bella inteligente. «La diferencia de edad nos divertía mucho. [...] Fue mi Pígalión. No solo podía hacer lo que quisiera conmigo, yo estaba encantada, además. Normalmente, las chicas tienen forma de reloj de arena: amplitud, estrechez, amplitud. Yo no. Y él, en lugar de burlarse de mí, me decía que tenía el cuerpo como un Cranach. Entonces fui al Louvre a ver los Cranach, y en efecto, tenían caderas amplias, cinturas diminutas y pechos pequeños. Él me decía siempre que le asustaban las mujeres de pechos grandes.»

A principios de los ochenta dejó a Serge, y se fue a vivir con el cineasta Jacques Doillon, con quien tendría su tercera hija, Lou —Kate, la primera, se suicidó en 2013; la segunda, Charlotte, es actriz de éxito y cantante, al igual que Lou—. El desamor no acabó con la pareja de artistas: Gainsbourg compuso y produjo varios de sus álbumes en solitario. En una semana, en marzo de 1991, morirían Serge y su padre, David. La tristeza la enmudeció y decidió alejarse de los focos durante casi una década. Pero su reivindicación por parte de un buen número de jóvenes músicos y las ofertas de papeles, que

seguían llegando, la devolvió a la arena. En 2017, una Birkin envuelta infinitamente en la magia de su propio encanto, publicó el álbum *Birkin/Gainsbourg: Le Symphonique*, que supondría una revisión de los grandes títulos con el sonido consagratorio de los arreglos orquestales. Y el reconocimiento de un vínculo que pervivió en el tiempo fundado en una disociación íntima. La expresión de los sentimientos de Serge cobra pleno sentido en las inflexiones de la voz de Jane: «Por supuesto, me di cuenta de que me hacía cantar todo lo que él estaba sintiendo». Ella, sin prisa y sin pausa, lleva esos sonidos deliciosos por países de todo el globo. La gratitud infinita a un Serge que le había regalado su tristeza, componiendo las canciones más bellas, una vez que habían roto. Pero no se deja engañar por el pasado, ni confunde gratitud con devoción ciega: todavía lee en los repliegues de la máscara de un Serge que podía ser tan divertido como cruel. Birkin se sube a los escenarios, escribe sus memorias, es madre de artistas, es un trozo de París que pasea una alegría melancólica.



28. Joan Didion

Amor y dolor en las noches azules

«La vida cambia rápido. La vida te cambia en un instante. Te sientas a cenar, y la vida que conoces se acaba. El tema de la autocompasión.» He leído infinidad de veces estas palabras. Incluso se han sentado a mi lado en el coche o en el avión a modo de alerta, de tijeras que cortan la foto de una vida por la mitad. Fueron las primeras líneas que Joan Didion pudo escribir, en mayo de 2004, después de que John Gregory Dunne, su marido y compañero literario durante cuarenta años, se derrumbaba —un 30 de diciembre— fulminado por un ataque al corazón. Acababan de visitar a su hija Quintana, en la UCI. Ella superó el coma, pero meses después fallecería en California a causa de una embolia pulmonar.

Las dos muertes destruyeron y a la vez zurcieron, y de qué manera, la vida de uno de los grandes nombres del nuevo periodismo, menos célebre que los de Capote, Wolfe o Gay Talese, pero recuperado con brío desde finales de

los ochenta. Uno de sus libros, *El año del pensamiento mágico*, marca un antes y después en la exposición del duelo, y ha influido en toda una generación de cronistas que no necesita recurrir a la novela para escribir en serio y en grande. Así identifica Didion la mirada de quienes acaban de perder a alguien querido: «Es la mirada de quien sale de la consulta del oftalmólogo con las pupilas dilatadas a la radiante luz del día».

Sus fotos de los años setenta son magnéticas. Tan californiana, guapa, libre, con su cigarrillo y su escocés, sus faldas largas, su mirada llena de silencios risueños. De joven, burguesa y bohemia, ganó un concurso de ensayo de la revista *Vogue* tras graduarse en Literatura inglesa en Berkeley. Siguió en *Life*, *The New York Times* o *The New Yorker*. Con John formó tándem en los años del Hollywood posestudios. Eran una pareja chic tan envidiada como cómplice. «Nuestros días estaban llenos de la voz del otro. Muchos suponían que debíamos de ser competitivos, que nuestra vida privada debía de ser un campo minado de envidias profesionales... Esto estaba tan lejos de la realidad que sugería ciertas lagunas en la comprensión de lo que es un matrimonio», escribiría más tarde. Los amigos de la pareja aseguraban que se necesitaban el uno al otro para respirar.

Didion es una gran reportera. Se aproxima a la realidad con alejamiento brechtiano, profundidad analítica y manejo brillante de la primera persona. Sus artículos sobre la vida en Hollywood, los conflictos familiares, una visita al barrio *hippy* de San Francisco, las violaciones en el Central Park neoyorquino o la vida en los presidios del país son joyas que borran las fronteras entre géneros. Ha escrito cinco novelas. En *Según venga el juego* la frialdad de la protagonista resuena como una especie de *El extranjero* de Camus con un aborto de por medio y una barrera infranqueable que potencia la vinculación y los afectos de la que es muy difícil librarse. El personaje de María nunca consigue dejarse ir del todo, porque al final siempre hay algo que le importa, aunque ella no quiera. Por eso, por ejemplo, ella no consigue llegar a suicidarse y su colega BZ sí. El debate moral del personaje discurre en paralelo con la asunción del duelo de la escritora. Con el citado *El año del pensamiento mágico* y *Noches azules*, dedicado a su hija, coronó su escritura sobre el dolor. A pesar de haber superado los ochenta años, es aclamada por editores y periodistas, y reclamada por las marcas de lujo como Céline de la

que fue modelo de gafas. Se ha publicado su primera biografía, *The last love song*, de Tracy Daugherty, en la cual ella no ha querido participar. Aun así, se ha convertido inmediatamente en *best seller*.

«Creo que mi visión de la muerte no cambió tan radicalmente con la pérdida de John y la de Quintana; ahora son muy pocas las cosas negativas que me pueden suceder.» En 2017, Netflix estrenó el documental *Joan Didion: el centro cederá*, escrito y dirigido por el actor y cineasta Griffin Dunne, sobrino de Joan. El telefilme compone una mirada hacia el pasado, trufada de parte de las crónicas periodísticas de la propia escritora y, cómo no, de sus libros. Una frágil Didion nos coloca en el centro de la encrucijada: escribir para poner orden al caos de lo vital, valerse de lo vital como motor y materia de la escritura. Una trama dialógica cuyo centro es devastación y fuerza, bofetada y caricia, herida abierta y sutura a un tiempo. Y en el medio, un cuerpo tan entero como delicado, habituado quizá a un mecanismo tan profundamente humano como milagroso: sacar fuerza de las flaquezas. La fuerza suficiente como para asumir el desgarró de la pérdida de Quintana como una autocrítica: «Era adoptada. Me la dieron para que la cuidara y fallé». La frase sella de forma indiscernible experiencia vital con escritura, porque pertenece a *Noches azules*.

Didion tardó años en tirar los zapatos de su marido por si algún día volvía: se había aferrado al pensamiento mágico para sobrevivir. De nuevo la literatura como salida en tromba. Como fijador. Hasta que consigue atrapar entre páginas la vida que se marchó.



29. Janis Joplin-Amy Winehouse

El amor es perdedor

Ambas estuvieron tocadas por un don, aunque la inseguridad se estampilló de tal forma en sus vidas que se transformó en un agónico blues de matadero. Fueron muchachas lindas, con granos, afición por la *fast food* y los chicos malos; escribían poesía, tocaban la guitarra, eran echadas para adelante, y sin embargo nunca abandonaron esa mirada baja con la timidez prendida en la sonrisa.

Dejando de lado su trágico y coincidente destino, Janis Joplin y Amy Winehouse tienen mucho en común: una inseguridad (relacionada con sus poco convencionales físicos) que solo se disipaba sobre un escenario —donde se desinhibían hasta lo salvaje—, una desesperada necesidad de atención y cariño (Joplin comparó en alguna entrevista cantar en público con hacer el amor con los veinticinco mil asistentes a uno de sus conciertos y acabar

volviendo sola a casa), sus desgarradas voces —Janis de *mezzosoprano*, Amy de contralto— con las que siendo veinteañeras blancas podían sonar como divas negras del blues o el soul y una bisexualidad más o menos confesada.

A pesar de su enormidad, Janis Joplin y Amy Winehouse hicieron sus carreras musicales en menos de una década: a las dos las llamaba la muerte por todos los altavoces —en los *shows* de Jay Leno se mofaban de las adicciones de Amy—. Las dos murieron con veintisiete años, la primera por unos chutes de heroína pura, la segunda con un cuerpo bulímico estragado y 416 miligramos de alcohol por decilitro de sangre. Y el desamor bajo la puerta.

Lo relata el documental *Janis: Little Girl Blue*, dedicado a la vida y obra de la primera estrella de rock femenina, la blanca tejana atormentada desde niña, que una vez ganó el concurso del «hombre más feo del campus». Fue bisexual, rebelde, precoz asaltadora de barras, como Amy, que le cantaba al Tanqueray. En el filme, la voz de Cat Power lee las cartas que se han conservado de Joplin.

«Querida madre: todo indica que voy a ser rica y famosa. ¡Increíble! ¡Soy tan afortunada! Después de dar tantos tumbos como una chica descarriada, llegar ahora a esto. Parece que finalmente algo va a salirme bien.» Lo escribió dos años antes de morir, en febrero de 1968. La historia de Perla, como la apodaban, esa *mezzosoprano* del rock que aullaba como una negra con margaritas en el pelo, devuelve el retrato de una generación que cambió el mundo haciendo estallar la libertad en sus manos. Los versos que le dedica Leonard Cohen en *Chelsea Hotel No. 2* compendian una autoconsciencia dolorida y una voluntad compensatoria fraguada enteramente en la música, como quien se juega su reino entero a un solo tiro en la ruleta: «Y cerrando el puño por los que como nosotros / están oprimidos por los cánones de belleza, / te arreglaste un poco y dijiste: “No importa, / somos feos, pero tenemos la música”». La mujer de la canción también es un paliativo compensatorio: esa noche, Cohen, esperaba encontrarse con Brigitte Bardot.

Fue algo más añorada que Amy, la judía del norte de Londres que arrastraba asfalto y soul, la chavala que jugaba al billar y que de mayor quería ser camarera con patines. Su ansia de libertad fue tan bella como venenosa. Ella misma reconocía que la tenían que llevar en carretilla a casa. Le decía a

sus amigas que estaba completamente perdida. Quería hacer todo lo que hacía Blake, cortarse, tomar crack y heroína: él fue su amor y su pozo, el que a los nueve años se cortó las venas para que su madre abandonara a su padrastro. Un manipulador. Como su padre Micht. Como la cadena de intereses que dictan el estatus de una estrella global, en el que no podía encajar: «Nunca seré famosa, mi música no está hecha a esa escala». O más tarde: «La fama me da mucho miedo. Si fuera famosa me volvería loca». Sin entender que estaba enferma, que vivía vomitando y bebiendo.

Hay dos momentos musicales en el documental *Amy* que emborrachan el oído. El primero, con el que arranca el filme —cosido de vídeos caseros, versiones inéditas y un regüeldo de responsabilidades boca arriba—, es un *Moon River* que interpreta una Amy de dieciséis años: cuando silabea «hay tanto mundo por ver» se te agarrotan las cervicales. El segundo se halla en la versión de *Love is a losing game*, un directo en los Mercury Awards: si te enroscas en su quiebro ronco, te humedece los ojos. Lo más sustancial del magnífico documental de Asif Kapadia es que Winehouse nunca fue una don nadie manufacturada por la industria, ni una cabecita perdida con vestiditos de rockera y un eyeliner cincuentero.

Era una chica inteligente y superdotada musicalmente. «Estaba a la altura de Ella Fitzgerald o Billie Holiday», dijo de ella Tony Bennett. No le interesaba nada que no fuera real. Esa es su fuerza. Sus canciones contaban su vida: «He olvidado la alegría de los amores jóvenes», cantaba en *Back to black*, con su voz «de sesenta años en el cuerpo de una niña de diecinueve», como la describieron.

Le preocupaba su pelo, pero encontró un firme aliado: un moño a lo Ronettes, y, para subirse la moral, le suplicaba a su peluquera: «¡Más alto, más alto!». Decía que la fama la enloquecería. La relación con su marido, Blake Fielder-Civil, es demoledora. En 2008, sería nada menos que Keith Richards quien trazara públicamente el gesto paternalista que haría que sonaran todas las alarmas: «Esa chica no conseguirá mantenerse mucho tiempo si no se endereza rápidamente», a renglón seguido del ingreso de la cantante en un centro de rehabilitación. El perro viejo, reconociendo en la voz enorme de la joven Amy «lo único interesante que está pasando», no erraría apenas el

pronóstico. La cadena de manipuladores que le imponen un estatus de estrella global es infinita. Janis y Amy, genios precoces, muchachas lindas sin mapa ni freno para quienes el amor era un juego de perdedores.



30. Sontag y Leibovitz

Cuando digo enamorada

Cuando Susan Sontag agonizaba, víctima de un cáncer contra el que luchó desde muy joven, tenía a su lado a la mujer que había sido su pareja durante quince años, Annie Leibovitz. Y en esa cerrada intimidad en la que el tiempo se rompe en mil pedazos y la ausencia de la luz cobra sentido, Leibovitz la fotografió. «Las imágenes de Susan me ayudaron a superar su muerte», afirmó al inaugurar una exposición con las fotos en un blanco y negro mate, la más cruda expresión del dolor, austero, naturalista, que desagradaron al hijo de Susan, David Rieff.

Su relación era bien conocida por la alta sociedad neoyorquina y en los círculos creativos, pero se mantuvo en secreto hasta que los rumores cristalizaron en una realidad muy discreta. Vivían en dos pisos separados en el mismo edificio de Chelsea, y cuando Leibovitz tuvo, con cincuenta y un años, una niña por inseminación artificial —se llegó a rumorear con maledicencia que el esperma era del hijo de Sontag— organizó junto a la escritora un

encuentro con la aristocracia intelectual de Manhattan. Carismática y genial, la pareja contaba con el respeto de los medios, aunque mucho se revolvió acerca de aquel exacerbado secretismo tratándose de dos mujeres libres y poderosas. Los activistas homosexuales las criticaron por no aprovechar su ascendencia para normalizar la causa. Leibovitz ha afirmado en muchas ocasiones que Susan había sido una de las personas más influyentes en su vida. Exponer las imágenes de la vulnerabilidad última de su pareja no había tenido otro fin que distanciarse de sí misma, como para encajar un golpe al que pronto sucedería otro: apenas seis semanas después, moría su padre. Se desdobló como pudo, como supo; asumió un gesto que había ensayado una y mil veces y dejó que la retratista tomara el centro de la escena. Una intimidad periférica. «En aquella sala, era como si Susan no estuviera allí. Su cuerpo era como un artefacto. Estaba el cuerpo, pero ella no. Y yo estaba más bien en el papel de una fotógrafa.»

Sontag, que se autodefinía como moralista obsesiva, confesó haber amado a hombres y a mujeres, y acostumbraba a hablar en neutro acerca del amor. «Cuando digo que estuve enamorada, quiero decir que tuve toda una vida con otra persona, que vivimos juntos, que fuimos amantes, viajamos, que hicimos cosas. Nunca estuve enamorada de alguien con quien no me haya acostado», declaraba en la célebre entrevista de Jonathan Cott en *Rolling Stone*.

Mujeres: nuevos retratos, que se inauguró en Londres en 2016 y que viajó por diez ciudades del mundo, partía de un proyecto que arrancó en 1999, sobre una idea de Sontag que Leibovitz asegura haber vivido como algo parecido a querer «fotografiar el océano». A medida que la poderosa fotógrafa avanzaba, alejada del plató en el que dispara a las glamurosas portadas de *Vanity Fair* con las estrellas de Hollywood, crecía el interés en plasmar una realidad que trascendiera los focos. El luminoso caleidoscopio de la Leibovitz convocó cercanías imposibles (la reina Isabel II, junto a las hermanas Williams, o la oscarizada Lupita N'yongo, junto a la primatóloga Jane Goodall), y cernió su centro de atención en una presencia que se le niega: la incombustible Angela Merkel, «probablemente la mujer más importante hoy en el mundo», según ha dicho. Los suyos son retratos donde se mezclan esperanza y drama, epidermis y ensueño. Y ahí florece también la herencia de

una de las intelectuales más brillantes del siglo XX: novelista, directora de cine, activista política, ensayista capaz de escribir sobre estética o psicoanálisis, una mujer inconformista y valiente que ejerció de conciencia de una Norteamérica turbulenta y ombliguista. No calló nada, ya fuera la guerra de Vietnam, la tradición antiintelectual yanqui, la supremacía blanca, el deterioro de la democracia norteamericana, las censuras a la prensa...

No es frecuente que en el país donde se idolatra fieramente bandera e himno y que no permite renunciar a su nacionalidad, alguien declarase: «Siento un poco de vergüenza de ser estadounidense. Siempre me ha molestado la vanidad de querer ser los primeros [...]. Quizá por eso me gusta tanto sentirme extranjera. Me interesan más los derrotados que los vencedores». Hoy descansa en el cementerio de Montparnasse, mientras la colección de retratos de mujeres de piel dura y brillante, célebres o antiheroínas, nos devuelve el eco de esa intelectual que se declaraba estética apasionada, la que llamaba a su biblioteca —de ocho mil libros— «mi archivo de anhelos», la que sostenía que hablar era «una versión pálida y provisional de escribir», con su mechón tozudo y blanco.



31. Rita Hayworth

La vida sin guantes

Su belleza la condenó desde niña, cuando su padre, el bailarín sevillano Eduardo Cansino, la obligó a vestirse y maquillarse como una cabaretera con doce años. Le prohibía que lo llamara «papá» en público y, a puerta cerrada, abusaba de ella e incluso llegó a ofrecerla a cambio de bolos. La herida quedó abierta para siempre. Un estigma del que Margarita Carmen Cansino Hayworth (Nueva York, 1918) difícilmente se liberaría. Como si hubiera que pagar un precio por poseer tan arrebatadora belleza.

Su cuerpo era como un dibujo de Vargas: pechos grandes, piernas largas, curvas suaves y rotundas; sus rasgos alcanzaban la perfección, el mentón distinguido, los pómulos helénicos, un rostro ávidamente femenino, sin ñoñería, y una mirada que absorbía tan finamente el dolor o el amor como el espanto. El derecho de pernada siempre estuvo muy consolidado en Hollywood, no fue inventado por Weinstein. Y la joven Rita tenía que zafarse

de los continuos asaltos de machos poderosos. Se casó con su descubridor, Edward Hudson, que la hizo adelgazar, le tiñó la melena de naranja y le hizo depilar los cabellos de la frente para agrandársela. Cuando se hastió de ella la obligó a prostituirse. Vendrían otros. El mandamás de Columbia, Harry Cohn, la convenció de oscurecer su latinidad y rebautizarse, acosándola hasta la extenuación. Adoptó el apellido de su madre, Volga Margaret Hayworth, bailarina del mítico Ziegfeld Follies, y así nació Rita Hayworth: con la luz cegadora de los focos sobre el cartel, braceando por zafarse de sus amos en la vida real.

«¡No ha habido una mujer como Gilda!», rezaba la publicidad del clásico, y ella, que hasta entonces solo había mostrado sus habilidades dramáticas en *Solo los ángeles tienen alas*, junto a Cary Grant y Jean Arthur, se encargó de encarnarla. La película la convertiría no solo en mito erótico, también en icono popular de una época: su *Put the Blame On Mame*, con aquel memorable palabra de honor satinado negro y los guantes hasta los codos que desencadenaron una epidemia de imitaciones, sentó las bases del *striptease*. Por mucho que nadie llegara a ver el de *Gilda*. Pero su insinuación era infinita, y acaso por ello, por su capacidad perturbadora, la Iglesia católica la consideró en España «gravemente peligrosa».

Por entonces ella había sucumbido al cortejo del niño mimado de Hollywood, Orson Welles. Se casó con él. Les llamaban «la bella y el cerebro», y decían que él estaba obsesionado con la actriz, más que con la mujer que la habitaba. En aquellos años ella dijo aquella frase célebre: «Todos los hombres que conozco se acuestan con Gilda, pero se levantan conmigo». Aún les daría tiempo a rodar una película juntos antes de divorciarse, *La dama de Shanghai*, un fracaso comercial, como acostumbra a ocurrir con las obras de arte. Rita se retiró del cine para casarse con el príncipe iraní Ali Khan, aunque su maldición con los hombres volvería a cumplirse: el matrimonio no llegó a los cinco años.

Regresó a Hollywood, pero nada sería igual, en adelante persiguió sin suerte la sombra de Gilda, mientras iba perdiendo la cabeza. Su cuarto matrimonio con el cantante argentino Dick Haymes —de notorio parecido físico con Welles— no haría más que engrosar una biografía marital signada por la repetición de un patrón abusivo enquistado allá lejos, tras la puerta

siniestra de su infancia. El revés que recibió a cambio de salvarlo de una inminente deportación fue físico y simbólico: se divorciaron después de que él la abofeteara en público. Qué no sucedería en privado en una unión que se hizo trizas en apenas dos años.

James Hill remataría la lista cumpliendo irremisiblemente con el guion: Hayworth alegraría «crueldad mental» al presentar la solicitud de divorcio. Fue el cierre de una historia de dolorosa indefensión, cuyo signo trágico convendría poner no en el final, sino en el principio. Quizá Rita nunca dejó de ser Margarita, desafiando una ristra de hombres con el encanto incontestable de su belleza, pero con la vulnerabilidad de una niña rota desde que tenía memoria. Y una fuga hacia el vacío escrita en la inocencia de creer que el próximo sería el distinto, el definitivo. Aunque la maldición lo impidiera.

La fotografiaron despeinada, medio ida. Alcohólica sin recuperación, sentenciaron. Hasta que sus ataques de ira y sus lapsus de memoria fueron diagnosticados como alzhéimer. Fue una de sus primeras víctimas famosas, y contribuyó a ponerle cara a la enfermedad. Aquella bella mujer que encumbró una expresión sensual y cimbreante de la feminidad, de la que abusaron en su juventud, que tuvo cinco maridos fugaces, que alcanzó la corona de icono del cine mundial, murió en su casa de Nueva York sin saber quién era. Y todo pareció desgraciado pero también hermosamente real por la manera en que seguimos adorando la melena ondulada, rojiza y ya centenaria de aquella Gilda.



32. Idea Vilariño

Poeta de la ausencia

Nadie se llamaba como ella: Idea. Su padre, poeta anarquista, quiso bautizarla como Ideal, pero acabó rebajando las expectativas. Sus hermanos, Azul y Numen, las chicas Alma y Poema. De una casa con patio y jardín en Montevideo tuvieron que mudarse a una barraca de cal donde enfermaron todos. Primero murió la madre, delicada y en cama desde que nació Idea, después el padre, luego el chico, Azul. Ella ya no vivía allí: padecía un eczema en la piel —que más tarde derivaría en necrosis, y uno de sus amores le arrancaría a tiras la piel muerta— y el polvo de la cal avivaba sus heridas. Huérfana con veinticinco, lucía una belleza diferente, clásica como sus collares de perlas, moderna con su boina y blazer sobre los hombros; su mirada cargaba la misma sensualidad y escepticismo que su poesía. Fue una gran seductora, una amante apasionada que compuso versos hambrientos en los que el amor fue su principal huésped.

Idea Vilariño formó parte de la llamada Generación del 45, junto a Mario Benedetti, Juan Carlos Onetti, Ángel Rama o Ida Vitale, un grupo de escritores que recuperaron el pasado literario y levantaron puentes de modernidad fundando revistas, traduciendo y editando con mimo. Vilariño vertió al castellano a Shakespeare y a Queneau, daba clases, componía y cuidaba las plantas. Era una intelectual clásica. Leer sus versos, se ha dicho, es algo parecido a andar por el alambre sobre el vacío. «Pocos poetas como ella se leen con las vísceras, el corazón, el cuerpo todo [...] a veces debo suspender su lectura —tomar aire, cruzar a la verdad del sol— quizá porque me enfrenta de un modo brutal con el horror de la ausencia, la soledad y la muerte», aseguraba la escritora y actriz argentina Silvia Arazi a *La Nación*. Y es que para Vilariño la felicidad es siempre efímera. A un amor le seduce otro. O varios a la vez. Fue adulta de joven. Se matriculó en medicina pero cambió a literatura. Se enamoró de su profesor y le bordó admirablemente la cubierta de un libro de Paul Valéry. Fue catedrática, ensayista, periodista, rechazó premios oficiales. No tuvo hijos. Anotaba en una libreta el nombre de sus amantes. Pero arrastró allá donde fuera la leyenda de haber sido la amante de Onetti, a quien, tras su ruptura, le dedicó un poema capaz de contener, como en una copa amarga, todo el hielo del desamor, paralizador, inabarcable. Se titula «Ya no» y se incluye en los *Poemas de amor* publicado por primera vez en 1957, y reeditado en Chile por Ediciones Universidad Diego Portales. Dice así: «Ya no será / ya no / no viviremos juntos / no criaré a tu hijo / no coseré tu ropa / no te tendré de noche / no te besaré al irme / nunca sabrás quién fui / por qué me amaron otros. / No llegaré a saber / por qué ni cómo nunca / ni si era de verdad / lo que dijiste que era / ni quién fuiste / ni qué fui para ti / ni cómo hubiera sido / vivir juntos / querernos / esperarnos / estar. / Ya no soy más que yo / para siempre y tú / ya / no serás para mí / más que tú. Ya no estás / en un día futuro / no sabré dónde vives / con quién / ni si te acuerdas. / No me abrazarás nunca / como esa noche / nunca. / No volveré a tocarte. / No te veré morir».

Se conocieron en un bar de Montevideo, en 1950. Ella dirigía la revista *Número*, él tenía fama de buen escritor y mujeriego, estaba casado con su prima. Ambos esperaban «lo peor» del otro, pero se enamoraron. Fue un amor abrasador. En sus memorias, *La vida escrita*, hay fotos de todos sus hombres

excepto del que más habló, y con el que se siguió escribiendo e intercambiando sueños hasta que murió. «Pese a todo fue el hombre más importante de mi vida, aun contando todas las formas del desprecio, de la indiferencia, de mandarlo al diablo que pudo haber», diría, como recogieron M.^a Esther Gilio y Carlos Domínguez en *Construcción de la noche*. Desprecio e indiferencia que asume el poema en formas pronominales de negación repetidas como un mantra, en ausencia pura, en el pronunciamiento inapelable del «nunca» como profecía del desencuentro. Sus poemas están transidos del poder agudo del asceta, de la austeridad de la sentencia, de la desolación sorda de la pasión furiosa puesta en palabras. La negación como condición del ser amoroso, la pura sustracción como enmascaramiento de una voz que ama y no ama a un tiempo: «No te amaba / no te amo / bien sé que no / que no / que es la luz / es la hora / la tarde de verano / lo sé / pero te amo / te amo esta tarde» («No te amaba», *Poemas de amor*).

Ella se iría en abril de 2009, quince años más tarde que Onetti, ciega y sola. A su entierro asistieron doce personas, al de Benedetti, fallecido un mes más tarde, dos mil. Pidió un ataúd sin cruces, desnudo como sus versos.



33. Marguerite Duras

Un deseo libre

«Quince años y medio. El cuerpo es delgado, casi enclenque, los senos aún de niña, maquillada de rosa pálido y de rojo. Y además esa vestimenta que podría provocar la risa pero de la que nadie se ríe», así se describía Marguerite Duras (Saigón, 1914) en *El amante*, un libro que a muchos nos cambió y nos hizo sentir lectores diferentes, como si su prosa a menudo fragmentada, sus frases desordenadas sin comas ni puntos, sus elipsis y sus látigos paradójicos nos sacudieran. Dice: «Mi madre mi amor mi increíble pinta con las medias de algodón zurcidas...». También dice: «Muy pronto en mi vida fue demasiado tarde. A los dieciocho años envejecí. No sé si a todo el mundo le ocurre. Nunca lo he preguntado». Duras tuvo arrugas desde muy joven: surcos en la frente, la piel resquebrajada, «un rostro destruido» como inventario de la pasión de aquella joven francesa, huérfana de padre —profesor de Matemáticas— desde los cuatro años, cuya madre permitió que se

prostituyera, aún virgen, con un chino rico a orillas del Mekong. Ella fue la chiquilla que quería ser escritora, a quien las niñas del instituto que aprendían crol dejaron de hablarle porque andaba por barriadas de mala fama, en la limusina negra del chino, siempre con demasiado maquillaje.

El amante se publicó en España a mitad de los ochenta: la tradujo al castellano Ana María Moix, y Marta Pessarrodona al catalán, ambas editadas por Tusquets. Recuerdo, casi con literalidad, de qué manera la prosa de Duras penetró en mis veinte años modificando las primeras nociones del amor, igual que en el imaginario de los tres millones de lectores que celebramos la novela (Premio Goncourt 1984) como un libro iniciático que ofrecía otra visión del deseo sostenido en una tensión erótica que nunca se acaba de satisfacer. La de quien escribe: «Los besos en el cuerpo hacen llorar. Diríase que consuelan». Sus frases emergen, se sacuden la espuma de los verbos, se dejan «invadir por la sensación», aseguraba Nathalie Sarraute —quizá lo único que tiene en común con alguno de sus compañeros del *nouveau roman*—. Su obra pone el énfasis en su historia personal, que hace y rehace una y otra vez; su combate contra la sintaxis es su manera de responder a las formas impuestas, y de plasmar su voz, dubitativa, no siempre creíble. Aseguraba que uno escribe siempre sobre el cuerpo muerto del mundo, y también sobre el cuerpo muerto del amor, no para reemplazarlos, sino para consignar el desierto que dejan. Desierto sin dunas, cuyo principio constructivo y cuyo centro de significación profunda parecen tener como condición de posibilidad la sustracción, el extravío. «La historia de mi vida no existe», tal como rezan las primeras páginas de *El amante*, es el disparador de una historia que supone un fuerte correlato autobiográfico en la misma medida que una ausencia, un hiato leído desde el presente. La fascinación de la ausencia que se había llevado consigo aquella Lol V. Stein, la del arrebató, que en un movimiento de envés físico se borra a sí misma y se repliega en un trauma inenarrable, como todo trauma, claro está. Duras trama en su escritura ausencia y evocación, tormento y belleza, destrucción y sutura. Ubica en el centro de sus tensiones la imposibilidad de recuperar un pasado que supone el asedio a una escritura que, por contradictorio que parezca, depende de él. Un desierto sin dunas para un oasis sin alivio. En 2016 se cumplieron veinte de su muerte, víctima de un cáncer de esófago.

Pero la memoria se obstina en recordar e, igual que en sus novelas, tantea y repite una y otra vez. Ella buscaba la palabra exacta; trata de escribir de la misma forma que se trata de amar, aun sabiendo que nunca se logrará del todo. Duras siempre regresa, una y otra vez, fiel al *ritornello* tan característico de su prosa: «Tú no has visto nada en Hiroshima». Es lo que ocurre cuando se intenta formular un relato desde el pasado.

Marguerite Duras fue una gran conversadora, tan colérica como despojada de lugares comunes, valiente. Vivió enclaustrada durante sus últimos años; dormía con un hombre treinta y ocho años más joven que ella, homosexual, Yann Andréa Steiner, a quien le cambió el nombre. «Yann llegó a la vida de Marguerite cuando ella estaba sin aliento. Le devolvió las ganas de escribir y de filmar su amor, su imposibilidad de amar. Yann la protegerá, la soportará. Yann se callará, encajando los golpes y los insultos», según atestigua su biógrafa Laure Adler.

Marguerite Duras vivió entre prosas, películas, litros de burdeos y frases que hacen llorar como aquellos besos en Indochina. Nunca dejó de hacer mermeladas.



34. Diana Arbus

Salir a cazar

Hay que empezar a hablar de Diana Arbus por su ángulo más misterioso: su atracción por lo oscuro, por lo que la mirada acostumbra a temer. Y decir más: que solo entre la alienación y la rebeldía, en la extrañeza más monstruosa, se encontraba segura. Se propuso una meta para escapar de sí misma: perderse por las calles, por los lugares más fronterizos de la realidad en busca de aquellos seres diferentes, tildados de *freaks* —travestis, enanos, gigantes y otras criaturas, albinos o tatuados, usados como prodigios circenses—. Llegó a sentir que ella era una más entre los que penetraron en el abismo. Creía que hay cosas que nadie habría visto si ella no las hubiera capturado. En una ocasión, en el MoMA llegaron a escupir a una de sus fotos, la de un travesti con rulos, un cigarro y una expresión que pasa por encima de ti como una plancha caliente. La desolación, la fragilidad y sobre todo el desarraigo íntimo afloraron en la obra de esta descomunal fotografía que empezó retratando el

glamur, las parejas que no se hablaban en restaurantes, acaso a la manera de sus padres, emigrantes judíos que abrieron una *boutique* de moda en la Quinta Avenida y se hicieron millonarios. Escapó a los dieciocho años y acabaría fotografiando el infierno.

La vida de Diane Arbus acabó un 26 de julio —de 1971; vamos camino del medio siglo— tras ingerir una buena dosis de barbitúricos y cortarse las venas de las muñecas en el histórico edificio de la Westbeth Artist Community, a orillas del río Hudson, en Nueva York. «La forma en que Arbus murió, como en el caso de la poeta Sylvia Plath o, en una generación posterior, la fotógrafa Francesca Woodman, se ha convertido en parte de su legado artístico, como si su fin prematuro fuese el resultado inevitable de su trabajo», escribe Andy Grundberg en *The American Scholar* a propósito de *Diane Arbus: Portrait of a photographer* (2016), que se publicó en Estados Unidos. Las heridas secretas emergen ahora en la investigación de su obra adherida a su sensibilidad y cosida en harapos: «Arbus tenía muchos frentes psicológicos abiertos —una depresión, su promiscuidad sexual, el incesto, y una progresiva disminución de la capacidad de establecer y mantener relaciones sentimentales significativas— que nada tienen que ver con su trabajo o ambiciones».

En su célebre ensayo sobre la fotografía, Susan Sontag carga las tintas con ella y su aura maldita: «El interés de Arbus en los monstruos expresa un deseo de violar su propia inocencia, de socavar su sensación de privilegio, de aliviar su frustración por sentirse segura». Algo que ella misma reconoció. Nunca había conocido la adversidad: «Y sentirme inmune, por ridículo que parezca, era doloroso». La fotografía mitigaría ese dolor, pero antes tendría que cruzarse con las dos personas más importantes de su vida: su marido, Allan Arbus, junto al que comenzó a disparar instantáneas y con quien trabajará para revistas de moda: *Esquire*, *Vogue* y *Harper's Bazaar*, y la fotógrafa austríaca Lisette Model, la que proclamaba: «No disparen hasta que el sujeto que enfocan les produzca un dolor en la boca del estómago». Tras su divorcio, Arbus se convirtió en la cazadora del abismo que siempre había sido.

«La única manera de escapar del abismo es contemplarlo, medirlo, sondearlo y descender a él», dijo un autoconfesional Pavese en *Il mestiere di vivere*. Arbus pone esta premisa en acción, solo que cámara en mano. Arroja

el abismo a la superficie, cristalizándolo en una otredad que emana de nosotros mismos. Arbus cifra la geografía de lo insondable en una mirada, en un gesto, en una callada epifanía especular que nos interpela desde una aparente quietud a la que no podemos sustraernos. No es posible guardar distancia con esa visión del mundo que trasunta la fotografía de Diana. Parece disparar a dos sujetos a un tiempo: el retratado, y quien observa ese retrato. El escritor Norman Mailer lo vería claramente: «Entregar una cámara a Diane Arbus es como darle una granada a un bebé». Sabía de lo que hablaba: no por nada su fotografía del niño con una granada (*Child with Toy Hand Grenade in Central Park*, de 1962) asume las tensiones geopolíticas de la época de la posguerra. Una granada simbólica que también le explotaría a ella.

Cuentan que el mismo día que encontraron su cuerpo sin vida en la bañera de su apartamento del Westbeth corrió el rumor de que había montado un trípode y una cámara para poder fotografiar su muerte. En su funeral, Avedon murmuró: «¡Cómo me gustaría ser un artista como Diane!», a lo que Frederick Eberstadt le respondió, corrigiéndole: «No, no te gustaría». Al final de sus días, cuando incluso le faltaba confianza para cruzar la calle, su rostro había absorbido los rasgos del desamparo de todos aquellos que había fotografiado.



35. Véra Nabokov

Una devoción literaria

«Pasan los años, amor, y con el tiempo nadie sabrá lo que tú y yo sabemos.» Vladimir Nabokov le dedicó esta frase a su esposa, Véra, en su autobiografía *Habla, memoria*. En ella cristalizaba un sentimiento que se traslada a lo largo de los cientos de misivas que conforman su correspondencia, publicada más de cuarenta años después de su muerte. *Cartas a Véra* (RBA) es una exaltación del largo y bello amor, Nabokov en estado puro: una loa a la vida, chispeante, hiperbólica, arrebatada, indolora.

Vladimir y Véra se conocieron en Berlín, en un baile de máscaras, el 8 de mayo de 1923, y ella empezó a recitar de memoria sus versos. Fue un auténtico flechazo. Se casaron dos años más tarde, en Praga, con apenas dos testigos. «No hay nadie que ame a otro del modo en que nosotros nos amamos», le escribía ya al inicio de la relación. Asistieron al derrumbe de un mundo privilegiado que los convirtió en apátridas, errantes por media Europa en

busca de una casa con la que nunca llegarían a reemplazar el paisaje de la infancia ni a contrarrestar la nostalgia de la pérdida. Las cartas son el testimonio mudo de las distancias intermitentes impuestas a los amantes por un mundo que se hacía trizas, poniendo a prueba las resistencias de una mujer que se sabía señalada por judía e inmigrante rusa. La defensa que ensayó entonces consistió en volverse sobre sí y sobre sus pasos, enmascarada en un repliegue, en apariencia, incomprensible. Era la respuesta sensible a la certera percepción de la amenaza. El gesto se repetiría, y su biógrafa Stacy Schiff (*Véra. Señora de Nabokov*, 2002) llegaría a hablar de una «pasión del desmentido», por ese apego retracción. Véra se debilitó por dentro, pagándolo, aunque por poco tiempo, con una salud precaria. El cerco íntimo del matrimonio se vio asediado por la realidad de una contingencia revulsiva que no escondía la puñalada traperera. Véra supo mudar debilidades por fuerzas, al punto de sobornar al funcionario que había de sacarlos de una vez de la convulsa Europa. Por entonces, el único hijo de la pareja, Dimitri, tan solo tenía cinco años. Llegaron a Estados Unidos e hicieron gala de una capacidad infatigable para ser felices, para acabar viviendo sus últimas dos décadas frente a la plata pálida del lago Lemán.

Véra ordena la vida de Nabokov con una devoción esclava. «Me casé con un genio», afirmaba. Ella conduce —el escritor era muy torpe al volante—, lo protege, y no solo de los editores y de los fans, sino que día y noche lleva en su bolso un elegante revólver.

Se vuelca por completo en hacerle más fácil la vida y ayudar en su obra a Vladimir, con quien compartía iniciales. Y cuando les llega el éxito y Vladimir trabaja la adaptación de *Lolita* con Kubrick, Véra incluso cancela una cena con Marilyn Monroe, que parece que se llevaba muy bien con el escritor hiperestésico. «Véra destruyó todas sus cartas a su marido por considerarlas “poco interesantes”; aunque es sabido que suyas eran muchas de las cartas firmadas por V. N.», escribía Rodrigo Fresán en *ABC*. Los dos se hacen uno, la unión es indestructible.

La mujer que salvó *Lolita* de la hoguera, correctora, editora, traductora, la que negociaba contratos y lo acompañaba a cazar mariposas, recibió una prueba máxima de amor: todos los libros de Nabokov están dedicados a ella: «A Véra». «Ama, almita, dulce amor, mi felicidad, mi soleado arcoíris», le

escribe en sus cartas. Su correspondencia es un catálogo de encabezamientos; aunque chocantes, algunos son interpretables —«colchoncito, cosita cálida, ovillito...»—, pero otros resultan más extraños: «Grumito o verdecita». Quien fuera un notable entomólogo explora el reino animal para crear un alfabeto íntimo: «Gansita, chimpancita, gorrioncín, mosquitín, minina, perrita», incluso «larga ave del paraíso de preciosa cola». Las cartas, líricas a ratos, irónicas otros, como la obra del autor, transpiran una fiera voluntad de permanencia en la que ambos manifiestan sacudidas de deseo. «Hay cosas de las que cuesta hablar: es como si les quitases su maravilloso polen al rozarlas con las palabras», razona el escritor cuando estrenan caricias. Pero a lo largo de cincuenta y cuatro años de relación, irá levantando las pátinas de polen y misterio para transformarlos en pasta cotidiana. En una ocasión, Nabokov le fue infiel con la actriz Irina Guadanini; duró poco, se cuenta que él quedó más devastado que Véra. Se arrodilló y le escribió: «Tú has sido, eres y serás mi único amor».

La biógrafa de Véra, Stacy Schiff, asegura que incluso sus detractores admiten que participó en la obra de su marido en un grado sin precedentes. «Fue una auténtica colega creativa, nada habría sido posible sin ella.» Y sin embargo «no era más que una esposa». El tipo de esposa con la que todo escritor sueña. «¿Cómo explicarte a ti, mi dicha, mi admirable felicidad de oro, hasta qué punto soy tuyo, con todos mis recuerdos, poemas, arrebatos, torbellinos interiores? Explicarte que no soy capaz de escribir una sola palabra sin escuchar cómo la pronunciarías tú.» De sus incansables horas frente a la máquina pasando a limpio todas las cuartillas de su marido y traduciendo su obra, a Véra le salió una joroba además de un sereno brillo en la mirada que se anegó cuando la desahuciaron del hotel Montreux Palace, por renovación. Siempre altiva y exigente, renunció a cambiarse de edificio y de habitación, y se mudó a un apartamento en Vevey. Cuando Vladimir murió, ella le dijo a su hijo: «Alquilemos un avión y estrellémonos». Lo sobrevivió catorce años.

Véra descansa en el pequeño cementerio suizo de Clarens, junto a su marido, cerca del muelle florido por donde paseaban cada mediodía antes de tomar un Tío Pepe que les servía el barman, el español Antonio Triguero. Su

amor no fue una circunstancia, sino que ambos constituyeron un reino. «Mi felicidad», se decían el uno al otro.



36. Las hermanas Mitford

Excéntricas y perversas

Nadie como ellas lucía las perlas en sus cuellos de cisne, ni bailaba con John F. Kennedy con la espalda erguida y a la vez redondeada. Posaban frente a la cámara de Cecil Beaton con una mirada inquietantemente transparente y enamoraban a los lánguidos dandis de la Inglaterra posvictoriana. Irreverentes y libertarias, estas aristócratas iconoclastas que resultaron políticamente extremas, las «chicas Mitford», fueron tan famosas por su elegancia y sus amistades bohemias e incorrectas como por sus ácidas inteligencias que cargaron el humor como un arma: en su infancia novelesca ya lo utilizaban para destrozarse verbalmente las unas a las otras. Las crónicas sociales dan fe de sus atrevimientos, sus excesos y escándalos. Además, se ocuparon bien de agarrarse a la inmortalidad dejando una detallada memoria de sus vidas azarosas, en las que volcaron contradictorias paradojas y retratos mordaces.

En 2016, Sotheby's anunció que en el mes de marzo subastaría cuatrocientos objetos personales de la última superviviente del clan, la pequeña Deborah, Debo, la undécima duquesa de Devonshire, fallecida en 2014 con noventa y cuatro años. Fue íntima de JFK, de Lucian Freud y de medio Parlamento británico. En «*Wait for me!*» (¡Esperadme!), título de su contribución a la obra coral de la saga bautizada *Mitfordiana*, un género en sí mismo, contaba que al ser la pequeña se pasaba el día corriendo detrás de sus hermanas mayores. Tory recalcitrante —aunque se declaraba apolítica—, en una ocasión, junto a su hermana filonazi Unity Walkiria, tomó el té con Hitler. En sus últimos años escribió manuales de jardinería. La familia espera recaudar un millón de euros, aventando sus cenizas en esa especie de liberación simbólica y económica. Ahí está volcado el contenido de la antigua Vicaría de Edensor: un broche en forma de corazón asaeteado cubierto de diamantes que diseñó personalmente el duque para sus bodas de diamante o una primera edición de *Retorno a Brideshead* dedicada por el amigo de familia —y pretendiente de Diana— Evelyn Waugh.

Las Mitford supieron representar con literalidad y alevosía su condición de «excéntricas». Algunas (Nancy, Diana y Jessica) escribieron deliciosos libros, que van de una autoficción *avant la lettre* a las memorias literarias; todas han sido objeto de innumerables biografías —individuales y de grupo—, volúmenes de correspondencia y ensayos sobre sus obras, auténticos *best sellers*. Sus vidas cruzadas contienen todos y cada uno de los elementos que conforman el terrible y creativo siglo XX: confrontación política (en la familia convivieron nazis, comunistas y aristócratas), la despreocupada alegría de la *happy few*, el fin de una estirpe. En España, la recuperación de la obra de Nancy por Libros del Asteroide —*A la caza del amor*, *Amor en clima frío* y el resto de sus novelas parisinas— ha contribuido a acercar a esa «agitadora del genio», como la definió Waugh. Su vida privada socavó grutas: enamorada de un homosexual, casada con un alcohólico, vivió años en una elegante y digna miseria y acabó enamorando al jefe de gabinete del general De Gaulle, Gaston Palewski.

Hace un par de años, en la Semana de la Moda de Milán, un joven aparecía en la pasarela con un jersey azul, cuya inscripción en severas mayúsculas rojas clamaba: «Never marry a Mitford». La firma del diseño

corrió por cuenta de Gucci, y las crónicas hablaron entonces de sorpresa y nostalgia. Quién sabe qué extraordinario big bang hubiesen provocado las inconcebibles hermanas en un mundo virtual en donde cada pequeño gesto arroja una marejada de vindictas públicas en forma de *trending topics*. Lo cierto es que la firma Gucci no hizo más que sacudir el armario del auténtico autor de la frase: lord Andrew Cavendish, hijo del duque Devonshire, y marido, quién lo hubiera dicho, de la menor de las Mitford, Debo. Claro está, que el temerario aristócrata no se refería a su esposa, sino a su pléyade de hermanas. Asaltando un territorio prototípicamente relegado al universo femenino, como bordar frases en el tejido, el hombre hizo gala de un talento para el humor lacónico que hoy en día le hubiera reportado una buena cantidad de seguidores.

Encanto y malicia planean por sus vidas y obras, además de aventura. Diana sería encarcelada por Churchill por sus amistades fascistas, y se casaría con el líder de los camisas negras sir Oswald Mosley, mientras que Jessica colaboró con las Brigadas Internacionales en la guerra civil española. Unity, enamorada del Führer, se trató de suicidar pegándose un tiro en la cabeza con el revólver de pedrería que le había regalado Adolf, pero quedó en un intento de morir fatuamente *in bellezza*. Ya lo gritó el poeta —John Betjeman—: «¡Las chicas Mitford! Yo las amo por sus pecados».



37. Emma Cohen

Musa del escepticismo

De mayor, Emma Cohen seguía sosteniendo su cabeza con los brazos, los codos bien apoyados, la mirada atenta y a la vez expectante, igual que hacía de joven. Era un gesto muy suyo, tan entregado como indómito, encendido con su media sonrisa nunca complaciente. Un gesto que a finales de los setenta reflejaba una nueva compostura en una España pacata. Porque ella no se parecía a sus contemporáneas. Apenas se maquillaba, era una mujer de café y tertulia, y muy especialmente una letraherida con un tinte «proustiano» en su prosa. Escribió Umbral de su escritura: «Lo que aclara y agranda sus antárticos ojos es la burla, la decepción, la infancia y el cansancio».

Ella representaba otro tipo de feminidad sin crepar. Ni rastro de diminutivos agudos ni de una coquetería evidente, vestía con una sencillez que lucía igual que un traje de gala. «Siempre fue una mujer bellísima, de rostro y

de alma», afirmaba Mario Gas tras su inesperado fallecimiento. Porque murió tan discretamente como actuó y vivió.

En la web de la agencia Carmen Balcells se resume así su biografía: «Emma Cohen abandonó la carrera de Derecho en la Universidad de Barcelona para dedicarse al teatro y al cine a tiempo completo. Considerada la musa del cine *underground* catalán de los sesenta, vivió el mayo del 68 en París y después se trasladó a Madrid, donde colaboraba con la revista *Mundo Joven*. Además de actuar en varias obras de teatro y películas (algunas bajo las órdenes de Fernando Fernán Gómez, con quien se casó), ha dirigido guiones para el cine, la radio y la televisión. También ha ilustrado el libro *Trece fábulas y media* de Juan Benet, con quien mantuvo una larga relación sentimental». Es curiosa esta última línea acerca de sus amores literarios. Pero aquel amor intenso con Benet fue sonado. Fernán Gómez, a pesar de su fama arisca, le mandó un recado desde las páginas de *Triunfo*, en las que publicaba una suerte de autobiografía resumida: «En el mes de septiembre alterné el trabajo en la película de Gutiérrez Aragón *Maravillas* con las representaciones de *El alcalde de Zalamea* en diversas ciudades. Y por fin terminé la película y terminé la gira. A la vuelta a Madrid, mi compañera me abandonó. Aquí termina mi autobiografía. A partir de ahora empieza la autobiografía de otro señor».

Cohen, la que había sido siempre una rebelde, volvió a su lado. Rebelde en el sentido literal, en el de oponer resistencia a lo impuesto. Emmanuela Beltrán Rahola era hija de una pareja de abogados de la acomodada burguesía catalana, y se sublevó contra ellos y un futuro impuesto que empezaba por estudiar Derecho; en mayo del 68 fue detenida en París por su participación en la revuelta estudiantil y tuvo que ser su madre quien fuese a buscarla a la capital francesa para traerla de vuelta; como actriz prefirió a los alternativos, los contracorriente, los raros: rodó a las órdenes de Jorge Grau, Gonzalo Suárez, Jesús Franco, Eloy de la Iglesia, Glauber Rocha, Antonio Drove, Fernando Colomo o José Luis Garci. A ratos luchó contra el propio cine, sus cánones y miserias: «Yo me planteé que no podía sucumbir si me ofrecían una película apetecible y, para no dudar, me puse a ensanchar. Y engordé, y me pasé quince años gordi, lo suficientemente gordi como para no hacer

películas». Por amor. Se situó detrás de la portentosa sombra de Fernán Gómez, sin aspavientos. «Tuve la mejor vida posible porque intenté que la de él también fuera así.»

Probablemente, su ida en 2016 sin estridencias, ni angustiosos anuncios previos estuviera recorrida por esta convicción. Los enveses misteriosos del destino hicieron coincidir la fecha de su partida con la reposición de la película *Bruja, más que bruja*, de Fernando. Un desencuentro ingrato o glorioso, según cómo, o mejor, según desde dónde se lo mire. Fue su último acto de rebeldía; no había dejado entrever ni a propios, ni a extraños la batalla desigual y privada que estaba librando en la intimidad de su refugio en Algete. Las necrológicas que le dedicó la prensa parecieron componerse en torno a un acuerdo tácito: Emma lo había dejado todo por amor, léase, Fernando. Se habían casado en el 2000, en el hospital de La Concepción, un amigo y una enfermera como únicos testigos. Fue libre, trabajó con los mejores, hizo de gallina Caponata, y, cuando quiso, se negó a desnudarse por exigencias del guion.



38. Michelle Obama

Una intrusa en la Casa Blanca

No ha existido mejor lección de lo diferente que la de Michelle Obama en su paso por la Casa Blanca. No se ha parecido a nadie, ni lo ha pretendido. Poco ha tenido que ver con cualquiera de sus anteriores inquilinas, a pesar de compartir la vocación humanista de Eleanor Roosevelt —tan humillada en la vida privada por su marido infiel—, o con la sinceridad y el coraje de la pobre Betty Ford —que dedicó buena parte de su vida a combatir las adicciones que había padecido—, o incluso con la ambición profesional de Hillary Clinton, porque Michelle es más filantrópica y movilizadora. Ha transitado del *Let's move* al *Let girls learn* porque tanto la lucha contra la obesidad infantil —tan vinculada con la desigualdad— como la alfabetización de millones de niñas relegadas a ser esclavas domésticas o sexuales en todo el mundo han activado su grado de compromiso.

En sus viajes al tercer mundo, ha asistido a la violencia ejercida sobre las niñas privadas de un pupitre y lanzadas a la escala más perversa de la supervivencia. Después del secuestro de las estudiantes por parte de Boko Haram, comprendió cuál debía ser su foco: educar a una niña significa impactar en la cadena de progreso del país, la mejor arma contra la barbarie.

Michelle ha forjado un estilo basado en el aplomo y la naturalidad. Nada que ver con el bótox de Hillary —e incluso de Donald Trump—. Todo lo contrario: pone carotas, frunce el ceño sin miedo a parecer una *angry black woman*, pasea con majestuosidad ancestral sus caderas anchas, su piel brillante y sus hombros torneados y hasta ha conseguido inocular el lenguaje cotidiano en el discurso impenetrable del poder. Tampoco se ha parecido a las otras ex primeras damas en el papel que desempeñaban frente a sus poderosos maridos. Michelle ha sido cómplice, una igual, la mujer que ha llegado a confesar en público las flaquezas de Barack: «Por la mañana su aliento apesta». En los momentos más adversos, de silencio opaco, como los funerales de Estado o actos terroristas, ha sacado pecho y empatía, e incluso parecía refugiarse bajo su ala al presidente de Estados Unidos.

Siempre ha hablado con orgullo de sus orígenes: tataranieta de Jim Robinson, nacido en Carolina del Sur, esclavo en una plantación; bisnieta de Fraser Robinson, sirviente iletrado que aprendió a escribir de adulto y se dedicó a vender zapatos y periódicos; hija de Fraser Robinson III, un operador de bombas en el Departamento Hidráulico de Chicago aquejado de esclerosis múltiple, y de Mary Robinson, se crio viajando en autobús para ir a un instituto pijo donde la matrícula, sin embargo, a ella le había costado lo mismo que el billete. Amante de la música, desde pequeña escucha jazz. Sus iconos, Aretha Franklin, Ella Fitzgerald o Billie Holiday, tienen un tinte revolucionario, aunque también un arrastrado sufrimiento por su raza. No le costó aprender que la conciencia de clase existe.

Sus padres eran conscientes de que para que sus hijos fueran respetados debían llevar en su currículum el nombre de Princeton o Harvard. «Princeton era extremadamente blanca y muy masculina», relata en su autobiografía, donde también cuenta que una de sus compañeras de cuarto, Cathy, se cambió

de habitación después de que su madre se quejara repetidamente a la universidad porque eran fuertemente racistas y no podían consentir que su hija compartiera habitación con una negra.

A pesar de su brillante formación, durante su reinado nunca ejerció de abogada pública, a diferencia de Hillary Clinton, que de *first lady* estuvo a punto de ser *lady first*, pero los votantes consideraron que encarnaba al viejo poder. Michelle lleva perlas, pero de forma bien diferente a la de Jackie Kennedy; su estilo nunca ha sido aristocrático, tampoco étnico. A menudo ha descansado en el patrón del *new look* de Dior, estrechando su cintura y afinando su mensaje, siempre con la mano tendida. Por ello encarna esa vía política que representa el *soft power*, el ejercicio de un poder sutil y flexible que trata de atraer a socios que comparten objetivos mediante el diálogo y cuya palabra clave es «influencia». Michelle parece haber fundado una nueva genealogía, un nuevo modo de dar sentido al rol de primera dama, que parece eclipsar incluso a la actual ocupante, Melania Trump. Supo responder tempranamente desde una impertérrita estrategia de hechos consumados a quienes la tachaban de «demasiado ambiciosa» por siquiera aspirar a poner los pies en la Universidad de Princeton. No fue bienvenida por sus compañeros: «Mis experiencias en Princeton me hicieron mucho más consciente del hecho de ser negra», escribiría en la introducción de una tesis que le supondría la distinción *cum laude*. Era la primera vez que se encontraba en un entorno donde la población negra era sumamente inferior a la blanca.

La elegancia de una resistencia estoica trazaría el andamiaje de una conciencia que, como reconoce Chimamanda Ngozi Adichie, siguió el ritmo de los astros, que avanzan a un tiempo, sin prisa pero sin pausa: «Ella no había contenido la respiración durante ocho años. Había dejado salir el aire, en movimientos pequeños, con prudencia porque así debía hacerlo pero, de todas formas, exhalando».

Michelle ha sido todo lo contrario a una primera dama plana. Barack, probablemente el presidente global más deseado de todos los tiempos, pasó a la historia de acuerdo a aquella vieja fórmula para perezosos: «Mejor

planteado que resuelto», mientras que su mujer ha conseguido sumar sus poderes: inteligencia, sensibilidad y ritmo. En un mundo con tanta sangre derramada en los suelos, la letra entra mejor con *swing*.



39. Meryl Streep

Tocada por el don

Hubo un tiempo en que las chicas se dividían en tres clases: las guapas, las atractivas y las que tenían personalidad. Siempre me sentí a gusto con formar parte del tercer grupo, el más inasible, aunque con frecuencia consistiera en un eufemismo para integrar a las que, lejos de esconder un defecto, lo mostraban sin disimulo, como aquellos pechos que crecían independientemente del resto del cuerpo, o la colección de pecas que heredamos las hijas de madres pelirrojas. La belleza caduca y el atractivo es caprichoso, pero la personalidad atrapa. Significa un valor elevado. Una manera de estar en el mundo. No sé quién me inculcó esa idea, pero rigió durante toda mi juventud, consciente de que lo más atractivo de mi ser, era mi cabeza. Por entonces, me decían que me parecía a Meryl Streep, y yo estaba encantada de formar parte

de su escuela de mujeres que sonreían de reajo y traían el calor en las mejillas. Streep alcanzó el doctorado en personalidad, hoy erigida en símbolo del feminismo en Hollywood y a la vez en *Mamma*.

Nunca ha parecido de este mundo, aunque lo conquistara por los cuatro costados gracias a su don para interpretar el más obstinado de los sentimientos. Ninguna otra actriz transmite así el matiz, la emoción antes de serlo, cuando apenas se la intuye. La experiencia de la emoción. Streep la anticipa; basta con que mueva ligeramente un músculo, con que levante un milímetro la comisura de los labios o llene tu mirada de palabras, sin nombrarlas. En ella habita un tratado de psicología, un diván freudiano y una mecedora en un porche soleado. Su don enamora, por mucho que la nombren la peor vestida de la alfombra roja y le sigan ofreciendo papeles de bruja o diabla.

Se hizo actriz para enseñar a crecer a las mujeres. No empezó joven, rubia animadora, reina del baile de fin de curso. Pasó por la Escuela de Drama de la Universidad de Yale antes de reverenciar al público. Su madre tenía temperamento artístico, su padre «procedía de una familia de impregnada tristeza». Meryl, progre y comprometida, madre de cuatro hijos; la sensatez y el pulso creativo, sin alharacas ni escándalos. En sus biografías se relata aquel desplante que le hizo Dino de Laurentiis durante el casting de *King Kong*: «*Che bruta!* ¡Es muy fea! ¿Por qué me traes esto?», le dijo a su hijo. El papel fue para Jessica Lange. Allí empezó su carrera. Se le conocen dos amores. El primero, John Cazale, murió en sus brazos. Iban a rodar *El cazador*, pero John empezó a escupir sangre. Le diagnosticaron un cáncer de huesos. Cuentan sus biógrafos que ella le golpeó en el pecho, sollozando «y durante un breve e inquietante instante, John abrió los ojos y dijo débilmente: “No pasa nada, Meryl. No pasa nada”. [...] Después John Cazale volvió a cerrar los ojos. Tenía cuarenta y dos años». Streep tocó fondo. Se refugió en la casa de un amigo de unos amigos, el escultor Don Gummer, con quien se casó seis meses después. Hasta hoy. También eso le envidiamos a Meryl, la fantasía de un largo amor y un fuego de chimenea. Admiramos su maleabilidad, los personajes que desde el disparate o la ambición ha hecho creíbles. La Hepburn y Bette Davis la nombraron su digna sucesora. Con su récord imbatible de nominaciones, ventiuena, pero sobre todo con su carisma, se ha

erigido en mentora de varias generaciones que han bebido de su compromiso. Que la escuchan desde la parálisis de su bótox cuando proclama: «Que nadie me arrebatte las arrugas de mi frente, conseguidas a través del asombro ante la belleza de la vida. O las de mi boca, que demuestran cuánto he reído y cuánto he besado. Y tampoco las bolsas de mis ojos: en ellas está el recuerdo de cuánto he llorado. Son mías y son bellas». Marie Louise, Meryl de todas las mujeres, nos ha demostrado sobradamente que la belleza se arroja desde dentro. De la cabeza.



40. Mercè Rodoreda

Un jardín interior

Se definía como un «pájaro de bosque» y, durante muchos años, su personalidad interesó más que su literatura porque alrededor de aquella mujer enigmática, de pelo blanco y pulseras de perlas que fumaba en público sin tragar el humo pero con un gesto esquivo, se había creado un mito. El de la autora de *Aloma*, cuyo personaje afirmaba: «Me da asco el amor». También, en una deliciosa entrevista con Esther Benítez en Televisión Española allá por 1981, siempre autocrítica en su tenaz depuración estilística: «Cómo mejoró mi estilo con esta novela», hablando sobre *La plaça del Diamant*.

Rodoreda fue una niña pequeñoburguesa criada en el barrio de Sant Gervasi y educada por un abuelo optimista, a quien hizo compañía durante cinco años —después de que este sufriera un ictus— en los que no fue al colegio. Pere Gurgú, amigo de Mossèn Cinto Verdaguer, «Príncipe de los poetas catalanes», le contagió su amor por las flores y los libros. Recordaba de mayor que su madre y su abuelo fueron las personas más excepcionales de

su familia: alegres, simpáticos, optimistas, que cambiaban los muebles a menudo, y vivían en movimiento permanente. El barrio, alejado del centro, estaba coronado por torres modernistas y jardines con profusión de hortensias, gardenias y camelias —rojas, blancas, atigradas—, la flor más importante en su obra. Cuando iban a la ciudad, ella soñaba con bailar bajo el entoldado, como Colometa.

Siempre admitió que su infancia fue feliz. Se hizo mayor a los doce años. Estudió poco, no fue a la universidad porque tras la muerte del abuelo faltaba el dinero en casa y tenía que ayudar a su madre. Vivían al lado de una residencia de estudiantes: «Cuando tenía catorce o quince años subía a la terraza para ver cómo leían o estudiaban mientras paseaban por el jardín. Me daban mucha envidia. Habría dado cualquier cosa para poder cursar una carrera, estudiar con chicos, hacer amistades, aprender».

Decía de sí misma que tenía mal carácter, y que, como todas las personas apasionadas, se olvidaba de lo accesorio. Entre sus primeras lecturas destacan Zola, Verdaguer, Carner... después Dostoievski: «Me sorprendía que una novela sin literatura fuera tan importante. Me costó mucho descubrir que era por los personajes, por el tema, porque hasta entonces había leído obras de mucha literatura, y aquello era tan simple», relata en un fragmento de los seleccionados por Mònica Miró y Abraham Mohino en una obra imprescindible sobre la personalidad de la autora: *Mercè Rodoreda: Autorretat* (Angle Editorial).

Quiso escribir desde joven; se casó a los veinte años con su tío Joan — que llegó a Barcelona después de hacer las Américas, bastante mayor que ella —, del cual se separó ocho años después, con un hijo, Jordi. Enseguida buscó la independencia económica y social. Escribía en la prensa, cuentos y entrevistas con escritores y artistas, hasta que estalló la guerra, y, a pesar de no militar en ningún partido, colaboraba con revistas de izquierdas y trabajaba en la Institución de las Letras Catalanas. Tuvo que exiliarse. Vivió en Francia junto a otros intelectuales, en el castillo de Roissy, e inició una relación con Armand Obiols, un hombre casado, ante el escándalo de su propio círculo. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, Rodoreda consiguió salir adelante

cosiendo y publicando cuentos en revistas del exilio. Leía a Poe, Machen o Lovecraft, y descubrió a Katherine Mansfield y se enamoró de su manera de decir y no decir.

El exilio fue duro. En París apenas se movía de su barrio, en la rue Cherche Midi; paseaba entre los librereros del Sena... «el mundo de antes de la guerra me parece irreal», afirmó. Fantaseó con el suicidio, poder morir a voluntad: «Lo que más me complacía era pensar que alguien diría: murió en la Brasería Lipp a las nueve y media sin haber acabado el café con leche».

En su obra, construye infinidad de pasadizos emocionales que recorren unos personajes en mundos siempre golpeados por la guerra y la muerte. Son el retrato de un país abocado a la precariedad. Pero también se alzan con tenebrosa poesía las historias fantásticas que subyacen en lo real, como en *Mirall trencat*.

Aseguraba que el amor era una enfermedad, una exaltación que le ayudaba a vivir, y se definía como una mujer que había vivido muchas pasiones. A los setenta años ya no lo buscaba: «La parte mas difícil del amor es el sacrificio, entregarse espiritualmente a la otra persona, y eso es arriesgado. A mi edad procuro olvidar, amo mis flores y mis árboles». El último tramo de su vida lo pasó en Romanyà de la Selva (Girona), en un refugio entre bosques propiedad de su vieja amiga Carme Manrubia. Se cuenta que ambas pertenecían a la orden Rosacruz, y que el Senyal Vell y su jardín están llenos de elementos esotéricos, pero ella siempre fue reservada, o acaso la intimidad no era un frágil cristal que había que conservar cuidadosamente, como lo demostró su obra literaria, escrita siempre en catalán, premiada, traducida a doce idiomas, portadora de tragedia y belleza, de amor y muerte. En sus últimos días solo le preocupaba el efecto del viento sobre sus flores.

Créditos de las imágenes

Coco Chanel: © Topham Picturepoint / Cordon Press.

Peggy Guggenheim: © The Granger Collection, New York / The GrangerCollection / Cordon Press.

Barbara Hutton: © Cordon Press.

Zenobia Camprubí (con Juan Ramon Jiménez): © TopFoto / Cordon Press.

Sylvia Plath: © CSU Archives/Everett Collection / Cordon Press.

Lee Miller: © Rue des Archives / PVDE / Cordon Press.

Diana Vreeland: © Lynn Gilbert.

Nico: © Topham Picturepoint / Cordon Press.

Patricia Highsmith: © Cordon Press.

Charlotte Brontë: © Patrick Branwell Brontë / National Portrait Gallery.

Maruja Mallo: © EFE.

Natalia Ginzburg: © Vittoriano Rastelli / Corbis / Getty Images.

Mary Shelley: © Richard Rothwell.

Simone de Beauvoir: © Jack Nisberg / Roger-Viollet/ Cordon Press.

Dorothy Parker: © George Grantham Bain Collection.

Nina Simone: © Cortesía de Re-Emerging Films.

Carmen Laforet: © Archivo Ediciones Destino.

Edith Piaf: © MPTV / Cordon Press.

Louise Bourgeois: © Ted Thai / The LIFE Picture Collection / Getty Images.

Isabella Rossellini: © Startraks photo / Cordon Press.

Margarita Rivière: © Toni Albir - EFE.

Joana Biarnés: © Archive Joana Biarnés / Photographic Social Vision.

Lola Flores: © CordonPress.

Lucia Berlin: © Buddy Berlin / Literary Estate of Lucia Berlin LP.

Gala Dalí: © Cordon Press.

Patty Smith: © Beni Köhler.

Jane Birkin: © Roland Godefroy.

Joan Didion: © Redux.

Janis Joplin: © Albert B.

Grossman Management New York.

Amy Winehouse: © NBC / Everett Collection / Cordon Press.

Susan Sontag: © Jean-Régis Roustan / Roger-Viollet / Cordon Press.

Annie Leibovitz: © Robert Scoble.

Rita Hayworth: © MPTV Images / Cordon Press.

Idea Vilariño: © Aesa.

Marguerite Duras: © Studio Lipnitzki / Roger-Viollet / Cordon Press.

Diane Arbus: © Roz Kelly / Michael Ochs Archives / Getty Images.

Véra Nabokov: © Cordon Press.

Las hermanas Mitford: © ABC.

Emma Cohen: © EFE.

Michelle Obama: © Official White House / Chuck Kennedy.

Meryl Streep: © 1979 United Artists / Brian Hamill / Cordon Press.

Mercè Rodoreda: © Borja Vilallonga.

Fabulosas y rebeldes. Cómo me hice mujer

Joana Bonet

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Joana Bonet, 2019

Por mediación de MB Agencia Literaria

© de la imagen de la cubierta, Myron Davis / Time & Life Pictures / Getty Images

© Editorial Planeta, S. A. (2019)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2019

ISBN: 978-84-233-5592-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

Joana Bonet

Fabulosas y rebeldes

Cómo me hice mujer



DESTINO